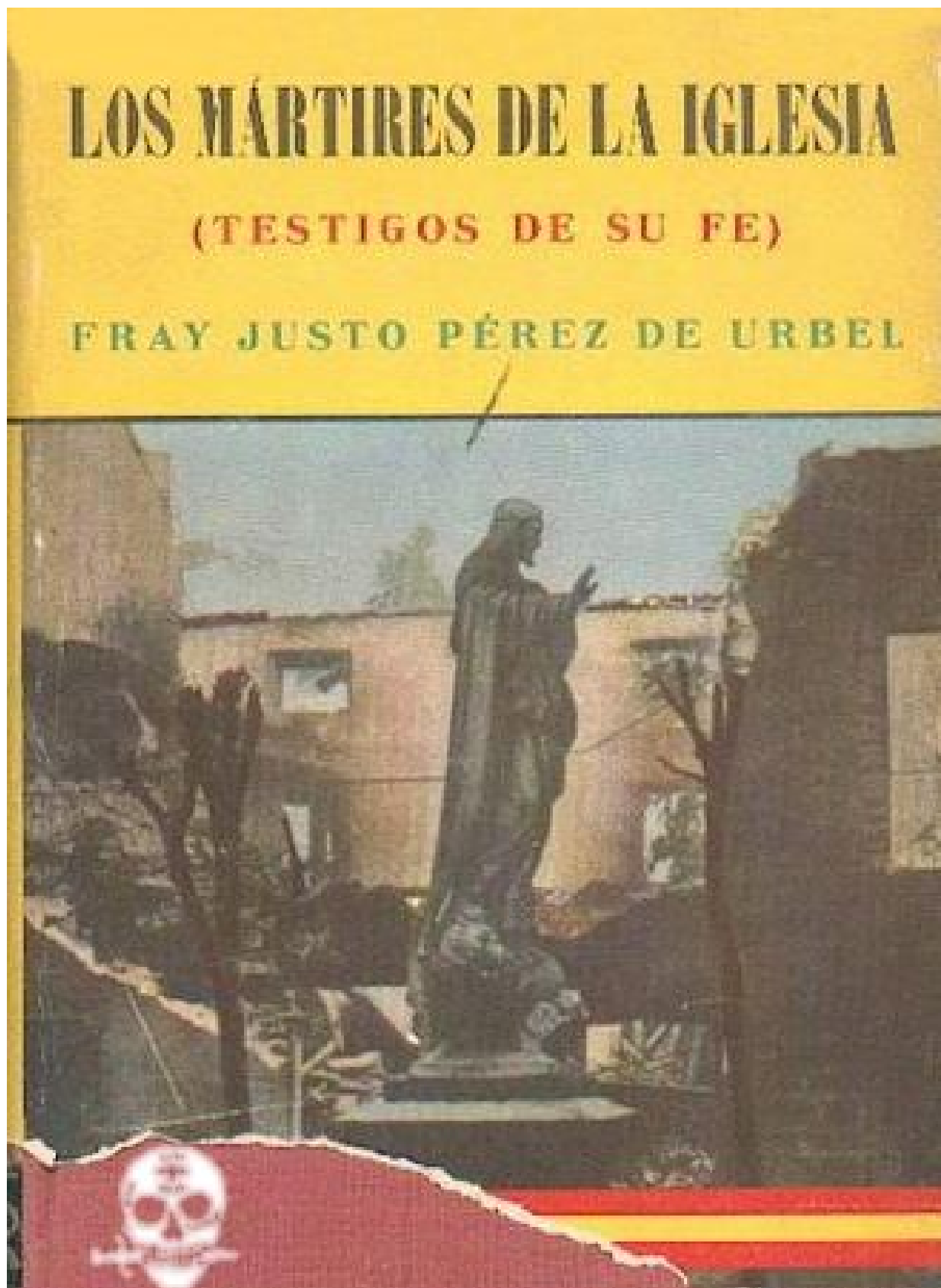




LOS MÁRTIRES DE LA IGLESIA

FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL

LA Iglesia Católica ha sido objeto de persecuciones a lo largo de su historia, y sus mártires han caído ya sobre todas las tierras del mundo. Pero este libro recoge un aspecto de esta encarnizada masacre que nos impresiona aun con mayor fuerza; si ello es posible, porque los hechos han ocurrido sobre el suelo español — suelo de santos y místicos — y porque el tiempo no ha podido dulcificar aún el terrible recuerdo que de tales hechos guárdase en aldeas, villas y ciudades.

Éste es el relato de cómo se produjeron estos nuevos mártires de la Iglesia, y la relación de los que han entregado su vida por Dios: una legión de sacerdotes y monjas inmolada en una vorágine de odios atizados desde el exterior de nuestra Patria.

En el tema se aúna una especial grandeza que sobrecoge el ánimo, y una gran dificultad de exposición, que de no ser salvada podría convertir el texto en un canto de odio, en vez de perdón. Por ello el hecho de que sea autor de esta historia Fray Justo Pérez de Urbel tiene tan gran importancia. Sólo este monje, tan a lo castellano, de pluma muy de nuestro tiempo, sería capaz de enfrentarse con él y llegar a un resultado tan justo en proporciones, tan elegante de forma, tan dinámico y emocionante como es «Los mártires de la Iglesia»; un libro de lectura rápida y de imposible olvido, en el que se cuentan unos hechos que parecen extraídos de un mundo loco y colocado de espaldas a la doctrina de Jesús.

Con esta aportación de Fray Justo Pérez de Urbel la colección adquiere su proyección religiosa y se enfrenta con un aspecto de nuestra guerra que acaso haya sido el más duro y cruel; el más sangriento e inhumano. Mientras que en los otros tomos asistimos a escenas bélicas llenas de actos heroicos y sonido de trompetas, a través de esta libro pasa como un hálito satánico, mezcla de humo, que denuncia tantas iglesias incendiadas; de sangre vertida a tiros de traición y de gritos. De los gritos de quienes presenciaron los terribles momentos en que los sacerdotes españoles caían silenciosamente bajo las balas que les asaeteaban por la espalda.

Un gran libro, un apasionante libro es éste, que no puede faltar, como recuerdo de lo que fué y pasó, en todos los hogares católicos de España.

FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL

LOS MÁRTIRES DE LA IGLESIA

(Testigos de su Fe)

EDITORIAL AHR - BARCELONA

PROPIEDAD LITERARIA RESERVADA

NIHIL OBSTAT:

El Censor:

DR. CIPRIANO MONTSERRAT Canónigo. Prelado Doméstico de S. S.

IMPRIMASE

GREGORIO, Arzobispo-Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Rvdma.

ALEJANDRO PECH, PBRO. Canciller-Secretario

Barcelona, 11 de julio de 1956.

PRIMERA EDICIÓN

Digitalizado por Triplecruz (7 de diciembre de 2011)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	4
I. EL SUBTERRÁNEO FLUIR DE LA SANGRE DE CRISTO	10
II. DOS MUJERES	16
III. EL HERMANO SORDO	22
IV. UN CURA DE ALDEA	27
V. LA MANCHA DE SANGRE.....	31
VI. NADA MENOS QUE UN NIÑO	36
VII. OTRA VEZ CRUCIFICADO.....	41
VIII. UN RELATO TEXTUAL	45
IX. TÚ TIENES QUE SER LA MADRE DE LAS MACABEOS.....	49
X. UN BELÉN EN LOS PIRINEOS.....	52
XI. LOS SACRIFICADOS DE LORCA.....	59
XII. UN MÁRTIR POPULAR.....	62
XIII. DOS HERMANAS.....	67
XIV. EN UN LECHO DE PAJA.....	70
XV. UN MÁRTIR CARMELITA.....	75
XVI. DOS AÑOS DESPUÉS: EN EL MISMO SITIO.....	82
XVII. EL MÁRTIR IGNORADO.....	85
XVIII. FAMILIAS; EUCARISTÍA.....	88
XIX. PASTOR DE LOBOS	97
XX. DOBLE CORONA RADIANTE.....	101
XXI. LOS GRAVES DOCUMENTOS.....	104
XXII. LA GRAN VERGÜENZA.....	114
XXIII. TRES VECES LA RAZÓN DEL MÁS FUERTE.....	119
XXIV. ÚLTIMOS PAISAJES DE SANGRE	123
XXV. MANOJO DE MÁRTIRES	127
EPÍLOGO.....	131
A MODO DE ORACIÓN ÚLTIMA.....	136

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1. Toledo. Iglesia de San Miguel. Las momias fueron sacadas de sus sepulcros e hicieron una exposición con ellas	18
Ilustración 2. Barcelona. Las momias del convento de las Salesas fueron profanadas y expuestas al público.....	18
Ilustración 3. Obreros desmontando el monumento del Corazón de Jesús.....	34
Ilustración 4. Barcelona. Momias profanadas y expuestas al público	34
Ilustración 5. El monumento del corazón de Jesús, en el cerro de los Ángeles, profanado por las turbas	35
Ilustración 6. a Iglesia de San Luis, después del incendio Mártires de la Iglesia	53
Ilustración 7. Fotografía encontrada a un miliciano rojo.....	53
Ilustración 8. La Iglesia del Salvador después del incendio	54
Ilustración 9. Jesús resucitado mutilado de la cara y brazos	71
Ilustración 10. Cristo profanado	72
Ilustración 11. Fotografía cogida a los rojos en la toma de Fraga	89
Ilustración 12. Estado en que quedó la Iglesia Mayor de Castellón. Monumento nacional	89
Ilustración 13. El incendio del Templo de los carmelitas en la Plaza de España	107
Ilustración 14. La residencia de los Padres Jesuitas, enclavada en el centro de Madrid, incendiada por las turbas.	107
Ilustración 15. Pantomimas sacrílegas de las turbas rojas	124
Ilustración 16. Representación teatral en la iglesia de los Dominicos de Valencia.....	125

INTRODUCCIÓN

Colocándonos en un ángulo de visión estrictamente humano, la figura del individuo que sacrifica su integridad corporal al mantenimiento de una convicción absoluta, es sencillamente admirable. No es necesario acudir al vasto anecdotario universal para comprender la noble apostura, la singular belleza espiritual, que se desprende de un acto en el cual un hombre, en virtud de ciertos resortes, coloca sus convicciones por encima de sus necesidades. En el caso preciso del mártir, la perentoria necesidad, común a todos los seres, de continuar viviendo.

El sacrificio de la vida incluye forzosamente la seguridad de que la muerte ha de proyectarnos de algún modo a una dimensión superior, a la que conservaríamos si la evitáramos mediante la negación o el "camouflage" de nuestras convicciones esenciales. Tratamos de explicar con nuestras palabras anteriores el hecho cierto de que todo "mártir" lo es en razón de una fe, que ella le presta el esfuerzo necesario para llevar a buen término la formidable aventura, y que, aun desde el ángulo de visión que hemos escogido en un principio, aun humanamente hablando, un ser abyecto —es decir, un hombre por completo descreído— jamás podrá alcanzar la suprema dignidad de mártir.

¿Qué paisaje, qué íntimos consuelos, qué esperanza hallaríamos, en último caso, en torno a un mártir sin fe? Imaginadlo. Pero, ¿es posible imaginar la verdad que obliga a un descreído a exponer su existencia? ¿No bastará decir que el mártir se produce únicamente cuando el hombre cree hasta lo profundo, hasta el destello, instante soberano del martirio, culminación de una fe? ¿Cómo un hombre sumido en la soledad cósmica puede ser un mártir, y aun un hombre? Piense el lector en esto y se convencerá de que el mártir no puede ser sino un gran creyente.

He aquí que avanzamos un paso más. Como no podemos movernos en ningún orden si no es sometiéndonos previamente a una jerarquía de valores, será conveniente que aquí nos ocupemos de tal menester si deseamos continuar pensando correctamente. Ahora bien. Puede un hombre creer en infinidad de cosas y hacer girar los actos fundamentales de su vida sobre cualquier quicio. O bien sobre un máximo fanatismo, o bien sobre una verdad eterna. Que se pueda morir en aras de un máximo fanatismo, es un hecho.

De nuevo un paso hacia delante. De súbito aparece ante nosotros Dios. El hombre actúa ya "sub especie aeternitatis", su robusta esperanza derriba las barreras palpables de su existencia física y penetra en los habitáculos divinos. En el hombre aparece el factor sobrenatural. Un nuevo tipo de hombre llega, pletórico, a nuestra consideración. Es el hombre religioso.

El lector, después de haber echado sus cuentas, habrá advertido que el mártir por la fe en el verdadero Dios es la personalidad culminante. Actuamos, simplemente, en virtud de una jerarquía de valores. El tránsito de tal certidumbre a la conclusión de que el mártir católico, es, a la vez, la cumbre de los mártires religiosos, supone un camino que es obvio seguir, pues el lector lo conoce, lo siente y lo ha transitado en innumerables ocasiones.

¿Qué joyas ornan con más brillo a la Iglesia católica que su formidable ejército de mártires? Desde San Esteban al Cardenal Miszenty una pura línea de sangre cruza la biografía de la Iglesia. Es a modo de un suave rostro virginal hollado por la salvaje ferocidad, por el odio injusto de un látigo. Abrid por cualquier página las sagradas historias. Seres de toda condición fueron en todo tiempo y lugar agitados por la divina llamarada que prendió Cristo... No, ciertamente no puede presentarse un hecho histórico cuya universalidad sea tan palmaria. Creemos con toda sinceridad que no hace falta ser un entusiasta, un hombre de fe, para ver claro en esto. Desde que Cristo resucitado subió a los Cielos hasta la hora de hoy, los materiales históricos con los cuales contamos hablan por sí mismos. La exclusiva y fría labor intelectual nos basta. La investigación, las aportaciones eruditas, sobran. El hecho es tan relevante, que una liviana mirada a través de los años lo actualiza y confirma hasta la saciedad.

No es tiempo de narrar minuciosamente el martirologio de la Iglesia Católica. Ni siquiera de entonar un canto a su gloria, pues, la gloria inmarcesible de los mártires, canta por sí misma. "Yo os digo que si éstos callan, las piedras gritarán." Y ellos, los mártires, fecundan y sostienen nuestra fe. Es uno de los más bellos dogmas de la Iglesia. En virtud de la comunicación de los santos, nuestras almas son fortalecidas para la grave empresa que incluye reconocerse hijo de Dios.

Reduzcamos ahora la visión a nuestra Patria. Volvamos a repetir que el hecho es de una claridad tan meridiana que las palabras resultan completamente inútiles. Sin embargo sí que habremos de utilizar palabras para afirmar que la posibilidad de que a los españoles nos sea dable entender el concepto de patria, formar patria, reunimos en torno a esa realidad fecundísima de Patria, se debe, sobre cualquier otra razón, a la fe católica.

Dice Menéndez y Pelayo: "Ni por la naturaleza del suelo que habitamos, ni por la raza, ni por el carácter, pareceríamos llamados a formar una gran nación. Sin una unidad de clima y producciones, sin unidad de costumbres, sin unidad de culto, sin unidad de ritos, sin unidad de familia, sin conciencia de nuestra hermandad ni sentimiento de nación, sucumbimos ante Roma, tribu a tribu, ciudad a ciudad, hombre a hombre, cada cual lidiando heroicamente por su cuenta... España debe su primer elemento de unidad en la lengua, en el derecho, al latinismo, al romanticismo... Pero faltaba otra unidad más profunda: la unidad de la creencia. Sólo por ella adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime; sólo por ella se legitiman y arraigan sus instituciones; sólo por ella corre la savia de la vida hasta las últimas ramas del tronco social... Esta unidad se la dio a España el Cristianismo... Si en la Edad Media no dejamos nunca de considerarnos "unos", fue por el sentimiento cristiano, la sola cosa que nos juntaba, a pesar de las aberraciones parciales, a pesar de nuestras luchas más que civiles... El sentimiento de Patria es moderno; no hay Patria en aquellos siglos, pero hay una fe, un bautismo..., una cruzada eterna y una legión de santos que combaten por nosotros. Dios nos concedió la victoria y premió el esfuerzo generosamente dándonos el destino más alto entre todos los destinos de la Historia humana: el de completar el planeta, el de borrar los antiguos linderos del mundo... ¡Dichosa edad aquella de prestigios y maravillas, edad de juventud y de robusta vida! España era o se creía el pueblo de Dios, y cada español, cual otro Josué, sentía en sí fe y aliento bastante para derrocar los muros al son de las trompetas o para atajar al sol en su carrera... Por eso en los arcanos de Dios le estaba reservado a los españoles el hacer sonar la palabra de Cristo en las más bárbaras gentilidades; el hundir en el golfo de Corinto las soberbias naves del tirano de Grecia, y salvar, por el ministerio del joven Austria, la Europa occidental del segundo y postrer amago del aislamiento; el romper las huestes luteranas en las marismas báttavas, con la espada en la boca y el agua en la cintura, y el entregar a la Iglesia romana cien pueblos por cada uno de los que le arrebatara la herejía"...

"España, la evangeliza dora de la mitad del orbe; España, martillo de los herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio..., ésa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra."

No quisiera que el lector considerara exclusivamente la calidad retórica del párrafo anteriormente transcrito. En su fondo yace la gran verdad. Todo lo que somos, a nuestra religión lo debemos. Aunque sólo fuera por eso, aunque no existieran argumentos infinitamente más poderosos, ¿cómo no amarla, y cómo no erigirnos en mártires si fuera preciso?... "España —dice Vázquez de Mella— es una nación hecha por la Iglesia. Durante doce siglos ha informado toda su vida social. Separarse de ella es separarse de la vida nacional y caer en la nada."

Bien. Rogamos al lector nos siga atentamente. La anti-España, o sea, el ateísmo, nos vino de allende las fronteras. Fue, primero el Enciclopedismo, cuya soberbia es inadmisibile, y fueron a continuación sus consecuencias políticas y sociales: liberalismo, socialismo, marxismo, etc. La emigración de los llamados intelectuales a la antivaloración nacional se efectuó durante la segunda mitad del siglo XVIII y todo el XIX. La masa continuaba siendo española. Este aislamiento de los intelectuales del resto de la nación explica lo que tiene de incomprensible nuestra historia de ese siglo, abundante en "revoluciones".

Creían aquellos intelectuales —a quienes haríamos mejor en calificar de "intelectualizantes"— que la nación eran sus cafés, sus tertulias o sus logias y se lanzaban a la revolución. Pero el pueblo, que aún no habla emigrado, no se asociaba a la antiespañolización, y así aquellas "revoluciones", no tenían sino valor de simples pronunciamientos, de algaradas minoritarias, constitutivamente débiles a pesar de su tradicional violencia.

Sin el auténtico interés de la masa, sin su emigración a los principios propuestos, la revolución no es posible. De modo que parecerá una paradoja, pero la verdad es ésta: España ha sufrido infinidad de revoluciones porque no estaba preparada para la revolución.

La emigración de la masa iba a ver la obra del marxismo en los fines del XIX y principios del XX. Entonces España podía tener ya una revolución. Qué ésta había de ser cruelísima, lo auguraba la situación precedente.

Por concomitancias históricas y por influencias exteriores, la anti-España encontró en los sucesos políticos un gran apoyo. La caída de la Monarquía en 1931 fue uno de ellos. El desmayo de nuestra larga decadencia había arrebatado a España todo sistema y plan de política exterior. La interior, como consecuencia lógica de lo mismo, se perdió en un retrasado separatismo o secesionismo.

Dos formas, según el principio elemental de la Física, pueden asentarse en una sola materia, y en la materia de España dos formas diversas pretendían erigirse en su aliento informador. La España nacional, católica, una, social, espiritual, de un lado, y la España internacional, irreligiosa, secesionista, antisocial, materialista, de otro. Es decir, la España y la anti-España. La pugna, en resumen, quedaba planteada de ese modo.

Citemos de nuevo a Vázquez Mella: "Es preciso estar ciego para no ver que los únicos contendientes serán el verdadero socialismo católico de la Iglesia, que reclama la esclavitud voluntaria por la caridad y el sacrificio, y el socialismo ateo de la revolución que afirma la esclavitud por la fuerza y la tiranía de Dios-Estado". La pugna venía ya con un rasgo innegable de cruzada, nosotros diríamos de misión sobrenatural.

Hemos deseado que el lector se introduzca realmente con nosotros en los orígenes de un tema hartamente sangriento y glorioso. Del carácter de cruzada de nuestra última contienda se concluye que los muertos a quienes honramos poseen todos, de alguna manera, el rango de mártires, y así ha clamado desde entonces la voz nacional. Como el odio religioso de sus verdugos puede ir confusamente mezclado, o francamente sustituido, por el político o por el social, hemos de abandonar a la voz infalible de la Iglesia el minucioso discernimiento.

Existe una curiosa estadística en la que se indica la desproporción entre las iglesias y los bancos quemados, entre el arte religioso y el meramente suntuario destruido, entre las personas decididamente católicas y los meramente políticos asesinados. Tras ella, se añaden las siguientes palabras: "No es de extrañar, porque si la religiosidad es la causa de nuestra unidad y grandeza, es muy natural que sea la religión lo que más amemos los españoles, y sea también nuestra religión lo que más odien nuestros enemigos, pues destruir nuestro catolicismo es destruir nuestra nacionalidad".

¡Mártires de nuestra Cruzada! Ellos son, como indicábamos anteriormente, la verdadera sal que ha condimentado la brillante realidad actual. Una vez más se cumplió lo escrito: "Los que sembrarán con lágrimas, recogerán con alegría".

Muchos hemos sido testigos, por voluntad divina, de una sublime epopeya nacional y religiosa. La Iglesia española ha sufrido la más terrible persecución que registra la Historia. Acostumbrada a entregar generosamente su sangre en los combates, en la defensa y en la extensión del Reino de Dios, ha sabido, con denuedo, con extraordinario rigor, prodigarla en las tierras agostadas por el ateísmo, tal vez como explicación de un pasado y como precio de un espléndido porvenir.

Ni la era de Diocleciano, con ser violentísima, ni la de Abderramán, cruel y sañuda, pueden compararse con nuestra Cruzada, ni en el número de los mártires, ni en la variedad y dureza de los suplicios. Los de aquélla, de la primera, hallaron en la divina lengua de Prudencio un extraordinario rapsoda que con versos de hierro trenzó sus "Coronas". Los de la segunda tuvieron en San Eulogio fervorosa relumbranza en el "Memoriale Sanctorum". Roguemos a la Santísima Trinidad que nos envíe el pulso necesario para, a la vez, llevar a puerto seguro la labor que hemos de intentar. Y he aquí de nuevo, lector, que nuestro pulso se dispone a enlazar definitivamente con la iniciación de nuestras palabras. Tras un ligero recorrido nos hallamos, otra vez, con nuestro principal deseo. Y él es no reducir nuestro esfuerzo a un exclusivo canto. De aquel hecho histórico singular se proyecta hacia nosotros, como la flecha lanzada por la ballesta, su dimensión ejemplar. No, no debemos reducirnos a cantar al héroe, sino ampliar nuestro cometido y tratar de imitarle. Por ello, precisamente, nuestra resistencia a finalizar la introducción con una simple voluta de estático homenaje. Ellos, la Iglesia triunfante, han conseguido a través de su noble tránsito el derecho al eterno éxtasis. Queremos decir que se hallan en su pleno derecho de extasiarse. Han cubierto ya el vuelo de su espiritual biografía. Fue su lema el mismo que expresó nuestro gran

místico: "Apártalos, amado, que voy de vuelo". ¡Vuelo feliz, admirable vuelo! Pero nosotros nos hallamos, sin embargo, en circunstancias distintas. Nuestra vida humana, es, ha de ser, un continuo ensayo, un entrenamiento de la superior vida divina. Es decir, un "ascesis". Más que un exordio sentimental, desearía que nuestras palabras constituyesen un razonamiento. A veinte años de nuestra Cruzada, las perspectivas conseguidas nos colocan automática mente en el recio deber de mirar la cuestión con serena mirada. No se trata aquí, pues, de entonar un himno, sino de construir un sistema e introducir el hecho fabuloso producido en determinada fecha, en determinadas circunstancias, originado por ciertos motivos susceptibles de explicarse e inmersos desde siempre en el acervo de las posibilidades históricas, en el puesto que justamente le corresponde dentro de la ordenada marcha de los acontecimientos universales.

Por otra parte, el himno bordea los hechos y al descubrirlos en solitud, desnudos de apelmazadas consideraciones, surgirá, de súbito, en el corazón de todos. A manera de contrapunto, seguirá, como un clarín de victoria, presagiando la buena nueva, el bronco destino humano que los mártires aceptaron.

Hemos hablado hace apenas un instante de "acontecimientos universales". No son exclusivamente palabras. Aceptando de antemano el campo que algún posible detractor considerara para su lidia extremadamente seguro, aceptando, además, su repertorio instrumental, lo universal de nuestra Cruzada es de una evidencia abrumadora.

Supongamos, por un momento, que el marxismo y su numerosa secuela de males hubiese triunfado en España. ¿Qué suerte hubiera corrido Portugal? Deseamos que el lector evite cualquier especie de candidez y eche las cuentas ateniéndose a los elementos que la experiencia haya podido depararle. Lo más probable es que Portugal hubiera caído también en manos del materialismo operante. Y una vez establecido el materialismo en la Península, ¿habría podido Francia resistir el temible oleaje? No parece muy probable, a pesar de las abundantes reservas espirituales de aquella nación. Pues entonces, ¿cuál hubiera sido el porvenir de otras naciones? ¿Qué hubiera sido de Europa? Europa, estratégicamente mutilada, sería más que acantilado, lisa playa por donde las olas marxistas cabalgarían a placer. De haber ocurrido así, en esta hora repetiríamos verdaderamente con el clásico: "¡Hasta las ruinas perecieron!"

Como contra los árabes de Occidente, durante la Edad Media; como contra los turcos en 1571, en aguas de Lepanto; como contra la Reforma en los Países Bajos y en Bélgica, nuestra patria ha sido el baluarte espiritual, social y político del mundo. Podrán calificarse estas palabras de tópico. Podrán asemejarse a un razonamiento cazarro más que a una exposición seria. Bien pudiera ocurrir lo uno y lo otro. Lo cierto, lo indubitable es que entrañan una verdad incommovible que Dios quiera no llegue a demostrarlo jamás la contraria experiencia.

Los mártires de nuestra Cruzada dieron testimonio de una fe que constituye, además, la raíz íntima, dramática, de nuestra supervivencia nacional. Querámoslo o no, el dilema se plantea de esta guisa: o somos católicos, o no somos nada. Como el lector puede fácilmente observar, nos movemos, como antes indicamos, en terreno escasamente amable para nosotros. De esta forma procuramos hacer palpable al más agresivo de nuestros posibles contradictores que aun prescindiendo de los argumentos sobrenaturales, sin pizca de teología alguna, disfrazando nuestra deliberación a gusto del materialista más exigente, y, en fin, considerando el asunto nada más que de tejas abajo, declararse o no católico es para el español problema de suma gravedad. El ambiente en que los españoles "vivimos, nos movemos y somos", tradicionalmente, es, sin duda, el de un acendrado catolicismo. Inconscientemente los resortes a los que nuestra personalidad responde penetran, en las ocasiones más diversas de su actuación, una indiscutible peculiaridad. La indiscutible peculiaridad católica. No se nos venga con que, en la pasada contienda, sin ir más lejos, muchos grupos de españoles se comportaron de forma harto menguada para llevar en su espíritu el resorte católico. Deseamos sinceramente que el lector sufrague las faltas de nuestra expresión con su superior entendimiento. El odio, el odio al catolicismo en general y al católico en particular, el odio a la Iglesia y el odio a Dios, ¿no entraña, bien que de un modo reprochable, un modo de confesar la verdad del catolicismo? Quisiéramos que alguien nos señalara en España el nombre y la dirección de un famoso indiferente.

Pero vamos, de nuevo, a aceptar el campo contrario. Supongamos que nuestra Patria se hallaba sumida en un descreimiento total, en una absoluta indiferencia al principiar la Cruzada. Pues, a la vista de lo ocurrido, no debía de ser tan insensato el descreimiento y~1a indiferencia tan

completa. Ocurre lo mismo que en una excelente argumentación, de apariencia absurda, que a un fraile de hace un siglo se le ocurrió incluir en un tratado de astronomía que compuso. Comenzaba el agudo frailecico advirtiéndole que para hablar de astronomía o de cualquier otra materia, en aquel su tiempo, de ateísmo —decía él— y de descreimiento, convenía empezar demostrando la existencia de Dios. Y añadía: primer argumento, el consenso universal.

Pero, en fin, volvamos al hilo. Una vez supuesto que el paisaje espiritual de España en las horas inminentes de la Cruzada era estéril, nos hallamos, de pronto, con un nutrido racimo de héroes y de mártires. ¿Cómo?, se nos ocurre preguntar. ¿Es que los héroes y los mártires se improvisan? ¿Es que individuos de tal catadura surgen, y además en los climas helados, por generación espontánea? No, no. Continuar discurrendo por tal senda no es ni medio serio. Hay que volver grupas y colocarnos de nuevo en el origen de nuestras suposiciones. Una vena soterrada, un precioso filón de catolicismo inundaba, por lo menos, los subterráneos laberintos de nuestras almas. Porque, amigos, si ello no es aceptado, si nos enpeñamos en sostener que España no era sino un páramo en cuanto a religiosidad, un "desierto de Dios", entonces, ante lo ocurrido, no hay más que pensar en el milagro, en la Providencia, con lo cual nos afirmamos aún más como católicos.

¿No oís, muy dentro de vuestros corazones, el himno que por sí mismo surge a lo largo, y diríamos que también a lo profundo, de nuestra labor exclusivamente razonadora? Es, nada menos, que el gran himno del Todopoderoso, es Él, sumo himno, que se alza hasta las alturas, como el humo, una vez que se prende de la purificadora llama del sacrificio. ¡Mártires españoles! ¡Qué enorme, qué infinito número de sugerencias se producen tan sólo al rozar, aun torpemente, la personalidad de los mártires!

Aunque no pretendemos agotar el comentario, pues sería pretender agotar lo inagotable, y ello implicaría un acto inconcebible de soberbia, sí intentamos recoger con la amplitud que está a nuestro alcance las dimensiones del hecho que con tanto gusto hemos escogido como tema. Y así llega ahora ante nuestra consideración cuál sea, en vista de los mártires, nuestra especial obligación.

No es fácil. Resulta con frecuencia que el desarrollo o desenvolvimiento de un problema supera su inicial planteamiento. "La sangre de los mártires, es semilla de cristianos." En esas pocas palabras tan sabidas, en esas palabras que oímos ya siendo muy niños, se guarda la gravedad, la hondura del problema que es necesario aclarar. Habrá que preguntarse, primeramente, en qué consiste, de verdad, una semilla. No os fiéis jamás de la aparente facilidad de ciertos vocablos, pues nuestra costumbre hacia ellos los transforma silenciosamente en armas de dos filos, y empúñense por donde se empuñen, es claro que hieren. En ocasiones se utiliza el instrumento con el cual se adereza un objeto por el objeto mismo. Esto ocurre en el idioma, en las matemáticas, en la filosofía, y en cuantas disciplinas existen. Cosa al parecer tan liviana y sencilla, tan intrascendente como el ala, no pudo ser definida hasta una calurosa tarde griega en que Sócrates, debajo de un tilo, hirió de muerte al concepto y lo cobró definitivamente para el acervo cultural de los hombres. "El ala es aquello cuya esencia consiste en elevar lo pesado." ¡Qué sencilla, qué genial definición!

Pero, volvamos, de nuevo, al hilo rebelde que ahora nos interesa sobre todos los demás. Habíamos preguntado, con cierta ingenuidad, por la semilla. Sin pretender igualarnos a Sócrates, debemos ensayar una respuesta. Una semilla —decimos— es aquello cuya esencia consiste en originar algo rigurosamente semejante a sí misma. Es así que "la sangre de los mártires es semilla de cristianos", luego los cristianos son, naturalmente, mártires. Cabe una segunda y comprometedoramente pregunta: ¿Somos, en realidad, cristianos?

He aquí, lector amigo, la "caput Nili", el secreto hontanar del gran problema. ¿Somos, en realidad, cristianos? ¿Somos mártires? Demos al martirio la extensión conceptual que merece y, hagámonos de nuevo la pregunta: ¿Somos mártires? ¿Somos capaces de renunciar a la completa gama de los impulsos instintivos? ¿Somos capaces, en cada instante de nuestra vida, de renunciar a lo parcial por lo inconmensurable, a lo acabadero por lo eterno?

No es hora de trazar el esquema del individuo cristiano. No es hora, amable lector, de lecciones innecesarias, aunque bien sabemos ambos que la insistencia es sabia máxima evangélica. Cuál sea nuestra especial obligación ante los mártires es algo susceptible de

entresacarse de nuestras ya un poco largas y así mismo ingentes consideraciones.

Vamos, dentro de breves instantes, a introducirnos en un universo entusiasmado. En un sagrado edificio. Es la muchedumbre de los que nos precedieron en la fe. Por ellos pudo exclamar Vázquez Mella, ya varias veces aquí citado: "Aún no ha muerto la tradición. Todavía no se ha extinguido la raza. Aún queda en el hogar de la Patria el rescoldo que una brisa celeste, o el viento de una catástrofe, puede convertir en magnífica hoguera que calcine las osamentas de las extrañas tiranías y alumbre el horizonte de una nueva edad y de una vida nueva".

Dentro de breves instantes vamos a comenzar la descripción del martirio que por confesar la Religión sufrieron algunos de nuestros compatriotas. Sin gestos excesivos, sintiendo en su corazón la amargura de perder una vida que Dios les había dado para servirle, pero dichosos, al fin, de poder entregarla en su servicio, se han convertido para siempre en vigías y centinelas de la fe. Su vigilia, ahora, no cesará ya en los siglos de los siglos. Su ejemplo nos instruye y nos dispone el ánimo. Su muerte nos obliga a una vida plena de vigor cristiano. Fueron escogidos, otros Cristos. ¡Oh, imitación noble, imitación feliz! Jamás nos cansaremos de la nobilísima insistencia. De las múltiples joyas que forman la histórica diadema de nuestra Patria, la de los mártires, su rojo destello glorioso, es la que más la honra. En todas las ciudades, en todos los pueblos y aldeas hubo seres violentados en su carne por servir a la verdad. Cuando el testimonio viril faltó, las mujeres y los niños proclamaron al Dios omnipotente. "Yo os digo que si éstos callan, las piedras gritarán."

Nada más hay que añadir. Vosotros mismos juzgaréis. Bajo la anécdota, estremecedora o dulce, de los hechos que vamos a relatar, "Dios amanece", según dijo el poeta. Y, en último término, nuestro relato, aunque humilde ante la cima que intenta, formará parte siempre de la Historia de España.

I. EL SUBTERRÁNEO FLUIR DE LA SANGRE DE CRISTO

Los mártires de nuestra Cruzada han sido tantos, que forzosamente habremos de reducir nuestra mención a una serie de figuras escogidas por nosotros como representativas del formidable hecho católico nacional. Vamos a hundirnos entre sus filas innumerables. Es sabido, no obstante, que al penetrar en cualquier espesura las perspectivas desaparecen. Las visiones parciales cobran entonces vigencia ante la desaparición casi total de las visiones panorámicas. ¿Cómo reunir en un solo volumen los datos todos de tanta sangre derramada, de tantas valerosas aventuras en que hombres de toda condición y rango, mujeres y hasta niños, dieron testimonio de su fe a costa de su vida?

Por nuestra parte acudiremos, como hemos dicho, a recoger la visión íntima, calurosa, de algunas figuras entresacadas del amplísimo martirologio. Toda la geografía nacional coopera en nuestra labor. Todas las regiones aportaron "otros Cristos", como decíamos en la Introducción.

Quien aún dude de la violencia que las fuerzas del mal desencadenaron en nuestra Patria, atienda a los siguientes sucesos ocurridos en los meses de febrero a junio, del año 1936:

<i>Iglesias quemadas.....</i>	<i>297</i>
<i>Atentados contra las personas .</i>	<i>1.714</i>
<i>Asesinatos.....</i>	<i>357</i>
<i>Huelgas.....</i>	<i>413</i>

Del 16 de junio al 18 julio, la lista de crímenes es la siguiente:

<i>Incendios de iglesias.....</i>	<i>10</i>
<i>Oíros incendios.....</i>	<i>19</i>
<i>Atropellos a párrocos.....</i>	<i>9</i>
<i>Robos y confiscaciones.....</i>	<i>11</i>
<i>Muertos.....</i>	<i>61</i>
<i>Heridos.....</i>	<i>224</i>
<i>Atracos consumados.....</i>	<i>17</i>
<i>Invasiones de fincas.....</i>	<i>32</i>
<i>Huelgas generales.....</i>	<i>15</i>
<i>Huelgas parciales</i>	<i>129</i>
<i>Bombas y petardos.....</i>	<i>132</i>

¡Y esto en veinte días!

Indalecio Prieto había pronunciado estas palabras:

"Para conseguir nuestra libertad no nos detendremos ante nada. Ni ante una guerra, por sangrienta y dolorosa que sea. Yo tengo que defender mi separatismo por todos los medios... Desde colocar una bomba, hasta desencadenar una guerra. Algún día habrá una matanza". Y la hubo, no cabe duda. Y la hubo en defensa de la libertad del señor Prieto.

¿Habéis oído hablar de los mártires de Paracuellos? No dudo que sí. Cuenta la historia de los Macabeos que en la persecución de Antíoco contra los judíos fueron tantos los hebreos asesinados en las inmediaciones de Jerusalén que se llegó a cumplir en aquella ocasión lo que relata o profetiza un salmo en estas expresiones: "Pusieron los cadáveres de tus siervos y santos de comida a las aves del cielo y bestias de la tierra, sin que hubiera quien les diera sepultura".

En Paracuellos no fueron las aves de rapiña, sino las gentes de los pueblos vecinos quienes se

cebaron en el robo, saqueo y profanación de aquellos cadáveres, calientes aún, antes de que los sepultureros de oficio, castigados por su desdicha a tan macabra profesión, los arrastraran como a animales y a veces con ayuda de bestias de carga a las grandes fosas comunes, en espera de la resurrección gloriosa que se merecen "Los huesos de los santos —dice la Sagrada Escritura— pulularán en sus sepulturas."

¿Habéis oído hablar de los "paseos"? La palabra adquirió desde las primeras horas del dominio rojo, no obstante su eufémica apariencia, una significación terrible por todos conocida. El Rvdo. Padre agustino,

Juan Música Ochotorena, fue asesinado en el momento de ser sacado de la casa en que se hospedaba en la calle de Fuencarral, en Madrid. Cayó muerto en la misma escalera. La señora que lo había hospedado recibió así mismo más de doce balazos. Por fortuna, logró sobrevivir. Hubo un triste tiempo que la aurora mostraba en las carreteras, en los campos, cuerpos humanos brutalmente destrozados. Manaba de ellos la sangre reciente y tanto y tanto crimen quedaba impune ante la justicia de los hombres.

No. Es inútil pretender daros noticia completa del suplicio. ¿Habéis oído hablar del barco "Río Segre", anclado en Tarragona, y que sirvió de dura prisión a un numeroso grupo de sacerdotes y de paisanos? He aquí la impresión general que de esta cárcel flotante dio uno de los prisioneros, el hermano de las Escuelas Cristianas Adolfo Víctor: "Nada diré de la escasez y mala presentación de la comida, de la dureza de nuestro lecho, del calor asfixiante, debido al hacinamiento de los presos, de la sujeción a los impertinentes y crueles caprichos de nuestros guardianes y de la enervante e inaguantable ociosidad. Todos estos trabajos y privaciones no eran nada, comparados al sufrimiento moral que representaba la ausencia de los auxilios espirituales... Hacíanos sufrir el ver la humillante situación de aquellos venerables sacerdotes y religiosos, tratados peor que si fueran criminales asesinos, sin respeto, no diré de su dignidad sacerdotal, ya que por ella, precisamente, eran perseguidos, pero ni a sus canas ni a sus enfermedades."

Del penal valenciano de San Miguel de los Reyes, ha quedado la siguiente y estremecedora nota: "Hambre, es cuando un día y otro día, una semana y otra semana, un mes y otro mes, no se come nada o casi nada..., y que no hay nada, ni siquiera hierbas, para saciar el hambre, que trae roídas las entrañas. Que se van perdiendo las fuerzas, que no se puede subir las escaleras, que se cansa uno de leer cinco minutos, que se pierde la vista, que se siente uno morir. Que se ve cómo los compañeros van cayendo enfermos, primero con un apetito atroz y luego sin ninguna gana de comer, y terminan muñéndose de hambre. ¡Si pudieran hablar ahora tantos y tantos que así murieron en San Miguel de los Reyes!"

Pero este paisaje desolado es menester completarlo con las innúmeras virtudes cristianas que la violencia de los enemigos hicieron florecer en las prisiones. Y cúmplenos rendir aquí homenaje a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, grueso de los detenidos en el penal valenciano citado, cuya ejemplaridad, cuyo viril denuedo sería necesario sacarlo a colación una y mil veces.

En el penal, las privaciones carcelarias originaban a veces una serie de menudos servicios fraternales que vistos ya desde nuestra hora aparecen, todavía, teñidos de una inigualable fresca virtud. Cada Hermano lavaba su plato, limpiaba su ropa y la tendía a secar, pero los jóvenes no podían soportar que los de más edad estuvieran sujetos a tan vulgares y enojosas minucias, y se disputaban entre sí prestarles estos servicios. Para lavarse hubo necesidad de tener agua dulce, y como los carceleros no se la proporcionaban, el Hermano Providencia, que así llamaban al Hermano Eladio Vicente, por sus infinitas y delicadísimas atenciones para con todos, se las arregló para adquirir, después de muchos trabajos, dos botijos. Pues bien, para lavarse, un Hermano sostenía el botijo, haciéndole chorrear mientras su compañero se lavaba. Cuadro sencillo, pero lleno de suave poesía cristiana en aquellas horas densas de brutal e impío dramatismo.

"Cierto —ha dicho uno de los Hermanos que salvaron la vida— que la gracia de Dios nos animaba y todos esperábamos el turno de ser inmolados, con una entereza que a nosotros mismos nos admiraba. Cierto que los que salían para la trágica escollera de los asesinatos, de los tránsitos gloriosos, hablando mejor, nos daban magnífico ejemplo de entereza cristiana. Cierto también que habíamos llegado ya a un grado tal de aguante del sufrimiento, debido en parte al atrofia-miento de la sensibilidad y en parte también a la intensa vida religiosa, que los veíamos marchar y deseábamos seguirlos... Así, el Hermano Fausto Luis, llamado el 26 de agosto de 1936 para formar en él

número de los sentenciados a muerte, no quiso aceptar las fingidas esperanzas de libertad que le proponían, sino que dijo, con aire de soberano triunfo: "No me quitéis la ilusión de ser mártir."

La auténtica comunidad cristiana trazaba el noble dibujo de sus virtudes en cárceles, en las malolientes bodegas de los barcos destinados a prisión, o cuando para vergüenza y burla de todo derecho, de todo mínimo derecho humano, las seguras víctimas eran sometidas a aquellos fabulosos interrogatorios realizados las más de las veces por analfabetos cargados de furibundo odio.

Porque, ¿habéis oído hablar de aquellos interrogatorios? Tales juicios obligaban a la humanidad a retroceder miles y miles de años. Como poco, eran un verdadero caos.

¿Qué era la justicia roja? Claro que hecha así la pregunta es una monstruosidad, porque la justicia no puede tener color alguno. Y es, que nada revela tanto la crisis de valores que sufríamos en tales días como ese modo de desvalorización mediante los adjetivos. El adjetivo que se añade al sustantivo valora, es subjetivo y pasional, mientras que aquél es objetivo. Y así, decir justicia roja, quiere decir, no la justicia en sí, el valor en sí, sino ese valor captado y vivido en un modo de ser y en un momento pasional, que es, ciertamente, a todas luces impropio para la aprehensión del valor justicia en su entidad objetiva.

Los consejos de guerra y los tribunales ordinarios que se regían por un código anterior y sometidos a las formalidades legales, no eran eficaces para desarrollar el programa de muerte que se proponían, ni eran suficientemente "democráticos" para que el pueblo dictase su voluntad sobre la suerte del reo. Era preciso destruir toda ley anterior para seguir los dictados de la conciencia de un pueblo que reivindicaba, en un momento de exaltación pasional, sus soberanos derechos, según las aberraciones liberales.

La sentencia se dictaba por convicción ¡moral! del tribunal, y este dato inconcebible, jurídicamente monstruoso, consta en numerosos escritos de quienes lograron sobrevivir a tamaña aventura. Las pruebas materiales, necesarias para condenar a muerte en tiempos ordinarios o normales, no tenía ahora valor alguno. Bastaba la acusación — o, más propiamente dicho, la denuncia — del primero que se aviniese a ello, poseyese o no garantías, para ser absuelto o condenado. La cuestión quedaba reducida simplemente, a un caso de buen o mal humor. En la mayoría de los casos el abogado no servía para nada. Si se veía que se interesaba por su defendido a conciencia, era insultado por fascista, defensor de fascistas y merecedor, por tanto, como los acusados, de la muerte. Veces hubo que se amenazó con una pistola al ver que su defensa era honradamente enérgica. Los mismos individuos que formaban el tribunal eran presionados por un comité, que les dictaba la sentencia sin prueba alguna.

Este cuadro que acabamos de pintar, era, al fin, el tribunal que conservaba, aún, el título y ciertas apariencias de legalidad. Por afortunado y hombre de suerte podía considerarse quien tuviera que enfrentarse con él. Hubo otros que merecían la pena haberlos olvidado por completo. Veamos cómo un religioso lo ha descrito:

"Lo componían —dice— los personajes más peregrinos que se hayan visto jamás. (Esta descripción se refiere a uno de ellos, claramente determinado.) El presidente representaba unos veinticuatro años a lo sumo y su contoneo y porte externo le daban apariencias de jeque de aldea. Llevaba en el correa una pistola ametralladora y al cuello una corbata negra, para indicar que pertenecía al partido anarquista. Los vocales eran dos muchachos de dieciséis a dieciocho años, bajos de estatura, que llevaban también sendas pistolas, cuyo mango no dejaban de sobar con sus manos, para que se viera que sabían y querían manejarlas. El mecanógrafo era un joven alto, chato; vestía como un burgués, un traje azul oscuro, camisa de color y corbata. Éste y los dos vocales, al parecer, eran comunistas. Algunos de la sala creían haber conocido al mecanógrafo, y unos decían que era un limpiabotas y otros que un golfillo apodado el "Chorizo", que rondaba por las plazas a la búsqueda de ocasiones para cometer sus fechorías. Estos eran los componentes del tribunal del pueblo y los destinados a lograr la renovación social de España. Para ellos, toda su autoridad, saber y fuerza, estaban en aquellos pistolones colgados del correa. ¡Era de ver con qué aire, de fatua petulancia entraban en la sala!"

Deseamos que el lector se esfuerce en introducirse, como simple espectador, en el paisaje descrito. Observad el rostro de aquellos hombres. Fijaos en el procedimiento.

Quien aquello vio y allí estuvo personalmente, continúa su dibujo de tal guisa:

"El primero que pasó al tribunal fui yo. ¡Qué pena y qué desalientos los míos, al ver en la sala en que iba a ser juzgado hasta veinte personas, todas ellas de mirada torva, de gestos airados! Entre todos se destacaba uno de alta estatura, traje negro, rostro serio y, como después me dijo, de ideas materialistas.

"—Este, dirigiéndose a mí, preguntó:

"—¿Tu nombre?

"—Florencio Seco Gutiérrez.

"—¿Profesión?

"—Religioso.

"—Eso ya lo sabemos sin que tú nos lo digas. Antes de esto, ¿dónde estabas?

"—En Turón.

"—¿Y no sabías tú y los que allí estabais que iba a suceder esto.

"No había terminado aún la pregunta, cuando descargó sobre mí un fuerte bofetón que casi me tira al suelo. En medio de mi tristeza y de mi llanto me acordé de Jesucristo, cuando Él también fue abofeteado. Luego, siguió:

"—¿No habéis dicho a los niños que no vayan a la escuela?

"—No señor — contesté.

"Y aquí fue cuando me dio el mayor golpe; tanto, que empecé a temblar y sentí unos escalofríos que debieron advertir los mismos que me atormentaban.

"—¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo? Pues yo mismo te lo voy a quitar, infeliz. Yo mismo te he de matar. Guardia, prepara el auto."

He aquí otro modelo de juicio:

"...entré en la sala. Saludé al presidente del tribunal, el cual me increpó diciéndome que todos eran iguales, y que, por lo tanto, todo lo de los saludos ya no debía existir. "Tu único saludo —me dijo— ha de ser ¡Salud!" En seguida empezó el interrogatorio que se redujo a tomarme la ficha. Al fin, cuando ya estaba en la puerta de salida, me llama uno del comité y me dice que le enseñe la mano izquierda. En ella tengo una mancha negra. Quiso con esto hacer burla y chacota de mí, haciendo insinuaciones rufianescas, como quien era. Yo le respondí, con el ánimo exaltado, que, gracias a Dios, ni había caído ni pensaba caer en tales infamias."

Un modelo más de interrogatorio y de los métodos utilizados para arrancar la confesión apetecida:

"...Es, por fin, llamado a declarar. El presidente comienza ofreciéndole un pitillo y sacudiéndole los hombros, como el mejor de los camaradas. Luego, vienen las insinuaciones. El presidente dice que ya sabe que forma parte de un grupo de conjura, que es del Socorro Blanco, y otras cosas menos importantes. El detenido niega todo esto. La discusión es airada y a gritos. El presidente termina por decir que, puesto que el detenido no quiere declarar, invitado a ello, él mismo será quien pida ser oído.

"Le conducen a los sótanos, donde la oscuridad es casi absoluta. Le ordenan desnudarse. El guardia abre una celda de 2,10 X 1,30 metros. El preso, por un palidísimo reflejo, ve que allí hay agua y teme que le echen a un pozo. El guardia le empuja y el detenido se encuentra en una celda, donde el agua le llega al pecho. Era el dieciséis de enero de 1938. Viernes. El guardia cerró impasiblemente la puerta, y se fue. Eran las cinco y media de la mañana.

"A eso de las siete oyó ruido de calderas y pidió a voces el café. El ruido pasó. A las doce, el mismo ruido, la misma súplica y la misma negativa. El preso se sentía morir de hambre, pues hacía día y medio que no probaba bocado.

"En un momento dado, se abrió la puerta de la celdilla, pero fue para meter otro detenido y en las mismas condiciones. Era un requeté, acusado de formar parte del Socorro Blanco. El requeté, ya muy débil por los anteriores maltratos, se siente desmayar y se lo dice a su compañero. Éste

recibe el cuerpo del desmayado y grita. Todo en vano. Nadie responde. Las dos víctimas, más abrazadas cada vez, para darse mutuamente algún calor, recurren al consuelo religioso y rezan el Rosario... Así estuvieron hora y media. Finalmente, vinieron y sacaron, a rastras, al desmayado y semimuerto.

"El otro condenado quedó allí todavía. Eran las diecinueve horas y llevaba, por lo tanto, trece y media en aquel tormento, y, creyéndose próximo a morir, exclamó: "Quiero declarar; que me saquen". Era el grito que esperaban sus verdugos.

"Le sacaron. Se vistió en el cuarto de guardia y le llevaron a declarar. Hay sonrisas burlonas del presidente, que saborea el triunfo, que no llega, porque abierta la declaración, el detenido se ratifica en que nada sabe, como así es la verdad..."

¿Para qué seguir? Este era el cuadro que representaban los tribunales rojos. Esta era la justicia que en todas las provincias, que en todas las ciudades, que en todos los pueblos donde el dominio marxista se impuso, aunque fuera por breve tiempo, hubo que soportar. Y es menester repetir hasta la saciedad que aquellos engendros de la justicia señalaban como víctimas propiciatorias a los religiosos o a aquellos que por su vigorosa constancia en mantener públicamente su fe, eran considerados como individuos sumamente peligrosos.

Cuando realmente se intente la historia exhaustiva, completa y rigurosa de los mártires españoles en la Cruzada, se ha de ver ciertamente que el noventa por ciento de los que sacrificaron su vida lo fue en virtud de sus creencias religiosas. El nueve, en virtudes de sus creencias políticas. El resto, simplemente por la saña ciega de los verdugos. No hay que darle vueltas. La significación de nuestra última guerra es, claramente, la de Cruzada.

Algunos datos hemos podido reunir, pues las referencias acerca de nuestro tema se hallan en extremo fragmentadas, de nuestra afirmación anterior. Las cifras que siguen, considérense, pues, como aproximadas. En Andalucía, el 75 por 100 de los crímenes cometidos, lo fueron en olor de martirio cristiano. Es decir, por testimoniar a Jesucristo. En Asturias —¿quién no recuerda, estremecido, el sacrificio de los mártires de Turón?— el ochenta. En Levante, el sesenta o el sesenta y cuatro. Y así podríamos ir señalando las restantes partes de España.

Hablamos antes de los juicios y de los heterogéneos —por no aplicar sino el más suave calificativo—, de los heterogéneos —decimos— tribunales que los producían. No deseamos más que el lector ponga en juego su capacidad consecuente, sus posibilidades lógicas para adivinar qué serían las ejecuciones. Asusta pensar la catadura que poseerían los autores materiales de las sentencias dictadas por jurados como aquellos.

En Santander, centenares de víctimas eran condenadas a la precipitación por los acantilados. Como en el camino al lugar del suplicio aquellos heroicos seres continuaban, imperturbables, cantando las glorias del Señor, y las largas filas eran un alegre y continuo ¡Viva Cristo Rey!, los asesinos decidieron coserles la boca con alambres.

En la cuenca minera de Asturias, cerca de Sama de Langreo, dos sacerdotes y un seglar fueron sacrificados conforme a la costumbre de matar a los cerdos.

En Madrid, en el paseo de la Castellana, un muchacho de veintidós años fue sujetado a la trasera de un coche y arrastrado velozmente hasta que su cuerpo quedó destrozado.

En Málaga, más de cincuenta sacerdotes procedentes de parroquias diversas de la región, fueron arrojados a pozos.

El cuadro, como bien puede verse, no es exactamente triste. Es algo más. Es, con toda franqueza, horrendo. Pensamos por otra parte que los adjetivos son vanos para este instante. Sería necesario recoger toda la sangre vertida, todos los padecimientos soportados, todas las violencias ejecutadas, todos los gritos de dolor y de agonía y verterlos, fundirlos, en una sola palabra que, estamos seguros, jamás podríamos pronunciar sino a trueque de fenecer.

Bien sabemos que una parte muy importante de las personas que nos lean conocen, tal vez sobradamente, aquel pasaje fantástico de la historia de España. Y no solamente esto, sino que muchas de ellas habrán sufrido algunos de los ramalazos de aquel desenfrenado huracán. Pero tiernas almas hay surgidas a la vida en una bella y justa era de paz que desconocen, casi por entero, el respingo de aquella gran persecución. Podría asegurarlo. Quienes ahora rondan los

veinte o veinte y tantos años, juzgan un poco lejanamente los hechos. Es razón biográfica. Por ello, y en ellos precisamente pensando, nos hemos puesto ardorosamente a esta penosa y a la vez dichosa labor. Penosa, porque acudir a los orígenes, a los detalles de tan cruento paso supone un esfuerzo que sólo la certeza de que el deber cúmplase mejor así, nos impide retroceder. Dichosa, porque este es el documento irrefutable y diáfano de que la Iglesia de Cristo prevalece sin que exista odio capaz de disminuirla.

La sangre de Cristo fluye desde siempre bajo el espíritu de los hombres, y por los mártires, heridas de Cristo, se revela y vierte sobre el mundo para su fecundación.

He aquí que vamos a enfrentarnos con ellos.

II. DOS MUJERES

Madrid. Sobre la capital bate, como una negra ala de cuervo, las turbias acciones de la jauría marxista. El dibujo claro y alegre de Madrid se ha emborronado a fuego y sangre. El terror impera. Es el año 1936. Un odio exasperado, un odio máximo contra todo aquello que signifique orden, valores, equilibrio se desparrama y todo lo inunda. El verdugo, cobra, de pronto, superior relieve. Es el argumento de la nueva conducta.

El 20 de julio, sobre las doce de la mañana, grupos de hombres armados volvieron sus tiros contra el edificio del Colegio de Santa Susana en la calle de Pedro Heredia, número 28. Las balas penetraban por las ventanas y rebotaban en las paredes de todo su perímetro. Es el Instituto de Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús. Los estampidos resuenan como augurio tétrico. Unas buenas vecinas de enfrente del Colegio rogaron a gritos a los tiradores de más cerca que cesaran en sus disparos, pues en el Colegio, con las monjas, había muchas niñas y podían matar alguna; que llamaran a la puerta, pues estaban seguras de que las Hermanas les abrirían. Con estas y otras razones suspendieron los tiros aquel grupo de salvajes, y con golpes de las culatas de sus fusiles, gritos y alborotos frente a la puerta les fue abierta prontamente por la Madre Superiora. Su rostro sereno y, sobre todo su ancianidad, hubiera sido un impacto definitivo sobre cualquier sensibilidad que no hubiera sido la de aquellos hombres. Las religiosas y las niñas internas, todas huérfanas pobres, que en aquellos días quedaban como unas ochenta, se habían refugiado en la planta baja, cerca de la portería; y en la capilla, donde les sorprendió el tiroteo, permanecían algunas otras Hermanas.

Al abrirse la puerta del Colegio, el toque de un silbato concentró a todos rápidamente; penetraron en desorden y se apoderaron de toda la casa. Unos corrieron a poner en lo más alto de la azotea la bandeja roja del partido comunista, otros agitaban una segunda bandera, igual que la anterior, ante la faz de unas y otras, y todos se mostraban desconcertados y contrariados ante la presencia de las niñas, que asidas fuertemente a las Hermanas lloraban, gritaban y se resistían a sus intentos de separarlas de ellas. El cuadro no es, en efecto, amable. Aquellas criaturas aterrorizadas no podrían olvidar jamás tan violentos instantes.

Doña Guadalupe, una de las vecinas de enfrente del colegio, abrió las puertas de su casa e invitó a todas a refugiarse dentro, llenando el total de sus dependencias entre religiosas y niñas. A la vez, por mediación de un familiar suyo, policía influyente, hizo que en breve tiempo acudiesen allí tres o cuatro coches de guardias y policías armados, quienes, si no se opusieron al atropello de los invasores, amigablemente influyeron en ellos para que dejaran de tirotear, desde la azotea del mismo colegio, a las infelices acogidas en la casa de doña Guadalupe, y con sus coches distribuyeron por la ciudad a las Hermanas y niñas en grupos conjuntos hasta el lugar que cada una señaló para sí, librándolas de este modo de las manos de los asaltantes y alejándolas de aquel peligroso lugar.

Estos hechos sorprendieron a las madres Dolores y Francisca en la capilla, haciendo sus últimas oraciones. Habían acabado ya el Rosario, cuando la madre Dolores rogó a su compañera que hiciera también las recomendaciones del alma, "porque después no nos darán tiempo". "¿Y ahora qué más?", le preguntó cuando hubo acabado este ejercicio. "Pues ahora que perdonamos a todos los que nos maten, nos injurien y hagan mal." Esta fue la sencilla y hermosa respuesta de la anciana religiosa, elevando el tono de la voz más que lo ordinario.

Impresionadas por los tiros dirigidos a la casa y en particular contra la puerta de la iglesia, las Hermanas que estaban también en la capilla oyeron a la Superiora estas tranquilizadoras palabras: "Terminemos y que sea lo que Dios quiera". Y terminaron antes de salir de allí su preparación para la muerte. En seguida se dirigieron a la portería, y deteniéndose en ella unos momentos, en pie la madre Francisca, cuyo segundo nombre era Aldea, y sentada en un banco por su mucha flaqueza física la madre Dolores Pujalte, preguntó a la madre Aldea si habían hecho todo. "Sí, Madre, sí, todo; hasta la recomendación del alma; ya estamos arregladitas". Y ante la respuesta, la madre Dolores comenzó a recitar en voz alta el Credo, y en aquellos momentos de angustia, tal vez en el cierto umbral de la muerte, el testimonio de Cristo fortaleció a todas. En el mismo tono la secundó la madre Aldea hasta que terminaron, en presencia de los milicianos, uno de los cuales hablaba

acaloradamente con la Madre Superiora, mientras otros se fijaban en la figura de la anciana, que inspiraba veneración. Y asida de su compañera al terminar aquel credo, cruzaba la puerta hacia la calle sin que ninguno se lo impidiera, y con ellas, alguna otra religiosa que se alejó rápidamente de entre tal barahúnda.

Al tiempo de su salida la Madre Superiora dirigió a los milicianos allí presentes palabras de conmiseración para las dos madres, rogándoles que no les impidieran su camino, pues una estaba enferma y era tan anciana que apenas podía andar. Uno de ellos, pareciendo atender el ruego, dijo que él las acompañaba para que no les hicieran nada; con algún otro caminó a su lado hasta la próxima casa, que exactamente era el número 198 de la calle de Alcalá.

En aquel corto camino se unió a ellas la hermana Lorenza Alonso, cuya presencia agradeció la madre Aldea para tener ayuda en las curas y menesteres de la madre Dolores, muy enferma. Casi a la vez les dio alcance la madre Victorina. Uriarte con tres niñas de las huérfanas internas, para indicarles, cuál era la casa en la que debían refugiarse, mientras podían seguir a la que de antemano les tenían preparada. Al entrar en la misma protestó una mujerzuela de que así, pacíficamente, las dejasen acogerse allí, y le contestó uno de los milicianos: "Déjalas, que estas no van a estar aquí mucho tiempo".

Recibidas, pues, muy amablemente en el sexto piso de la casa por doña María Turnay y su hija, antigua alumna del Colegio, permanecieron en ella unas dos horas, las que ciertamente no fueron de descanso, porque la presencia de las religiosas molestó a la portera que promovió también gran alboroto y protesta. Los milicianos subieron al piso repetidas veces amenazando con quemar la casa si las monjas permanecían en ella, y entre ellos y los que abajo vociferaban resumiendo su odio en blasfemias y obscenidades, no dejaron en paz a la señora Turnay un solo momento; en vista de lo cual acordaron entre sí que se fueran las dos Hermanas, Lorenza Alonso y Victorina Uriarte, con las tres niñas que las acompañaban, expulsadas también del Colegio, como así lo hicieron, quedando sólo las dos madres.

Helas ahí. La negra soledad presunta de los finales tormentos hace su aparición. ¿Quiénes son esas dos mujeres? ¿Qué fuerza poseen ellas para hacer temblar aquella brutal tiranía? ¿Qué resortes de la política penden de ellas? ¿Entonces, Señor, para qué atormentarlas y perseguirlas de ese modo? No. Ellas en verdad, no importan demasiado. Es Cristo. Pero sigamos.

En realidad, lo que allí dificultaba los planes de los milicianos eran las pequeñas, la presencia continua de aquellas niñas cuyo instinto no veía otro refugio que las Madres. Era necesario hacerlas desaparecer para que la soledad de las pobres mujeres fuera todavía más absoluta, más cruel, y entonces martirizarlas para acabar destruyéndolas. Mas, Cristo, no sería jamás destruido.

En una de aquellas subidas trató doña María Tur-nay de calmar las pretensiones de los revoltosos diciéndoles que la hermana estaba enferma, que las otras ya se iban a ir, que las dejaran tranquilas, añadiendo a estas otras diversas razones. La hermana Lorenza Alonso observó que, asintiendo a las palabras de doña María, le contestó uno mientras hacía a su compañero un villano gesto de doble sentido: "Sí, sí, ésas que se queden, ya las guardaremos nosotros."

Imaginaos el panorama. Dos mujeres indefensas, cercadas por una manada de lobos. La casa. La piadosa y noble señora que les había dado cobijo. Nunca como en el peligro prueban los hombres la contextura de sus sentimientos. En el peligro los dilemas se presentan ante nuestra mirada con un aire de urgencia y de modo tan radical que el más imperceptible desliz puede acarrear consecuencias desastrosas. Sin embargo, la señora Turnay no dudó un instante de poner en juego los resortes, no ya religiosos, sino simplemente humanos de su alma para arriesgar en su hospitalidad a aquellas dos mujeres la tranquilidad de su paisaje doméstico en aquellos días turbulentos. Imaginároslo. Las Madres prefieren salir de la casa, pues no dudan que a su dueña le provendrán perjuicios sin cuento, acaso la muerte. La señora Turnay insiste. En aquellos instantes su espíritu cobra una tensión valerosa. ¿Cómo una mujer podría abandonar a dos mujeres ancianas, incapaces de valerse por sí propias? Volvamos, sencillamente, a la narración de los hechos.

Una vez ya solas en la casa las dos Madres, y previendo la señora Turnay nuevas molestias de los milicianos y considerando la necesidad de descansar en que se hallaba la enferma, después del ajetreo de aquella mañana, de la subida de ciento veinte escalones para llegar a su piso y de las demás molestias ocasionadas por tantas y tan violentas impresiones, solicitó de otra vecina del

mismo piso, doña Amparo Salazar Corcuera, el favor de que las permitiera pasar a su cuarto, a lo que accedió de buen grado esta señora, disponiéndolo todo para que la madre Dolores se acostase prontamente. Luego instó y apremió a la madre Francisca Aldea para que se acostara también en vista de su cansancio, pues no había dormido nada en las noches anteriores, y la que, aunque temerosa por la situación, se acostó también.



Ilustración 1. Toledo. Iglesia de San Miguel. Las momias fueron sacadas de sus sepulcros e hicieron una exposición con ellas



Ilustración 2. Barcelona. Las momias del convento de las Salesas fueron profanadas y expuestas al público.

Había transcurrido menos de una hora cuando un grupo de gente armada llamó a la puerta preguntando por las monjas. Eran cinco milicianos y dos milicianas. Reclamaban, a graznidos, como los cuervos, sus débiles presas. Intentó doña Amparo calmarlos diciéndoles que eran ancianas, una enferma y ciega, y que estaban acostadas. "Necesito verlas", dijo el que parecía capitanear el grupo. A continuación, en una auténtica acción de allanamiento, sin tener en cuenta

las más pequeñas consideraciones, consideraciones de todo orden, como se advierte, penetró en la habitación de las dos pobres mujeres, ordenándolas de modo grosero que se levantaran inmediatamente. A duras penas consiguió doña Amparo que salieran de la estancia los milicianos y se quedara solamente una de las mujeres mientras las dos religiosas se vestían. Al darse cuenta del verdadero estado de la más anciana, imposibilitada hasta para vestirse por sí misma, la miliciana, muy exaltada al principio y gritando mucho, pareció amansarse. Al notarlo doña Amparo la interrogó.

—¿Qué daño les han hecho para que las traten tan duramente?

La miliciana no respondió. Probablemente había caído en la cuenta de súbito, de la trágica responsabilidad que entrañaba aquella pregunta. Doña Amparo, exclamó, llorando:

—¡Si no hacen mal a nadie!

—Sí —dijo la miliciana—; pero nos han dado una orden y tenemos que cumplirla.

—¿Adonde las van a llevar?

—A un hospital — respondió, vacilante, la muchacha.

Las dos Religiosas no habían despegado los labios en todo el tiempo que duró aquella conversación.

Doña Amparo no sabía qué decir, ni adonde acudir para salvar a las desgraciadas monjas del destino casi seguro que les aguardaba cuando, por fin, estuvieron a merced de aquel grupo de desalmados.

Al terminar de vestirse las dos madres, volvió a entrar aquella comitiva armada, y doña Amparo intercedió de nuevo para que desistiesen de su propósito y las dejaran allí. Empleó en tan noble acción cuantos recursos se le ocurrieron. No sabía la buena mujer que todo había de ser en vano, pues el argumento más palpable no necesitaba de expresión alguna, ya que estaba allí mismo, sólo bastaba mirar, y era el estado de las dos mujeres impedidas. Como era de esperar, doña Amparo fracasó de nuevo.

—No puede ser. Vamos — urgió el cabecilla de la banda—. No obstante, la miliciana, conmovida, exclamó:

—Compañeros, remordimiento me da cumplir las órdenes recibidas.

—Pues hay que cumplirlas — repuso, agriamente, el jefe.

Comenzaba el último tramo del calvario. Se dirigieron todos a las escaleras atropelladamente llevando consigo a las dos mujeres, y la más anciana, muda como un cordero, jadeando, iba casi arrastrada. A la mitad de la escalera la anciana ya no podía más. Sus ojos concentraban el sufrimiento y su tremenda mirada dolorosa buscaba una ayuda a la que asirse. Pero inútilmente. Su compañera, sobrecogida, se atrevió a rogarles:

—¡ Por Dios, tengan compasión de ella!

Y la respuesta fue esta, exactamente:

—Anda para adelante, si no te matamos aquí mismo.

—Hagan lo que quieran — contestó, mientras continuaba su descenso.

Han llegado al portal. Vedlas. Imagináoslas de nuevo. Los rostros demudados porque ya no pueden más. porque al cansancio natural de tantas noches en vela y de tantos sobresaltos, de tantas brutales acometidas, se une el dolor agudo de la continua blasfemia en torno, de los sucios ademanes de aquellos esbirros, de tanto detalle, probablemente, que ahora se nos escapa del dato fielmente adquirido, pero que no resulta excesivamente arduo imaginar. Vedlas. Son cerca de las cuatro de la tarde. Triunfan en aquellas primeras horas de una tarde de julio madrileña los pájaros y la luz, y la vida, y... el odio.

Les señalan un coche.

—Suban ahí. Vamos, rápidamente.

Las dos mujeres obedecen con la prontitud que les es dable desarrollar.

A punto de introducirse en el automóvil, un vecino de aquella misma casa se dirige, audazmente, a los milicianos. Se enfrenta con ellos. Su nombre, pues es merecedor de que se consigne para la honra que merece, es Ursulino Sierra.

—Pero... ¡camaradas! ¿Adonde vais con estas mujeres? ¿A quién pueden perjudicar si se quedan en esta casa?

—Cumplimos órdenes — responde uno de los milicianos.

—¿Y adonde las lleváis?

—Eso a ti no te debe importar, camarada. ¿O es que piensas como ellas?

—No está ni medio bien lo que hacéis.

Un miliciano, con cara de asesino profesional, se dirige violentamente a don Ursulino.

—¿Y tú quién eres para hablarnos de esa manera?

—Yo soy uno más. Uno como vosotros. ¿Es que prohíbe el comité compadecerse de las mujeres ancianas?

—Ya te he dicho que cumplimos órdenes.

No se conformó el señor Sierra y acabaron por dejarle allí mismo, plantado con sus quejas, entre duras amenazas de "fascista", que, como el lector puede suponer, era la mejor acusación para que en el término de pocas horas recibiese un tiro en la nuca.

En el mismo vehículo que las religiosas, un vehículo grande, de ocho plazas, por lo menos, subieron a la vez varios de aquellos milicianos y emprendieron una rápida carrera hasta dejar atrás un pueblecito inmediato, el de Canillejas. A no mucha distancia del antiguo punto de arranque de la carretera de Barajas, en el lugar que hoy corta la pista del aeropuerto, se apearon.

Se reanudan aquí las blasfemias. Comienzan los golpes. El estado físico de aquellas dos religiosas había llegado ya a su máxima pobreza. Y había cooperado a postrarlas el pavor al sentirse de lleno a merced de sus enemigos. Bien es sabido que la zozobra y la larga espera de un mal inevitable agota hondamente.

La madre Francisca Aldea, sobre todo, añadía a su avanzada edad una configuración psíquica temerosa, rasgo contra el que tuvo que luchar durante toda su vida.

En las vísperas de la revolución, cuando las demás monjas, en torno a ella, dialogaban, según su entender, sobre las consecuencias de cuanto ocurría en el pueblo de Madrid, uno de aquellos diálogos fue éste:

—Madre Aldea —le dijeron las demás— preparémonos para el martirio.

—Tengo mucho miedo —respondía—, pero si el Señor me lo tiene destinado, estoy segura que Él me dará toda la fuerza necesaria para sufrirlo. Sea lo que Dios quiera. Yo sólo pido al Señor que vengan de día.

Pues bien. Miradlas en la carretera. ¿Qué pasaría, entonces, por sus almas? Cae a plomo el sol de julio y los campos secos y polvorientos sobre los que reverbera dolorosamente el sol crean en torno un ambiente como irreal, como fantástico. Es el fin. A culatazos las obligan a avanzar por la carretera y más tarde han de meterse en el campo. Allí les dieron muerte con varios disparos de fusil en la frente y la sien. (Seis tiros tenía la madre Francisca Aldea y tres la madre Dolores.)

Refiriéndose a ellas, alguien oyó de paso comentar como habían hablado de la Virgen.

Sería obvio añadir las causas por las cuales ambas mujeres fueron sacrificadas. Los asesinos no podían llevar otra mira para quitarles la vida que su condición de Religiosas, pues ni el más mínimo registro practicaron a ninguna, como lo prueba el hecho de que la madre Francisca Aldea, por su condición de Economa General del Instituto del Sagrado Corazón de Jesús, llevara consigo algunas cosas y documentos de importancia, donde constaba su domicilio, el nombre de la Congregación y el de su Superiora General, y lo recogió todo el juzgado fie Canillejas, que, más tarde, en el año 1939, fue devuelto a la Reverenda Madre Superiora del Colegio de Santa Susana. Es claro que de haber visto o notado los documentos y otros objetos de valor, los milicianos no habrían desaprovechado nunca la ocasión de apoderarse de ellos. Incluso los anillos de profesas,

rosario y crucifijo de que iban provistas se los hallaron como los tenían ellas mismas.

El lector, en último término, dirá la razón que hubo para asesinar a aquellas dos mujeres.

Sometiéndonos, según advertimos en la Introducción, a la absoluta obediencia de la Santa Iglesia, describiremos los hechos siguientes al asesinato ateniéndonos con todo rigor a los datos conseguidos y al material sobre el que se ha operado en los iniciados procesos de beatificación.

La circunstancia de la hora temprana de la tarde, el lugar del fusilamiento al lado mismo de la población, que hizo que se enterase del hecho mucha gente de la vecindad, entre la que resonaron los tiros, y sobre todo la coincidencia de que en Canillejas fueran las primeras víctimas, motivó que se diese aviso al Juzgado que se personó rápidamente al lugar del suceso, y dispuso el enterramiento en el cementerio del pueblo, cada una en su propio ataúd, lo que se cumplió después de practicarles la autopsia, al segundo día de su muerte, por los médicos don Juan Uya y don Agustín Paredes, quienes han afirmado repetidas veces que, contra todo lo que es natural en este tipo de operaciones, exhalaban los cadáveres un perfume muy agradable al olfato y exquisito sobre las más delicadas esencias.

El 22 de julio de 1940 se hizo la exhumación de los restos de las dos monjas, y se hallaron en un estado tal de conservación, que permitió la identificación de cada una de ellas sin lugar a duda, e incluso se comprobó la entrada y salida de los disparos en ambas con toda claridad. A este acto asistió, entre otras personas de carácter, el mismo médico forense, doctor don Juan Uya, quien se reafirmó de nuevo en lo rápido de la muerte de las dos Religiosas y en la particularidad del perfume percibido en horas tan tarde después de su muerte y en ocasión y tiempo tan poco propicio para ello.

En opinión de cuantos conocieron y trataron a las Reverendas madres Dolores y Francisca, son tenidas como verdaderas mártires, pues aceptaron y sufrieron la muerte siendo inocentes, y se prepararon a ella con la oración, el perdón de sus enemigos y la confesión de su fe católica.

Por parte de los verdugos concurre lo que a ninguno puede escapárseles. Esto es, que les dieron muerte precisamente por ser religiosas. Ellos eran emisarios del partido comunista, ateo, con toda la serie de consecuencias que de tal hecho se derivan.

* * *

No fueron aquellas dos monjitas los primeros mártires. Tampoco fueron los últimos. Otros muchos esperaban el glorioso turno para unirse a los que sobrepasan a los ángeles.

¿Adonde había llegado España, entonces?

Unos años antes, el *Heraldo de Madrid* publicaba las siguientes palabras: "Los pueblos, en determinados momentos de su Historia, llegan a un climax, a una culminación, a un cénit de causas y concausas, y locura es querer aplicar en esos momentos los tópicos benignos y suaves de las épocas prósperas, tranquilas y felices. En guerra estamos. Y en la guerra, como en la guerra." ¿Y quién, quién declaró la guerra? Saltados a pistoletazos —con la muerte de don José Calvo Sote lo— los cauces jurídicos, ya no era posible esperar la salvación de España por los medios legales.

No vamos a descubrir ahora, pues hace tiempo que fue descubierto, la trágica aventura política y social de aquellos días. Sólo intentamos encuadrar en su justo marco el doble martirio que acabamos de describir. Violencia y agitación por todos lados, locura de odios desatados, y dirigidos, sobre todo, hacia los débiles, este es el cuadro.

Cuadro definitivo, en efecto. De aquella enorme y trágica sinfonía destaca el lento clarín de los mártires, que, poco a poco, iban redimiéndonos a todos. Esencialmente, su sangre era entonces imperceptible. En el fondo, ella reverdeció nuestra fe.

III. EL HERMANO SORDO

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas fueron en nuestra Cruzada, entre los soldados regulares de Cristo, de los que más sufrieron en su carne toda serie de vejaciones por dar testimonio cumplido de Él. Atraviesa España entera como un caprichoso y abundante reguero de sangre la numerosa lista de Hermanos sacrificados con violencia.

Ya la entera patria ardía en la hoguera y el grupo alzado en defensa de los valores espirituales de la España tradicional combatía con seguridad y entusiasmo, cuando aquellos fieles servidores de la Verdad caían y caían en racimos, a fuerza de satánica argumentación.

La persecución de las Escuelas Cristianas fue durante la dominación roja muy larga y sañuda. Había una razón principalísima para ello. Una razón por la cual, y conocidas sobradamente las miras de quienes enviaban a los asesinos, es conveniente señalar. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas se dedicaban —y, gracias a Dios se dedican— a la formación de hombres íntegros, conscientes de su deber y hondamente religiosos en cada uno de los momentos de su vida. De las aulas de las Escuelas Cristianas han salido hombres que honran, no solamente a sus maestros dignísimos, sirio también al Dios al que pertenecen, a la patria y a la sociedad en que viven y se desenvuelven. En Melilla, en Jerez, en Valladolid, en Gijón, en Santander, en Bilbao, en San Sebastián, en Zaragoza, en Tarragona y en Teruel, entre otros numerosos sitios de España, los ex alumnos de las Escuelas Cristianas lucharon y dieron su vida, labrada palmo a palmo por sus maestros, en aras, precisamente, de lo que aquellos les habían enseñado. Orgullosos, en efecto, pueden sentirse los Hermanos de sus alumnos.

Pues bien. El marxismo ateo veía como condición inexcusable para sujetar por completo España a su antojo roer toda posibilidad de semilla, todo germen de enseñanza religiosa. Esta y no otra fue la razón de tanta saña vertida sobre los heroicos Hermanos.

Es digno de advertirse que en la gran persecución las casas que más sufrieron fueron precisamente aquellas dedicadas a la enseñanza gratuita en las barriadas pobres. En Barcelona, las de Gracia y las Corts; en Madrid las de Peñuelas y San Rafael, y en Cádiz las del Centro y La Viña.

La causa última del fenómeno es diáfana. Aquella persecución, como hemos dicho, era eminentemente religiosa, y poco importaba que una escuela fuera o no de pago si era regentada por religiosos. Pero por otra parte aquellas escuelas estaban en barriadas llamadas populares, donde el marxismo había envenenado las conciencias y el anarquismo y la impiedad encendido las teas. Es cierto que las alocadas masas odiaban todo lo religioso. Es natural que sus primeros odios se cebaran en las iglesias y en las escuelas que veían cada día.

Copiosa narración sería la nuestra si intentásemos, tan sólo, dar noticia de tantos y tantos mártires, de tantos y tantos héroes como de las Escuelas Cristianas salieron. Entre los alumnos, nombraremos solamente al capitán de todos ellos, cuyo nombre es, sencillamente, un símbolo. Un romance de aventura y de gloria: Onésimo Redondo. Entre los Hermanos los nombres saltan a los puntos de la pluma con abundancia tal que necesario nos será reducir nuestro entusiasmo y levantar como valor representativo al hermano Hilario, el buen Hermano sordo.

He aquí su martirio.

Uno de enero de 1937. Un grupo de los Hermanos se hallaban prisioneros en el buque "Mahón", surto en las aguas del puerto de Tarragona. Eran ocho. Son llamados por el Presidente del Tribunal popular de Tarragona.

La entrevista con el presidente no constituyó una verdadera declaración, pues se limitó a dirigirles algunas preguntas relativas casi exclusivamente a detalles de su filiación. Sin más molestias, fueron devueltos a su prisión. En los barcos se vivía muy mal. Bien. Puede argumentarse que las prisiones no han sido jamás hoteles de lujo. Pero lo cierto, lo cruelmente cierto es que decir que en aquellas prisiones flotantes se vivía mal, no es más que un eufemismo que al rápido avanzar de la pluma hemos cometido. En aquellos barcos se vivía en condiciones infrahumanas. Simplemente. Se dice pronto, pero a quienes allí padecieron se les hizo demasiado

largo. Sobre aquellos infiernos, algo hemos dicho anteriormente. Sigamos, pues.

El 13 del mismo mes, es decir, de enero, llamaron a declarar al hermano Hilario (Barbal), al hermano lego del Corazón de María (de la Selva) y al hermano Leontino Clemente (Pubill), que había salido en libertad el mes de octubre.

En aquella declaración se le preguntó a Barbal que explicase la contradicción que parecía existir entre la profesión de hortelano, que constaba en su declaración, y la de religioso. Contestó que, estando completamente sordo, no podía ocuparse en otra cosa.

Después de un corto interrogatorio, el fiscal le invitó a firmar la declaración que había escrito el secretario. Leída ésta y, encontrándola conforme a lo que había expresado, Barbal firmó el escrito. Se le advirtió que el viernes, día 15, se celebraría la vista de la causa y que podía buscarse un defensor, si lo tenía por conveniente. Contestó el buen Hermano que no necesitaba a nadie para defenderse, porque no había hecho nada que diese lugar a la menor acusación, y que nombrarse abogado o defensor era declararse culpable.

Razonaba serenamente el hermano Hilario, y razonaba como los justos hijos de Dios. Sin embargo, a pesar de la resistencia que opuso, decidieron sus compañeros buscarle un defensor, teniendo en cuenta, sobre todo, que, dada su casi absoluta sordera, no podría valerse por sí mismo en el juicio. Los dos o tres primeros que fueron llamados respondieron con evasivas. El abogado señor Montañés aceptó, por fin, encargarse de la defensa, y se presentó en el barco el jueves, 14, a mediodía.

Para facilitar la entrevista, después de algunas dificultades, se permitió acompañar al acusado a su compañero hermano Emiliano Anderez Polanco, por quien nosotros sabemos este penoso relato.

El señor Montañés dijo que, a pesar de hallarse en vísperas del juicio, no había podido informarse de los cargos que se hacían a su patrocinado, porque el fiscal no tenía aún ultimado el proceso. De todos modos, tratándose de un trabajador que se ganaba la vida en las faenas del campo, dio al hermano Hilario toda suerte de esperanzas. Recomendó, no obstante, que dada su circunstancia de trabajador del campo, no era necesario que declarase su carácter de religioso, sino que se limitase a señalar que era un empleado de la casa.

No le pareció al hermano Hilario bien aquella proposición, y manifestó sencillamente, pero con toda seguridad y valentía, que prefería decir la verdad.

Después de un rato de conversación encaminada a conocer algunos datos, que podían interesar a la defensa, se despidió aquélla encareciendo al hermano Polanco que, para mayor seguridad, debía persuadir al acusado de acomodarse a los deseos del defensor, ya que aquello no suponía ninguna claudicación de principios.

Al día siguiente a las nueve de la mañana, se presentó la policía para conducir a los dos Hermanos al tribunal popular, instalado en el salón de actos del seminario. Cuando ya estaban a punto de marchar, se recibió aviso para que fuese también un detenido, que se presentase a servir de intérprete a Barba 1, concesión obtenida a ruego del defensor.

El hermano Polanco se ofreció gustosísimo a cumplir aquel cometido. Minutos después pisaban tierra firme.

Con los dos Hermanos, iba otro prisionero. A éste y al hermano Hilario los esposaron, dejando libre al hermano Polanco, por su circunstancia de intérprete, o bien, como él mismo indica, por carecer de compañero con quien hubieran podido anillarle. Acompañado de la policía siguió a los dos reos desde el Club Náutico, por las calles de Jaime I, Carretera de Barcelona, Instituto, Paseo Saavedra y otras, hasta el seminario, acompañada la comitiva por las miradas de muchos curiosos, que contemplaban desolada mente el triste espectáculo.

Es enero. Nubes de plomo, nubes bajas preñadas de malos e indefinibles augurios avanzan por el cielo. Tunde el frío los cuerpos y la humedad intensa, y la escarcha, y el entero paisaje invernal, un puro gemido en aquella triste Cataluña de 1937, no es más que un respingo, aun contemplándolo ahora.

En otras ocasiones solía esperar un coche cerca del Club Náutico para llevar los presos al tribunal. En aquella ocasión no fue así. Todo se conjuraba y empezaba el martirio conforme a los

más estremecedores detalles del gran mártir cristiano.

Llegados al seminario, atravesaron la apiñada muchedumbre, que los esperaba, y fueron conducidos a una sala contigua al salón de actos, donde, pacientemente, esperaron a que se les llamara a juicio

El señor Montañés tuvo tiempo de entrevistarse con ellos, y después de advertir al hermano Polanco que se pedía para su compañero la pena de muerte, recomendó a Barbal se conformase a las indicaciones que la víspera le había hecho.

Mientras se celebraba el juicio del detenido que había llegado con ellos, el hermano Jerónimo Sorribas repitió a Barbal las recomendaciones del defensor y la pena que se pedía para él. Barbal, tomando un papel, escribió: "Yo diré la verdad en todo".

Terminado el juicio que había comenzado a celebrarse unos momentos antes, los Hermanos fueron llamados. El presidente dio la voz de audiencia pública, y con gran sorpresa de ambos religiosos, una gran muchedumbre se precipitó en el salón. Tomaron al asalto los primeros puestos y buscaban denodadamente los mejores sitios para ver y oír el espectáculo que la generosidad de los impíos les ofrecía. El espectáculo no era más que el juicio, la parodia de un juicio en el que se iba a condenar a un inocente. Así, el salón se hallaba abarrotado de tal forma que hasta la tribuna, y no digamos los pasillos, estaban por completo ocupados.

No sé si lograríamos, por los cauces normales de la lógica, averiguar las causas de aquella inusitada aglomeración. El reo era un pobre sordo de Cambrils, que no tenía ni un solo conocimiento en Tarragona. (Los pocos que tenía, en el barco, de bien poco podrían servirle.) Alguien se encargó de anunciar en un periódico que la causa iba a celebrarse, que iban a juzgar a un Hermano, y he aquí la razón de aquella influencia inesperada.

Sin embargo, es menester continuar preguntando: ¿A qué aquella afluencia jamás hasta entonces vista? Bien. No respondamos. Estoy seguro de que nuestro corazón lo sabe.

Se abre la sesión.

El hermano Sorribas se encuentra al lado del reo, sentado, en el banquillo. Objeto infamante. Objeto glorioso.

El presidente pregunta al acusado su nombre y edad, y, una vez obtenida la respuesta, concede la palabra al secretario, el cual procede a dar lectura al apuntamiento.

Informe de Llesuy (pueblo donde estuvo el Hermano): sujeto completamente desconocido en este pueblo.

Informe de Enviny (su pueblo natal): sujeto desconocido. Se cree que siguió la carrera sacerdotal.

Informe de Cambrils: sujeto completamente desconocido.

Leyó a continuación la declaración que el reo había firmado en el barco, y acto seguido el presidente da la palabra al fiscal.

El fiscal, siempre por medio del intérprete le dirige una serie de preguntas:

Algunas de aquellas preguntas fueron éstas:

F. —Diga el acusado si ha recibido órdenes.

A. —No, señor, nunca las he recibido.

F. —¿Ha llevado usted hábito religioso?

A. —Cuando trabajaba en el campo, no; pero en los demás actos, sí.

F. —Que declare el acusado la contradicción que hay entre hortelano y religioso.

A. —No hay contradicción alguna. Por ser sordo no soy apto para la enseñanza y me ocupaba en trabajos del campo.

F. —Que diga el acusado si antes de venirle la sordera dio clase.

A. —Sí, señor. Después de terminar los estudios di clase dos o tres años.

Se le dirigieron algunas otras preguntas más al tenor de las apuntadas, pero no se le hizo otro

cargo, aparte de los que quedan consignados.

Después, el presidente dio la palabra al defensor.

D. —Que diga el acusado cuáles sean o hayan sido sus actividades políticas.

A. —Mis actividades políticas han sido nulas, como corresponde a un pobre sordo que no puede comunicar a nadie.

D. —¿Adonde se dirigía el acusado cuando fue detenido en Mollerusa?

A. —Iba a visitar a mi familia; pero un compañero de aquel colegio me dijo que, si le esperaba, al día siguiente saldríamos juntos, circunstancia que aproveché gustoso. Al día siguiente no circularon los trenes y ya no pude salir.

D. —Que diga el acusado si en su pueblo hay algún Colegio que prepare para la carrera eclesiástica.

A. —No lo hay, pero de pequeño estudié humanidades en la Seo de Urgel.

P. —En una de las respuestas ha dicho el reo que no se quedó con sus padres por carecer de salud para trabajar, y luego dice que estaba empleado en esos mismos trabajos. Se ve bien clara la contradicción.

A. —La contradicción no es más que aparente. En mi casa hubiera tenido que trabajar como un jornalero, mientras que en Cambrils trabajaba según me lo permitían mis fuerzas.

Después de este diálogo, el presidente dio la palabra al fiscal, quien pronunció el discurso acusatorio. La peroración fue breve. Tal vez no sobrepasara los cinco minutos. Toda su argumentación giró en torno a esta palabra, a esta frase, que repitió hasta la abyección, hasta la saciedad: "O lo matamos, o ellos nos matarán. Si condenamos a los que en el frente ametrallan a nuestros hermanos, con razón mayor hemos de matar a los que se dedican a la formación de fascistas. Por esto pido al jurado que no se deje llevar de sentimentalismos y que confirme con su voto la pena de muerte que pido para el acusado".

Acto seguido, y ante la expectación silenciosa de la sala, se levantó el defensor. Manifestó la extrañeza que le había causado la petición del fiscal, teniendo en cuenta la ausencia de testigos y el no haberse hecho ningún cargo al acusado. Recordó luego cuanto repugnaba la pena de muerte a personajes de la política de entonces, cuyos nombres y palabras citó. Aludió al estado particular del acusado, y terminó su discurso pidiendo la completa absolución de su defendido.

Preguntado luego el hermano Hilario si tenía algo que declarar, contestó negativamente y, acto seguido, el tribunal y el jurado se retiraron a deliberar.

He aquí que la tremenda aventura que narramos abre un paréntesis, el cual, si nos importa, podemos aprovechar nosotros. No se trata de consideraciones al margen. Cualquiera de ellas, por acertadas que fuesen o por brillantes que resultasen, quedarían muy por bajo de la sensación realmente patética que se desprende de la descripción simple, en la cual nos hemos atendido exclusivamente a los hechos. Y bien. Por nada del mundo quebraríamos, ahora, nuestro intento. Ábrase instantáneamente el paréntesis, e instantáneamente se cierra.

Queda la sala sin una parte de los protagonistas que han actuado en ella. Flota en el ambiente un aire en extremo turbio. El público, que ha ido aumentando, se aprieta y comenta diversamente las incidencias que acaba de presenciar. He aquí que, de pronto, reaparecen los tribunales. La deliberación ha durado, exactamente, un minuto.

Se hace el silencio. Muchas veces se dice que el silencio, cuando toma el cariz que en aquella ocasión, es sepulcral. Un silencio sepulcral. Mas conviene advertir que en la sepultura el silencio no es humano, es un silencio sin esperanza. No así en la sala en la que nos hallamos. Este silencio es un silencio de vida, es un silencio entre los vivos, un silencio consciente y voluntario, un silencio entre el cual navega, como una angustiosa nave fantástica, la esperanza. Singular momento.

El presidente se levanta de su sitio, en el que se había sentado hace un segundo y pronuncia el veredicto condenando a Manuel Barbal Cosan (hermano Jaime Hilario) a la pena de muerte y confiscación de todos sus bienes.

Ha acabado la sesión.

Los guardias conducen al hermano Hilario y a su compañero a una sala contigua y allí el hermano Sorribas comunica la sentencia al condenado. El Hermano, el buen Hermano sordo, no la había oído. Sin embargo, Barbal no tembló. Lejos de producirle la menor impresión desagradable, la noticia fue recibida por él con una tranquilidad y resignación admirables.

—¡Bendito sea Dios! —dijo—. Desde el cielo rogaré mucho por ustedes. ¿Qué más pudiera desear que morir por el único delito de ser religioso y de haber contribuido a la formación cristiana de los niños?

Pensó entonces en sus padres, y temiendo el no poder comunicar con ellos, escribió las siguientes líneas rogando a su compañero que las transmitiese a su familia. Aquella carta fue escrita así:

"Querido padre y familia: He sido juzgado y condenado a muerte. Acepto contento la sentencia. No me han hecho ningún cargo; sólo porque soy religioso he sido condenado. No lloréis, no soy digno de lástima. Moriré por Dios y por mi patria. Adiós. Os esperaré en el cielo. *Manuel Barbal*."

Momentos después hicieron su aparición los guardias que condujeron al sentenciado y al hermano Sorribas a la prisión. Allí, este buen compañero, dejó al hermano Hilario, que fue a juntarse con los veinticuatro condenados a muerte que esperaban, día tras día, la concesión del indulto o la ejecución de la pena.

El hermano Sorribas no añade más. La pesada reja de la cárcel ocultó para siempre a sus miradas la noble figura de Barbal. Supo, algunos días después, que todos los condenados a muerte habían sido indultados. Todos, menos uno. Menos Barbal.

¿Cuál, Dios mío, cuál, había sido su horrendo crimen?

* * *

Llega la hora de narrar el sacrificio. Tras la sentencia, estuvo muy pocos días en la cárcel. Medita.

Reza. Estaba escribiendo cuando fueron a buscarle. Sereno, inmutable, siguió fielmente cuantas indicaciones se le hicieron. Antes de morir dejó el poco dinero que poseía a los pobres.

Las tres de la tarde. Los soldados le llevan junto al cementerio, a un lugar muy pintoresco llamado La Oliva. Lo colocaron para la ejecución en el recodo que hace la carretera y a unos dos o tres metros a la derecha de una fuente artística que allí hay, de cara al camposanto.

El pelotón de ejecución se colocó debajo, en un bosquecito de pinos. Junto a los milicianos se hallaba el doctor Aleu, testigo de excepción de los minutos siguientes.

La suprema calma del Hermano, era ya, de por sí, cosa admirable. Estaba de pie, con las manos cruzadas debajo de la barba y con los ojos fijos en el cielo, de donde con toda seguridad recibía los suaves consuelos y la fortaleza necesaria en aquella hora clave de su vida, que era la de su muerte. Su actitud era serenísima, sobrehumana.

Los milicianos disponen sus armas. El jefe del pelotón da la orden de ¡fuego!; suena la descarga, que rompió la armonía del paisaje, que rompió toda armonía, y el Hermano queda en pie, inmutable, sin haber recibido herida alguna.

Oigamos al doctor Aleu. El doctor atribuye tan extraño suceso al nerviosismo de los soldados, conmovidos por la solemne grandeza de la escena. Bien. Estamos conformes.

El pelotón se prepara de nuevo. Otra vez la orden de ¡fuego!, y por segunda vez el mártir queda en pie, sin más que un rasguño en el brazo. Firme, como en una rigurosa guardia.

Y ahora, ¿qué ha ocurrido? Los soldados huyen ante aquel hecho sin precedentes, acobardados ante aquel drama realmente fantástico. Entonces el jefe del pelotón se acerca hasta casi tocar la víctima, pronuncia en catalán una palabra soez y dispara dos veces su pistola a bocajarro. El cuerpo del buen Hermano cayó exánime.

Así, sencillamente. Sin ningún comentario. Así ocurrió.

IV. UN CURA DE ALDEA

Desde los primeros tiempos del cristianismo, fundándose en las palabras del Señor sobre el testimonio sangriento en favor de su doctrina, que El mismo y los apóstoles dieron delante del mundo, la Iglesia ha limitado la palabra o significación de martirio al testimonio que los cristianos, perseguidos por los enemigos de Cristo, dan en confirmación de la Fe, derramando su sangre hasta la muerte, en los tormentos o en la persecución. Tres son los elementos en el martirio formal cristiano: La causa de la muerte ocasionada por el perseguidor por odio a la Fe o la virtud cristiana; la aceptación libre y voluntaria de la muerte, aunque se oponga resistencia al tirano, por parte del mártir, y la muerte consecutiva a la acción del perseguidor y a la aceptación del mártir.

Escribe Santo Tomás de Aquino: "Cuando uno sufre por el bien común, sin relación con Cristo, no merece la aureola del martirio; pero si tiene relación con Cristo, merecerá la aureola y será mártir"...

Vamos a describir ahora los odiosos suplicios a que fue sometido un hombre, un cura de aldea, que no llegó a ser asesinado, pero cuya posterior muerte tiene mucho que ver con los quebrantamientos y violencias que con él cometieron.

Andamos también por aquel año turbio de 1936. Es en Cuenca, en el pueblecito de Albalate de las Nogueras, perteneciente al arciprestazgo de Priego. El estado religioso y moral de este pueblo, a pesar de la descarada y abundante propaganda marxista, se conservó siempre fiel a las tradiciones santas de sus mayores.

La iglesia parroquial y la ermita de Santa Quite-ria fueron profanadas en 1936, y todos los altares, las imágenes y el órgano fueron destrozados, desapareciendo casi todos los objetos dedicados al culto, entre los cuales había una custodia y una cruz parroquial de plata de gran valor artístico. Cabe pensar. Si aquellas hordas groseras, cuya principal disculpa será siempre la ignorancia, no respetaban a las personas, ¿cómo iban a respetar los objetos? Su carácter de objetos sagrados era algo radicalmente nulo para ellos.

Cura ecónomo de aquel pueblecito conquense era don Manuel Hidalgo, que había nacido en el año 1880. Hemos dicho ya que no fue asesinado. El ejemplar sacerdote murió de muerte natural después de la liberación, a consecuencia del terrible martirio que por ser religioso y negarse enérgicamente a blasfemar de Dios y de la Virgen sufrió.

Don Manuel Hidalgo fue encarcelado ya a principios de agosto de 1936 en el cuartel de las milicias de Cuenca, donde estuvo casi un mes, esperando de un momento a otro que le llamasen para ser asesinado.

Según declaró después, "aquello era un gran infierno". A todas las horas del día y de la noche llevaban detenidos que no cesaban de ser golpeados. Llegaban con la cara y el cuerpo llenos de sangre y con huellas de ser rudamente martirizados. Si de allí sacaban alguno por la noche, era con el único objeto de matarlo. Don Manuel Hidalgo preparó a bien morir á infinidad de condenados. Verdaderamente ellos salían de aquel infierno para ocupar un sitio de honor en el cielo.

Más tarde, el 1 de septiembre de 1936, don Manuel ingresó en el Hospital de Santiago de Cuenca, como enfermo del estómago, sin que nadie sospechase que era sacerdote. Un día le visitó un anciano, el cual, al despedirse, le besó la mano, por lo que las enfermeras rojas sospecharon y pronto se convencieron de que aquel enfermo era un sacerdote.

Entonces comenzó su martirio. Las enfermeras divulgaron entre sus amigos milicianos que en el Hospital de Santiago había un cura enfermo, y los milicianos empezaron entonces a visitarle poniendo en juego sus máximos resortes de crueldad. Las enfermeras —peor que víboras— le negaban con harta frecuencia el régimen señalado por los médicos y hasta toda clase de alimentos, siendo muchos los días que se quedó sin comer riada, aunque su compañero compartía con él, secretamente, la ya escasa comida.

Evacuados los enfermos civiles, al ser convertido el hospital de Santiago en hospital militar, quedaron en él don Manuel y su fiel compañero, testigo de cuanto después, para la mayor gloria de

Dios, ocurrió.

Muy pronto, los nuevos milicianos ocupantes del hospital, acompañados de las enfermeras, empezaron de nuevo a visitar y a martirizar al buen sacerdote. Todas las tardes se presentaban en la sala como una docena de milicianos y enfermeras, que blasfemaban, golpeaban, insultaban y amenazaban con la muerte al sacerdote enfermo. Cada día se desarrollaba allí una escena de martirio, la mayor que quepa en cabeza humana. Se colocaban en torno a la cama del enfermo, y unos le pellizcaban, otros le escupían en la cara, éstos le echaban agua por la cabeza obligándole a permanecer durante el tiempo de la burla mojado, aquéllos le apuntaban con los fusiles de la guardia fingiendo dispararlos, le afeitaban cruelmente la barba utilizando navajas de bolsillo, le introducían avispas dentro de la cama... No cupo mayor locura en aquellos bárbaros. Cuanto cabe imaginar, cuantos lentos suplicios pueden aplicársele a un hombre para que los sufra sin perder la conciencia, es decir, para que realmente los sufra, le fueron impuestos al buen sacerdote. Sin embargo, una gran resignación y valentía era la invariable respuesta del atormentado. He aquí que Cristo es todo Fortaleza.

Una mañana, se presentaron los verdugos con sus amigas las enfermeras con la horrenda pretensión de que blasfemara de Dios y de la Santísima Virgen, pero el sacerdote, impertérrito, aunque sabía a qué tormentos iba a exponerse, se negó con robusta energía. Entonces, defraudados en su intento, apalearon brutalmente al sacerdote, y, despojándole de las ropas de la cama, lo arrastraron fuera del lecho, sin permitirle que se cubriera con ninguna ropa, pretendiendo, entre insultos groseros y golpes, que celebrara burlescamente en aquella situación, y cubierto con un paño rojo y negro, el matrimonio de una enfermera con un miliciano.

El mismo día, por la tarde, volvieron de nuevo aquellos bárbaros, cuya catadura es fácilmente colegible, aun sin haberlos visto jamás. Mal encarados, de ademanes torpes y dispuestos siempre al gesto lúbrico con el cual las gentes inferiores, por un instinto de animal ferocidad, saben que hiere en su mismo centro a todo espíritu medianamente delicado, se ensañan con un hombre a su completa merced, al modo de los cobardes, rufianescamente, preparándose así el gran espectáculo. Y las enfermeras. Mal cuadra tal apelativo en aquellas mujeres. Miradlas. Perdida toda compostura, derramado su pudor e intimidad, son, en ocasiones, peor que sus compañeros. Al parecer, carecen en absoluto de alma.

Todos, otra vez, intimidan al sacerdote para que blasfeme. Blasfeman ellos diabólicamente y le proponen, a bofetadas, que los imite, que haga lo que ellos.

Pero nada pueden. Se enfurecen. Salta el odio como una tralla y cruza el cuerpo ya demasiado torturado del mártir.

La sala, la sala del hospital donde se perpetra aquel crimen, se halla repleta de soldados. Asisten —alguno tal vez apenado— al escarnio continuo, al indecible sufrir de aquel hombre. Pero aquel hombre está solo. Solo como un árbol sobre el páramo inmenso. Ni una palabra en su defensa, ni siquiera una palabra de compasión. Nada. Está solo. Solo. Absoluta y radicalmente solo. Mientras, los insultos y los palos se renovaban continuamente y le pinchaban con las navajas haciéndole brotar la sangre, y le abofeteaban a mansalva hasta magullarle el último hueso.

Cada día, cada hora que pasaba, el odio era mayor; querían, querían a todo trance que blasfemara. ¡Que blasfemara! Todo eran promesas y halagos. "No volveremos a molestarte." "Blasfema y no volveremos a molestarte."

Si la primera negativa fue enérgica, las demás crecieron en energía. Cada golpe, cada vejamen, cada zarandeo, cada tortura era un grado más en la fortaleza de aquel hombre. "¿Quién contra Dios?" Al ver cómo fracasaban una y otra vez en sus intentos satánicos, aquellos milicianos sacaron del lecho al sacerdote y lo colgaron de una ventana de las que miran hacia un puentecito —el llamado de San Antón— asido por los pies, con la cabeza abajo, teniéndolo en aquella insufrible postura unos quince minutos, con amenaza de soltarlo si no blasfemaba de Dios y de la Virgen. Por fin, los milicianos y enfermeras acordaron aplazar la ejecución hasta el día siguiente por ver si entonces, con un último y más vigoroso intento, lograban de él lo que se proponían.

—Y, si entonces te niegas a blasfemar —le dijeron— te precipitaremos por la ventana como persona perjudicial para la humanidad.

Hubo algunos de aquellos que a diario contemplaban el martirio del sacerdote, que, sintiendo

hacia él una cierta piedad, le aconsejaron, en momentos de confianza, que accediese a las pretensiones de sus verdugos con el fin de que terminasen de una vez tantos martirios. Tan peligrosa insinuación, escudada seguramente en una humana piedad, no logró el más nimio retroceso en la decisión de don Manuel.

—Prefiero —dijo— el martirio continuo y la muerte, antes que blasfemar. No habría para mí mayor desconsuelo que en un momento de dolorosa locura, accediese, aun inconscientemente, a tan bestiales proposiciones.

De nuevo volvieron. Otra vez rodean la cama de don Manuel. El sacerdote ruega a Dios que le envíe fuerzas para resistir mansamente la jornada que comienza. Triste, tristísima jornada. El sacerdote mira en torno. Solo. Otra vez solo. Su mirada y su corazón se elevan a la eterna compañía, y ruega: "Señor, señor de la Fortaleza, dame ánimo suficiente."

Los milicianos comenzaron fingiendo halagos cariñosos prometiéndole, como en los días anteriores, que nada habría que temer si se avenía a blasfemar. Le pusieron en la cabeza un pañuelo rojo y negro y le invitaron a dar vivas a los partidos ateos. Seguidamente, y en el paroxismo de su burla y de su odio frenético, trataron de arrancarle —¿cuántas veces van ya, Señor?— blasfemias contra la Virgen. Y las amenazas. "Blasfema, o te tiramos por la ventana." "Blasfema, o te tiramos por la ventana." "Blasfema, o te tiramos por la ventana."

Ante las amenazas, ante los halagos y los golpes, el sacerdote respondió:

—Tiradme por la ventana cuando queráis, pero yo jamás blasfemaré contra Dios y la Virgen Santísima.

Un miliciano le replicó:

—¿Pero es que tú crees que hay Virgen, so cínico?

Don Manuel, el buen cura ecónomo de un pueblo, con valentía y firmeza retadora, ante la chusma de blasfemos exasperados, respondió:

—¡Sí, creo que hay Virgen!... ¿No habéis tenido vosotros madre?... ¿No tenéis también retratos de vuestra madre?... ¿Qué diríais si yo blasfemase contra vuestra madre y me ensuciase en su retrato?

Según un testigo presencial, fue tal el efecto que aquellas últimas palabras causaron en aquel grupo de salvajes, que, sin añadir una palabra más, se marcharon todos de la habitación, en tropel, avergonzados por fin.

Este fue el trance en que se vio un testigo excepcional de la fe. Unas horas después, el director del hospital ordenaba el traslado de don Manuel Hidalgo a la cárcel provincial, quedando un poco más libre de tantos atropellos. Y allí continuó, debilitado hasta el extremo, enfermo y agotado, hasta las horas aurales de la liberación.

Más tarde, en la paz de España, don Manuel Hidalgo murió en el ósculo del Señor y bajo la protección de la Santísima Virgen, cuyo honor había defendido con sufrimientos horribles, en un martirio glorioso, prefiriendo todos los dolores y afrentas antes que pronunciar las palabras de la gran renuncia. Gloria a Dios.

Cuenca. Al lado de este sacerdote que hemos escogido entre los innumerables mártires que en aquellas tierras sufrieron por Dios, y de algún otro cuya patética muerte describiremos a su tiempo, habría también que colocar los sacrilegios y violaciones de todo orden que las turbas cometieron. Fue la política —y no nos cansaremos de repetirlo— de 1931, que arremetió contra el Catolicismo y contra los católicos y trató de exterminarlos completamente, a sangre y fuego, sobre todo desde febrero de 1936. Ése es el testimonio unánime y evidente. Los hechos y las personas fueron así, por más que nos pese, y sería inadmisiblemente frivolidad tratar de desconocerlos. Intentarlo siquiera, es, históricamente, un delito. Pero nuestra tarea no podrá recoger —como ya hemos dicho— la plena individualidad de tantos mártires. Bien que lo lamentamos.

Por otra parte, a tantos años de aquellos sucesos, conviene emplear el rigor más extremo y puntualizar con exactitud, y si es caso con la frialdad de un severo historiador, las proporciones y singularidades del acontecimiento. Podrá parecer, durante un instante, que desbordamos con esto los objetivos propuestos. Podrá parecer que al discurrir de tal guisa rozamos estamentos

del asunto que no nos corresponden. Nada más equivocado. Si describimos los martirios y sus sujetos, sería poco serio no mencionar en absoluto los antecedentes, las causas directas e instrumentales y las responsabilidades de aquellas soberanas alteraciones de todo orden y justicia.

Existen hechos concretos en los cuales todos los informes que han aportado luz a esta grave tarea coinciden de modo exacto. Y es que todos atribuyen la responsabilidad moral, eficiente e instrumental de los sacrilegios, robos y asesinatos a las organizaciones marxistas y secretas, las cuales, por odio formal a Jesucristo, a su Iglesia y a cuanto actuaba en su nombre, a sus sacerdotes y creyentes, a sus templos y cosas santas, decretaron la profanación y la muerte en formas diabólicas infrahumanas. Y todos los testimonios dan a los enemigos de la Religión, a los sacrílegos y asesinos, a los matadores de España y de españoles, el calificativo de "rojos". No son estas afirmaciones producto de una labor erudita y de honda investigación. No hemos llegado a estas conclusiones a través de ningún método comparado ni riguroso o complicadamente científico. Es, simple y llanamente, la voz popular. Pronunciad ante una persona madura o ante un niño el vocablo "rojo", y podremos atribuir la experiencia a lo que mejor nos parezca, pero el hecho es irrefutable. Tal vocablo es automáticamente propuesto para acompañar a todo género de molestias, de desórdenes, de brutalidades. No inventamos, ni siquiera investigamos. Es necesario hacerlo constar y repetirlo hasta la hartura. Tal peripecia psicológica, si así os place llamarla, es palmaria, evidente. Y bien. Ese es el término. Término —como alguien dijo, execrable, con una execración nueva, desconocida hasta ahora en la Historia de España. "Rojo." Rojo es el color del sacrilegio; rojas son las llamas infernales destructoras de templos y objetos sagrados; rojo es el furor de rabia vesánica y bestial; roja es la sangre inocente y sagrada vertida impiamente, criminalmente, por odio a Dios, a la virtud y a España...

No, no podemos engañarnos. No desbordamos nuestro tema al acoger en él tales singularidades. No solamente es necesario saber quién ha muerto, sino también quién mató, por qué, y quién debe erigirse como responsable. Qué individuos, qué sociedad, qué política y qué ideas.

Dentro de cien, mil o dos mil años, se impone que los libros puedan responder a un niño cuando pregunte: "¿Quién, Jesús mío, quién mató a aquel buen Hermano sordo, quién pinchaba con navajas al humilde cura de Cuenca?"

Será menester que alguien le responda. Por ese probable niño futuro no debemos hoy reducirnos a narrar, con exclusividad frívola, la trágica anécdota del martirologio.

V. LA MANCHA DE SANGRE

Cuenca. Aún debemos continuar en Cuenca. Aún es necesario espantarse sobre esta tierra de Castilla para no olvidarse jamás de tal espanto. Corre también —y corre como un río turbulento— el año de 1936. No obstante, retrocedamos con los años y con nuestra figura al comienzo de lo que podría ser una de las más bellas biografías.

Dan Petronilo Vicente Vélez había nacido el 31 de mayo de 1832. En Portalrubio de Guadalmejar —nombre para romance—. De 1882 a 1895 estudió en el seminario de Cuenca, hasta que el 30 de marzo del último año citado fue ordenado sacerdote. El día 1 de julio de 1897 tomó posesión de la parroquia de Moncalvilla y el 18 de febrero siguiente ingresó, por oposición, en el Cuerpo de Capellanes de Prisiones, desempeñando su cargo sucesivamente en Gerona, Tarragona, Chinchilla y, finalmente, desde el 6 de marzo de 1912, en Cuenca, donde la República lo dejó cesante, el 31 de agosto de 1931.

En el desempeño de su ministerio sacerdotal resplandecieron siempre sus virtudes. Fue celoso e infatigable en la enseñanza de la doctrina cristiana, esa doctrina tan bella jamás bien aprendida por los hombres. En las parroquias, en las cárceles, por donde quiera que pasaba el sacerdote, dejaba, como su huella, como suave herencia, esperanza y consuelo. Su misericordia y su caridad con los pobres y los reclusos no tenía límites. Daba todo lo que tenía, hacía cuantos favores estaban a su alcance y vertía su corazón entero hasta en los casos de mayor abyección humana. Bondadoso y apacible, por el dominio de su carácter, su paciencia no se alteraba ni se agotaba jamás. La piedad sacerdotal y las virtudes eran en este hombre el fruto de la gracia divina y de la educación recibida en el hogar de su madre, cuya memoria era para él muy querida. Pero este enorme caudal de fuerza virtuosa que el recuerdo vivo y perenne de su madre le introducía en el espíritu, era sostenido todavía por un caudal más esencial a sí mismo, y él era su esfuerzo personal constante.

En sus sermones y diálogos con los reclusos, tendía siempre a regenerar sus almas, en abrirlas a la verdad, y en santificar los dolores por medio de la caridad y de la gracia.

En uno de sus hondos sermones dijo textualmente las siguientes palabras:

"Yo, sacerdote de Dios, venido a las prisiones, os amo con el amor de la divina misericordia, que a ellas me trajo para derramar en estas casas los consuelos de la fe católica. No puedo desatar las opresoras ligaduras de la justicia humana que aquí os retienen, aunque sí convertirlas en fruto de contrición y de virtudes. El ric-rac de esos cerrojos me estremece, y al Señor ofrezco cuanto sufrís, y me espanta la sola idea de que a la cautividad unáis la escasez de ideas religiosas..."

¿Constituyen tales palabras un crimen?

Don Petronilo era un buen sociólogo, quien desde su juventud se dio cuenta de los males históricos de su época y de la dificultad de aplicar remedios eficaces. La predicación, la catéquesis, la prensa, el apostolado individual, todo debía ser empleado por todos en la lucha contra el liberalismo, calificado por él como el mayor mal de la Historia y la herejía más funesta de todos los tiempos. Contra el liberalismo utilizó su bien tajada pluma, la cual, con estilo sencillo, claro, brillante y conciso a la vez, dio a luz en Barcelona, en el año 1906 un interesante folleto, titulado "Realidades", que descubre su alma, su cultura, su amor a la Iglesia y su inmenso patriotismo, como aparece ya en las siguientes palabras de la dedicatoria:

"Estamos ya en los tiempos de las persecuciones. La Iglesia española sufre. Yo, el último de sus sacerdotes, lloro las desdichas de mi Patria y salgo a la lid, en defensa suya, contra los enemigos de Dios."

El folleto era, en verdad, un modelo de valor y tino, difícilmente superable. Por su interés creemos conveniente transcribir las siguientes líneas con que acaba, con el que acaban aquellas "Realidades":

"Cuando la piedad de mi Prelado me invistió las sacras órdenes, recordé, de rodillas ante Dios, las primeras palabras que oí de mi amorosa y bendita madre: Hijo mío. sé muy bueno, que la

Virgen te querrá mucho. Y aquella buena mujer signó mi frente con la señal del cristiano, la Santa Cruz.

"Por fortuna, no olvidé jamás que la Cruz era mi destino. Y a la Cruz me debo, que si mi madre, desde la bienaventuranza beatífica, mis palabras oye, yo la digo desde lo más recóndito de mi corazón:

"¡Madre mía! Soy sacerdote. La Cruz, cuyo signo hermoso sellaste tantísimas veces en la frente de este hijo tuyo, sobre mi pecho se descubre; si por ella y en ella hubiera de perder la vida temporal, ofrezco a Dios el sacrificio de mi vida. Tú me enseñaste a ser Cristiano, y en defensa de Dios y de su Iglesia santa publico "Realidades", porque realidad muy triste es que los tiempos del Gólgota se aproximan, y yo quisiera morir abrazado a la Cruz de mi Señor." ¿Constituye esto un crimen? Dios le concedió en la vejez la suprema gloria del martirio, tras una vida repleta de virtudes y de generosidad para sus semejantes. Al estallar el Movimiento Nacional, estaba don Petronilo en Cuenca, de donde marchó a su pueblo natal, el día 29 de julio de 1936, creyendo que allí, con su familia, estaría más seguro y podría esconderse con más facilidad. Antes de salir de Cuenca escribió en el manuscrito de un libro también titulado "Realidades" estas palabras: "Termino, lectores, invitándoos a que en esto' días calamitosos ofrezcamos nuestra vida a Dios por la salvación de nuestra querida patria."

Siguieron malos días. Cada jornada, las proféticas palabras de aquel sacerdote iban cobrando tremenda realidad en España. Giraba, locamente, la rosa de los vientos, y era una rosa sangrienta, y sus direcciones iban todas hacia el brutal asesinato nacional. Brillaban, acá y allá, algunas luces de esperanza. Y de pronto, nuevamente, la luz se oscurecía de sangre.

Refugiado en Portalrubio, sus familiares le escondieron en un Jugar donde sólo tenía el libro de rezo y un crucifijo, pasando los días, resignado y contento, con la voluntad divina, en la oración y unión con Dios. Allí supo que los rojos habían asaltado la iglesia del pueblo, tiroteando el altar mayor, quemando todos los altares e imágenes y saliendo luego por la calle revestidos sacrilegamente con los ornamentos sagrados.

Es media tarde. Las bóvedas de la iglesia recogen, transformándolos en gritos demoníacos que se multiplican, que se hinchan en el aire, los chillidos, las irrespetuosas voces de los milicianos. Caen, a golpe de hacha, las imágenes. Rueda un Cristo decapitado. La imagen de la Virgen es mancillada y después arrojada a la hoguera. Los salvajes se dirigen ahora a la Sacristía. Los ornamentos sacros son arrojados al suelo y pisoteados. Luego, entre carcajadas, se visten con ellos. Cogen cruces y cirios, incensarios, estandartes, y organizan una procesión burlesca. Entonan blasfemias y obscenidades. Y la gran burla acaba en la taberna, en una ruidosa, inconcebible y sacrílega embriaguez.

Esto, ¿constituye un crimen?

El dolor que la descripción de tales escenas causaron en el sacerdote no es para describir. Cualquier adjetivo que empleásemos no coincidiría, por escasez de intensidad, con aquel dolor. Don Petronilo redobló su oración. Allí, en aquel humilde rincón, oraba por España y se preparaba para el martirio, que esperaba con mucha seguridad. No hay más remedio —decía— que resignarse y aceptar la muerte que Dios nos envíe.

Un día, desasosegado, salió de su escondite. Buscó a alguno de sus familiares. Don Petronilo había tenido como una visión... Sí, sí, una visión. La describió así:

"En la pared de enfrente veía un rostro como el de Cristo Rey, y debajo, alrededor, mártires como los de Zaragoza... Y en la frente de uno de ellos había dos agujeros como dos tiros... Y digo yo: "Si seré yo ése?..."

Pasaron los días. El sacerdote oraba y su espíritu se preparaba para la última prueba. Ardía su alma en deseos de servir a Cristo en la manera que El le señalara y su humanidad, su cuerpo, se había adaptado ya a los deseos del alma. Era, pues, un puro servidor de Cristo.

Y pasaron los días. Sus familiares, cada vez más atemorizados, intentaron en varias ocasiones cambiar el escondite del sacerdote, mas esto, a última hora, siempre resultaba imposible. Don Petronilo meditaba.

Veía en ello la mano poderosa de Dios que le había señalado un destino. ¡Él era un mártir

desde la eternidad.

Y continuaron pasando los días. De Huete a Tarancón fueron unos milicianos, cuyo número pasaba de la treintena, armados con fusiles y con gran estruendo, a visitar la casa donde estaba oculto. Allí dispararon muchos tiros para atemorizar a los familiares y evitar que nadie se defendiera. En efecto. Para que nadie se defendiera. Veamos quiénes hubieran podido defenderse. Tres mujeres, dos de ellas ancianas, y cuatro niños, el mayor de catorce años. Sin duda, era necesario asustarlos por medio de disparos para que no se defendieran.

Por fin, dieron con la presa. Al encontrar a don Petronilo, a eso de las diez de la mañana, con su libro y el Crucifijo, resignado y sereno, redoblaron los tiros, las blasfemias y los rugidos. Como las fieras. Decimos mal. Las fieras no blasfeman. Es, os digo, mucho más fácil hacer que una fiera dispare una pistola que blasfeme. Pero los milicianos blasfemaban. Era su gran triunfo. Un anciano inerme. Su triunfo.

Allí mismo, en la habitación que hasta entonces había sido refugio del sacerdote, le ataron las manos y comenzaron a maltratarle de palabra y obra. Aquel martirio ya no cesó hasta su muerte.

Aquel martirio duró doce horas. En esas doce horas, infinitamente crueles, tuvo constantemente las manos atadas. Cayeron sobre su rostro bofetadas, escupitajos, palos, pinchazos... Crujía y se hinchaba su cuerpo. A las cinco horas estaba por completo desfigurado. Tenía sed. El sacerdote de Cristo tenía sed.

—Tengo sed — dijo.

—Gasolina te vamos a dar.

Y se la dieron.

A poco, a modo de burla, le vertieron por la cabeza un vaso de vino procurando con todo escrúpulo que ni una gota siquiera llegara a sus labios.

Le alzaron del suelo y le llevaron, arreándole como a un animal a otra habitación.

Allí se redoblaron los agravios, los tormentos. Para mofarse le pusieron en la cabeza un sombrero y le llevaron descalzo a todas partes.

El dolor de sus muñecas, tantas horas agarrotadas y oprimidas por las cuerdas, le subía al rostro un gesto de sufrimiento indecible. Se lo notaron. Nadie tan perspicaz como aquellos verdugos.

—¿Qué te pasa, cerdo?

El sacerdote guardó silencio.

—Dinos lo que te pasa o te machaco la cabeza ahora mismo hasta que te mate.

El sacerdote guardó silencio.

—Pero... ¿qué te pasa, desgraciado? ¿Es que no estás cómodo?

—Soltadme las muñecas. Por Dios os lo ruego.

Entonces, un miliciano, le clavó alfileres en las yemas de los dedos, entre las uñas y la carne.

Al fin, decidieron asesinarle. Fueron al campo, arrastrando a su víctima. Don Petronilo iba descalzo. Un miliciano iba delante ladrando como un perro, y de vez en cuando retrocedía y se echaba encima del anciano sacerdote mártir.

Era ya de noche. El tiempo era agradable. Los campos se extendían a izquierda y derecha. A cielo abierto, sin miedo a que Dios enviase un rayo exterminador, la chusma redoblaba los insultos y las ofensas.

Le hicieron subir una cuesta muy empinada y larga a fuerza de golpes, y por los sufrimientos y la vejez iba ya medio muerto, cubierto del sudor de la agonía, lleno de heridas, sin comer ni beber, después de un día de tormentos indecibles.

Por el camino —por la dolorosa vía hacía el calvario— les decía que les perdonaba, pero ellos se enfurecían más y de nuevo le maltrataban.

—Yo —decía el mártir— en política no me he metido; pero católico soy y así muero.

Querían los milicianos que blasfemara.

—Yo eso nunca lo he hecho, y antes quiero morir que hacerlo.

Le mandaban cantar canciones deshonestas.

—Yo no sé estas cosas.

Por fin, le dijeron:

—Canta tu entierro.

Y el sacerdote, cantando el Miserere y algunas antífonas de las exequias, siguió jadeando, su camino.

Llegaron al lugar elegido para su muerte. Allí le ordenaron ponerse de rodillas. Les obedeció y dijo de nuevo:

—Os perdono, de todo corazón, el mal que me habéis hecho.

Sin dejar que acabara sus palabras le dispararon diecisiete tiros y le dieron diez puñaladas. Después de muerto, un miliciano le atravesó la cabeza con dos disparos, cuyos agujeros se destacaban notablemente en su frente, como había visto en la visión.

En el lugar del martirio quedó una mancha que no desaparecía por más que se intentaba.



Ilustración 3. Obreros desmontando el monumento del Corazón de Jesús

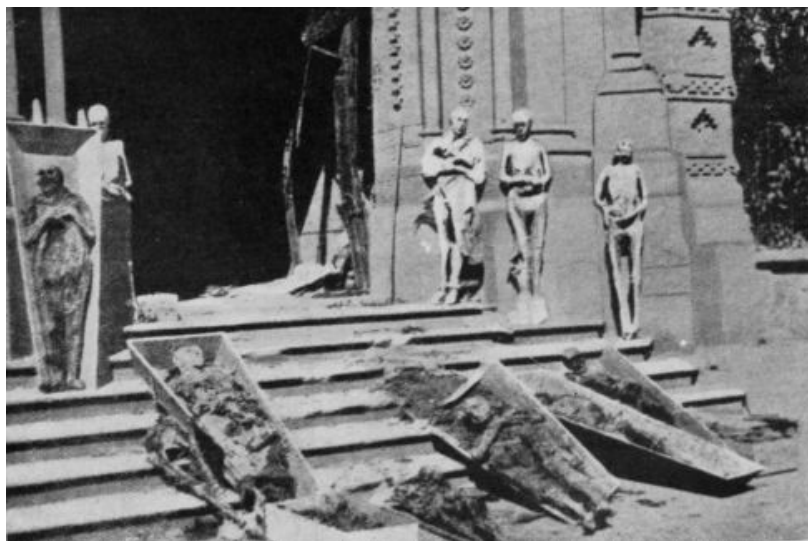


Ilustración 4. Barcelona. Momias profanadas y expuestas al público



Ilustración 5. El monumento del corazón de Jesús, en el cerro de los Ángeles, profanado por las turbas

VI. NADA MENOS QUE UN NIÑO

Era un niño de quince años. No se comprende muy bien qué clase de hombres poseen suficiente valor para asesinar a un niño. No es, desgraciadamente, un trance nuevo. Los primeros pasos ejó la Iglesia van ya teñidos de sangre infantil, y esto es, si se para mientes en ello, profundamente significativo. Hay algo por encima de las posibilidades razonadoras del hombre, de la religiosidad lógica, si se quiere, del hombre, literalmente maravilloso. Ello es la fe de un niño. Es inútil intentar explicaciones que pecarían siempre, además de farragosas y no fácilmente inteligibles, de poco convincentes. ¿Qué fuerza superior, qué voluntad sobrehumana obliga a un adolescente a mantener su fe aun a costa de su propia vida? No nos hagamos ilusiones. Cuando un hombre en ciernes se enfrenta con problemas de una radicalidad tan grave como el de la vida o la muerte, precisamente por no ser aún un hombre, definitivamente constituido, es decir, un carácter, tanto en su sentido moral como biológico, la respuesta coincide exactamente con el instinto natural. La educación y el buen ejemplo, créase o no, influyen infinitamente de modo más poderoso en un hombre que en un niño, cuando de tales trances se refiere. Por eso mismo, la presencia de Dios en los niños mártires es de una evidencia abrumadora.

Era un niño como todos los demás. Perteneciente a una cristianísima familia, los Mosquera y Suárez de Figueroa. Los ocho hijos fueron moldeados dentro de los principios íntegros de todo español auténtico. Dios y la patria eran para los hermanos los dos quicios sobre los que giraba su conducta. Y así los cuatro hijos mayores dieron su vida por tan altos principios. Pertenecían a la Congregación de San Luis Gonzaga, do Madrid, y habían estudiado en la Compañía de Jesús: Ramón hizo el bachillerato, como alumno interno, en el Colegio de Nuestra Señora del Recuerdo, de Chamartín de la Rosa; José María y Luis en el de Areneros, y Santiago en el de Estremoz, en Portugal, de donde regresó para ser sacrificado por los principios que eran nada menos que la razón de su vida.

Todos ellos estudiaban y se preparaban eficazmente para servir con mejores garantías a España. Ramón era artillero y estudiaba el último curso de Leyes en la Universidad; José María se preparaba para ingresar en la Academia General de la Marina, y Luis para la Academia General Militar.

Así era la vida de aquellos hombres en ciernes. Lo que después ocurrió es, simplemente espantoso. Ni aunque recorriésemos la tierra dando voces y preguntando a los hombres, a los mares, a las piedras, a los árboles, "¿qué hicieron que constituyese un crimen?", los hombres, los mares, las piedras y los árboles no responderían jamás. Y no responderían, más que por ser piedras o árboles, porque no existe respuesta alguna. Esto es lo tremendo. Infinitamente más que las bárbaras anécdotas de los asesinatos, mucho más que los horripilantes suplicios, lo realmente espantoso es lo que poseen de agresión a la justicia. Ese caos moral que constituye la subversión es lo que califica radicalmente cuantos actos llevamos narrados. Ése y no otro. La muerte de un anciano hiere lo más hondo de nuestra sensibilidad. Pero nuestra sensibilidad cuenta en el mundo, entre otras muchas cosas, como una parte alícuota. Sin embargo, lo que la muerte del anciano tenga de injusto es algo esencial, entrañablemente repugnante, desorden cósmico.

Sigamos.

Una vez rotas las barreras que contenían, ya a duras penas, aquella paz anterior al 18 de julio de 1936, la familia de Mosquera y Suárez de Figueroa comprendieron que, de una manera u otra, habrían de acabar sufriendo en su carne las consecuencias de lo que se iniciaba.

Lo que se iniciaba les sorprendió en Villanueva de Alcardete, y pronto fueron objeto de molestias de todo género. Conocidos sobradamente en toda la comarca por su religiosidad y patriotismo, constituyeron rápidamente el blanco fácil, y a propósito de todas las iras.

Ramón, el mayor de los hermanos, por estar ausente su padre, se atrajo redoblado el odio y las persecuciones, las palizas, los tormentos y vejaciones en la checa improvisada en la iglesia parroquial. La Casa de Dios no era ya cobijo de mercaderes. Era cobijo de asesinos.

A Ramón y a Luis cúpoles la honra de morir por Dios —por el Dios tan completamente

ultrajado en aquellas horas— en la madrugada del 15 de agosto de 1936, en la cañada del Gato, cerca de la villa de Don Fadrique.

José María, escondiéndose en diferentes sitios, huyendo de una parte a otra, pudo librarse de la cárcel y de la muerte en los primeros días. Alimentándose de las frutas que encontraba en los campos, de las hierbas, y corriendo una aventura de muerte siempre que se acercaba a alguna fuente a beber, aquellos días fueron para él, desconocedor casi por completo del terreno, un verdadero martirio. No iba a ninguna parte. El menor roce, el rumor más leve exaltaba sus nervios, llegando a producirle espasmos dolorosos.

Al fin, lograron detenerle. Le encerraron en una cárcel improvisada en un lugar agreste. Sometido a la sed y al hambre, a los golpes y torturas sin cuento, fue asesinado en la carretera de Valencia a Godella, sin que hayan sido encontrados sus restos.

El menor de sus hermanos, sacrificado exclusivamente por su fe y patriotismo, Santiago, un adolescente de dieciséis años, "merecía figurar, ya antes de su martirio, en las estampas de ángeles, que hacen córtelo al Cordero Inmaculado de Cristo Jesús, por su bondad, docilidad, pureza angelical, ternura fraternal y filial obediencia".

Fue detenido y encerrado en una checa. (Para siempre, el nombre de "checa" será sinónimo de todo género de aberraciones de todo género de blasfemias.)

Durante más de cinco días fue, uno tras otro, sin pausa, atormentado. Aquellas hordas no sólo no creían en Dios, ni en la vida eterna, ni en la suprema verdad de las cosas, sino que tampoco creían en cosas más de aquí abajo. Por no creer, no creían ni en los niños.

¿Cabe, en serio, mayor abyección y desorden? Los lobos han amamantado criaturas y las han criado. Han respetado su vida. La naturaleza y los animales se detienen, según un observador puede colegir, ante los seres inermes. ¿Quiénes eran aquellos asesinos? Cuesta algún esfuerzo nombrarlos como hombres.

Amarraron a Santiago a una estaca. Y la horrible y continua cantinela de siempre.

—Blasfema.

—Nunca. Aunque me matéis.

Una bofetada le llenaba la boca de sangre. .

—Blasfema.

—Puedes pegarme otra vez. Yo no blasfemo.

Otra bofetada le producía sangre sobre la sangre.

Atado a la estaca estuvo dos días sin comer ni beber. No era ya un ser humano. El niño gemía dolorosa-mente. En su presencia los milicianos comían y bebían abundantemente entregándose después a actos obscenos.

—Si haces lo que nosotros hacemos, comes y te perdonamos la vida.

El niño cerraba los ojos y no respondía.

—Abre los ojos, o te pego un tiro. — Y uno de aquellos criminales le aplicaba una pistola al vientre.

—No quiero veros.

—¿Qué no quieres vernos? Ahora sí que vas a ver. Pero las estrellas.

Y con un látigo, cruzaron repetidamente el rostro del muchacho.

Es inútil tratar de prolongar al lector el martirio —nosotros diríamos saludable martirio— de describir las impías obras que cometieron con aquel adolescente. Un día, fue desamarrado para después volverlo a atar codo con codo. A un niño. Con otros detenidos fue conducido al cementerio en la noche del 24 de agosto de 1936. Todos son hombres. Personas mayores, con mayores resortes humanos que Santiago para salir gallardamente de la mortal aventura. Queremos decir, para entrar en ella. Va, entre todos, murmurando las entrañables y sencillas oraciones familiares. Cruzan por ellas ángeles, y cruza el Niño Jesús, y la Virgen, y cruza el buen Dios.

Ya están contra el paredón. Una descarga, dos descargas, y el crimen ha sido consumado. Mas, Santiago, no ha muerto. Gravemente herido en las piernas, ha caído en montón bajo el nutrido grupo de condenados. "Allí, el glorioso mártir recurrió a todos los santos de su devoción, padeciendo una cruel y sangrante agonía, mientras los lamentos de alguno más que no había muerto instantáneamente aumentaban su dolor y situación desgraciada"... "Allí padeció todos los dolores, aumentados para él en consideración al lugar, hora, situación, estado y cruel perspectiva para el día siguiente, si bien, inocente y niño, todavía tendría alguna confianza en la piedad de los hombres"...

Deseamos que el lector se imagine la escena. Un niño, con las piernas destrozadas a tiros, entre un montón de cadáveres, en un cementerio, una noche entera...

El amanecer del día 25 de agosto de 1936 en Villa-nueva siempre será recordado con terror.

El sepultero se acerca. Crece la confianza en el pecho de Santiaguito, se ensancha su fe y su corazón late con más ansiedad, y exclama:

—¡Piedad, buen hombre, piedad para este niño!

La respuesta de los labios es mejor silenciarla. La del corazón negro de aquel desgraciado fue: tomar en sus manos la pica y descargar sobre la cabeza del niño tan terrible golpe, que le abrió el cráneo.

* * *

Hemos hablado en este capítulo de las checas. Mejor dicho, las hemos nombrado. Lo que esta institución criminal ha representado en España no puede silenciarse. No es que no se sepa. Pero, en último término, habrá que repetirlo. La verdadera historia del Santo Oficio de la Inquisición en España demuestra que fue un tribunal humano. La Inquisición española fue el primer tribunal del mundo que suprimió el tormento; el procedimiento jurídico de la Inquisición con todo secreto, con todas las garantías, con todas las defensas, con todos los respetos, del siglo XVI al XIX, es propio de un pueblo ordenado y constituido sobre una base de humanidad y de justicia, cumbre de cultura y de progreso. Ni la Inquisición española, ni los tribunales civiles o eclesiásticos de España tuvieron jamás instrumentos de tortura como los otros países de Europa que se pueden ver en los museos de los mismos, como en la Torre de Londres, en el Museo Nacional de Munich, en el Museo germánico de Nuremberg, etc. Sólo de 1936 a 1939, en pleno siglo XX, gentes que blasonaban de cultura y de humanidad, pero enemigos de Dios y de la Patria y de la humanidad, desbordados por la barbarie asiática, imitaron la checa rusa, suprimieron los procedimientos jurídicos de los pueblos civilizados y entronizaron la crueldad y la criminalidad en lugar de la Humanidad y la Justicia. Por eso en nombre de la Historia de España rechazamos esa barbarie como extraña a la raza hispánica, tan humana y tan cristiana, tan humana precisamente por ser tan cristiana.

Y además de las checas, hemos nombrado Cuenca. Vea el lector ahora cómo no nos hemos salido del tema. Simplemente, hemos tratado de ampliarlo.

En los informes de la diócesis de Cuenca hay dos clases de crueldad e inhumanidad: Una fría, serena, estudiada, de hombres de gabinete o de laboratorio, y ésta es de los jefes; otra, provocada, fomentada, pasional y ardiente, como un incendio devastador, y ésta es la de los milicianos ignorantes, instrumentos ciegos de los jefes, "como poseídos por los demonios". Así aparecen en sus mítines, en sus orgías, en los registros, en los encarcelamientos, en las checas, en los crímenes.

Y nunca solos, sino siempre en cuadrilla y bien armados, como los cobardes, temerosos de la muerte o de la lucha con otro hombre, en igualdad de condiciones.

Y siempre gritando, blasfemando y amenazando con las armas...

Sentían placer en hacer sufrir y en atormentar a pobres hombres indefensos. Se reían con risotada estentórea y se burlaban con burlas feroces y sangrientas, mientras hacían sentir a sus víctimas los horrores de una muerte violenta inminente. Y querían que lo mismo sufrieran las familias y los parientes de los desgraciados atormentados, y esto, no para ganarlos a su causa y partido o para que les temieran, sino simplemente por el placer sádico de ver sufrir al hombre... Por espacio de dos horas a un sacerdote anciano y enfermo, entre amenazas y blasfemias, estuvieron

pasándole un gran cuchillo frío por el pecho. A otro sacerdote, anciano también, mientras uno le golpeaba con la pistola por un lado y otro le pinchaba con un cuchillo por el otro, lo llevaban en medio de un pelotón de milicianos armados de fusiles, que blasfemaban y gritaban, ebrios de vino y de sangre diciendo que lo iban a descuartizar vivo y quemarlo en medio de la plaza. A otros, hombres o mujeres, los mutilan vivos en todas sus partes, les abren el vientre, les rompen las piernas y brazos, les sacan los ojos, y les cortan los pechos, les echan sal y vinagre en las heridas, les rocían con bencina y les prenden fuego, los entierran vivos... ¿Y el asesinato de los hijos en presencia de los padres, antes de matar a éstos? ¿Y la muerte de la madre, que ha ido en busca del cadáver de su hijo y la hieren a tiros y no permiten que el médico la asista? ¿Y las mujeres violadas y asesinadas, o primero asesinadas y después violadas, en Beteta, Miguel Esteban, Pareja, en Villamayor, Villanueva de Alcardete, etc.? ¿Y la muerte violenta de los niños de Castejón y Peraleja, de los dos hermanitos de la Vega del Codorno, y de Santiaguito, cuyo martirio hemos ya narrado?

La supresión de los Tribunales de Justicia, ejercidos por jueces profesionales independientes, fue inmediata consecuencia del terrorismo rojo. Si más tarde restablecen los tribunales, es porque ya han asesinado a los sacerdotes y a los católicos más destacados cumpliendo las órdenes o consignas recibidas, y aunque actúen no son independientes ni libres, pues todas las sentencias están prejuzgadas y no hay defensas ni testigos verdaderos de descargo. El comité, el mandamás, un miliciano cualquiera, son dueños absolutos de vidas, haciendas y honras; igual ordenan registros de casas e incautaciones de bienes, como decretan la ejecución de una o muchas personas: sus órdenes se cumplen sin tardanza, sin juicio, sin apelación, sin ley, sin procedimientos judiciales.

Otro de los caracteres de la criminalidad era la clandestinidad en las ejecuciones, por la noche y en el campo. En general, realizaban los registros, las detenciones y las ejecuciones alrededor de la media noche o en las primeras horas de la madrugada, buscando la complicidad de las tinieblas y el despoblado.

En cuanto a la forma de la ejecución, no era ésta ninguna de las señaladas por los códigos criminales, sino el asesinato vulgar a golpes, a puñaladas, por granizadas de tiros... Después, lo cual es también otro carácter de la criminalidad, mutilaban y destrozaban los cadáveres, abandonándolos en el campo, en medio o en las cunetas de las carreteras, en el monte, para pasto de las aves, o los arrojaban a los ríos o acequias, en sitios donde los perros o los familiares los descubrían a los tres meses o a los nueve...

En los informes de toda la Diócesis, en medio de tantos rasgos de inhumanidad, no aparece ni un rasgo humanitario, ni una conmoción del corazón. A veces, en las crónicas antiguas de los pueblos españoles, se contaba de algún hermano o de algún amigo, que se ofrecían a la muerte en lugar de otro condenado que tuviera mujer o hijos, y se dice que se le perdonaba la vida o se aceptaba el cambio. Actualmente se encuentran ofrecimientos semejantes. Pero los rojos ni se conmueven ni los aceptan, ni perdonan, y, si acaso, se mofan y los matan a todos.

En una ocasión, un pobre jornalero enseña las manos encallecidas y pide que no le maten, porque dejará a tres hijos huérfanos en la miseria, y la respuesta es el asesinato inmediato...

Una pobre madre, después de haberle dicho que han matado a su hijo, va por los campos y montes, sin descanso, en busca del cadáver sin poder hallarlo, y cuando la ven pasar por la plaza, cansada, agotada y dolorosa, casi exánime, la tirotean desde lejos y cae allí herida de muerte...

A otra desgraciada, la hieren también y no permiten que ningún médico la asista...

A otra pobre mujer, madre de hijos huérfanos, porque le han asesinado a su esposo, un pobre jornalero, la atormentan, la ultrajan, la mutilan, la arrancan los ojos, la arrojan así a la sepultura y la entierran viva, sólo por haber sido muy católica, esposa y madre de católicos.

Es inconcebible. Cuenca ha sufrido tanto, ha derramado tanta sangre que el enorme clamor ahoga todo intento de seguir escribiendo. Comenzamos por el suplicio atroz de un niño de dieciséis años, y, de pronto, la pluma, describiendo una gran parábola, ha ensanchado el tema. No lo lamentemos. Cuenca posee en sus mártires tal potencia de ejemplaridad que sería necesario, para dar poco más que una idea, un libro entero. El Martirologio de Cuenca, de quien tanto podría hablar y ha hablado don Sebastián Cirac Estopañan, es —yo diría— una prueba de la existencia de

Dios.

VII. OTRA VEZ CRUCIFICADO

Son unos meses más tarde de la muerte de Santiaguito. Nuestra mirada se traslada ahora, tristemente, a otro escenario. Es Madrid. La ciudad, antaño, "alegre y confiada", tal vez nuestra Babilonia que paga ahora con amargura sus tremendos errores. Es muy difícil ver en simple ojeada, describir de un solo plumazo la situación del Madrid rojo. Como una señal, la muerte de don José Calvo Sotelo desencadenó a la hidra. Una vez libre, sus aventuras sangrientas alcanzaron calibres inefables. Al comenzar la noche Madrid se cuajaba de estampidos. Unos, lejanos, allá en las afueras, en los campos solitarios. Otros cerca, en el mismo corazón de la ciudad, en sus calles, sobre el urbanismo de su asfalto. Y cada estampido era un crimen. No es necesario pintar con mayor detalle el cuadro. Quién más, quién menos conoce, pues ya el tiempo ha ido suministrando datos suficientes a todos, qué sociedad era aquélla, sobre qué principios descansaba, cuál fue la catadura de unos y los crímenes de otros.

Al llegar a este punto de nuestro relato, parece como que la pluma se niega a continuar hundiéndose en tal radical desorden. Sólo el hecho indubitable de que tal faena es en sí saludable nos obliga a enfrentarnos con nuestra propia pluma. Y tal faena es saludable porque de ella se desprende la angustiosa consecuencia de que, "aquello", no puede volver. De que hay que poner en juego todos nuestros resortes, aun nuestra vida, para que "aquello" resulte por completo absurdo. Es necesario transformarlo en incompatible con nosotros.

Pero, por si tal vez quedara alguna increíble duda, veamos, de nuevo, lo que ha de ser incompatible con nosotros.

Nacido en Madrid, de humilde e irreprochable familia, el padre Marín García contaba veintisiete años cuando aquella hidra de la que hablábamos quedó peligrosamente suelta y Madrid a su merced. Cuajado-su corazón de entusiasmo, cuajado con la sola estrella de su amor a Dios, entregaba su juventud día a día y nunca parecía cansarse. Era una bella entrega. Desde las siete de la mañana que oficiaba el Santo Sacrificio de la Misa hasta que al caer de la tarde dedicaba su tiempo a visitar y socorrer a los enfermos, era, en verdad, una pura llama de Cristo. Cuando los milicianos recorrían las calles haciendo ostentación, no de sus razones, sino de sus armas, el padre Martín no se creyó obligado a huir, ni siquiera a esconderse. Sabía que mientras hubiese un solo enfermo que necesitara de él su puesto de elegido se hallaba junto a el enfermo, transitando las calles hacia las casas de los pobres. Razonamiento demasiado simple para ser, en aquellos instantes, inteligible. Lo enormemente simple, lo fundamentalmente simple es, a veces, tan abismático, que rebasa las posibilidades que la normalidad nos cede. Bien. El padre Martín, convencido de que nada podía obligarle a renunciar a su deber, continuó su labor desde la mañana hasta la noche.

Sus virtudes, su escrúpulo en todas y cada una de sus numerosas ocupaciones, era admirable. Su misa era casi angelical. Los sublimes instantes de la Consagración eran para él suaves deliquios y fuente de una sobrehumana felicidad. Jamás la costumbre llegó a apoderarse de él. Sabía que hacer descender a Dios hasta sus manos era algo tan maravilloso y tan palmario en cuanto al amor de la divinidad, que siempre sentía congoja por si no sabría él corresponder a tan gran generosidad.

Su dedicación a los niños, a las tiernas almitas que se abrían a la vida inspeccionándolo todo era una de sus dedicaciones preferidas. Y los niños, concientes de aquella cordial dedicación, corrían hacia él del mismo modo que la abeja se va, rauda, hacia la flor. Recordamos muy bien al padre Martín. Un rostro puede ser, entre los rostros innumerables, algo circunstancial y anecdótico. Pero lo singular en el padre Martín no era su rostro. Era su gesto perenne de dulzura, punta visible de una alma que ansiaba la perfección a través de la caridad. Sí, lo recordamos muy bien. De gran estatura, dinámico por su juventud y por la potencia de sus grandes anhelos, jamás una contrariedad pudo arrebatarle la sonrisa de criatura conforme en todo con su Creador.

Gustaba de ir con los niños a los campos, y, sobre la hierba, hablarles del buen Jesús y de su Madre e ir hundiéndoles en el alma lo que él sabía que más tarde, en la madurez, sería recuerdo imborrable capaz, en circunstancias adversas, de lograr, al fin, la salvación.

Daba cuanto tenía. Muchas veces se sorprendió en exceso ilusionado con regalos que inmediatamente entregaba a sus pobres. Quería practicar la delicada pobreza y apartar de su corazón todos los tesoros, por humildes que fueran, a no ser el gran tesoro inagotable de Dios. ¿A qué mayores propiedades? ¿Dónde podrían hallarse mayores?

Al padre Martín lo apresaron en el instante de conceder una absolución. El penitente se hallaba en el lecho, enfermo de muerte, y el padre Martín, arrodillado, hacía descender la infinita misericordia del Señor sobre el alma arrepentida. La escena, en sí, aparte todo su carácter religioso, es ya conmovedora. Aun una bestia podría intuir oscuramente que algo profundamente serio, que algo con lo que no se puede jugar ocurría en aquella mísera habitación. Una bestia, decimos, podría intuirlo. Los milicianos, por lo visto, no. Cansa la reiteración. Cansa y enerva el ánimo. Sin embargo hay, de nuevo, que decirlo. Al padre Martín lo levantaron a golpes. A golpes. Éste era el gran argumento. A golpes. ¿Cuántos han surgido ya a través de nuestras descripciones? Quisiéramos que el lector no se acostumbrara al vocablo y mucho menos a la escena. Ya se sabe que la reiteración acostumbra cuando no molesta. A golpes. De pronto, y sin hacer más averiguaciones, por el sencillo hecho de un mal humor, un hombre o varios descargan golpes sobre otro hombre. No se disputan ninguna presa vital, ninguno de ellos necesita la vida ajena para salvar la propia, únicos momentos en los que las fieras de la selva abordan con agresividad a sus semejantes. Asusta pensarlo. ¿A qué espantosa subversión de la naturaleza corresponden los sistemáticos golpes de los milicianos? No se crea que es fácil averiguarlo. Tal labor no la podemos ni con mucho emprender ahora, pues su desarrollo nos arrebataría definitivamente el tema al que en principio nos hemos entregado. Sirva lo anterior como sugestión y punto de arranque de meditaciones.

Como hemos dicho, lo levantaron a golpes. Al enfermo... —es necesario temblar— le pegaron, sin más, un tiro en la cabeza.

—¡Por beato! —explicó aquel monstruo.

—¡Dios mío! —exclamó, aterrorizado, el padre Martín—. Pero... ¿sabéis lo qué acabáis de hacer?

—Oye, embaucador, ya se te acabó el tiempo de preguntar. Ahora va tocarte responder y ándate con cuidado.

Eran ocho milicianos, armados como para la guerra, no como para la matanza. El padre Martín, aplastado por aquel tremendo asesinato, manchado su traje con la sangre que manaba a borbotones de la víctima, estaba a punto de caer. Era, en verdad, demasiado. Por otra parte había ocurrido todo tan pronto, de manera tan súbita, que, lejanamente, existía la aparente esperanza de que fuese mentira. Desgraciadamente nada tan cierto como aquello.

Hicieron descender de la casa al sacerdote y lo introdujeron en la cabina de una camioneta. Los milicianos subieron a la caja. Llegaron al comité. El comité estaba instalado —uno de los muchos que funcionaban— en una de las callejuelas que existen tras la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol. Como medida preventiva, lo encerraron en un calabozo. Estuvo allí tres días, a pan y agua, aguantando las continuas impertinencias del carcelero. Por él se enteró de algo terrorífico. Los dos cargos graves que se le hacían, eran, uno, su condición de sacerdote al servicio del espionaje fascista; otro... el asesinato de un enfermo.

Un miliciano, penetra en el calabozo. En sus manos llevaba una cuartilla con varios nombres apuntados.

—Te van a juzgar y, como sigan pensando como siguen, ya te puedes ir preparando.

—Toda mi vida no hice otra cosa que ponerme para morir.

—Como quieras. Pero ahora déjate de monsergas. Aquí hay una lista de abogados. Escoge al que quieras.

—No conozco a ninguno.

—¿Entonces qué quieres? ¿No te basta? Si no los conoces, peor para ti. Escoge.

—Vais a matarme. No tengo ni quiero más defensor que Dios. Podréis quitarme la vida, pero no la razón. Mi inocencia saldrá incólume de cualquier prueba.

—Que te van a matar no lo dudes. Eres terco como todos los curas.

Éste fue el diálogo. Sería verdaderamente una casualidad si alguien viera en aquello algo parecido a cosa legal, a proceso...

El tribunal estaba formado por milicianos armados. Es fabuloso.

Quien hacía de presidente, habló:

—No es éste un juicio normal. (Aquello era claro. No hubiera hecho falta la indicación.) Gentes del pueblo sorprendieron al acusado en el momento de asesinar a un hombre enfermo. En un estado de guerra, esto excluye todo procedimiento. Por otra parte, el acusado es cura, razón suficiente para considerarle fascista con todas las agravantes. Sin embargo, puede defenderse. Tiene la palabra el acusado.

—Soy sacerdote por la gracia de Dios. Jamás he hecho mal a nadie.

—¿No es cierto que ha asesinado a un hombre que se hallaba enfermo?

—No.

—¿Cómo explica el acusado las grandes manchas de sangre que se ven en su traje?

—Es la sangre de aquel hombre, cuyo asesinato es tan horrendo que prefiero no hablar de él.

—¿Qué hacía el acusado en aquella casa?

—Confesando a aquel hombre.

—Entonces, ¿quién lo asesinó?

El padre Martín guarda silencio.

—Responda el acusado: ¿Quién lo mató?

—¿Es absolutamente necesario que responda?

—Si no lo hace interpretaremos su silencio como la aceptación del cargo que se le hace.

—En este caso, responderé. Fueron los milicianos que me detuvieron y me trajeron hasta aquí.

—¿Qué pruebas puede aportar en defensa suya? Tenga en cuenta el acusado que rechazó la ayuda profesional de un letrado. El acusado puede hacer su propia defensa.

Póngase el lector en el lugar del padre Martín, tan odiosamente acusado, y haga, así mismo, su propia defensa. No es necesario transcribirla. Reduzcamos aquella escena.

—El acusado, vistos los cargos que obran en contra suya y que su defensa no ha convencido a este tribunal, sufrirá la pena de muerte.

La ficción había terminado.

Estuvo incomunicado durante cinco días más. Al cabo, por causas, ignoradas, fue trasladado a un pueblecito de la Sierra, el cual pueblecito no se sabe ciertamente.

En principio nadie le molestaba demasiado. Comía mal, y algún día no comía, pero tales calamidades eran un prodigio según los rojos tenían por costumbre tratar a sus prisioneros. El padre Martín se dedicaba intensamente a la oración. Dios le enviaba consuelos que realmente le hacían feliz.

En una ocasión escribió una carta a su familia, sin ninguna esperanza que llegara a su destino, aunque, afortunadamente, llegó. Decimos afortunadamente, porque aquellas líneas serán para siempre ejemplares. Vedlas aquí:

"Queridos padres y hermanos: Estoy en poder de los enemigos de Dios y de España. Me acusan de algo que no hice, algo tan horrible que no me atrevo a decirlo. Pero el odio que han desencadenado contra mí no tiene más razón de ser que mi carácter sacerdotal. No sé cuándo, pero van a matarme. No os digo esto para que os entristezcáis. No quiero que lloréis. Morir mártir es el gran premio que un católico puede recibir. Fijaros cómo no se ha de alegrar mi espíritu de ministro de Cristo. Perdono a quienes me hacen mal. Vuelvo a deciros que no lamentéis mi muerte. Hasta el cielo."

En efecto, lo mataron. A los tres o cuatro días de haber escrito aquella carta, comenzó el

martirio. Después de una paliza feroz, le cargaron con una cruz. Anduvo así más de un kilómetro y cayó veintitrés veces. Fue levantado a palos. Poco antes de llegar a sitio señalado para su muerte hicieron para él una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza, introduciéndosela con las culatas de los fusiles.

Llegaron al pie de un altozano. El padre Martín, al intentar la ascensión, se derrumbó, agotado. Entonces, y viendo los esbirros que no podría llegar, que no podía más, que era imposible que un hombre resistiese sin caer definitivamente exangüe de tanto suplicio, le ayudaron a subir la cruz.

Arriba, una vez coronado el altozano, le despojaron de sus ropas mancillando su cuerpo. Luego lo crucificaron poniéndole como inri una blasfemia. Cuando hubo muerto, al cabo de una hora, le abrieron el vientre, y, al fin, lo descuartizaron.

Hemos querido reducir la narración a lo esencial del martirio. Todo lo demás, espesura de blasfemias y agravios, queda, bordado con sangre, a lo largo del martirio y en la imaginación del lector. La grandeza de aquella muerte, cuya gloria e[^]tá por encima de toda gloria, no necesita excesivas palabras.

¿Cuál fue la razón que impulsó a los victimarios, no ya a acusar de un crimen terrible a un inocente y a matarlo, sino a hacerle morir en el suplicio de Cristo? Yo os digo que en medio de aquel odio sin límites se ve, con meridiana, espantosa claridad, la fe. No cometamos una falta, de beatería o de frivolidad. Aquellos hombres no podían dejar de creer y su rabia se exterioriza, se hace patente, mas, cuanto con más saña hunden su alma en la sangre de las víctimas con mayor intensidad aparece Dios en medio de tanta catástrofe.

Y aún cabe una pregunta más. Aquellos hombres, ¿cómo podrían seguir viviendo el resto de sus días con la conciencia cargada con tan espantosos crímenes? Mirad lo que ahora deseo contaros.

Un criminal, que, en otra provincia, no en la que ocurrió la crucifixión del padre Martín, se acusó de haber intervenido en más de doscientos asesinatos, contando todos los detalles en descripciones escalofriantes, acabó pidiendo perdón a sus víctimas y a sus familiares, y a Dios misericordia, pero rechazando el indulto que la justicia humana pudiera ofrecerle, para satisfacer con la pena algo de sus culpas. Aquel desgraciado escribió un extenso y emotivo manuscrito dirigido a los rojos españoles, para pedirles con todo fervor que se convirtieran a Dios Nuestro Señor e hicieran penitencia, contando los argumentos que a él, después de tantos crímenes, sacrilegios, robos y orgías, le habían convencido de la existencia de Dios y de la verdad de la religión católica de nuestros padres. "Teníamos que ganar la guerra por fuerza. Teníamos todo el oro, todas las industrias, todas las alhajas, casi toda la nación, las masas y el ejército... Todo el mundo estaba a nuestro favor... Exterminamos a los sacerdotes y a los católicos... ¡Y ellos han ganado!... Yo veo clara una fuerza irresistible y sobrehumana, que es la que ha dado la victoria a los católicos, que creíamos solos, sin medios... Yo creo en esa fuerza superior de los cristianos, y le pido misericordia"... Así hablaba y escribía un criminal convertido en la cárcel. Para ser más exactos, en la cárcel de Barbastro.

Sobre el cuerpo roto del padre Martín, de aquel sacerdote de veintisiete años, surgió la nueva España, con su paz y orden social, con su justicia y su religiosidad. Es que renunciar a esa paz y a esa justicia, aun en porciúnculas imperceptibles, sería renunciar al cuerpo de aquel mártir. Sería renunciar a todos los mártires. Sería renunciar a lo que ellos simbolizan, a lo que ellos lograron, a aquello por lo que entregaron sus vidas en circunstancias tales que parecen más de pesadilla que de historia rigurosa. Sería una injusticia demasiado voluminosa para que después no nos pesara en el alma y nos obligara a arrastrarnos toda la vida bajo su peso.

En cuanto a lo que se refiere a los detalles complementarios del capítulo dedicado al padre Martín, es decir, de este capítulo, que como el lector habrá observado faltan casi por completo, ocurre que la historia del padre Martín aún no había sido hecha, ni siquiera iniciada. Es decir, casi por completo inédita, carecemos de los datos biográficos de los que no hemos hecho mención.

VIII. UN RELATO TEXTUAL

En esta ocasión se nos presenta la oportunidad de copiar íntegramente un relato. Su emoción es infinitamente superior a la que nosotros podríamos producir. Helo aquí:

La piedad había sido muy honda y general en la pacífica población de Enguidanos, que seguía felizmente las normas de vida católica según las enseñanzas y las obras de sus antepasados, viviendo unidos y en hermandad todos los vecinos.

Hacia el año 1917 se presentó en el pueblo un representante del "espiritismo", que empezó a propagar su secta y a hacer campaña anticatólica, sin conseguir ningún fruto en la población, apegada a los principios de la familia y de la historia patria; lo único que el "jefe de la secta" consiguió en catorce años fue que sus propios hijos no recibieran el santo bautismo. A pesar de toda la propaga católica, desarrollada tenazmente desde 1931 a 1939, y a pesar de la absoluta persecución contra el catolicismo, durante los tres años del dominio terrorífico, sólo consiguieron celebrar dos matrimonios y un entierro civiles.

La propaganda disolvente, política y social, sobre todo desde la instauración de la República, fue muy intensa, y algo consiguió. Se constituyó inmediatamente una sociedad política izquierdista, que tuvo muy pocos socios, los cuales se iban pervirtiendo poco a poco, cada vez más, por la persistente propaganda, con frecuentes y continuas conferencias de propagandistas forasteros, que venían a envenenar a las gentes pacíficas del pueblo.

A pesar de todo, los anticatólicos hacían pocos prosélitos, como lo prueba el hecho de que en las dos o tres elecciones en que sólo obtuvieron las derechas ciento cincuenta votos de mayoría, fue debido a las coacciones, violencias, etc., que, como en todas partes en aquel tiempo, hicieron en este pueblo, empezando ya a extender el terror, con ayuda del gobierno de aquel entonces, con prisiones y tumultos autorizados y mil medios innobles, y además prohibiendo las procesiones del culto católico, consintiendo ya toda clase de inmoralidades, burlas y blasfemias contra lo más sagrado...

Después de este ambiente de terrorismo, cuando el 20 y 21 de julio de 1936 se oyó por la radio roja la excitación constante a la matanza de fascistas y sacerdotes, los rojos, cual manada de lobos, salieron de sus madrigueras y, armados de escopetas y pistolas, empezaron a atemorizar al pueblo, desarmar a las personas honradas y derechistas, que eran en su mayoría, y a las que llamaban fascistas, y con amenazas de muerte... El día 20 dicho se apoderaron de las llaves de la iglesia; el 21 asaltaron el cuartel de la guardia civil y apresaron al sacerdote y al médico, que fueron llevados, escoltados como criminales, al centro izquierdista, donde les insultaron y maltrataron, mas, por aquella noche, les perdonaron la vida.

Al día siguiente, 22 de julio de 1936, un grupo de marxistas armados invadió la casa del párroco, don Juan Luján Martínez, de sesenta años, que vivía con su anciano padre, de más de ochenta años, y una sobrinita de diecisiete; obligaron al sacerdote a despojarse de sus hábitos talares y a no salir a la calle, quedando desde aquel instante preso en su misma casa.

"Desde aquel momento, mi martirio fue incruento —decía el sacerdote—, pero tan lento, que mil veces deseé la muerte antes que él, porque todos los días aporreaban las puertas, con insultos de todas clases y horrorosas blasfemias contra lo más sagrado, que era lo que más me martirizaba, a más de las continuas visitas armadas y mortificantes de los rojos, saqueos, etc., que ya, extenuado por el dolor y por el hambre, hubiera sucumbido, si la voluntad divina, a la que ofrecía mi dolor, no hubiese acordado otra cosa..."

Establecido el dominio del terror, todo aquel que se atrevía a pronunciar el nombre de Dios era perseguido, y, además, todos obligados a quemar y destruir toda insignia o imagen que directa o indirectamente a El se refería, bajo amenaza de que, si en los registros que continuamente se hacían en las casas, algo de esto se encontraba, sería fusilado o por lo menos encarcelado... Casi todos los días, antes de destruir la iglesia, venían a este pueblo algunos rojos tan degradados e incultos, que tenían el atrevimiento de publicar un bando, citando al vecindario a oír un mitin, en la iglesia, y cuyo orador se subía al púlpito, a desacreditar al sacerdote e inculcar la idea de que no

había Dios..., y el reparto, matanzas, etc.

Por fin, la barbarie roja no podía detenerse ahí, sino que el día 18 de agosto de 1936, a las doce de la noche, invadieron la iglesia, y con piquetas demoledoras, destruyeron los altares y retablos, y con cuerdas, arrastraron las imágenes y demás objetos sagrados..., todo cuanto en la misma había lo cargaron en carros, para quemarlo en las afueras, en una hoguera..., dejando la iglesia tan dismantelada y derruida, que avergüenza creer, si no se viera, que en un país civilizado sea el hombre capaz de tanto... Cuando arrastraban las imágenes por las calles, pasaban por la puerta del párroco, y decían gritando: "Hay que quemar a los curas en las mismas hogueras que a las imágenes." Entonces, encendieron en la puerta de la casa rectoral otra hoguera, con libros sacados de la iglesia, libros litúrgicos y del archivo.

Entre los objetos destruidos por la furia iconoclasta mencionaremos, como los más importantes, los siguientes: dieciséis imágenes talladas en madera, de valor artístico, de diferentes épocas, siendo la más valiosa la de Nuestra Señora del Castillo, sedente, muy venerada, del siglo XV, y otra de la Asunción, del siglo XVI; el retablo y altar mayor, dorado, con seis buenos lienzos; la biblioteca, con más de quinientos volúmenes escogidos; el archivo, con preciosísimos pergaminos...

—Narrar todos los episodios de mi lento martirio —añade el sacerdote—, sería largo, pero sí indicaré dos, entre los muchos.

Un día del mes de noviembre de 1936 entraron seis milicianos armados, de la Columna del Rosal, en casa del anciano párroco, que estaba enfermo con fiebre en la cama; tres de ellos se dedicaron a registrar la casa, los otros estuvieron dos horas alrededor del lecho agravándole sin cesar; pero, sin duda, observando su actitud serena, apelaron a coger un Santo Cristo, que tenía a su lado, y que era el mismo que, con dulce recuerdo y dulce alegría, conservaba desde la juventud... y cuando con sus cuchillos, los milicianos empezaron a pinchar al Crucifijo, diciendo que eso harían con todos los curas, el párroco les contestó:

—Háganlo conmigo, pero, ¿qué culpa tiene ese Santo Cristo? Soy sacerdote y creo en Cristo y amo a Cristo.

El anciano se tapó la cabeza con las ropas del lecho esperando el golpe mortal.

Uno de los milicianos, dijo:

—Déjalo, y no le molestes más; es sacerdote y cree lo que le han enseñado...

Después afirmaron que a la mañana siguiente volverían, para llevarlo a prestar unas declaraciones, y lo dejaron, en efecto. Pero lo dejaron encerrado en su habitación, llevándose la llave. Y en la casa quedaron, esperando el viaje mortal del día siguiente, el anciano párroco, su más anciano padre y la pequeña nieta de éste.

A la siguiente mañana se dedicaron a tirar las campanas de la torre y hacerlas pedazos y, por la tarde, se las llevaron en un camión, con dirección a Cañete, y al mismo tiempo, se llevaron a cinco personas derechistas..., creyendo las asesinarían en el trayecto... Pero no fue así, ni se llevaron al párroco...

Otra noche terrible pasó el sacerdote en diciembre de 1936, cuando a las tres de la mañana, dos milicianos beodos, llamando a la puerta, amenazaron derribarla si no abrían... La niña huyó a la calle, se refugió en un molino de aceite, donde la ocultaron y defendieron los vecinos contra los milicianos que la buscaban, amenazando a todo el mundo, y ella se salvó del deshonor y de la muerte por un verdadero milagro, manifiesto a todos los del pueblo. ¡Aquella noche terrible para los dos ancianos trajo al uno mayor fiebre en su enfermedad, y al otro la muerte de dolor!

—Como éstos, y así casi todos los días, fue transcurriendo mi largo martirio, hasta que, cuatro meses antes de la gloriosa liberación, el consejo rojo quiso cambiarme este martirio por otro más llevadero...

Entonces concedieron libertad de la prisión en su domicilio al anciano párroco de sesenta años, y lo destinaron como jornalero, sin paga, a sacar lodo de una acequia, a trabajar trece días cavando y cortando leña...

—Pero tolo lo llevé con serenidad y alegría, demostrándoles que todo lo sabe hacer el varón

de Dios, por amor a Dios las penas como las alegrías...

Testigo de este relato y sabedor de él es todo el pueblo, de cuya persecución y martirio las personas derechistas, y aun las que siendo de la parte roja, pero que aún no habían perdido siquiera la humanidad, se compadecían y lamentaban, pero nada podían evitar...

El venerable párroco de aquel pueblecito castellano acaba su crónica de la época roja con estas palabras: "Ahora, al despertar a la realidad de lo que sólo me parecía sueño, mi martirio, que antes ofrecía gustoso por Dios y por la Patria, a quien sigo ofreciendo mi vida toda, lo doy por bien empleado, y en mi iglesia, desmantelada completamente, sin altares ni imágenes, sin ropas, sin libros, sin nada, ofrezco el sacrificio de la Misa y elevo mil humildes plegarias por aquellas fieras desgraciadas y hambrientas, cuya hambre sin Dios no podía saciarse"...

Atendamos a este otro relato.

"La villa de Belmonte, cabeza del Arciprestazgo, se distingue siempre como pueblo religioso, de tal manera, que la mayoría de sus habitantes cumplían perfectamente los deberes del cristiano.

"Al ser ocupado el pueblo por los milicianos rojos, hacia las cinco de la tarde del 27 de julio de 1936, el vecindario, en general, amparó y escondió a 19 religiosos trinitarios, 19 dominicas, 14 concepcionistas, 8 sacerdotes y un centenar de seglares, perseguidos a muerte por los marxistas, los cuales, en toda la dominación roja, a pesar de las denuncias, de los registros y de las represalias contra sus familiares, no pudieron encontrar ni siquiera a uno de los escondidos en el pueblo. Se dice que el día de la liberación había en Bel-monte unas 200 personas, entre las escondidas del primer momento y las refugiadas del frente.

"A la ocupación de Belmonte por los milicianos siguieron las profanaciones y los saqueos de todos los templos y conventos, así como las destrucciones de las imágenes. Proclamaron oficialmente el comunismo en el pueblo y clavaron banderas rojas y negras en el Ayuntamiento, en la torre de la iglesia y también en el castillo.

"El edificio de la iglesia parroquial se conservó gracias al esfuerzo de las autoridades y vecindario, que impidieron fuera arrasado después del saqueo y profanación. Las joyas y ornamentos de valor fueron robados, pero han podido ser recuperados, incluso un Cristo de marfil; las campanas desaparecieron en octubre de 1938, cuando una brigada de recuperación de chatarra arrancó todas las del pueblo, en número de diecinueve, y se llevó el estaño de los órganos y algunos objetos de vestir las imágenes.

"La iglesia de las Religiosas Concepcionistas está bien conservada en su totalidad, excepto pequeños desperfectos, causados en la profanación o saqueo. Pero el convento, que fue ocupado por Radio Comunista y por los evacuados, quedó muy destrozado, sin puertas ni ventanas. En él destrozaron el órgano, que era buenísimo; quemaron cinco imágenes entre las que había un Ecce Homo milagroso, algunos cuadros de mérito, y otros objetos sagrados de culto y devoción.

"El día 27 de julio de 1936, a las cinco de la tarde, vestidas de seglares, abandonaron las religiosas dominicas su convento de Santa Catalina de Sena, instalado desde el año 1499 en el palacio de don Diego López Pacheco, duque de Escalona. Las turbas revolucionarias asaltaron el convento y la iglesia, rompiendo todas las imágenes, los cuadros y todos los objetos religiosos, como el órgano y el armonio, el archivo, la biblioteca, etc., y robaron muchas ropas, algunas muy buenas, el ajuar del convento, un cáliz, varias alhajas de valor, alfombras y tapices valiosos y las campanas, quedando los edificios de la iglesia y del convento completamente destrozados.

"La ermita de Nuestra Señora de Gracia, Patrona del pueblo, se conserva en buen estado, pero faltan las campanas, el órgano y otros objetos.

"La iglesia de los padres Trinitarios está completamente destruida y despojada de ropas y objetos, pues fue ocupada desde los primeros momentos por las milicias rojas, las cuales quemaron las imágenes y destruyeron los retablos.

"Los sacerdotes escondidos en este pueblo han administrado secretamente algunos sacramentos durante la dominación roja, particularmente la Penitencia, el Bautismo y la Santa Unción, celebrándose diariamente el sacrificio de la Santa Misa, a la que asistían, especialmente, los días de precepto, un crecido número de personas, algunas de las cuales podían comulgar cada día.

"El Jueves Santo de 1938 se presentaron los milicianos para practicar un registro en una casa, a la misma hora en que debía empezar la Santa Misa; pero de una manera providencial, sin razones en qué fundarse, el sacerdote, impulsado por un temor extraordinario, había celebrado los Santos Misterios dos horas antes, sin aguardar más fieles, y pudo ocultarse a los primeros golpes de los milicianos en las puertas de la casa, los cuales permanecieron allí durante seis horas sin encontrar al sacerdote y al Santísimo Sacramento, que buscaban con gran interés.

"Durante la dominación roja en Belmonte, gran número de familiares rezaban el Santo Rosario diariamente, y también leían el texto de la Santa Misa los domingos y días de precepto, si no podían asistir a ella..."

He ahí el otro relato. En ambos, en el que acabamos de conocer y en el inmediatamente anterior, nuestra visión, alzándose ligeramente sobre el panorama, ha logrado captar la generalización de una forma de vivir. Tal vez seamos demasiado optimistas. Mencionar "aquello" como una forma de vivir no deja de ser una exageración. El peligro acecha por todas partes. El católico se transforma necesariamente, para el punto de vista contrario, en un individuo dañino y su máxima ocupación consiste ahora en huir. Como los lobos o las serpientes. La diferencia que existe entre el repertorio existencial —por llamarlo así— de un hombre y de un lobo es lo bastante conocido como para que prescindamos de su exposición. Pues bien. El católico, el ser humano honrado, simplemente, ha de adoptar un régimen de vida feroz, el régimen de vida de las fieras. Nosotros quisiéramos llevar al lector a razonamientos contundentes, de una pieza, más que sentimentalismos voluminosos susceptibles de desaparecer con el mismo vigor que efectúan su aparición. El hecho es éste. La única razón que existe para exterminar al católico, es, ni más ni menos, que ser católico. Es decir —y dese cuenta el lector de lo sumamente grave que es la cuestión—, atenían, no contra lo circunstancial en el individuo, sino contra su misma individualidad, o sea, contra su esencia. Por esto, y sólo por esto, se aprueba la universalidad del problema. No fue otra guerra civil la nuestra. Fue la erupción —otra erupción— de la eterna guerra que el anticatolicismo ha empeñado frente al catolicismo.

Además de esto, las narraciones de aquellos tiempos en ambos pueblos castellanos, demuestran cómo la barbarie se ensañaba con especial fruición en todo lo que de alguna manera significase catolicismo. Templos, imágenes, vestiduras sacras, objetos litúrgicos, todo en lo que descubriesen un rastro de Dios, era cuidadosamente destruido. Desesperadamente destruido. Y decimos así, decimos desesperadamente, porque, a pesar de los pesares, aquellos hombres destructores se espantaban ante la idea sabida de que Dios es indestructible, porque, entre otras cosas, jamás fue construido.

IX. TÚ TIENES QUE SER LA MADRE DE LAS MACABEOS

Volvamos, ahora, a estos pálpitos de humanidad católica, tema principal de nuestra labor. Una vez alzada la mirada para recoger en ella una área más extensa, satisfecha nuestra saludable curiosidad, descendamos de nuevo a las gloriosas peripecias de los mártires, a su particular biografía.

Nos trasladamos ahora a Guadalajara. Tal vez en nuestros datos, se equivoque alguna vez el punto de origen u otros detalles menores. La causa sería, de ocurrir así, que hemos preferido espigar del martirologio aún sin reseñar escrupulosamente, prefiriendo, mejor que acudir a las causas por completo investigadas, abreviar en esa otra lista casi inédita, fabulosa, para cuya total confección, según indicamos ya, harán falta muchos años de paciente y continua labor.

Faustino Muñoz Parra había nacido en 1891. ¿Qué decir de su familia, de la sociedad dentro de la cual formó su espíritu y sus costumbres? La familia española, en su menor peculiaridad, en cualquiera de sus aspectos, es conocida sobradamente por el lector. Así él fue más tarde persona ejemplarísima en todos los órdenes, católico práctico, confesando siempre su fe.

Toda la vida de este hombre estuvo encaminada a servir a Dios y al prójimo. Su mayor interés consistía en hacer limosnas a los pobres y favores a todos aquellos que necesitaban de él. Había logrado, por el camino de la sencillez, esa maravillosa formación cristiana cuya máxima virtud consiste en la caridad. Deseaba, y a ello encaminó siempre sus enseñanzas, que su esposa y sus hijos no negaran jamás nada a los pobres, y que les compraran todo lo que trajeran del campo, y que les ofreciesen lo que se tuviere, aunque no fuesen más que "marañas y aliagas, que se colocan mal en el fogón, porque los pobres no tienen otra cosa, y es más áspero no tener que comer". Así pensaba y así hacía aquel hombre humilde, de escasas riquezas terrenales, pero en cuya alma resplandecían los sempiternos tesoros de la Verdad suma.

En ocasiones de temporales y de miseria, o cuando alguna familia o individuo era dañado por cualquier desgracia, su único afán era el de buscar ocasión para realizar limosnas, no de lo que pudiera sobrarle, que jamás le sobró nada, sino de lo suyo. Y aún más. Su perfecta delicadeza le obligaba a no humillar a nadie con el ofrecimiento de la limosna, sino que siempre buscaba coyuntura propicia para que la ayuda concedida tomase aire más suave que de simple y cruda limosna.

—No creas —decía en una ocasión a un pobre hombre cargado de hijos a quien un vendaval y una tormenta de nieve había arrasado sus parvas cosechas—, no creas —decía— que te traigo estos sacos con gusto, o que intento hacerte una limosna. Esto es que hombre precavido vale por dos, y así, si un día me quedase yo sin cosechas, sé seguro que tú me darías también algo de grano...

Resistimos a efectuar cualquier consideración por oportuna que pudiera parecemos. Deseamos preguntar solamente a quien desee responder si tal manera de obrar descubre o no, en el aspecto religioso o en el aspecto humano, un ser espiritual...

Las alegrías íntimas, las alegrías fervorosas que le causaban aquellas obras en silencio, según la máxima evangélica, no son para descritas. Después, su noble alma se desbordaba.

Al llegar a su casa, decía a su esposa:

—Vengo muy contento y con una gran satisfacción, porque una madre ha podido dar de cenar a sus hijos...

Insistamos un punto más en sus delicadas formas de efectuar la caridad. Una vez, después de haber dejado ocultamente una limosna detrás de la puerta de una pobre casa, decía en la intimidad de su familia:

—Hay más pobres de los que piden limosna, y pasan necesidad porque les da mucha vergüenza pedir.

Faustino tuvo seis hijos. Cuatro de ellos se le murieron entre los seis y ocho años. Aceptaba el dolor de aquellas pérdidas con resignación admirable y durante la enfermedad de sus hijos se

comportó como un padre cristianísimo. Después, a la hora de la muerte, él mismo les cerró los ojos quedándole en el alma el indefinible consuelo de haberles ayudado a pronunciar, en el instante supremo, los nombres de Jesús y de María.

Su esposa confesó después de su muerte que desde que había llegado la República empezó a acrisolarse en su apostolado, y a ella a instruirla en las cosas santas y a alentarla a morir antes que negar su catolicismo.

Más tarde llegó la catástrofe. La guadaña sacrílega de la horda descendió también sobre el pueblo trastocándolo todo y desparramando con prodigalidad un odio hasta entonces jamás visto. Comenzaron los asesinatos, los sustanciales desórdenes. Cuando Faustino vio por las calles revestidos con los ornamentos sagrados a los profanadores sacrílegos de la iglesia, que iban destrozando la custodia y el palio mofándose de la religión, corrió hacia su casa, se encerró en ella, se puso de rodillas y en cruz y llorando, llorando de rabia santa y de dolor, rezó veinte Avemarias como desagravio, "para que el Señor les perdone, porque no saben lo que hacen"...

Y los crímenes continuaron. Pero él no temía por su vida. Fijaros. Un hombre nacido en el seno de una familia creyente, un hombre que se había esforzado sin concederse pausas en perfecciones, en arrebatarse al cuerpo en beneficio de su alma todos los deseos impuros, todas las torcidas inclinaciones, todas las turbias pasiones, ve, de pronto, que en una exhalación, en un instante, el ateísmo fulmina hombres y símbolos, destruye y pulveriza el orden, socava los módulos tradicionales de vida, blasfema y arroja sus trágicos alaridos hasta Dios. Tanta brusquedad es demasiado dolorosa. Aquel hombre humilde, por ello, no teme perder la vida. Ve como se pierde aquello por lo que la hubiera sacrificado y ansía sacrificarla para paliar tamañas ofensas.

Al enterarse del asesinato de los sacerdotes —todos ellos martirizados— piensa que su hora se acerca, que ya no puede andar muy lejos. De pronto, una calma, una tranquilidad indescribible se apodera de él. El espíritu domina al cuerpo. Medita. Piensa en la vida, en los seres queridos que dependen de él. Y habla con su esposa.

—Estoy pidiendo al Señor morir por El... Así que, si me lo concede, es que lo merezco, y si esto sucede, no te aflijas, no te muevas de tu casa con tus hijos, no te ocupes de recoger mi cadáver, porque es material; lo importante es morir bien, y yo moriré bien, aunque sea en un muladar... Y no te sacrifiques ni tampoco los chicos; que si sucede, El, que lo permite, vigilará por vosotros con más vigilancia que yo... Que los chicos no vayan a la escuela roja, que los hijos de un católico no deben ir a ella... Y procura tú recordarles la existencia de Dios, que si no, dentro de poco lo olvidarán todo...

La esposa lloraba. Mas, mucho más que el augurio cierto de su muerte, a aquella mujer le impresionaba la serenidad absoluta de su esposo. Pero a él no podía extrañarle su propia serenidad, pues sabía que a un hombre que espera en Dios jamás le ocurre lo irremediable. No era sino un viaje. Y como un feliz viajero, dejaba, antes de partir, sus indicaciones. Aquí, aquí la gran fuerza serena del católico. Para Faustino, la desesperación no era más que una palabra hueca, sin sentido alguno. No existía.

Su tema, aquel en que se mostraba particularmente escrupuloso, era el de sus hijos. Le apenaba no completar su formación. A su mujer le hablaba siempre de ellos, para después de su muerte.

—No nos hace falta que sean sabios, nada más que se salven... Mira qué sencillo es, tú misma los puedes enseñar. No les permitas que blasfemen; que tú, mujer, tienes que ser la madre de los Macabeos.

Estas palabras confidenciales, sencillas, sublimes, revelan una alma grande y llena del Espíritu Santo.

En el pueblo hizo su aparición, con violencia desusada, el hambre. Cuanto se había producido y se producía era requisado sin más formalidades que las que posea el robo a mano armada para llevarlo a los frentes. Muchos ancianos quedaron exánimes, al sol, en medio de las calles, muertos por el hambre. Faustino había repartido cuanto tenía.

Cierta noche se presentaron en su casa una partida de milicianos. Penetraron en ella, y sin más explicaciones la convirtieron en domicilio propio. Una noche dijeron a Faustino que los convidara; luego de comer cuanto había, le incitaron a que blasfemara. Quien se había dirigido a

él, era, Faustino lo sabía bien, aquel a quien un día de invierno había colocado tras su puerta una limosna para que sus hijos no se muriesen de hambre. Le incitó rabiosamente a que blasfemara.

—Estáis locos. Estáis locos y no sabéis lo que decís.

—Blasfema y no te pasará nada.

Entonces, él les mostró el pecho, abriendo la camisa, y les respondió:

—Me matáis, que yo no blasfemo por nada ni por nadie... Tengo solamente una vida; pero aunque tuviera cuarenta, disponed de ellas, porque lo que pretendéis, nunca lo conseguiréis de mí...

No lo lograron. Aquel mismo a quien había favorecido en una hora de desgracia le rompió la mandíbula de un culatazo. Gravemente herido, lo llevaron a la cárcel, donde estuvo, padeciendo crueles dolores, cerca de quince días. Todos ellos, sin que faltara uno, le proponían el dilema de vida o muerte. .

Blasfema, y podrás irte. Blasfema, y podrás irte. Blasfema, y podrás irte.

Fue fusilado sin otra culpa que la de no blasfemar.

Nos parece que queda claro. Contra Faustino Muñoz Parra, como hombre de tal edad, de tal país y de tal profesión, no tenían nada. No le decían: Blasfema contra tu esposa, mata a tus hijos... No, no. Blasfema contra Dios, esto es. Era a Dios. A Dios, contra quien iban. Quien vea otra causa en cuantos asesinatos llevamos relatados, cometerá, parézcale bien o no, una frivolidad.

X. UN BELÉN EN LOS PIRINEOS

No sabemos si se conoce lo suficientemente bien una de las facetas más interesantes de la Cruzada. Me refiero a aquellos que, dándose cuenta exacta del valor que una vida tiene para quemarla en servicio de Dios y de la Patria, y presentándoseles alguna oportunidad, corrieron las dolorosas aventuras de la huida. Tal vez exista alguien que piense poco rectamente ante las personas que decidieron huir. A quien así piense le diremos que morir es muchas veces demasiado fácil. Cuando se posee la certeza de que nuestra vida podrá aún coadyuvar en las causas nobles, y tenemos —repetimos— la oportunidad de salvarla sin el menor desdoro y escándalo, debemos hacerlo.

Desde Barcelona se organizaron desde finales del 36 y principios del 37, numerosas expediciones para pasar a Francia, y de allí a la zona nacional, o bien directamente a esta última zona. Muchas de aquellas expediciones fracasaron. Las causas de tales fracasos se consignan claramente en la siguiente carta escrita por uno de los protagonistas

"El asunto de las salidas —dice— se ha puesto mal muy mal. Las dos últimas expediciones que salieron con tal felices augurios han terminado de modo desagradable, y no han tenido funestos resultados por especial providencia de Dios... Quizá le extrañará que los grupos de fugitivos sean tan numerosos. Es porque los guías no quieren exponerse si no hay una ganancia de muchos miles de pesetas. Los principales enemigos de los expedicionarios, son: las denuncias que hacen todos los que ven pasar forasteros por cerca del pueblo; los numerosísimos espías, bien pagados; el reciente decreto que prohíbe acercarse a veinte kilómetros de la frontera, sin la autorización debida; las largas y penosísimas marchas nocturnas, que, al decir de los últimos que han regresado, es algo inaguantable para los que no son jóvenes y no están ejercitados para la marcha... A pesar de todo seguiré buscando nuevos guías, cosa difícil. La mayor parte han hecho unas fortunas muy elevadas, algunos hasta se han hecho millonarios, y, claro, ahora les hace poca gracia exponer su fortuna y su vida y su familia por unos cuantos billetes..."

Ésta era la situación. Expediciones de diez, veinte y en ocasiones treinta hombres, individuos católicos y patriotas salían de los encierros de las ciudades para "pasarse". Repase el lector este término, y, ahondando en él, extraiga de su fondo un poco ya dormido el cúmulo de sugerencias, de remembranzas, en algún caso, que le produzca. Hay términos que en la pasada Cruzada poseen un fulgor extraño e inconfundible. "Pasarse", "checa", "paseos", "rojos", "nacionales", "sacas"... Es inútil que algunos fuesen utilizados en distintas circunstancias anteriores o posteriores. Hoy, todo español maduro que vivió en España los años de la guerra lleva en su corazón tales palabras con un signo singular, preciso.

Salían de los encierros para pasarse. Pertenecían a muy diversas clases sociales, a muy diversas profesiones. Sacerdotes unos, seglares otros. Abundaron entre ellos Hermanos de algunas órdenes y, sobre todo, de las Escuelas Cristianas, de cuyos individuos hemos descrito algún martirio. Gentes heroicas y maravillosas, gentes de un temple que honra la Religión que profesaban y la nación donde habían nacido. "Hubo Hermanos —narra una crónica— que, a pesar de todas las dificultades que ellos conocían, por lo menos en sus líneas generales, se resolvieron a pasar la frontera, no sólo para salir de atormentado suelo rojo, sino para ir a combatir en las filas nacionales, que eran las de Dios y las de la Patria, los que tenían edad para ello, y para dedicarse a la educación de la juventud de la Nueva España, los demás."

Poco esfuerzo hará falta para que el lector se dé cuenta de las circunstancias, realmente penosas, que la arriesgada acción de "pasarse", entrañaba. Bien quisiéramos poder transcribir cuántas han llegado hasta nuestro conocimiento. Como esto resultará imposible, narraremos dos de las aventuras, pues con ello el lector acabará perfilando la idea que de ellas posea.

A finales de mayo de 1937, don Alfonso Martínez Olmedilla, católico ferviente que gozaba entre los milicianos de cierto respeto debido a sus conocimientos médicos con los que les servía, contrató a un guía para trasladar al otro lado de la frontera dos jóvenes, de veintisiete y treinta y un años respectivamente, y un muchacho de quince, los tres dispuestos a no parar hasta verse combatiendo bajo las auténticas banderas de la Patria.

Fue encontrado el guía. Pidió, por el servicio, cinco mil pesetas, que don Adolfo le entregó. El pago, por lo que pudiera ocurrir, era exigido por adelantado. Utilizando los servicios regulares, se encaminaron hacia el lugar de San Lorenzo, al pie de la montaña conocida con el nombre de Cadí. Como el automóvil en que viajaban no podía seguir adelante por acabarse allí mismo la carretera, lo abandonaron, comenzando la ascensión de la montaña antes dicha. Bien se sabe lo que ocurre cuando se comienza a ascender una montaña. En un principio se siente en el fondo de las entrañas como una gran expansión jubilosa, como un gozo que invade la íntima entera presentándonos la cumbre como algo a lo que es fácil llegar. Pero, a poco, empieza uno a darse cuenta de que ascender es terriblemente difícil, de que el músculo es inferior a la montaña, cuyo gesto escabroso, rígido y hosco nos repele para acabar agotándonos. Pronto comenzaron los pasos difíciles. Antes de seguir, digamos los nombres de nuestros expedicionarios. El mayor, Julio María Fernández; el de veintisiete años, Javier Izquierdo; el muchacho, José García, y, el guía Jerónimo Prats.



Ilustración 6. a Iglesia de San Luis, después del incendio Mártires de la Iglesia



Ilustración 7. Fotografía encontrada a un miliciano rojo



Ilustración 8. La Iglesia del Salvador después del incendio

Bien. Ya tenemos a nuestros hombres en marcha. Va el día desplomándose. El sol enrojece y el horizonte se enrojece y todo es, tal vez, como un augurio de sangre. Empiezan los pasos difíciles. Después de coronar uno de roca viva, a las tres horas de marcha, el guía decide que ha llegado el momento de reponer fuerzas. Tras unos matorrales, que procurarán buen cobijo, se tienden a descansar, y catan una bota de vino y prueban algunos alimentos. El guía ha dado una orden tajante

—Si quieren llegar con vida a la otra parte, guarden silencio. Aquí se oye todo, las palabras van muy lejos, y es fácil que anden cerca carabineros. No se puede hablar.

Nuestros expedicionarios no pronuncian palabra. Sus ojos cambian miradas llenas de sentido. Rezan. Como nunca, ahora Dios es para ellos la única salvación.

De nuevo en marcha. De nuevo hacia la cumbre. La noche ya ha cerrado por completo y el guía recomienda precaución. Atraviesan por una senda al borde del abismo. Al fondo se oye el bullicio regular de un arroyo. De pronto, el guía para bruscamente la marcha. Queda quieto, avizor. Se vuelve, y dice a los fugitivos en voz muy baja:

—Carabineros. Vienen carabineros, y por esta senda.

—Retrocedamos.

—No; sería peligroso. Sigán un poco más.

Los tres que le acompañan le siguen sin saber a ciencia cierta qué intenta Jerónimo. Unos cuantos metros más allá, vuelve a hablarles:

—Inmediatamente debajo de este camino, abierta en el flanco del precipicio, hay una especie de cueva, no muy grande. No tenemos otra solución. Hay que descender y cobijarnos en ella.

—Pero...

—No hay otra solución, ya se lo he dicho a ustedes. O dejarnos atrapar por los carabineros.

Se disponen a descender a la cueva. Primero, baja el guía. Luego, los fugitivos, con un infinito cuidado, rodeados de oscuridad que dificulta extraordinariamente la bajada. Jerónimo va indicándoles donde han de poner el pie. Hay un momento en que el más joven de todos parece

que va a precipitarse en el abismo. Una rama o una piedra ha fallado bajo su pie. Sin embargo, es fuertemente sujetado por el guía y, al fin, logra introducirse en la cueva. Diez minutos más tarde, los carabineros transitan el sendero exactamente sobre la cueva. Al parecer, van bebidos. Dan voces. Por ellas se enteran de que llevan consigo un prisionero. Fue sorprendido muy cerca ya de la raya salvadora, cuando su energía tocaba a su fin después de la singular aventura de intentar "pasarse". Y no lo había logrado. Según podía discernirse de su modo de hablar, de su voz, era un hombre maduro.

—No debéis hacer eso conmigo. Si de me dejáis libre nada os compromete. Os daré el dinero que me pidáis.

—No tienes dinero — le respondía un carabinero. Claramente se veía que estaba borracho.

—No lo tengo aquí. Ya os lo he dicho. Os juro que os lo enviaré más tarde de un modo que llegue hasta vosotros.

—No tienes dinero. Eso es lo peor. Además... nuestro deber.

El prisionero parecía estar al borde de la desesperación. Nuestros fugitivos, espectadores mudos de aquel drama, no podían hacer sino guardar el más absoluto silencio.

De pronto, el hombre sorprendido al pasar la frontera, dio un terrible empujón a uno de los carabineros que rodó por el precipicio queriendo agarrarse a los salientes de las peñas, a los arbustos, pero sin conseguirlo. Al silencio de nuestros fugitivos se unía ahora el espanto. Al hombre que había empujado el carabinero, le dispararon varias descargas, por la espalda, pues intentó huir. Luego de rematarle entre blasfemias, y sin preocuparse de lo que había sido definitivamente de su compañero despeñado, continuaron la marcha. Media hora más permanecieron en la cueva sin atreverse a pronunciar la más mínima palabra. Al menor de todos, único sobreviviente de aquella aventura, le parecieron aquellos instantes de la cueva, según contó después, sencillamente inverosímiles. Realizaba verdaderos esfuerzos para darse cuenta de que se hallaba en un peligro inminente, gravísimo, el más grave peligro al que se había visto abocado hasta entonces, y que no era cosa de la fantasía, un sueño.

Una vez vueltos al sendero, Jerónimo se puso otra vez delante y se reanudó la marcha. Era extremadamente fatigosa. El camino se había perdido irremediablemente entre una vasta espesura entre la que las piernas se agotaban. Sólo Jerónimo avanzaba derecho, sabiendo en cada paso hacía dónde tenía que seguir o qué dirección tomar. Hubo de gatear por algunas escarpaduras evitando así el camino y posibles peligros. Después de otras dos horas de camino, viendo, sobre todo, que José no podía más, decidieron descansar breves minutos.

Recomenzado el camino comenzó a llover, y entonces la marcha a través de aquellos terrenos tan abruptos, radicalmente inhóspitos para la planta poco acostumbrada, se transformaron en un infierno de lodo. Muy pronto se formaron torrencias impetuosas que era necesario atravesar con grandes cuidados, ya que un paso en falso, un resbalón podía originar fácilmente consecuencias graves. Hubo un momento en el que la cortina de agua y el fango creciente que se producía constantemente y aumentaba sobre el terreno hicieron inútil todo intento de avance. Nuestros fugitivos eran hombres del llano, hombres de ciudad. Aquella formidable escena montañesa, desencadenada de pronto, hiriendo la geografía y transformándola de modo tan completo era absolutamente desconocida para ellos. De ahí su desconcierto y su terror. Pero seguían avanzando.

—Faltan, a lo sumo, dos o tres kilómetros —decía Jerónimo—. No debemos detenernos. Dentro de poco podrán ustedes descansar.

Continuaron avanzando. Arreciaba el temporal y las caídas se sucedían con frecuencia. Francamente, no podían continuar. Uno de ellos así lo confesó al guía.

— Como ustedes quieran —respondió—. Vamos a refugiarnos en una pequeña cueva que hay por aquí.

Abandonaron la línea recta y bordearon un altozano que ya habían comenzado a ascender. Ayudándose de unos vigorosos arbustos salvaron un peligroso desnivel, aún más peligroso por causa del agua que continuaba cayendo abundantemente. Pronto enfilaron la entrada de la cueva.

Al pronto, Javier tuvo como un respingo. Hacia el fondo de la cueva había visto a alguien. Eran

carabineros. Intentaba retroceder, pero aquéllos echaron el alto. Nadie obedeció. Con cuanta rapidez les era factible entre el fango y lo irregular del terreno emprendieron la huida. Desde la entrada de la cueva dispararon repetidas veces. El pánico se había apoderado de los expedicionarios. Todas sus fuerzas fueron condensadas en una sola acción, en huir. Quemaban entonces sus postreros bríos. José corrió, cayendo, levantándose, hiriéndose el cuerpo... En varias ocasiones tuvo que descansar de bruces, aprovechando las tremendas caídas. Luego se alzaba y continuaba la marcha, sin querer saber nada ni enterarse de nada. Huir. Ése era su objetivo obsesionante. Ir hacia delante sin pensar más. Por fin llegó al llano. La dramática peripecia había llegado a su fin. Estaba en Andorra. Julio, Javier y el guía habían muerto por los disparos de los carabineros.

José, aquel muchacho de entonces y hoy un hombre, nos ha contado de viva voz aquella tragedia hasta hoy inédita, en la que, de tres hombres, sólo uno pudo pasarse...

El hermano Juan, compañero de aquellos tan justamente mencionados en estas páginas, narra, ahora, otra de aquellas expediciones.

Eran las siete de la tarde del día 8 de diciembre de 1936. El suelo estaba cubierto de nieve. La oscuridad era absoluta. Nosotros, puestos en fila india, o de uno, y cada cual con su cayado, emprendimos la marcha, con nieve, por el momento, sólo hasta los tobillos. Al cabo de varias horas de andar, nos detuvimos un rato para esperar a otro guía y juntarnos las dos caravanas. Durante el tiempo que estuvimos esperando tuve tiempo de hablar con el sacerdote don José Bosch. Estaba pálido y mareado. Acabábamos de salir, y ya no podía más. Yo le di un poco de coñac, y le animé, pero temí que no pudiera llegar.

Nos organizamos de nuevo, con un guía a la cabeza y otro detrás. íbamos a hacer el trecho más difícil, pues se trataba de escalar el monte más elevado; pero como era el primero, y, además, habíamos descansado, pudimos pasarlo sin gran dificultad.

Una luz, que al parecer venía hacia nosotros, nos alarmó un poco, pero no fue nada.

La nieve nos llegaba a las rodillas. Caminábamos en un inmenso desierto helado y, por eso, la marcha era relativamente fácil. A lo lejos divisábamos unas lucecitas, símbolo de la vida. El guía nos dijo que era un pueblecito llamado Fornells. Después de subir y bajar varias veces, llegamos a orillas del río Fresser. La superficie estaba helada.

—Procuren pasar sin romper el hielo — dijo el conductor.

Todos procuramos hacerlo así, pero, desgraciadamente, dos de los fugitivos no lo lograron, y el agua les entró en los pies, helándoseles inmediatamente. En tal estado tuvieron que andar más de siete horas, inconscientes del grave peligro del hielo introducido en el calzado.

Atravesada la vía del ferrocarril de Puigcerdá, emprendimos la ascensión de una áspera y pedregosa pendiente para alcanzar la carretera. Esta subida duró más de una hora. Cruzamos la carretera por un lugar muy peligroso y tuvimos que hacerlo sin ruido y a escape. ¡Cuántos habían sido fusilados en aquel sitio! Entramos luego en un bosque de abetos, con nieve siempre hasta la rodilla. Las ramas de los árboles eran tan bajas, que teníamos que andar agachados y cogidos uno a otro para no extraviarnos. Como estuviéramos junto a la carretera, y a la vista de los puestos de guardia, "es cuestión —dijo el guía— de andar de prisa, en silencio y sin ruido, pues atravesamos el sitio más peligroso".

Efectivamente. Miré hacia la derecha y vi a lo lejos una casilla con una luz encarnada y una columna de humo que subía: era la guardia de los milicianos; pero, como hacía tanto frío, estaban mejor junto al fuego que paseando por la carretera. Perdida de vista la casita blanca, hubo un alivio en la marcha.

Hacía más de una hora que subíamos la cuesta de una severa montaña cuya cumbre parecía siempre cercana. Ya no había árboles y la nieve era más abundante. El peligro era cada vez más cierto y hosco. El frío intensísimo nos sobrecogía y nos entumecía hasta inmovilizarnos. A medida que íbamos subiendo parecía alejarse la ansiada cumbre. El ánimo desfallecía. Pararse era morir sin remisión, y volver atrás, aparte de ser una locura, era entregarse a la muerte. Estábamos frente al Puigmal, que aún erguía su cumbre inhóspita a 2.909 metros.

Aparecían acá y allá montoncitos de nieve apelotonada que, por el cansancio y el continuo

temor, se nos antojaban cadáveres de infelices transeúntes que habrían caído, al huir, como nosotros, del zarpazo de la fiera roja.

Era aquello una visión dantesca que, en otras ocasiones, había desalentado de tal modo a algunos fugitivos, que ya no osaron seguir adelante. Más de uno había renunciado a salvarse a las puertas mismas de la vida.

Nosotros nos habíamos salvado todos de este trance, pero no sin que un sacerdote necesitara recibir masajes para que reaccionara contra el frío, que ya le había helado algunos de sus miembros. Le puse mi bufanda y los guantes de piel, le di unos sorbos de coñac y, a hombros de unos jóvenes, pudo llegar a la cumbre, que creíamos la última. ¡Qué desengaño el nuestro cuando, en vez del bosque de pinos que esperábamos, nos encontramos con un inmenso páramo! Todos pedían fuego con voces desgarradoras. Probamos dos o tres veces a prenderlo con papeles, pero en vano. La situación era angustiosa. Si nos deteníamos más, peligraban nuestras vidas, y seguir adelante parecía imposible, sin tomar algo que nos reconfortara. Gritamos, buscamos pero todo fue inútil. Habíamos perdido a los pocos compañeros que habían llevado alguna provisión, pues se habían apartado y seguido un camino distinto con el otro guía.

El nuestro, entonces, acercándose a mí, me dijo, sumamente preocupado:

—¿Qué hacemos? Si no me cuadro y obligo a todos a seguirme, aquí perecemos todos.

Más tarde me confesó que hubo un instante en que temió, verdaderamente, por todos.

A una orden imperativa del guía emprendimos nuevamente la marcha. Aquello era desesperante. La nieve nos cubría casi por completo. Para dar un paso había que levantar la pierna en ángulo recto, teniendo que hundirla nuevamente, recorriendo el camino con una lentitud y fatiga muy grandes. Probamos de arrastrarnos, de resbalar, pero la nieve, recién caída, no nos sostenía. El desaliento fue general. Muchos renegaban de la hora en que habían salido de Barcelona para venir a morir en semejante situación. Otros increpaban a los guías, que nos llevaban a la muerte.

—Nos han engañado —decían—. Nos aseguraron que eran cosa de seis u ocho horas y ya llevamos más de catorce andando por parajes infernales y sin esperanza de salida.

A este cuadro tan desgarrador venía a juntarse la situación desesperada de tres de los expedicionarios, que ya no podían más, viéndonos obligados a arrastrarlos un poco cada uno. Las únicas palabras de uno de ellos eran: "¡fuego, fuego!"

Dos horas haría que andábamos en tan penosas circunstancias, cuando entre los árboles vemos salir una columna de humo. El corazón latió con violencia. Renacía en todos la esperanza. Por fin, quizá, llegaba la salvación. ¿Sería alguna aldea? ¿O tal vez alguna guardia de milicianos o cabaña de pastores? El guía nos animó diciéndonos, como era la verdad, que ya habíamos llegado a tierra extranjera. Hacía rato, sin embargo, que estábamos en Francia. Pero era forzoso llegar a un pueblo, que no alcanzamos sino media hora después.

No terminan aquí las penalidades de esta expedición, sino que hubo de procederse a la cura de tres del grupo, a quienes se les habían helado los pies.

Eso era el paso del Pirineo. Las grandes cordilleras sienten en su soledad el inmenso orgullo de su indomable grandeza y hacen pagar cara la osadía de la planta humana que quiere violar sus cimas coronadas por la nieve, la digna diadema, blanca y fría, de sus altivos e inmaculados riscos.

Si alguno de los guías caía o temía caer preso y abandonaba a los expedicionarios, la suerte de éstos era desesperada. He aquí un sucinto, último y estremecedor relato.

El día convenido emprendimos la marcha, a las cinco y media de la tarde, divididos en tres grupos, hasta llegar a la carretera, que va de Ripoll a Pobla de Lillet, que atravesamos todos juntos. Ya en pleno monte hubo dos expedicionarios que dijeron hallarse tan cansados que no podían seguir. Eran dos carabineros espías. Cuando fue a ver el guía si los encontraba para ayudarlos, ya habían ido a Combren, desde donde telefonaron al puesto de carabineros lo que pasaba. Inmediatamente destacaron de Ripoll doscientos carabineros hacia la frontera, para esperarnos. Al advertir el movimiento de guardias que rondaban por las cercanías, uno de los guías vino hacia nosotros y nos dijo:

—Muchachos, sálvese el que pueda, que los carabineros andan por aquí.

Nos fuimos escabullendo, uno por un lado y otros por otro, dispersándonos todos. Fue imposible transitar durante mucho tiempo por aquellas montañas.

Yo tuve que estar escondido, día y noche, durante más de tres semanas, en una cueva situada en lo alto de una montaña, distante unos diez minutos de una casa de campo. Por la mañana, cuando los labradores soltaban el ganado, me traían pan y un plato de alubias, y así pasé algún tiempo.

Imagínese el lector un espeso bosque de matorrales de boj. Había en el suelo un agujero de metro y medio de diámetro que me servía de entrada a la cueva. Esta medía como dos metros de altura en el centro y un metro en los extremos, siendo de tres su profundidad, y estaba cavada en la roca viva. En el fondo dispuse unos palos y encima de ellos dos sacos de paja, que traje de la casa vecina, y ello me sirvió de cama. Unas piedras que estaban en el centro me servían de silla. Me pareció grande el agujero de entrada y lo reduje a las dimensiones de mi cuerpo, y aún lo tapaba del todo por la noche.

Durante los meses de octubre, noviembre y diciembre tuve que encender lumbre para no perecer de frío. No me albergaba en casa de los buenos granjeros porque cada poco tiempo e inesperadamente los carabineros inspeccionaban las masías de la comarca.

En los meses de invierno se crean en aquel bosque muchas setas. Iba a buscarlas durante el día y me resultó bien la temporada, pues pasaron de sesenta duros los que saqué de su venta, con los que tuve para alpargatas y vestido.

La escena más emotiva de mi soledad fue la de Nochebuena. Hice un belén en mi cueva, tan ingeniosamente como pude. Ayudándome de una filarmónica que todavía conservó, cantaba alabanzas al Señor, en unos villancicos que había aprendido en Premia de Mar. ¡Todo mi ser se sentía transformado! ¡Aquella soledad se había llenado de Dios!

Los carabineros, con el rigor del frío y la inutilidad de la guardia, se cansaron de estar por aquellas alturas, y me aproveché de ello para huir con otro grupo que conducía un nuevo guía.

Hemos narrado tres aventuras. Las tres bañadas del principio al fin en un gran dramatismo, alguna en tragedia. Los que murieron en aquellas feraces soledades, tundidas sin piedad por el invierno, como los que llegaron a conseguir la libertad a costa de innúmeras penalidades, son también héroes de la misma causa. Pues ello queda sobradamente justificado al decir que su amor a Dios, a la Patria y a cuanto uno y otra representan era lo suficientemente intenso como para arriesgarse a sucumbir sobre aquellos páramos helados o por los disparos de los carabineros alerta.

No hay duda de ello. Por creerlo así introdujimos las anteriores narraciones en el tema. Representan otra faceta, otro punto de vista, una simple variación, un matiz distinto del martirio fabuloso de España. ¡Los fugitivos del Pirineo! Ellos pusieron en la España de hoy una esperanza cuya intensidad la produjo.

XI. LOS SACRIFICADOS DE LORCA

Nos hallamos, ahora, ante una muy justa consideración. Lo que ocurrió en Lorca durante aquel fatídico año de 1936, cuya grana de martirio es difícilmente superable en ningún otro de la Historia de España, ocurrió también en otros diversos puntos de la península. Esto es, los hombres eminentemente educadores, los profesionalmente, por profesión divina, educadores, cumplieron la soberana lección de enseñar con el ejemplo. Nosotros hemos lanzado ahora nuestra mirada sobre la ciudad de Lorca, y hallamos, sobrenadando la general tragedia, a varios Hermanos de las Escuelas Cristianas. Quienes durante sus horas de enseñanza repitieron una tras otra sus certidumbres tratando de formar así los jóvenes espíritus, adquieren una responsabilidad fabulosa. Cuando, súbitamente, las circunstancias proponen los grandes e incambiables problemas, su respuesta y modo de afrontarlos es de una trascendencia que va más allá de su única individualidad humana. Conviene, a fuer de sinceros y rigurosos, que indagemos hasta la última fibra de su comportamiento.

Dispongámonos a la labor.

El día treinta de julio se presentaron al hermano Ovidio Bertrán, director del Colegio de Lorca, unos individuos que traían un documento, en el que se les autorizaba para fundar en aquel local una escuela graduada, bajo un nuevo director. Los intrusos hicieron, a su modo, un inventario, y luego dijeron a los Hermanos:

—Ustedes salgan de la casa.

—¿Y adonde vamos a dirigirnos?

—Adonde ustedes quieran.

Los Hermanos, llenos de inquietud, pero no de miedo, hicieron con su abogado, señor Campoy, otro inventario más exacto, claro está. El señor Campoy, por su parte, aconsejó a los religiosos que se retiraran y no trataran de enfrentarse con aquella gente.

Aun estaban el primero de agosto en casa cuando fueron a detenerlos. La mayoría rodeó la casa por la parte del patio, y unos pocos llamaron a la puerta principal. Los Hermanos estaban en ese momento en la capilla que daba al zaguán. Salieron y se encontraron con los milicianos, que dirigía el antiguo alumno, alias "el Terrones".

Terminado el registro de la casa, llevaron a los Hermanos, entre gran tumulto callejero, a los sótanos del Palacio del Conde de San Julián, convertido en calabozos. En el palacio se había instalado la C.N.T.

Muy poco estuvieron en aquel sótano, porque la misma noche fueron conducidos al Ayuntamiento y después a la cárcel.

En ella se encontraron con los sacerdotes de Lorca y con muy buenos caballeros cristianos.

La fecha del ingreso en la cárcel, según el expediente, es el día dos, lo que hace suponer que fue en su madrugada.

En la cárcel llevaron una vida tranquila al principio, y religiosa siempre. En algunos ratos se divertían jugando a la pelota en un patio que está al lado de las celdas.

En cuanto a los cuidados materiales, de nada carecieron, porque todos los miembros de la familia de Andrés Hernández, y sobre todo su esposa Dolores Sánchez, les procuraron cuanto necesitaban, aunque fuera preciso que se expusieran a insultos, a burlas, a vejámenes y hasta a perder su propia libertad y vida.

El hermano Ovidio Bertrán, en la carta que escribió de despedida, hace el mejor elogio posible de Dolores Sánchez, diciendo que los cuidaba como una madre.

El día treinta de septiembre de 1936 se constituyó en Lorca el Tribunal popular número 2 para la provincia de Murcia. Fue su presidente Lino Martínez Carnicero. Éste, por un documento que aún está en la cárcel de Lorca, con fecha 2 de octubre, manda que se ponga en libertad a varios individuos, y entre ellos a los cinco Hermanos.

Pero en el expediente figura también un oficio del Frente Popular, de la misma fecha, dirigido al señor director de la cárcel, para que los cinco Hermanos, y sólo ellos, de los puestos en libertad por el juez, queden a su disposición.

El oficio dice así: "Considerando este comité que contra los detenidos de esa prisión, que a continuación se expresan, no existen cargos concretos que pudieran determinar su procesamiento, pero que en las circunstancias actuales pudieran constituir un peligro para la población, deberán continuar detenidos a disposición de este Comité... (Aquí los cinco nombres de los Hermanos.)

"Lo que le comunico a los efectos oportunos. Salud y República."

El día 17 de noviembre, víspera de su martirio, según el padre Jorda, franciscano, compañero de celda hasta el último momento, habían pasado los Hermanos un día muy tranquilo, y aun habían prolongado un poquito más que de costumbre su juego de pelota y la conversación.

Se acostaron y durmieron.

A las cinco y cuarto de la madrugada, un oficial de prisiones despertó a don José María Cánovas, párroco de Santiago, y le dijo que saliera, pues quería hablar con él un amigo suyo del Frente Popular. La hora infundió sospechas al sacerdote y pidió al padre Jorda que le confesara. Luego fue el padre quien pidió al sacerdote la confesión. Vino el oficial a decir a la víctima que se apresurase, y que, además, salieran los Hermanos, pues querían hablarles.

Uno de éstos interpuso que, si era cuestión de hablarles, que saliera el hermano Director, que ellos daban por bien dicho lo que éste dijera.

Insistió el oficial en que habían de salir todos, y entonces, tres Hermanos: el Director, Hermenegildo Lorenzo y Lorenzo Santiago, pidieron cada uno la confesión.

Si acaso quedaba alguno de los sentenciados con alguna confianza de que realmente los llamaban para algún cambio de palabras, debió perderla apenas salieron de la cárcel, pues vieron delante de sí a Avelino, el fiero matón de Lorca.

Eran las seis de la mañana cuando se volvieron a cerrar las puertas de la prisión.

¿Qué sucedió con los Hermanos y con don José María?

Vea el lector el relato que uno de los asesinos ha hecho en una reconstrucción de autos:

"Sobre las cinco de la mañana del dieciocho de noviembre, me encontraba haciendo guardia en el cuartel de Milicias Rojas y me llama el Avelino para efectuar un servicio, en compañía de otros cuatro milicianos más. Sacamos a los cinco Hermanos, en unión del sacerdote don Jose María Cánovas Martínez, amarrados consecutivamente del brazo y los montamos en un camión. Tomando giro, acto seguido, en dirección a los pozos situados en las minas de azufre del Coto Minero, en las afueras de Lorca. Para tranquilidad de los detenidos, y en respuesta a sus interrogaciones, les advirtió el jefe que iban a declarar junto a otros más que había en aquel lugar. La contestación de los Hermanos a dicha proposición fue la siguiente: "Si no tenemos nada que declarar; no hemos hecho nada malo a nadie".

"En esta situación llegan a las minas. Paran el camión a unos cincuenta metros del lugar de la tragedia y descienden paulatinamente los que iban a morir.

"Dijo entonces Avelino a un miliciano práctico en el terreno de las minas, y fingiendo hipócritamente: "Vete a buscar a los otros para que declaren".

"Avelino se adelantó e indicó el pozo que sería la tumba de los mártires. Seguidamente echaron a los Hermanos adelante, sin haberles desamarrado.

"Una vez llegados al castillete del pozo, frente a éste y a una distancia de unos ocho metros, les dieron el alto. Uno de los milicianos les hizo un minucioso registro, quitándoles todo el dinero que llevaban encima y los documentos personales. También cogió los pantalones que el hermano Luciano Pablo llevaba de repuesto debajo del brazo.

"Seguidamente, en tono sarcástico, les dijo Avelino: Sentaos y rezad. Así lo hicieron los mártires, colocándose en fila, en dirección NE. y mirando al O., en cuya dirección está el pozo.

"Ordenaron a los cinco milicianos que se colocaran a la espalda de ellos, a unos cinco o seis metros. Formado el piquete, y a la orden de ¡fuego!, hicieron tres descargas, con intervalos de

unos tres minutos. A la primera habían caído muertos. "Fuego con ellos", gritó el dirigente, e hicieron las dos restantes.

"Después del fusilamiento de abalanzaron sobre ellos y comenzaron a saltar y a bailar encima de los cadáveres, pisoteándoles la cabeza. Para terminar de matarlos, dispararon más veces uno a uno sobre los cuerpos. Con quien se ensañó particularmente Avelino fue con el sacerdote, a quien quería sacar los sesos, lo que no hizo por consejo de sus compañeros.

"Hecho todo esto los soltaron y, entre todos, cogiéndolos por los pies, los acercaron al pozo "Por si acaso" (y hoy "De los Mártires") y los arrojaron al fondo.

"La escena del martirio se desarrolló sobre las seis y media de la mañana, salido ya el sol, y duró unos veinticinco o treinta minutos.

"Terminado todo, dijo el cabecilla: Ahí os quedáis, granujas; y a los milicianos: Poned el coche en marcha, que nos vamos. Hiciéronlo así y regresaron por la carretera del Pantano Puente a Lorca.

"Celebraron estos hechos macabros tomando varias copas de anís en la taberna de "La Peñica" y en la de Martín Moreno, y pasaron seguidamente al cuartel de donde habían salido."

A este trágico relato, a este horrible desorden en pleno siglo veinte, un Hermano añadió más tarde estas palabras que copiamos:

"Ningún paisaje más a propósito podía haberse escogido para tan horrendo crimen. Nosotros hemos seguido, ahogados por la emoción aquel camino por entre tierras áridas y polvorientas escombreras, enmarcadas por el arco rojizo de unos calvos montes, surcados por secas barrancadas, porque aquellas laderas no pueden ni llorar su propia esterilidad, ya que allí todo es sequedad, infecundidad, muerte. Y eso era también la revolución. Pero la muerte no pudo vencer a la vida".

Los Hermanos —dice el padre Jorda— se hallaban conformes y alegres con la divina voluntad. No deseaban más que ser dignos de lo que el Señor se dignara pedirles. Según don José María Cervantes, sacristán de Santiago, compañero de su prisión, esperaban, felices, el martirio. Porque el martirio era lo que les habían prometido cuando, al detenerlos, les habían dicho: "Vaya una enseñanza que habéis dado; ya llevaréis lo vuestro."

El criminal a quien se debe el minucioso relato que transcribimos más arriba, decía llorando al padre Antonio Martínez, después de haberse confesado: "¡Ay, qué crimen! ¡Matar a aquellos santos! ¡Ni una palabra nos dijeron!"

Los seis mártires de Lorca fueron el sacerdote don José María Cánovas Martínez, y los hermanos Ovidio Bertrán, Luciano Pablo, Hermenegildo Lorenzo, Estanislao Víctor y Lorenzo Santiago.

Estos fueron los maestros. Y no sólo ellos. A muchos hemos nombrado ya. Insistimos en que, a estas alturas, es menester con urgencia saber la estirpe de nuestros educadores de entonces. Y tanto importa que a ello nos hemos referido de nuevo, no fijándonos en la propia insistencia, sino en quienes formaron ciertos hombres que habrían de forjar más tarde una paz, que, de tan perfecta, corre el peligro de que sea imperceptible.

XII. UN MÁRTIR POPULAR

Debemos hablar aún de otro educador. Su figura, su fantástica silueta de educador, no puede ser olvidada por nosotros. En rigor, nadie puede ser, ni, en efecto, lo es, olvidado por nosotros. Ocurre, sin embargo, que, como dijimos, se impone lanzar a la lectura y meditación de las gentes mártires inéditos, poco o nada conocidos. Pero en este caso, y ya que emprendimos el camino de dar alguna noticia de los educadores, es inevitable mencionar al padre Poveda.

Tuvo lugar su nacimiento el 3 de diciembre de 1874. Sería en absoluto imposible iniciar ahora, siquiera levemente, una completa biografía de aquel sacerdote ejemplar. Había nacido en Linares, una de las poblaciones más industriales y activas de Andalucía. Su vida en el seminario, en el que ingresó en octubre de 1889, fue un continuo modelo, un constante ejemplo para todos los que con él convivían. Ya en aquellos primeros años de vida y virtud se sintió defensor de lo que siempre habría de constituir para él casi una obsesión: el orden, la jerarquía. Hay un párrafo en sus notas autobiográficas verdaderamente sugerente: "Dicen que en la escuela era aplicado y respetuoso. Lo que sí creo es que la devoción la tomaba yo más en serio que los de mi edad y sentía gran consuelo en las obras piadosas... Ya en los primeros años hice algunos apuntes sobre cosas espirituales y sentí predilección por el orden en todas las cosas"... "Predilección por el orden — comenta el padre Silveiro de Santa Teresa— en todo un muchacho, no digamos andaluz, sino hijo de los llamados pueblos latinos, es presagio seguro de una vida ejemplar y prometedora."

Infinitas fueron las ocasiones en que don Pedro Poveda demostró los dos matices fundamentales de su silueta espiritual. Uno de ellos, ya lo hemos mencionado: su deseo de orden. El otro, su ansia apostólica. "Predicaba con mucha unción evangélica y daba siempre a sus oyentes doctrina sana, sólida, bien dirigida y adaptada a los auditorios a quienes se dirigía. Como no aspiraba a otra cosa que a hacer fruto en las almas, le repugnaba desde joven la oratoria opulenta, de catarata, deslumbrante de color y de acción, que parece complacerse en sí misma y aspirar a captarse la estima mundana. Los ejercicios espirituales, las santas misiones en los pueblos, de tan venerable raigambre española, le atraían más que los sermones de gran cartel, por los que cierto sector de nuestro pueblo tiene una pasión tan insensata y deplorable como irreprimida. Y, sin embargo, al apostólico sacerdote... no le habría sido difícil granjearse la admiración de estas personas, ya que le sobraban ciencia, elegancia de dicción y cualidades oratorias para ello. Pero no es por ese camino por donde se conquista el título de apóstol, que debe ser el único, o por lo menos el más codiciado del sacerdote de Dios".

El padre Poveda comienza ya en la iniciación de su ministerio a practicar la renuncia. El hombre señalado por el Señor avanza ya hacia su martirio.

Pocos lectores habrá que desconozcan lo que don Pedro Poveda significó para las gentes humildes de Guadix. Aquellas cuevas abiertas en la tierra, en donde las condiciones de la vida y de la moralidad eran por completo exiguas por no decir nulas, fueron la cátedra verdaderamente amada por el apóstol. Y aquellas gentes sencillas advirtieron súbitamente que alguien les amaba de un modo entrañable. "Aquellas gentes analfabetas, aunque con cierta filosofía natural muy despierta, se fijaban en que no reparando don Pedro en fríos ni en calores, barrancadas ni lodazales, salía del seminario para Ermita Nueva a las ocho de la noche —antes no era posible reunir a las personas del barrio para catequizarlas— acompañado de algunos estudiantes, cada uno con su farolito para no dar tumbos a cada momento, y allí permanecía, con paciencia inagotable, muchas veces hasta la media noche, con tener otros tantos cargos delicados y penosos que podrían muy bien justificarle ante Dios de la omisión de esta obra, puesto que rebasaban ellos solos la actividad que prudencialmente se puede exigir a los sacerdotes, aunque se hallen bien dotados y en la plenitud de sus fuerzas. Como experto operario de la vida evangélica, su principal actuación fue con los niños, que por no estar todavía resabiados de preocupaciones antirreligiosas y anticlericales ofrecen mejor campo de laboreo espiritual"...

Cuanto encareciésemos la honda huella, la fecunda huella que don Pedro Poveda dejó en los humildes barrios de Guadix, sería, con nuestra pluma, un pálido reflejo del entusiasmo y el amor que a su paso hizo fructificar.

En ocasiones, cuantío los desabridos temporales originaban verdaderos ríos de fango, sus educandos corrían a buscarle y le transportaban en brazos hasta las cuevas. Cierta día, el excesivo trabajo le rindió, y cayó enfermo. Y sus gitanicos rezaron con toda su alma.

*"A la Virgen de Gracia
le pediremos
que a don Pedro Poveda
le ponga bueno"...*

Y se puso bueno. De la enorme labor que aquel gran apóstol hizo hay constancia y recuerdo en todas las tierras que pisó.

Cantaban, también, los gitanicos:

*"Si al cielo quieres ir,
vete a la Ermita Nueva,
y allí el padre Poveda
te enseñará a subir."*

Pero dejemos Guadix. De allí, por circunstancias que así lo dispusieron, hubo de trasladarse a Covadonga. Siempre deseó trabajar en la ciudad andaluza, mas no pudo ser. En Covadonga, sus vigorosas dotes de apóstol se encaminaron a tramar una organización contra el ateísmo práctico que de modo solapado, y utilizando el señuelo de la ciencia y el progreso, amenazaba destruir la religiosidad de las gentes. Concretamente, don Pedro dispuso sus planes contra la Institución Libre de Enseñanza. No puede pedirse, en aquellos años, más certera visión, más don de profecía. Y decimos esto, porque señaló desde el primer momento cuál habría de ser el fatídico cauce por el cual habrían de llevar a España horas crueles en que el catolicismo y el orden —actividad tan amada por él— habrían de ponerse a prueba. No es necesario hacer notar hasta qué punto su profecía se cumplió. Pues ella no se cumplió solamente en sectores determinados, sino en todos. Hasta en la propia carne de don Pedro.

He aquí otro rasgo fundamental de su alma y que no hay por menos de señalar: su amor a la Virgen. Y allí, en Covadonga, bajo la radiante tutela de la "Santina", prometió luchar en su nombre hasta la extinción de sus fuerzas.

Pasan los años. Los proyectos del padre Poveda van cuajando en realidad. Y surge, como un diamante, la Institución teresiana. ¿En qué habría de consistir aquella institución? ¿Cómo habrían de ser las personas que la formaran?

Oigámosle a él mismo:

"Es algo esencial al espíritu de la teresiana: el amor al trabajo; la constante y asidua laboriosidad; el aprovechar el tiempo; el orden en todo y la ejecución práctica de estas virtudes... Es opuesto al espíritu de la teresiana todo lo que sea soñar con cosas mejores, dejando de cumplir las buenas en que se debe ocupar por su vocación y promesas. Jamás haga ostentación del cumplimiento de su deber, ni pondere su laboriosidad... En las virtudes típicas de las teresianas entran como fundamentales la mortificación interna, la abnegación, el sacrificio, la entrega de sí, el darse sin reserva y el hacerlo sin afectación, con suma naturalidad y cual si el ejecutarlo ni fuera trabajoso ni tuviera mérito alguno. No puedo figurarme una teresiana sin las virtudes expuestas."

Así hablaba el maestro de maestros, queremos decir el que enseñaba como había de enseñarse. Figúrese el lector cuál sería el bien que aquel hombre prodigó que el espíritu de su fundación recorrió y enraizó en la mayor parte de España. "El espíritu de nuestra Fundación —escribía— no es de temor, sino de fortaleza y amor. En el amor está comprendido cuanto para Dios y para con el prójimo han de practicar las teresianas. La fortaleza será la defensa y nos hará

sufridos"...

Quisiéramos preguntar, como siempre, como ya hemos preguntado y volveremos a preguntar, si fue el hecho de intentar hacerse sufrido, de amar, la causa de su muerte. Yo veo a aquellos niños de las cuevas de Guadix levantando sus pequeños brazos para acusar el grave crimen. No sé hasta qué punto podrá salvarse un hombre a quien acuse un niño.

Sigamos. Don Pedro, dinámico, anhelante de fortalecer su institución y hacerla fluir por bajo los corazones y el entendimiento de las gentes, trabaja sin descanso. Al fin su Fundación es sancionada por la autoridad pontificia, la cual reconoce, de este modo, el profundo bien que en todos los órdenes causa. "Muchas veces ha sucedido este caso. Cuando oigo que en un pueblo hay una maestra que sostiene en la fe a los que la profesan y a los que en ella se inician, que cambia las costumbres de ese pueblo, mejorándolas, que ayuda al sacerdote, es decir, a la Iglesia, y pido algún informe, me dicen: es teresiana..."

Llegamos, ahora, al eterno desenlace de nuestro tema. Don Pedro Poveda se halla en Madrid. En la Casa Central van a comenzar los Ejercicios Espirituales. Es el 17 de julio de 1936. El año de siempre. El año de desgracia, el año glorioso de los mártires. Declinamos en este instante el honor de narrar el suceso definitivo de una vida ejemplar. Pluma tan diestra y entusiasmada como la del padre Silcerio de Santa Teresa, que ya hemos citado, dará de mejor modo noción del martirio inicuo, a todas luces inicuo, de don Pedro.

"En su oratorio privado pasaba largos ratos pidiendo a Dios por España. El domingo, 19, consumió el Santísimo por temor a que asaltasen la casa y fuera profanado. Sus sufrimientos eran intensísimos, pero no hacía mención de ellos ni tampoco comentarios de los acontecimientos. Continuaba celebrando todos los días, y cuando le advertían que se ocultara, que su vida corría peligro, contestaba: "¿Y dónde voy, enfermo y sin poder celebrar la Santa Misa? Mientras haya una sola teresiana en peligro no debo abandonarla, y si me escondo, la abandono". Se había puesto en manos de la Providencia. A los que le hablaban, respondía: "Confiemos en Dios y unámonos estrechamente a su Voluntad". Dos días antes de ser detenido creyéndose solo en su oratorio, después de celebrar, dijo a Jesús en alta voz y en actitud suplicante y conmovedora: "¡Dios mío: quiero ser sólo tuyo, todo tuyo y lo que Tú quieras. En tus manos estamos". Una teresiana, desde un rincón, presenciaba esta escena conmovedora. Accediendo al consejo de su hermano, bien a disgusto suyo, se vistió de seglar, aunque con traje muy serio, dos días antes de ser detenido. Se hallaba por estos días delicado de salud; comía muy poco. Por no sentirse bien, el día 26 de julio por la tarde dijo a su hermano Carlos que al día siguiente celebraría la Misa algo más tarde que los anteriores: a las ocho. Fue la última Misa que celebró. De ella escribe una teresiana que la oyó, y se hallaba en aquellos momentos al frente de la Casa Central: "¿Qué ocurrió en aquella Misa? Varias veces nos miramos las allí presentes. Sus paradas acentuadas, su rostro especialmente recogido y toda su compostura nos decían que algo extraño pasaba por el pensamiento y el sentimiento del sacerdote. ¡Si fuera posible expresar aquellos sentimientos!... Cuando nos dio la Sagrada Comunión, la expresión de su rostro era más recogida que nunca, y eso que era muy singular de ordinario."

Terminada la Misa, quedó solo en el Oratorio dando gracias. Sólo faltaban algunos minutos para las nueve cuando se presentaron en la portería cuatro milicianos armados. Apenas entraron en la casa, comenzaron un registro, diciendo groseramente que iban a la caza de un cura, de una rata gorda. El padre Poveda salió al encuentro de los milicianos, y con ellos y su hermano se fueron a la calle. En el portal dijo a la portera y a dos teresianas: "Adiós, me marcho con estos señores." Su rostro reflejaba dulce y melancólica serenidad en aquellos momentos... Con su habitual sonrisa se despidió de algunos vecinos que salieron a la calle para presenciar su captura y su conducción al martirio. Con los brazos en cruz, representando perfectamente al Divino Redentor, fue cacheado por los esbirros e inmediatamente subió con su hermano Carlos y los milicianos a un coche que éstos tenían preparado. Al arrancar, dieron la orden al conductor: A la calle de la Luna.

De lo que inmediatamente ocurrió, dice su hermano, testigo de vista: "Nos llevaron en el coche a la calle de la Luna, a la casa donde tenían instalada la Confederación Nacional del Trabajo. Allí nos fueron presentando en varios salones, diciendo que éramos dos detenidos fascistas, pero no nos hacían caso y se limitaban a contestar: "que los maten". Yo salía a la defensa de los dos diciendo que no habíamos hecho nada... Por fin, nos mandaron a la calle de Piamonte, a la Unión

General de Trabajadores. Nos trasladaron los mismos milicianos en el coche. Allí nos hicieron pasar por diferentes secretarías y tribunales. En todos, al ser interrogado, mi hermano contestaba: "Soy Ministro del Señor..."

"En el tribunal de Artes Blancas, después de celebrar varias consultas con los milicianos que nos llevaban detenidos, llamaron al Tribunal de Menores, y les dijeron que nos llevasen allí. Salimos con gran trabajo, por la gente que allí había, soportando injurias y empujones. Volvimos a subir al coche, pero no nos llevaron al Tribunal, sino a la calle de la Luna, y en el número siete de dicha calle, en un bar, nos tuvieron custodiados por dos milicianos. Yo protestaba de que no nos llevaran al Tribunal de Menores, y ofrecí a uno de ellos algunas pesetas si nos llevaban allí; pero al poco rato se presentaron con otro coche, mandaron subir al Padre, y al ir a subir yo no me dejaron, diciendo que habían dispuesto llevarlo a la Dirección General de Seguridad; que fuera allí y lo recogiera, que ellos no lo podían poner en libertad. Insiné, supliqué, pero ellos no lo consintieron. Nos separaron bruscamente y pusieron el coche en marcha hacia la Gran Vía. Al abrazarme, mi hermano me dijo: "¡Adiós Carlos! Dios me quiere Fundador y mártir; tú sálvate. No tengas miedo, que nada te ocurrirá." Y así puedo hoy declarar que nada me ha ocurrido.

"Cuando íbamos por última vez en el coche, el Padre dijo a los que le conducían: "Si no me conocéis y nada os he hecho, ¿porqué me detenéis?" Ellos contestaron: "Eres un pez muy gordo, que hace mucho daño a los nuestros. Eres un medio obispo y muy peligroso." A todo esto blasfemaban, que era lo que más nos afligía.

"Cuando el coche arrancó yo salí tras él llorando y, sin saber adonde ir, marché a la Dirección General de Seguridad. Pude conseguir hablar al subdirector y exponerle lo que sucedía. Entonces mandó unos policías a buscar el coche. Marché al Tribunal de Menores suplicando al juez interesase a sus amigos (era socialista) para ver si encontrábamos a mi hermano y lo librábamos de las manos en las que había caído. Todos me prometieron hacer cuanto les fuera posible. Las teresianas, por su parte, y yo con el juez por otra, pusimos en movimiento cuanto nos fue posible. Así pasamos toda la noche.

"El abogado de la Confederación Nacional del Trabajo, un tal Lucas, y el diputado comunista Pavón, prometieron buscarle y hacerle enviar al Tribunal, llegando a concebir la esperanza, ante las noticias que me daban, de que a primera hora de la mañana me lo llevarían. A las dos de la madrugada me llamaron por teléfono. Me pareció la voz de mi querido hermano, que me dijo: "Estoy bien y atendido." Inmediatamente cortaron la comunicación. Seguí esperando con la impaciencia que es de suponer, y temiendo por mi pobre hermano, tan delicado de salud, solo entre verdugos, oyendo palabras que tanto le mortificarían. ¿Qué sería de él?

"A las diez de la mañana telefonearon unas teresianas que habían estado toda la mañana buscándolo, y al fin habían entrado en el cementerio del Este y allí estaba el cadáver. Salí inmediatamente, acompañado de los guardias del Tribunal, que siempre se portaron fielmente conmigo. Cuando llegué al cementerio, allí estaba en una caja sencilla, con la ropa intacta, y allí estaban las teresianas que lo habían encontrado y alguna otra.

"¡Presentaba el cadáver de mi hermano tres balazos: uno en el pecho, que atravesaba el escapulario que tenía fuera de la ropa; otro en el temporal izquierdo, y otro en la sien derecha, al parecer de pistola de gran calibre y de disparo próximo. Las dos primeras Heridas parecían de máuser..."

Interrumpimos aquí, también, la narración de don Carlos Poveda, para que los siguientes momentos sean descritos por las teresianas. Como dejamos dicho, alrededor de las nueve de la mañana era preso don Pedro, y una teresiana supo después por unas vecinas que, al arrancar el auto que en que lo condujeron los sicarios dieron esta orden al conductor: "A la calle de la Luna". A la media hora de acaecer todo esto comenzó a hacer las diligencias imaginables para averiguar el paradero de D. Pedro. Nada pudo conseguir en este día.

Sigue informándonos el padre Silverio: "Al día siguiente, apenas amanecido, continuó sus pesquisas, y en vez de ir a los sitios donde funcionaban ficheros de fusilados y Comisarías donde retenían con frecuencia a los acusados, prefirió ir a la Casa de Campo y otros lugares donde fusilaban a los presos. Por una criada supo que un tío de ésta tenía el cargo de recogerlos cadáveres que hallara abandonados en las calles y carreteras, y quizá él pudiera darle alguna luz sobre el Fundador de la Institución Teresiana."

Es aquí donde la teresiana comienza a describir la búsqueda: "Nos llevamos a dicha criada para que nos enseñara dónde vivía su tío, y allí, por los desmontes de la calle de Hilarión Eslava, estaba el buen hombre cuidando a una hija que tenía muy grave... Poco faltó para pedirnos, casi de rodillas, que no fuéramos a la Casa de Campo, "que hay mucho malo, señoritas; que no salen ustedes de allí, no se acerquen». Y nos dijo además que él había recogido los cadáveres de un sacerdote de la Basílica de Atocha y de otro que se había dejado en la estación del Mediodía y los había llevado al cementerio del Este; que fuéramos allí primero y viéramos los depósitos, que la mayor parte los llevaban allí... (Suprimamos el camino hasta el cementerio, lleno de oscuros y amargos augurios.)

"...Emma me iba diciendo que ella entraría sola y vería los cadáveres que había en la capilla, que tenía más costumbre, y así no me impresionaba yo tanto. En esta conversación íbamos, cuando me advierte que no mire a un corro de unos catorce hombres que tenían un cadáver. Instintivamente miré y di un grito de dolor al ver entre aquellos hombres un cadáver con el escapulario de la Orden Tercera...

"...Yo levanté el cadáver por el lado izquierdo y puse la mano sobre una perforación que tenía en la espalda. Estaba por detrás lleno de sangre; tanta, que a mí me corría por el brazo. Estaba líquida y no estaba fría... Por el lado que Emma se *colocó*, que era el derecho de nuestro Padre, creo tenía un tiro detrás de la oreja..."

No es necesario continuar. He aquí a través de tres testigos singulares la muerte de un hombre que pasó la vida haciendo bien. Y de nuevo, preguntamos: ¿Qué hizo aquel sacerdote para que lo fusilasen? ¿Qué fue, qué fue lo que hizo?

Hoy, sus restos descansan en el cementerio de San Lorenzo, de Madrid, y su canonización ha sido iniciada.

Sería vano, y, desde luego innecesario señalar en defensa de qué dio la vida el sacerdote don Pedro Poveda Castroverde, fundador de la Institución Teresiana.

XIII. DOS HERMANAS

Hemos mencionado, anteriormente, a la Santina. A la Virgen de Covadonga, la amada patrona de Asturias. Bien estará ahora seguir por los padecimientos que, por imitarla, sufrieron dos muchachas asturianas.

Los datos sobre las familias de los héroes y mártires tienen, a nuestro juicio, una importancia extraordinaria por muchas razones. En primer lugar, el héroe y el mártir aparecen localizados en el marco natural y en el ambiente que lo formaron espiritual-mente, en las ideas, en los sentimientos y en la conducta de la vida. Además se aprecia mejor el sacrificio de los que, por encima de todo lo humano y terrestre, ponían el amor de la familia, pero sacrificaban el amor de las esposas y de los hijos por la conservación de la Fe y por la salvación de la Patria. Y, finalmente, estos cuadros familiares dan una idea del estado moral ejemplar de la familia cristiana y española...

En el conjunto de todos los casos descritos la educación de los hijos es la tradicional en el hogar cristiano, donde el padre y la madre, con su autoridad, sus sacrificios, su trabajo, su cariño y su piedad sincera, forman la mentalidad, el carácter y el corazón de los hijos en el amor de Dios, con los principios del Evangelio y de la Iglesia y en el amor de España.

Ese espíritu de la familia española, fundado en la naturaleza y en la nación, pero sublimado por la gracia en el orden sobrenatural, es el que ha sostenido a las madres y a los padres, a las esposas y a los esposos, a las hijas y a los hijos, todos unidos en la persecución, el que alentó a los héroes en la lucha por la libertad y por la justicia, y el que mantuvo firmes a los mártires hasta el momento de la muerte.

Por eso habrá ya observado el lector que nuestras descripciones de los mártires se prolongan hacia atrás, hacia su estela biográfica, pues en ella se encuentran los fundamentos, los matices que hicieron posible el mártir. La vida de un individuo, y menos la muerte, no puede considerarle aislada. Aislada, perdería sentido. Vista la muerte engarzada en el conjunto biográfico, cobra significado y se carga de ejemplaridad.

Eran dos hermanas, los dos únicos vástagos de una familia cristianísima. Nos hallamos en Gijón. El marxismo fue en Asturias especialmente violento. Eran gemelas. Tenían veintitrés años. Pilar y Amparo Evias. Las dos hermanas constituían el alma de la Acción Católica gijonesa y su ejemplo de vida atrajo a la organización numerosas muchachas. De vida modesta, aquellas vírgenes prudentes eran la alegría de su anciano padre —la madre no vivía— que daba continuamente gracias a Dios por haber inculcado en sus hijas tan noble vocación. Eran, en definitiva, el precipitado lógico de una familia, de un ambiente familiar. Antes de morir, su madre les había rogado que amasen siempre a Dios por encima de todas las cosas, único modo de volver a juntarse todos, después, en el cielo.

Tiembla aquí la pluma. En estos capítulos de violencias inhumanas y de violación de todos los derechos divinos y humanos, por odio a Jesucristo, no es lícito pasar por alto, bajo cualquier pretexto, las violaciones diabólicas de mujeres honradas y piadosas, que preferían la muerte al pecado y morían a manos de aquellos asesinos bestiales. ¡Qué martirio el de las madres y esposas, hijas y hermanas a través de tantos meses de terrorismo! Pero, aunque la pluma tiemble, es necesario continuar adelante.

El desorden y el terror sorprendieron a Pilar y a Amparo en la mitad de su celo, de sus obligaciones y de su virtud. En Gijón, como en los demás pueblos dominados por la horda, la propaganda de los marxistas e izquierdistas, apelando a los Derechos del Hombre, exaltando el estado feliz de la sociedad basada en la Libertad, en la Igualdad y en la Fraternidad, resultó falsa y mendaz en boca de aquellos corifeos, que establecieron el régimen del terror contra la Libertad, la persecución cruel en vez de la Igualdad, y el asesinato criminal frente a la Fraternidad. Sus hechos hablan con más claridad y evidencia que sus palabras; cuando tuvieron en sus manos todos los poderes, los emplearon solamente, crueles y sin humanidad, no para hacer el bien, sino para realizar el mal, para profanar, para torturar, para asesinar. El hombre, que frente a otro hombre se siente lobo y no hombre, hermano en la naturaleza y solidario en su suerte, al desnudarse de la humanidad y degenerar del ser racional, se reviste de la crueldad y fiera que domina sólo en la

bestia... Terribles lobos fueron aquellos milicianos de Gijón. Este es uno de los capítulos del martirologio nacional radicalmente desconocidos. Oído de viva voz, por persona cuya ancianidad le había borrado de la cabeza datos, fechas y detalles, quedamos y nos basta el suceso en su elementalidad escalofriante, cuya sucinta narración comenzamos.

A los pocos días de establecerse en la capital asturiana el poder rojo, unos cuantos milicianos, como siempre, armados, fueron a buscar al padre de las dos muchachas. El diálogo fue así:

—¿Es usted don Ceferino Evias?

—Sí, señor.

—Venga con nosotros.

—¿Adonde me van a llevar?

—A trabajar en los muelles. De cargador.

—No podré resistir. Soy demasiado viejo ya.

—Pues si no resiste, peor para usted.

Y fue a los muelles. Ya el lector se supone con la turba que le fue forzoso alternar desde entonces. Víctima de un odio salvaje, todavía más salvaje por el hecho de que no había razón humana que justificara el odio a un anciano que hasta entonces no había sido conocido por nadie, sufrió vejámenes, burlas, golpes.

Sus hijas habían quedado en el mayor desconsuelo. Pendientes también sobre ellas una amenaza trágica, no se atrevían a salir a la calle. Por no atreverse, ni siquiera salían a adquirir lo necesario para no extenuarse de hambre. Un día, sin embargo, decidieron salir. No podían resistir más la zozobra respecto a lo que hubiera podido pasarle a su anciano padre. Habían oído, el día que lo detuvieron, que lo llevarían a trabajar a los muelles. Pues bien, Pilar y Amparo decidieron ir a los muelles.

Lograron localizar a su padre. Su aspecto, su estado era deplorable. Hundido por la fatiga originada en un trabajo muchas veces superior a sus fuerzas, sus ojos, y sus manos, y su cuerpo entero denotaban bien a las claras la especie de lento martirio a que era una y otra vez, continuamente sometido.

Pudieron hablar con él. Pare el lector y clave su capacidad meditabunda en la escena. Un anciano y sus dos hijas se encuentran en circunstancias por completo anormales. El destino, pero el destino de una hora, de un minuto después, es absolutamente desconocido para ellos. No caben suposiciones dichas. Cabe, en último término, interrogar sobre qué clase de padecimiento será el que sobrevenga al que actualmente se sufre. El panorama, desde luego, no es, precisamente, alentador. "No vengáis más por aquí. Os lo prohibo. Esto se halla plagado de gentuza". "Vendremos, y con la ayuda de Dios no nos pagará nada. Podemos traerte comida, ropas". "No vengáis", repitió por última vez el anciano. Luego, para evitar recelos de su ya larga compañía y conversación, se separaron.

Ya en su casa. Pilar y Amparo dieron rienda suelta a su dolor y llanto. Mujeres entrenadas en la Fortaleza, habían contenido su horror mientras estuvieron en la presencia de su padre. Mas, ahora, como no era ya posible que el dolor del anciano se doblara con el propio dolor, expresaron cuanto realmente sentían. El cuadro que allá, en los muelles inhóspitos habían visto, era desolador. Un día, un día cualquiera, tal vez un día demasiado próximo, su padre caería definitivamente agotado y lo dejarían morir al sol, sin una ayuda, solo...

Un día, el que ambas muchachas habían augurado entre lágrimas, sobrevino. Fueron hacia los muelles con el cotidiano hatillo de alimentos, y su padre no acudió al lugar de siempre. Pensaron que tal vez fuese un retraso. Sin embargo, poco después vieron como los milicianos encargados de la guarda de los prisioneros rondaban por allí vigilando a un grupo que descansaba... Aquello, les alarmó en extremo. Irreflexivamente, se acercaron a uno de los milicianos y preguntaron por su padre. El miliciano les envió a otro. Y aquél les dijo que al amanecer se había caído al mar, ahogándose. No se supo más. Cuál fue su cierto destino, fuese aquel u otro, yacerá por siempre ignorado.

Las dos hermanas se hallan ya solas. Los grupos desaforados de milicianos recorren la ciudad

entera, dueños de ella, introduciendo la muerte en todos los hogares, desbordados de odio, siempre borrachos. El panorama se sumerge de día en día en tintas demasiado negras. Y, al fin, la catástrofe. Ocurrió así:

Una mujerzuela vecina de las hermanas, las denunció. A la madrugada del día siguiente, los milicianos fueron a buscarlas. Tiraron la puerta a culatazos y entraron en la casa dando gritos. Pilar y Amparo se hallaban en la cama. Se vistieron rápidamente y salieron al encuentro de los invasores. Se las llevaron sin preguntas, sin explicaciones, por el simple motivo de quererlo así, lesionando todo derecho, todo respeto a la libertad humana. Se las llevaron al comité, en donde hubieron de sufrir conversaciones obscenas que las llenaron de terror. No es necesario descender a detalles. Piense el lector. Dos vírgenes cristianas se hallan en medio de una turba irreligiosa, ahita de vino, sin control, formada por gentes que proceden de las más ínfimas capas sociales. Observado esto, el lector puede imaginarse lo demás.

A media mañana, las obligaron a barrer y fregar los suelos de una checa adonde las habían trasladado. Una miliciana, las seguía con un palo y si daban la menor muestra de fatiga les descargaba golpes rabiosos sobre el cuerpo. Y no cesaba en sus presagios, en lo que las habían destinado.

Cuando, después de dos horas de durísimo trabajo, acabaron de fregar, la mujer que las vigilaba les dijo: "Ahora, porque os habéis portado bien, os daré de comer." En efecto, fue a una taberna cercana a por viandas, y se las comió delante de las muchachas, desfallecidas, sin dejar que probaran bocado.

Poco después entraron dos milicianos. Comienzan las insinuaciones miserables. Acuden a la fuerza bruta, en medio de las carcajadas infernales de la mujer. Viendo con qué fuerza y brío se defienden, las sujetan, una después de otra, y, abriéndoles la boca, les introducen una enorme cantidad de vino capaz de derribar, no ya a delicadas mujeres no acostumbradas a beber, sino a un hombre. Luego esperan un cuarto de hora, y cuando la inconsciencia del alcohol las ha derribado por completo, se muestran como quienes, son.

Esto ha ocurrido en España. Ha ocurrido en España y ha ocurrido en el siglo XX. Y no entre hombres diversos. Entre españoles. Españoles eran los perseguidos y españoles eran los perseguidores. Y esto no puede volver a ocurrir. Lo repetimos. Es preciso que no vuelva a ocurrir. Días más tarde, Pilar y Amparo aparecieron muertas en la playa de San Lorenzo, las dos con un tiro en la sien.

XIV. EN UN LECHO DE PAJA...

Don Millán Garde, a quien el Señor en sus designios tenía reservada la palma del martirio, ejerció en León el cargo de director espiritual del Seminario Colegio de Vocaciones Eclesiásticas. El día siete de julio de 1936, se dirigió a Cuenca.

El sacerdote ruega, ahora más que nunca, por sus compatriotas, por sus enemigos. El día 13 de julio, al salir de la iglesia de efectuar una visita al Santísimo, una de las personas asistentes dijo que habían asesinado a don José Calvo Sotelo. Al oír la noticia se quedó él un poco pensativo, y dijo:

—Pedid mucho para España, pues se aproximan días de prueba para todos.

A pesar de que se notaba agitación y malestar social, él continuó la vida ordinaria, celebrando la Santa Misa y demás cultos de costumbre, hasta el día dos de agosto, en que se le presentaron las milicias rojas y le recogieron las llaves de la iglesia, con el pretexto de que, si venían de otros pueblos, encontrasen la iglesia precintada por ellos y nada sucediera.

A medida que pasan los días, el malestar se acentúa. Un día lo llaman al comité y le exigen que se vista de paisano; otro día vuelven a llamarlo para que, en unión de otro sacerdote, don Jesús Granero, se encargase de un comedor que llamaban de caridad, pero que era un pretexto para explotarlos, pues todos los gastos habían de ser pagados por los sacerdotes.

Organizan el comedor benéfico y empieza el martirio espiritual de los dos sacerdotes, que tienen que oír de aquellos infieles toda clase de blasfemias y el lenguaje más soez que labios humanos son capaces de pronunciar.

Contra todo lo prometido, la iglesia ha sido abierta y saqueada. Destruídas las imágenes, alguna de las cuales era de gran valor artístico; quemadas las ropas y ornamentos sagrados, y toda suerte de atrocidades que los sacerdotes se ven forzados a presenciar, transida el alma de dolor, mártires de Cristo ya al ver las cosas de Cristo tan bárbaramente martirizadas.

Intentan los marxistas abrir el sagrario a tiros, y viendo que no lo consiguen, obligan a don Millán a que lo abra él, el cual manda traer la llave y abre con todo respeto. Durante unos minutos mientras está de rodillas, intentan dispararle, lo que no hacen por falta de valor para ello. Y él consume el Reservado, acto que dijo le había proporcionado un consuelo espiritual nunca experimentado.

Con el pretexto de que hacía falta leña para el comedor, obligaban a los sacerdotes a llevar en haces las maderas de los retablos, acompañándolos con burlas e improperios, que los dos mártires soportaban con gran resignación.

Don Millán continuaba, en cuanto las circunstancias lo permitían, su vida de piedad, hacía sus rezos, y, por amor a Jesús Sacramentado, visitaba los jueves a las personas que sabía necesitaban de alimento y consuelo en días tan aciagos.

El día siete de octubre se presentan unos milicianos y se llevan a don Jesús Granero, al que asesinan en la carretera, quedando don Millán solo al frente del comedor, cuyos gastos sufraga con las limosnas que le entregan algunas personas caritativas.

Así continúa hasta marzo de 1937, en que tuvo que decir al comité que le era imposible continuar sosteniendo el comedor, pues las personas que le ayudaban estaban saqueadas y agotadas, sin recursos, con multas y otros atropellos y él no tenía un céntimo para continuar. Le contestaron que ya acordarían lo que harían con él y don Millán se refugió en casa de unos parientes.

El día cuatro de agosto de 1937, se trasladó a casa de una familia amiga, y empieza, como él dice, una nueva vida de antes, se levanta a las cinco de la mañana y está en oración hasta las nueve.

Amanece el día quince de agosto, se consigue un cáliz y en un momento se prepara el altar, y la primera Misa desde la invasión roja es celebrada y oída con la emoción más intensa, que no se

puede imaginar quien no haya pasado por trance igual. Su acción de gracias dura hasta las dos, en que hay que interrumpirle para decirle:

—Padre, que está sin desayunar y ya es hora de comer...

Desde el día quince de agosto celebró sin interrupción la Santa Misa. Don Millán, queriendo que también otros participen de tan grande beneficio, avisa y llama a otras personas piadosas, que vienen alguna vez a oír misa y a comulgar. El Santísimo se lleva muchos días a otras casas, adonde, a semejanza de los primeros cristianos, acuden a comulgar almas sedientas de la Eucaristía.

Transcribamos unas palabras de una persona que asistió a aquellas sagradas ceremonias, casi de cata-cumba:

"¡Qué aliento y qué animo infundía en nuestras almas con aquellas pláticas, y con qué alegría y fervor hacía todas las cosas! ¡Qué Hora Santa y qué visitas al Santísimo! ¡Aquello era la antesala del cielo!..."

La noche del jueves al viernes don Millán la pasaba en oración, preparándose para celebrar, "y durante otros actos usaba cilicios de hierro que tuvimos ocasión de ver". Los miércoles y los sábados, por la mañana, se oía restallar la disciplina con que se azotaba. Su vida era de constante mortificación, para lo cual aprovechaba todas las ocasiones; jamás se quejaba de frío o de calor; estaba siempre alegre y de buen humor; era parco en las comidas; de los manjares más delicados tomaba menos cantidad. De sobremesa, siempre tenía alguna plática del santo del día, y aprovechaba todas las ocasiones para hablar del martirio, diciendo que era el camino más corto y más seguro para llegar al cielo.



Ilustración 9. Jesús resucitado mutilado de la cara y brazos



Ilustración 10. Cristo profanado

El día doce de octubre, fiesta de Nuestra Señora del Pilar, acuden a oír misa varias personas de las ya enteradas, se ofrece el Santo Sacrificio por el triunfo de las armas leales a España, y al propio tiempo se pide por la conversión de los pecadores y perdón para los perseguidores, que no saben lo que hacen.

La víspera de Navidad, veinticuatro de diciembre de 1937, celebra la primera Misa a medianoche, a la cual asisten únicamente las personas de la casa y un familiar de toda confianza; al empezar el "Gloria in excelsis Deo", lo hace con tal fervor, que parece que su rostro se ilumina; en una plática de preparación encarga que se ofrezca la Misa por la paz y por los po-brecitos que en tal solemne noche están lejos de sus hogares, algunos heridos y otros moribundos en hospitales y campos de batalla. En la segunda Misa comulgan las personas de costumbre, y la tercera se celebra a las doce del día, "para que los que vengan a esa hora no llamen la atención de los de la calle".

El mes de mayo de 1938, es, contra su propia naturaleza, un mes trágico. Corren rumores de que don Millán está en el pueblo. Los rojos, que, al parecer, le habían olvidado, vuelven a interesarse por él. "Otro día nos preguntan si está en casa, y raro es el día que no había alguna noticia desagradable."

El día ocho de abril, Viernes de Dolores, se disponen espías en la calle para ver quién entraba en la casa. Amanece el nueve de abril, fecha memorable para muchas personas de aquel pueblo. Por tener que llevar la Sagrada Comunión a otros sitios se dice la Misa a las siete de la mañana. A las nueve, como de costumbre, se le pasa el desayuno a don Millán, y estándolo tomando entran en el patio de la casa una patrulla de hombres que él ve por la ventana. Se les abre la puerta de la casa y entran.

—Venimos a hacer un registro en la casa — dice el que hace de jefe.

Entra la turba, y al verlo prorrumpen en insultos e improperios que horroriza recordarlos, y se reproduce en el alma el prendimiento de Jesús por los judíos. Con mucha calma les dice:

—No os violentéis; vamos adonde queráis.

Intentan atarle las manos con unas cuerdas, cosa que se evita intentando quitárselas al que las

prepara, y por fin se las guarda diciendo:

—Es igual, si intenta huir, se le dispara un tiro.

Todos llevan armas. Lo llevan a la cárcel, en donde está todo el día, que emplean en saquear la casa, quemar todo lo del culto y hacer otras detenciones, sin faltar en ellas la dueña de la casa y familiares.

Por la noche, don Millán y demás son llevados a otras cárceles. En uno de los traslados, al bajar la escalera para subir al coche, don Millán procura hablar con una persona de su confianza, y le pregunta:

—¿Y el Reservado?

—No tenga cuidado, lo ha consumido N...

—Bien, bien... —y añade—: ¡Gracias, Señor!

El día 13 de abril, Miércoles Santo, después de transitar de una a otra prisión, a semejanza del supremo Mártir, es llevado al Seminario, convertido en checa. Los detenidos dicen de él: "Es un santo. A todos anima a sufrir por Dios... Los carceleros le llaman cura loco, porque no pierde la serenidad y responde a todos con cariño..."

Los malos tratos son cada vez peores. Existe otro testimonio: "Lo maltratan tanto que dicen está como un cadáver; creen que no podrá resistir muchos días..."

Efectivamente, el día veinticuatro de junio de 1938 vuelve de la checa a la cárcel, y los que allí están, no le conocen. La ropa la trae podrida, por la humedad, y don Millán es conducido a la enfermería, sin que los médicos tengan esperanza de poder salvarle. Tiene el cuerpo cubierto de heridas llagadas por los golpes. No puede tenerse de pie. Todos lo atienden y cuidan, pero es inútil, el Señor tiene marcada y ha llegado ya la hora de premiar sus padecimientos.

El día siete de julio de 1938, a los dos años de su vuelta de León, entregó su alma al Señor, en un lecho de paja, en la cárcel, y fue enterrado sin cruz y sin nombre, el que había vivido, padecido y muerte por Dios y por España.

Por haber guardado en su casa a don Millán Garde, fueron apresadas doña Luisa Pardo y sus hijas Manuela y Natividad, las cuales sufrieron toda clase de insultos, vejaciones y malos tratos, a consecuencia de las cuales enfermaron las hijas, muriendo Natividad, llena de fe y patriotismo, siendo las sobrevivientes las testigos más autorizadas de la santa vida y del martirio glorioso del santo sacerdote.

¿Odio personal contra el pobre sacerdote? No. Odio contra Jesucristo. El odio contra Jesucristo y contra la Iglesia Católica les arrastraba irremisiblemente a la profanación, al sacrilegio, a la destrucción absoluta de todo, aunque constituyera la esencia, el tesoro y la historia de la Patria, de ellos mismos y de sus antepasados. El furor demoníaco que se había apoderado de los sacrílegos, era como una llama lúgubre irresistible que por todas partes iba encendiendo siniestramente hogueras de sacrilegio y destrucción, "por desprecio y odio a la santidad del Catolicismo..."

Otro carácter formal contra Jesucristo y la Iglesia Católica es la "forma teológica" y el "orden litúrgico" observados en las profanaciones y sacrilegios. Cuadrillas de milicianos armados, organizados en las capitales, Madrid, Toledo y Guadalajara, Albacete, Valencia, Cuenca... o en las ciudades y pueblos grandes, a las órdenes precisas y terminantes de profanar y quemar todas las iglesias, de matar a todos los sacerdotes y frailes y a los seglares más destacados por su piedad, y de encarcelar a todos los católicos prácticos reconocidos. Para cumplir tales consignas, tenían a su disposición armas, camiones, gasolina, herramientas y cuanto era conducente al fin; en el desempeño de su cometido, eran dueños absolutos, sin tener que dar cuenta a nadie, ni de las iglesias saqueadas, ni de lo robado, ni de los muertos...

Entre gritos salvajes y blasfemias horrendas, irrumpían en los templos, como jauría a la desbandada, y empezaba la profanación y los sacrilegios por orden de veneración de los objetos: Sagrarios con los copones y la Sagrada Eucaristía, aras de los altares, Crucifijos, imágenes de Jesucristo y la Virgen María, imágenes de los Santos, retablos, cálices, custodias, ornamentos litúrgicos, enseres del culto... En los objetos de mayor veneración y significación teológica o

litúrgica aumentaba el furor sacrílego y la profanación. Las Hostias Consagradas eran arrojadas al suelo y pisoteadas o bien se las llevaban... Los sacrilegios de las imágenes sagradas se caracterizaron por el refinamiento: con hachas, las astillaban, les cortaban las cabezas y con ellas jugaban a la pelota, les rompían los brazos y las piernas, o las ataban con cuerdas y las llevaban atadas por las calles; o las fusilaban, tirándoles con escopetas y pistolas; o las exponían en las carreteras vestidas de milicianos y con armas, como si hicieran guardia, siendo objeto de burlas, sarcasmos y blasfemias; después, todos acababan en la hoguera o en las estufas de los centros marxistas...

Perpetrado el saqueo y la profanación, los templos, ya incautados, eran destinados a usos profanos e indecentes: salas de mítines antirreligiosos y anticatólicos, salones de bailes y de escándalos, almacenes, cárceles, garajes, cuadras... Allí se parodiaban los misterios del Cristianismo; allí se cantaban los cantares más obscenos, se cometían los mayores escándalos y se celebraban orgías criminales; allí se blasfemaba con más furor que en otros sitios...

Con los ornamentos sagrados se revestían los mismos sacrílegos o revestían a otros, hombres y mujeres, y aun a veces también animales, y desfilaban por calles, plazas, parodiando entierros, procesiones y otras funciones litúrgicas, o "entraban en las tabernas revestidos con capas y casullas diciendo que iban a visitar al Señor"...

Y no se contentaban con la profanación de los lugares sagrados públicos y con la parodia sacrilega del culto litúrgico: entraban en las casas particulares, practicaban registros, destruían todas las imágenes y objetos religiosos; y a veces ordenaban a la población que llevara a todas las imágenes y objetos religiosos a la plaza para quemarlos públicamente, so pena de registrar las casas y matar al que hubiera guardado alguna imagen o algún objeto religioso.

El encarcelamiento de todos los sacerdotes, los tormentos que les hacían sufrir y los asesinatos de que eran víctimas, constituyen otra prueba de la persecución religiosa formal por odio a Jesucristo y a su Iglesia. Los sacerdotes de infinidad de diócesis eran pobres, sencillos, humildes, profundamente piadosos, con la piedad milenaria de la familia tradicional española y con vocación sacerdotal bien probada, dedicados exclusivamente al cuidado de la iglesia y de la cura de las almas de los feligreses, que hacían caridad con los necesitados y a todos cuanto bien podían. Las multas y los encarcelamientos y las amenazas anteriores, al estallar la revolución, se convirtieron en la orden y consigna: "¡Matar a todos los curas!..." Y empieza la tragedia de los sacerdotes. Unos se esconden y viven días y días entre tabiques, en subterráneos, en cuevas; otros huyen por los campos y montes, sin saber adonde, como acosados por fieras. A otros los llevan presos entre cuadrillas de escopeteros; se blasfema satánicamente para aterrarles, se les insulta y se les pega, se les amenaza, se hace mofa de ellos, se les tortura, se les apalea cruelmente, se les mutila y escarnece, se les martiriza, se les asesina, se les pisotea, se les descuartiza, se les rocía con bencina y se les prende fuego, se dejan sus cadáveres en las carreteras y en los montes...

Todo esto se hacía con los sacerdotes cuando eran buenos y dignos de Jesucristo. En un pueblo cogieron y llevaron preso ante el comité a un sacerdote desgraciado, que no había sido fiel en su vida; allí, delante del jefe, hombre de cultura, y de todos los demás, empezaron a contar, entre burlas y mofas, los pecados y defectos de aquel sacerdote infeliz, pidiendo- su muerte. Pero el jefe les dijo:

—¡Oh, no! Curas como éste son los que necesitamos ¿No son éstos los que más nos han ayudado a hacer la revolución?

¿Para qué seguir? Contra quiénes iba el arma de la revolución es claro como la luz del día. Iba contra hombres de la talla de don Millán. ¡Qué bien dieron el testimonio para el cual habían sido señalados!

XV. UN MÁRTIR CARMELITA

Volvamos a Asturias. Asturias fue uno de los puntos donde la revolución extremista alcanzó el grado máximo de intensidad y de salvajismo que culminó, como en epílogo apocalíptico, en los nueve días revolucionarios que presencié aterrada la hasta entonces pacífica, industriosa y elegante Oviedo. Hemos retrocedido dos años en la fecha sostenida hasta ahora. Hemos retrocedido al año 1934, donde en Asturias se iniciaron los compases trágicos del gran estruendo en el que habría de hundirse después España.

Voz común ha sido que la ya larga historia de la ferocidad humana se condensó en aquellos nueve días. Días de horrible memoria para todos los ovetenses que no tuvieron la dicha de hallarse fuera de Oviedo desde el cinco al catorce de octubre. Nueve días de lluvia mortífera, que asoló una de las más hermosas capitales de España; nueve días de incesante bombardeo sobre la ciudad con toda clase de armas arrojadas... Los fusiles, las ametralladoras y las bombas no cesaron durante aquel tiempo ni un minuto siquiera. En aquellos nueve días perecieron en Oviedo millares de personas entre combatientes y civiles, y se saquearon las tiendas, y se derrumbaron por el fuego los centros más importantes de cultura y Religión. Y... la nota distintiva, reconocible, continuamente presente de la revolución. A manos criminales perecieron innumerables sacerdotes, religiosos y seminaristas. Algunos fueron quemados vivos, otros fueron obligados a cavar sus tumbas, a otros se les extrajo los ojos y se les abrió en canal. Un sacerdote fue hallado en medio de la calle de la ciudad con la cabeza literalmente triturada.

Ese era el panorama en donde vamos a ver surgir la nobilísima figura del padre Eufrasio del Niño Jesús, carmelita.

El padre Eufrasio diríase que había nacido para esclavo de la caridad y que no podía vivir sin practicarla en todas sus formas. En los albores de su vida religiosa se le confió el cargo de enfermero de la comunidad, cargo que desempeñó varios años. Su paso por la enfermería conventual quedó saturado del perfume de la más tierna, solícita y abnegada caridad. Cuantos con él convivieron afirman unánimes que fue el enfermero modelo. "Una madre —se ha dicho en una carta— no habría hecho lo que el padre Eufrasio hizo por sus enfermos." No era sólo el cuidado exquisito del enfermo y el prestarse solícito a todo servicio, aun a los más repugnantes a la naturaleza, y el sugerir y aun aplicar medicamentos fáciles. Era, sobre todo esto, la onda de su caridad, que se desbordaba en el modo generoso y delicado de hacer lo que hacía.

No había repugnancias naturales para él en presencia del enfermo. Si surgían estas repugnancias en el fondo de su espíritu —y si surgían, dado su temperamento archisensible— jamás subían a la superficie de la observación externa. Junto al doliente el padre Eufrasio parecía un ser feliz. No le rendía el tiempo. Consolando y aliviando penas, lo mismo le daba pasarse dos horas que dos días, al parecer sin cansarse. La misma irradiación exterior de su satisfacción interior despojaba al enfermo de toda sospecha de que, en efecto, pudiera cansarse y encontrarse mal. Algo podrían decir de su alma caritativa los enfermos del Hospital, de aquel Hospital de Oviedo, donde fue tan villanamente vendido y de donde salió para ser bestialmente ejecutado.

Con los pobres era sencillamente pródigo. En el primer capítulo conventual, apenas elevado al cargo de prior, dio orden terminante al Hermano portero de que ni un solo pobre se fuera de la puerta sin su limosna. Para él no tenía el dinero otro valor sino era el de servir de vehículo para ejecutar una buena acción...

En el plano de la caridad espiritual, el padre Eufrasio fue todavía más admirable. Por la salvación de las almas trocó en apostólicas sus aficiones artísticas y científicas, que no prometían poco. Bien lo sabe el pueblo de Oviedo. El mártir era incansable en el confesonario. Especialmente los domingos, días festivos y fechas señaladas de la devoción pública, el padre Eufrasio se pasaba, incansable, administrando el Sacramento purificador de las almas, desde las primeras horas de la mañana hasta que todos habíamos terminado nuestra tarea. Su bondad, jamás exhausta, inspiraba confianza desde el primer momento. Su caridad, paciente y benigna, sufría sin asomo de acritud las molestias inherentes al confesonario. Con su inalterable paciencia igual pasaba horas con un penitente escrupuloso que con un penitente ignorante y acaso machacón.

Comprensivo de todo, a todos trataba con delicadeza de santo, con amplitud de criterio y con generosidad verdaderamente cristiana. Por los caminos de la dulzura, suave y fuerte a un tiempo, conseguía lo que no hubiese conseguido con asperezas e intransigencias del momento. Sabía esperar, sabía dejar obrar a Dios en las almas, auténtico discípulo de San Juan de la Cruz. El enfermero soberano de los cuerpos aparecía con las mismas características a la hora de misión tan interesante como la de cuidar a las almas.

El padre Eufrasio, cuya silueta, poco a poco, va perfilándose, va apareciendo ante nosotros, sentía especial predilección por los niños. Él fundó la catequesis en la iglesia del convento y la dirigió personalmente hasta que sus ocupaciones de Superior le obligaron a repartir el peso. No le ayudaba la voz que con ser tan afinada resultaba de tonos débiles; pero tal era el gesto de dulzura y tal el interés que ponía en sus sencillísimas explicaciones y tan interesantes sus reflexiones y sus ejemplitos y anécdotas, que los niños se le comían con los ojos. Una vez más, en nuestras descripciones, rogamos al lector que haya seguido hasta aquí se imagine a este otro hombre de Cristo. ¡Qué escena, Dios mío! El padre Eufrasio, hablando, hablando dulcemente, y los niños de ojos limpios como la aurora pendientes, en silencio, de la gran doctrina.

Levantaba en los corazones infantiles oleadas de entusiasmo, sin verse aparentemente el por qué, pues no era meloso, y sus palabras precisas y atildadas provocaban en aquel pequeño mundo oleadas de aplausos...

El padre Eufrasio personificaba aquella caridad multiforme, de que habla el apóstol, porque a impulsos de su caridad era paciente, manso, benigno, desprendido de lo suyo, bondadoso en el obrar...

Nosotros quisiéramos haber conocido al eximio artista polaco que tuvo la feliz idea de escoger al padre Eufrasio para modelo de su obra inspiradísima que representa al doctor carmelitano San Juan de la Cruz. No creemos que hayan sido sólo sus rasgos fisonómicos externos, verdaderamente atrayentes y sugestivos para un temperamento de artista. Algo, algo más fue lo que atrajo la mirada del pintor.

Aquellos furibundos nueve días sorprendieron al buen carmelitano en su convento. Viendo que los escopeteros rodeaban por completo el edificio no se decidió a salir por la puerta, sino que saltó la tapia de la huerta conventual al jardín contiguo. Al caer de la tapia —alta de unos cuatro o cinco metros— se produjo una luxación en la cadera, de suerte que, no pudiendo levantarse, pidió auxilio, que le fue prestado puntualmente por los vecinos. ¡En compañía de éstos pasó el padre Eufrasio desde el sábado, seis, hasta el viernes doce, diligentemente atendido en su dolencia por todos los que le rodeaban, edificando con sus modales tan mansos y tan religiosos, con su palabra tan culta y edificante, y sobre todo con su conducta, empapada de religiosidad. ¡Dios sabe lo que pasaría entonces por su alma tan sensible! Sabemos que le preocupaba hondamente la suerte de la Comunidad, especialmente la de los prisioneros. La caída y las angustias hubieron de afectarle tanto, que sus evacuaciones aparecían sanguinolentas, efecto de su organismo quebrantado. Entre los propósitos que manifestó en la intimidad a alguno de los vecinos, uno fue el que había resuelto pedir a los Superiores permiso para ir a misionar a tierra de infieles un año por cada día que durase la revolución.

El día doce cayó un cascote de granada en la casa, y todos los vecinos decidieron ausentarse, corriéndose a otra. El padre Eufrasio andaba con gran dificultad, sosteniéndose en las paredes o en alguna silla. Pensando, sin duda, ser gravoso a los del grupo, solicitó ser llevado al hospital provincial. Para prudente disimulo de su personalidad, cambió de traje, vistiendo, en vez del negro que llevaba, otro más disimulado. Chaqueta azul, camisa negra rayada, pantalón negro, zapatillas de paño con hebillas, boina... Hasta se dejó su tanto de bigote. Al llegar al Hospital, trasladado por los camaradas en camilla, viéndose rodeado del personal del servicio, gente conocida de las Hermanas y seguramente de él que tanto frecuentaba aquel lugar, manifestó reservadamente su personalidad. Ignoraba el pobre el ambiente que dominaba. Dos practicantes que oyeron su manifestación se apresuraron a delatarle. Nuevamente interrogado por los revolucionarios, al decirle ellos que se hallaba entre caballeros, se descubrió en estos términos:

—Pues si estoy entre caballeros, les digo que yo soy el Superior de los Padres Carmelitas.

¡Caballeros! Al momento se le formó consejo de guerra y de cinco individuos que lo constituían, cuatro le condenaron a muerte.

— ¡Y me decían que me hallaba entre caballeros! —se le oyó decir al padre Eufrasio.

Hubiéranle fusilado cerca de donde estaba, si no se hubiese opuesto el discordante de la condena. Se le quiso salvar. Se le arrojó una blusa de enfermero a ver si podía evadirse de algún modo. Un médico le sustrajo una medalla en forma de corazón, medalla que se apropió una enfermera roja, la besó, y se la metió en el bolsillo.

Los cuatro partidarios de la ejecución se percataron de la estratagema. Le tomaron por su cuenta y, sacándole del hospital y metiéndole en un magnífico auto, se fueron en busca de la otra víctima codiciada, que debía correr la misma suerte. Afirma una persona que habló con él cuando le llevaban en el coche, que estaba sereno, siempre con el semblante de dulce y comprensiva benignidad. La rebusca de la otra víctima les resultó inútil. Dios les cegó, pues estaba en medio de ellos, a buen recaudo en el Instituto-cárcel. Defraudados se llevaron al padre Eufrasio al mercado —un edificio destartalado y viejo— sito en el barrio de San Lázaro, a la entrada de la carretera de Castilla. Bajado a empujones del auto y empujado brutalmente al lugar de la ejecución se oyó decir a los verdugos "que le habían venido machacando los pies".

Al persuadirse de que iban a fusilarle, dijo con voz que oyeron varios circunstantes:

—No me matéis, hijos míos.

Casi a rastras, por su cojera, fue conducido al sitio elegido, mientras continuaba diciendo:

—Yo os perdono.

Abrió los brazos en ademán de abrazarlos, abrazo que ellos naturalmente repelieron. Exclamó dos veces seguidas:

—¡Viva Cristo Rey!

A lo que los verdugos contestaron:

—Pues lo vas a decir por última vez.

El padre Eufrasio junta sus manos en el único gesto realmente importante de toda su vida, en el gesto que llenó por completo su existencia. En el gesto de orar. Ve delante de sí, a pocos pasos, a tres hombres encañonándole el pecho. Grita de nuevo, con más fuerza:

— ¡Viva Cristo Rey!

A la descarga cerrada de los tres fusiles cae herido de muerte. No quedó muerto en el acto. Todavía siguió moviendo los labios, musitando, sin duda, una oración.

¿No se acordaría de sus verdugos, como Cristo en la Cruz?

Como aún "rebullía", según la expresión de un testigo, le hicieron con el revólver un cuarto disparo que consumó el sacrificio. Eran sobre las doce del día del Pilar. Antes de pegarle el tiro de gracia, una mujer, impulsada por un sentimiento natural de misericordia, cogió al asesino del brazo, exclamando:

— ¡Por Dios, déjale ya!

— Aquí no hay más Dios que nosotros. Y si tú chillas, también habrá para ti.

Tendido en el suelo parece haber sido cacheado. Los padres carmelitas pudieron todavía, después de seis días que permaneció insepulto, recoger en el lugar mismo de la ejecución su escapulario interior pequeño, y un botecito de jabón de afeitar, traído por él de Polonia, reliquias que están en poder de los carmelitas de Oviedo. También pudo recogerse la piedra, teñida de sangre, sobre la cual cayó la cabeza del mártir.

Su cuerpo permaneció en el lugar del sacrificio desde el viernes doce, hasta el jueves dieciocho, día en que, recogido por la Cruz Roja, fue llevado al horno crematorio de San Roque, en el mismo barrio. Su cuerpo, pues, ha desaparecido. No poseemos la reliquia de su carne. Pero, ¿que importa el engarce, si la perla está en el cielo?

De la suerte del padre Eufrasio no se comenzó a saber hasta el dicho jueves dieciocho, casi de noche. Descubierta la pista, una persona, doña Marcelina Victorero, que desarrolló en la investigación de las circunstancias del martirio del padre Eufrasio una labor meritísima, voló a San Lázaro a la mañana siguiente, y preguntando con gran solicitud y acierto logró no sólo poner de

manifiesto la verdad sustancial de la muerte, sino las circunstancias que hemos apuntado presenciadas por testigos oculares, que se las refirieron.

Así se acaba esta otra triste historia. Era el preludio. Y de nuevo la pregunta: ¿Cuál había sido el crimen del padre Eufrasio? Tal vez hacerse amar de los niños. Tal vez servir hasta el último menester a los enfermos. Su vida de profunda e inteligente piedad, de ejercicio nada común de las virtudes, en especial de la humildad, pureza y caridad, y su muerte tan santamente heroica, le conquistaron desde un principio tal aureola de popularidad en la ciudad de Oviedo, que gran número de personas pidieron sus reliquias, las reliquias del religioso que supo vivir y morir, como viven y mueren o desean morir los santos.

Y aquel fue el preludio. Mas, a fuer de sinceros cronistas, es conveniente ahora alzar nuestra mirada y recoger la amplitud del cuadro. Recoger el preludio en su máxima intensidad. De todas las maneras no intentamos generalizar, sino describir una odisea —la odisea de aquellos días— en Asturias y sobre parajes anteriormente reconocidos.

Asturias, preludio de herida. El jueves, cuatro de octubre de 1934, notábase algo raro en el ambiente, de augurio trágico, con el planteamiento de la huelga general revolucionaria.

El viernes suenan en Oviedo los primeros disparos, tiros sueltos y a intervalos. (Reduzcamos instantáneamente la descripción al convento al que pertenecía el padre Eufrasio.) Bien. Entre siete y siete y media avisan al convento, desde el Hospital Provincial, pidiendo un. Padre para absolver a cuatro guardias civiles casi muertos, del puesto de Llanera, lugar cercano a la capital. A la hora se repite el aviso para unos guardias de asalto, también malheridos de gravedad. Por la tarde se intensifica el fuego de fusilería, y los Padres pueden, con precaución, escuchar el chasquido de las balas que se estrellan en las paredes y muros del convento. Aquella noche, del cinco al seis, el fuego de los fusiles sé repartió a distintos tiempos, de suerte que parecía se trataba de pequeñas escaramuzas entre algunos exaltados y las fuerzas del Gobierno.

El sábado, seis, amaneció la capital de Asturias al son de un recio tiroteo. Los revolucionarios daban vista a la ciudad por el barrio de San Lázaro. Las balas menudeaban; pero... se confiaba en las fuerzas del Gobierno.

Después de comer, los Padres se retiraron a la huerta, cobijándose, con los estudiantes a su cargo, tras las tapias. Aunque de lejos, la metralla les alcanzaba. Entonces se consultó al Gobierno Civil por teléfono.

—Es el convento de los Padres Carmelitas.

—Hablen ustedes.

—Parece ser que los revolucionarios se acercan. La metralla cae en el convento. ¿Cuál es la verdadera situación de la ciudad, y qué peligro podemos correr?

—La situación es grave. Como es lógico, las miras de los rebeldes, en primer término, no se dirigen a los conventos e iglesias, sino a los edificios públicos. De todas formas tomen ustedes precauciones.

— Sería conveniente que nos enviasen ustedes fuerza de protección.

—Es imposible. Todas las fuerzas se hallan enfrentadas con los rebeldes.

Inmediatamente se organizó la salida del convento a casas particulares, ofrecidas a los Padres con gran generosidad. Fueron delante los colegiales, los estudiantes que hemos mencionado anteriormente, religiosos ya teólogos. Los Padres fueron también saliendo, cada uno como pudo, por donde pudo y adonde pudo, pues los revolucionarios merodeaban ya por las cercanías, amenazando invadir el convento. (El principal protagonista de la historia que sigue, ya la conoce el lector. Es la del padre Eufrasio. Derivemos hacia lo que ignoramos todavía.)

El padre Antolín, dando pruebas de serenidad, optó por quedarse solo en el convento, del cual no salió hasta el lunes, saltando a la calle por la tapia de la huerta, cuando vio que los revolucionarios saltaban hacia dentro por otro punto de la misma, para tomar posesión del convento.

Ya dentro de la huerta los revolucionarios, se dirigieron a toda prisa hacia el centro del edificio entre dos martillos que corren paralelos a una de las calles que limitan la construcción. Como

encontraron cerradas las puertas y ventanas destrozaron la primera que se les vino a su saña y se introdujeron en el convento, quedando dueños de él durante todo el tiempo que duró la revolución.

Los Padres se refugiaron en una casa de la calle del Marqués de Santa Cruz. Luego se repartieron entre otras, como medida más prudente. En el primitivo refugio quedaron solamente dos. Los estudiantes se refugiaron en el número once de la calle citada, menos uno, que hallando ya cerrada la casa a donde se dirigía, fue peregrinando de puerta en puerta hasta que, encontrando una abierta, se metió por ella y allí pasó la tormenta, a gusto de sus dueños, que lo trataron muy gentilmente. El fue quien primero supo, por los comentarios que oyó a los revolucionarios, que los seminaristas murieron dando vivas a Cristo Rey.

La tarde del sábado fue de gran jaleo. Los revolucionarios se multiplicaban prodigiosamente. El parque de San Francisco —una bella extensión de terreno arbolado, en el corazón de la ciudad— era un hervidero de ellos. Se defendían detrás de los árboles, de las fuentes... apuntando, en acecho, en todas direcciones y disparando con prodigalidad. En el grupo rebelde, que uno de los Padres pudo ver con gran precaución desde la casa en la que se había refugiado, había un viejo, bien viejo, que les repartía municiones, y un niño que les ofrecía comida sin ningún miedo a las balas del grupo contrario, es decir, del grupo de los guardias.

Un detalle más: el mismo Padre que presencié aquella escena, al abrir un poco más la contraventana para observar mejor, se libró milagrosamente de la muerte, al rebotar una bala a pocos milímetros de su frente.

El domingo, festividad de la Virgen del Rosario, se celebraron misas en algunos de los sótanos que servían de cobijo a los Padres carmelitas. De nuevo, como en tantas ocasiones de nuestros relatos, Cristo había de bajar a la sagrada oscuridad de las catacumbas. Allí se renovaba la fe y los hombres cobraban fuerzas en preparación del posible sacrificio. Arriba, la lucha fratricida y blasfema: abajo, en el subsuelo, la profunda paz en medio de la natural angustia, que era bien poco, que no era nada, pues a aquella angustia natural se enfrentaba la paz con que Dios distingue a sus fieles.

Prometía ser aquel día horrible por el preludio mañanero. Y, en efecto, fue un día ensordecedor, por el continuo repicar de la metralla sobre la fachada de la casa donde se refugiaba el mayor número de Padres, uno de los cuales es quien ha proporcionado la fundamental línea de esta descripción. Entraban los tiros de fusil en la casa, que estaba siendo acribillada, y que por fin fue casi destruida por la dinamita. Como allí los Padres no se sentían seguros, ni mucho menos, decidieron saltar por detrás de la casa a la vecina, a través de un pasadizo, con la ayuda de una escalera de mano. Tal escalera tuvo un destino trágico. Un día apareció, en la casa que los fugitivos abandonaron, el cadáver de un hombre. Los médicos dijeron que se trataba de un suicidio. En la escalera de autos, como en angarillas, lo llevaron fuera de casa. Atado a esa misma escalera fue quemado un hombre. ¿Fue el cadáver del presunto suicida? No se supo jamás con exactitud. En el lugar de la quema fue recogido un llavín, que pertenecía a un guardia que estaba en aquellas casas y que ha desaparecido, cuyo carnet y algunas prendas del vestuario aparecieron en el patio de una casa vecina, junto con su pistola. Mostrado el retrato del guardia desaparecido, los médicos afirman que no era el cadáver del suicida. Y allí quedó, como testigo mudo y estremecedor, la escalera medio quemada, recogida en el lugar donde se abrasó a un muerto o a un vivo. Fuese o no el guardia, su figura aparecerá un poco más adelante.

En la casa número once de la calle del Marqués de Santa Cruz, donde, como queda dicho, se refugiaron los estudiantes del convento carmelitano, se hallaba el Santísimo, llevado del Colegio de los Hermanos Maristas por uno de los colegiales, diácono. Estos comulgaron fervorosamente.

Como, a decir verdad, se peligrosaba también en la nueva casa escogida como refugio, se acordó abrir un boquete en la pared maestra y pasar a la contigua y mediera, y luego, ya en aquella, y por la misma causa, se abrió otro boquete para pasar a la siguiente, arrastrando en este traslado de casa en casa a toda la gente de las casas abandonadas, edificios de los más capaces y hermosos, entonces, de Oviedo.

A la casa donde últimamente se refugiaron, llegaron cuatro guardias armados que venían de prestar servicio en el Hospital. No se sabe cómo pudieron llegar hasta allí. Quisieron luego salir para continuar cumpliendo con su deber, y tres de ellos, apenas pusieron el pie en la acera, quedaron tendidos a balazos. El cuarto, más prudente, retrocedió en seguida y volvió a refugiarse

en la casa. Es el guardia desaparecido, cuyo llavín se encontró en el lugar de la quema y cuyo carnet, vestuario y pistola aparecieron en un patio.

A la caída de la tarde *del* domingo, a boca ya de noche, se acercó a los refugiados, que formaban un número considerable un individuo conocido y al parecer amigo, participándoles de parte de los revolucionarios que si querían salvar la vida se retirasen de allí, pues habían decidido volar aquella noche con diez cargas de dinamita toda la calle del Marqués de Santa Cruz. Al parecer, tal era la verdadera intención de los rebeldes. El nutrido grupo siguió con gratitud al guía y caminando detrás de él sigilosamente, nerviosamente, a favor de una lamparita intermitente y el santo y seña que le habían confiado —U.H.P.— llegaron nada menos que a la casa natal del insigne cardenal primado Guisasola. La casa estaba tomada por los revolucionarios, que dominaban todo el barrio, y el camisa roja que les recibió, fusil al brazo y revólver al cinto, les dio a entender con voces imperiosas y amenazadoras que se hallaban a su disposición. Las órdenes fueron terribles. La menor falta se castigaría con levantarle al culpable la tapa de los sesos.

Los prisioneros pasaron la noche, quien tirado en el suelo, quien sentado en una silla o en un banco, o bien, simplemente, de pie. Eran sobre cincuenta. La casa esta literalmente atestada. Nadie durmió.

Amaneció el lunes, ocho, y penetraron en los distintos locales donde los prisioneros se hallaban varios revolucionarios. Se habían documentado de las personas apresadas y, de todas formas, encañonando a todos, preguntaban a cada uno por su filiación. Después fueron registrados.

Uno de aquellos forajidos dijo, husmeando como un auténtico perro de presa.

—Me huele a sotana de cura y a carne de frailes. —Y añadía—: Hay aquí un fraile que tiene que ser fusilado hoy mismo.

En aquella primera entrevista —por llamar a aquello algo— se portaron ferozmente. Las amenazas de muerte, las blasfemias, las vejaciones, aunque no de obra todavía, llovían con abundancia sobre todos, sin excepción alguna. Según decían, los iban a comer rápidamente con arroz.

Cacheados y rociados convenientemente de insultos, los prisioneros fueron trasladados a la prisión, en medio de un gran aparato bélico y con notas de crueldad salvaje. Camino de la cárcel los seguían con los fusiles enfilados a las espaldas, llevando uno de ellos una gran cuchilla de carnicería, que lo mismo podía ser para asesinar a los prisioneros, que para probar, así, sin más, que los prisioneros habían sido sorprendidos con armas.

Al entrar en la prisión, el Padre carmelita que formaba entre aquel grupo, reconoció, con un salto del corazón, a dos de los hombres que estaban allí. Eran dos Padres, que, delatados por una mujer, habían caído en poder de los rojos antes que el Padre que llegaba ahora a hacerles compañía. El grupo que acababa de llegar se juntó en la prisión con otro más numeroso de sacerdotes, frailes y seglares.

Se les mandó sentar en unos estrechos banquillos, como de escuela, que rodeaban el local y allí sentados día y noche pasaron hasta el jueves. Les era sólo permitido levantarse y estirar un poco las piernas.

El calvario que aquellos pobres seres recorrieron sin moverse de aquel sitio, es difícilmente descriptible. Como se hacían simulacros de consejo de guerra y se daban órdenes que parecían de fusilamiento y los camaradas no hacían otra cosa sino hablar a voces de acabar con todos, complaciéndose algunos en detallar el género de muerte que les iban a dar con los consiguientes refinamientos, y como las mujeres de la Cruz Roja, cada vez que entraban en la prisión se mostraban impacientes por llevarse los cadáveres de los prisioneros al cementerio, sazonzando este su buen deseo con sarcasmos e insultos, puede colegir el lector cuál sería la tensión de los nervios y cuál la tortura de los espíritus.

Se veían fusilar a cada instante. En su ensañamiento decían que para acabar con los presos no gastarían más que una bala, pues era lástima gastar más de una para matar a un fraile. (Obsérvese. Ya desde ahora la víctima central de la gran tragedia española es la Religión. Contra ella se desencadenan, ya, toda suerte de agresiones.) Pero aún más que las amenazas de fusilamiento les atormentaban las blasfemias continuas. Ante las torturas del espíritu nada o muy

poco suponían las restantes penalidades. La escasez de alimento, el insomnio forzoso, el desarreglo acuciante de los cuerpos, la absoluta falta de limpieza no herían lo que una blasfemia, a gritos, con salvaje fruición...

Apartemos, un instante, la descripción que seguimos. Oviedo era ya un cúmulo de desórdenes realmente fabuloso. El odio desatado a todo lo que se descubriera como lejanamente religioso, va fuera persona u objeto, era sistemáticamente destruido.

Volvamos de nuevo, pero un solo instante, a los prisioneros. Narrar toda la aventura sería hacernos interminables. El fin de ella fue que algunos lograron huir, y varios de ellos pasaron a formar en el ejército numeroso de los mártires. Encerrado en el convento de los carmelitas, adonde al fin los trasladaron, minaron por completo los sótanos, encerrándolos.

Les decía un jefecillo, soberanamente cruel:

—A ver si os salva Dios. Pronto iréis a ver a Cristo.

En efecto, Dios salvó a los prisioneros. Después, como indicamos, algunos cayeron. Otros, sin embargo, se salvaron...

El preludio. Año de desgracia de 1934. Y, tras este conveniente retroceso, volvamos a la narración de la apoteosis sangrienta.

XVI. DOS AÑOS DESPUÉS: EN EL MISMO SITIO

Es triste, verdaderamente triste, tener que constatarlo. Dos años después de aquellos nueve días de revolución y de matanzas, en el mismo lugar donde se perpetró el asesinato del padre Eufrasio, volvió a perpetrarse otro, por idénticas razones. Nada, al parecer, había servido de nada.

Conveniente sería lanzarnos sin más a la descripción. Pero más conveniente hacer resaltar, en breves líneas, la esencial fisonomía del odio que hizo posible el crimen primero y el segundo. No es tan fácil verlo con mirada superficial. Por el contrario, es necesario ahondar algo más. Hundamos, pues, la sonda y examinemos aquel furioso odio y su lugar de origen.

A ningún español, lo quiera o no lo quiera, le cabe la menor duda de que la religión católica, que fraguó la historia y la cultura de la nación española, fue perseguida en cumplimiento de las órdenes dictadas por organizaciones internacionales ajenas a la historia y cultura de España, ya desde el advenimiento de la segunda República en 1931. La quema de las iglesias y saqueo de los conventos —el "ritornello" continuo—, la prohibición del culto externo cristiano practicado libremente en España desde el edicto de Milán en el 313, la disolución de la Compañía de Jesús e incautación de sus bienes, las multas a los sacerdotes por celebrar entierros o procesiones y predicar, son hechos excepcionales contra el derecho histórico y común, contra la libertad e igualdad proclamada ante la ley. Que tales actos y disposiciones procedían de un odio formal contra el catolicismo, contra la Iglesia Católica y contra Jesucristo, su divino fundador, ni lo negaron ni lo niegan sus autores, sino que lo proclamaron con toda claridad y resolución en sus mítines, en sus discursos, en la prensa, en la radio, con las palabras y con las obras, en el interior y en el extranjero. Mas al Catolicismo español se le persiguió por razones extrañas a la historia y a la vida de la nación. Es decir, no era España, en cuanto concepto social y humano, quien había puesto en marcha el tremendo odio. La historia de Europa, desde el fin de la Edad Antigua hasta el Protestantismo, durante la Edad Media, es una historia profundamente católica. El Catolicismo es la esencia de la cultura europea y la razón de su historia, hasta que Lutero y Enrique VIII, por razones morales o políticas, rompieron la unidad espiritual del Continente, con todas las graves consecuencias que la desintegración de Europa continúa arrastrando.

En España, desde el siglo IV hasta nuestros días, la religión católica ha sido la esencia y la causa principal de la cultura, en todas sus manifestaciones, y de la historia, de la Reconquista y de la Independencia, de los descubrimientos y de la evangelización de América. Por el contrario, los anticatólicos en España, en todo su pasado, han sido completamente negativos. Han destruido, pero no han construido, ni han aumentado el caudal artístico, colonial, cultural o científico de la nación como en la "Historia de los Heterodoxos españoles" demostró don Marcelino Menéndez y Pe-layo.

Por interés o por razones económicas, tampoco puede ser perseguido el catolicismo, y menos en España. Ya en el siglo XIX, con las diversas desamortizaciones, se quitó a la Iglesia todo su patrimonio de subsistencia propia, y a los pobres y a las instituciones culturales o benéficas, todos los medios de existencia. Económicamente, la Iglesia y los sacerdotes católicos españoles eran y son pobres, pobrísimos. Una comparación de las propiedades y rentas de la Iglesia Católica española con las propiedades y rentas de la Iglesia Protestante Anglicana, por ejemplo, arrojaría una desigualdad a favor de esta última en proporciones sorprendentes. Y en los derechos de estola y donativos a tributos de los fieles, también los sacerdotes españoles perciben, por lo general, prescindiendo de ciertas iglesias, cantidades insignificantes en relación con los ingresos de los sacerdotes en cualquier otra nación, como Francia, Inglaterra, Irlanda, Estados Unidos...

Por consiguiente, tampoco la razón económica, las supuestas riquezas de la Iglesia y de los eclesiásticos, podría explicar la persecución de la Iglesia Católica en España.

Sin embargo, la Iglesia poseía en nuestra Patria monumentos y obras de arte de un valor inmenso, incalculable: los templos, los retablos, las imágenes, los cálices y copones, las custodias, los relicarios, los incensarios y navetas, los sagrarios, los cuadros y pinturas, las casullas y ornamentos de todos los estilos, de todos los metales preciosos, de sedas y encajes, constituían un "tesoro de la Iglesia". Pero este inmenso tesoro, reducido a una parte insignificante por los

franceses durante la invasión de 1808-13, guardado celosamente, religiosamente, por la Iglesia, que lo había creado y acumulado, a través de los siglos, formaba parte del patrimonio de la nación. Y nunca debía pasar a la propiedad de los particulares, pues era de Dios, de la Iglesia y de España.

Más aún: con la persecución de la Iglesia Católica en España se ha realizado la obra de más profunda y más amplia destrucción y desnacionalización.

La expulsión de los jesuitas de España y de todo su imperio, en el siglo XVIII, causó tan graves perjuicios en la cultura, en la ciencia y en las misiones americanas, que resultaron totalmente irremediables y prepararon la ruina del Imperio español. En los pueblos y ciudades donde tenían los jesuitas colegios de instrucción amplia y profunda, renacentista, no hubo quien les sustituyera, y millares de alumnos, ricos y pobres, más los pobres que los ricos, quedaron sin instrucción; en las misiones de América, la expulsión de los jesuitas causó una verdadera catástrofe irreparable. La incautación de los bienes de los Colegios Mayores, las Universidades, como Salamanca, Alcalá de Henares, Zaragoza, Valencia, Sevilla, etc., destruyó aquellas fundaciones benéficas, donde se educaban millares de jóvenes. Causó tales perjuicios a la cultura, a la ciencia, a la Universidad y a los pueblos, que, como decimos, no han sido reparados ni quizá podrán ser reparados en muchos siglos. Los colegios de Oxford y Cambridge, con sus universidades medievales, nos hacen conocer a los españoles cuanto perdimos con aquellas leyes desamortizadoras de persecución anticatólica... La prohibición de los autos sacramentales, que constituían, desde los misterios medievales, un género literario divino y humano, único en el mundo, y a la vez una parte preciosísima del folklore de todo el pueblo español en las ciudades y en las aldeas, no produjo nada equivalente ni en la literatura, ni en la cultura, ni en el folklore, ni en las distracciones instructivas del pueblo, ni en ningún aspecto... Y así discurriendo, desde el Conde de Aranda, hasta Alcalá Zamora y Azaña, veríamos que las leyes y los actos de persecución contra el catolicismo han tenido sólo eficacia destructora, de desnacionalización y de cegamiento de fuentes vivas, de ruina y de muerte.

La persecución del Catolicismo en España no fue una persecución por motivos generales de la Religión, sino precisamente como Religión Católica. No era odio contra el Cristianismo cismático o protestante o ruso; ni era odio contra una religión revelada, como el Judaísmo; ni era simplemente una persecución contra el Catolicismo en España, como autor del arte y de la historia y de la patria española... Era más bien una persecución basada en el odio contra la Iglesia Católica y contra Jesucristo como fundador de la misma, a los cuales se limita la persecución, excluyendo a los cientos de religiones y millares de sectas, miradas con indiferencia en todo el mundo...

Por consiguiente, si aun obrando contra la patria, contra la cultura y contra la ciencia, sin razones históricas, sin motivos generales religiosos, así han perseguido al Catolicismo en España, ¿cuál habrá sido la razón formal y última de tales persecuciones? No preguntamos por la razón aparente o por el pretexto que disimula el motivo real, sino por éste y por la razón verdadera y última. Así, a la Compañía de Jesús se la suprimió y desterró a los jesuitas en el siglo XVIII, "por razones que el rey guardaba en su pecho"; y en el XX, fue disuelta la misma orden religiosa "por el cuarto voto". Pero estas razones eran tan sólo apariencias hipócritas y cobardes para disimular la razón verdadera.

La razón, amable lector, la razón por la cual —y devolvemos así tu mirada a la iniciación de este capítulo— murió el padre Eufasio, allá en aquel barrio ovetense, y después, y por lo mismo, una anciana mujer, allí, en el mismo sitio, a los dos años del primer crimen; era, repetimos, el odio contra Cristo y todo lo que le representara.

¿Quién era aquella anciana mujer? Se llamaba Rosa y era la madre de un sacerdote. Tenía setenta y cuatro años. Viuda, había dedicado su vida entera a formar a aquel hijo y a hacerlo digno hijo de Dios. Pobre, su casa estaba abierta siempre para los pobres. Sola, mientras su hijo permaneció en el seminario, llevó el consuelo a quien necesitó de ella. Vivía en San Lorenzo. Desde los primeros momentos del desorden rojo, cayó en poder de aquellos energúmenos que creyeron había ocultado a su hijo o por lo menos conocía el lugar donde se había escondido. No le ahorraron sufrimiento. La prohibieron salir de su casa y pusieron en ella como guardiana a una mujerzuela de costumbres abyectas, que la obligaba a realizar todos los menesteres de la casa, a hacer la comida a un grupo de milicianos, a hacer vendas, etc.

Las escenas, aunque rápidas, son terribles. Llegaban, por la noche, los milicianos.

—Vamos a ver —le decían a la mujerzuela en funciones de vigilante— bájanos a la vieja.

Doña Rosa bajaba, casi a rastras, pues la jornada había sido agotadora.

—¿Vas a decir o no dónde está tu hijo el cura?

—No lo sé. ¿Cómo os lo voy a decir si no lo sé? Además, aunque lo supiera, ¿iba a perder a mi hijo diciéndonos donde estaba?

—Tú verás lo que haces.

—Soy una anciana. Deberíais tener piedad de mí.

—No habrá piedad hasta que no confieses.

Y al día siguiente era, de nuevo, otro martirio para la pobre anciana —¡setenta y cuatro años!— que desde las primeras horas del día hasta bien entrada la noche trabajaba para los que buscaban, con ansia de muerte, a su hijo.

No comprendemos qué corazón humano, por muy endurecido que se halle, no temblaría ante una anciana en aquellas circunstancias. Solamente si al sentimiento de natural y espontánea conmiseración se opone, inundando todo lo demás, un odio demoníaco, es comprensible. Pero he aquí que no es odio contra la anciana. He aquí que no es tampoco odio, aunque podría parecerlo, contra un sacerdote. Ya sabemos contra quien va el odio de los verdugos de una anciana.

Un día le dice que la van a fusilar. En su presencia realizan todos los preparativos. Blasfeman, como siempre. Discuten el lugar en donde habrían de enterrarla más tarde... Eriza los cabellos pensar que unos soldados hagan tales demostraciones ante una anciana mujer. Llegan hasta atarla. La increpan para que descubra a su hijo y ante las razones de doña Rosa, que siempre son las mismas, porque, en efecto, no sabe dónde está, la sacan de la casa y la conducen maniatada como estaba —a una anciana, es necesario repetirlo— por un sendero pedregoso y muy difícil de andar, hasta un pradecillo distante unos trescientos metros. Se colocan en actitud de pelotón y apuntan a la mujer. De pronto, un miliciano grita:

—¡Un momento! No está bien que matemos a una vieja. Probemos otra vez a preguntar. Veamos: ¿Dónde se ha escondido tu hijo?

La anciana se encuentra al borde del desmayo. Aterrorizada, le faltan las fuerzas hasta para gemir. Es de noche. Al fin, la pobre mujer cae sin sentido.

Al día siguiente y al otro, y al otro, y así durante cinco días seguidos, el simulacro de fusilamiento se repite en el pradecillo. Lobos sin alma, es extraño que un rayo del cielo no caiga sobre ellos y los destruya.

Un día, en un arrebatado de malhumor y de vino, la mataron. En el mismo sitio que dos años atrás habían matado al Superior de los carmelitas. A una anciana.

Hemos pasado como sobre ascuas sobre la anterior descripción. Su sencilla brevedad da idea mejor que cualquier consideración o lamento al margen de los hechos esenciales. Víctima propiciatoria del odio a Cristo y a su Iglesia, testigo de ella con su sangre, la muerte de aquella mujer pasará a la historia como uno de los crímenes más vergonzosos cometidos en Asturias. Pues a la vergüenza del crimen en sí, se une el espeluzno que en toda alma causa el asesinato a sangre fría de una anciana de setenta y cuatro años.

Quisiéramos saber qué dirían los que declarándose liberales, izquierdistas, anticatólicos, campeones de los Derechos del hombre, de la libertad de pensamiento y de expresión, de la libertad de conciencia y de cultos, de la inviolabilidad de la persona y del hogar, del régimen de leyes iguales para todos, y que lanzaron a las masas a fabulosas reivindicaciones, quisiéramos saber —repetimos— qué dirían ante aquella mujer asesinada. Si los Derechos del Hombre, según la interpretación por completo parcial de quienes jugaron sangrientamente con ellos en nuestra Patria, no pudieron salvar a aquella pobre anciana, nos parece que es necesario abolirlos definitivamente y erigir algo más sólido, más de hombres.

XVII. EL MÁRTIR IGNORADO

Existe un caso estremecedor, de muy pocas personas conocido. Tal vez sea éste, de existir distinguos posibles, el que con mayor fragancia suba hasta la presencia del eterno Crucificado. Ni vida anterior, ni costumbres, ni familia, ni amigos... Nada parece conocerse de aquel hombre muerto con la serenidad y el valor que se desprende del relato.

El hecho ocurrió en Toledo. No se sabe más, excepto el testimonio de su martirio, que por casualidad ha llegado hasta nosotros. Toledo así escribió a la par dos páginas brillantes.

Comenzamos sin más circunloquios.

No existen fechas exactas. Queremos decir que no podríamos asegurarlas. Es lo mismo. Aquel hombre, que la dominación marxista lo sorprendió en la ciudad del Tajo sin conocer a nadie, de paso, fue considerado desde los primeros momentos como un sospechoso. Encarcelado, un miliciano se dirigió a él en los primeros días del encierro, y le dijo:

—Como averigüemos que eres fascista, o cura, o algo parecido, te puedes preparar.

—Preparar... ¿a qué?

—A lo que haremos contigo. Matarte.

—Aprenderéis cómo se muere.

Aquella respuesta fue de una imprudencia fatal. El miliciano descargó su fusil, a modo de estaca, sobre las espaldas del prisionero, que quedó inconsciente. No fue el último ataque de brutalidad. Fue, por el contrario, el comienzo.

Llevado a declarar, aquella burla de interrogatorio, el primero a que le sometieron, se desarrolló entre groserías inconcebibles aun para una burla de interrogatorio, entre golpes, amenazas y cuanto el lector conoce ya de los métodos empleados por los rojos. Desgraciadamente, como antes dijimos, faltan por completo los datos que nos trazasen siquiera una somera línea biográfica de aquel hombre.

Devuelto a la prisión, como contestara adecuadamente a las ofensivas preguntas de sus verdugos —imposible de transcribir ciertos detalles vergonzosos, infrahumanos que alcanzan el colmo de la degeneración de todo sentimiento—, la saña contra él alcanzó límites inverosímiles.

Y otra vez, como siempre, la trágica, la terrible insinuación:

—Blasfema.

Y aquel hombre, de un espíritu combativo extraordinario, no conforme con ser una víctima sumisa, se enfrentaba con sus enemigos respondiéndoles a la insinuación de la siguiente manera:

—Sois unos cobardes.

—¿Sabes que te vamos a matar?

—Lo supongo. Ya os he dicho que sois unos cobardes.

Lo sacaban de la prisión y lo llevaban a la ribera del Tajo.

—Vas a morir ahogado. Blasfema, y te dejamos libre ahora mismo.

—Prefiero morir en el río.

Entonces ocurrió algo que aún ahora, al escribirlo, nos eriza los cabellos. Los milicianos se separaron un tanto del prisionero y mantuvieron un conciliábulo. Al cabo, puestos al fin de acuerdo, dos de ellos —eran, en total, seis— volvieron a la prisión. Los restantes quedaron vigilando. A la media hora los que se habían alejado volvieron trayendo consigo a otro prisionero. Enfrentaron a ambos. Uno de los milicianos se dirigió al recién llegado:

—Vas a morir, amigo. Ha llegado la hora. Te ataremos las manos a la espalda y luego estarás con la cabeza metida en el agua hasta que te ahogues. ¿Te parece bien?

El prisionero, de una mediana edad, pálido como un muerto, no respondió. Despacio,

calculando bien el efecto de los movimientos que realizaban, los milicianos comenzaron los preparativos. Con un alambre le ataron las muñecas a las espaldas. Luego, también muy despacio, le ataron los pies evitándole así la menor posibilidad de movimiento.

Le arrastraron hasta el río. Comenzó a dar gritos pidiendo socorro, en la cumbre del espanto, del miedo. Los milicianos, impasibles continuaron acercándole al agua, sin darse demasiado prisa, conscientes del efecto que la escena estaba causando sin duda alguna en el protagonista de ella.

El prisionero restante miraba en silencio a aquel pobre individuo, al borde de la locura, y, aunque como es natural, no podemos saber con exactitud lo que pensaba, bien creemos tener cierto derecho, tras conocer su conducta anterior, a suponerlo. Pensaría que las pretensiones de los milicianos podrían realizarse, fuesen cuales fuesen, en lo que pudiera referirse a la víctima. De ello no parecía caber la menor duda. Su resistencia moral había llegado al límite, y la muerte cercana influía de tal modo sobre él que, en realidad, probablemente no fuese ya responsable de sus actos.

Llegados junto al río, un miliciano le agarró la cabeza con las dos manos y la sumergió. Pudo verse el espasmo angustioso en que se debatía el cuerpo del desgraciado. Al minuto, le libraron la cabeza del agua. Lloraba como un niño, con un llanto ruidoso y desesperado.

Fue entonces cuando un miliciano le dijo:

—Blasfema, o la próxima vez estarás con la cabeza dentro del agua hasta que te ahogues.

No respondió nada el prisionero. Su angustia no le permitía hablar. Nuevamente habló el mismo miliciano:

—Tú verás lo que prefieres. Blasfema o mueres con la cabeza metida en el agua. Haz lo que quieras, pero pronto. No vamos a estar aquí una hora contemplándote.

Entonces, de súbito, el prisionero blasfemó horriblemente.

A continuación los milicianos le soltaron las ligaduras que le atenazaban y le dijeron:

—Eres libre. Vienes con nosotros después y te daremos un carnet del partido.

El apóstata continuaba llorando.

Luego, los milicianos, dirigiéndose a quien, aterrorizado, había contemplado la escena, una de las más abyectas que podrían presentarse, le hablaron.

—Espero que te hayas convencido de cómo actuamos. ¿Qué dices?

No hubo respuesta.

De nuevo volvieron a la carga.

—Mira bien lo que haces. Nos estás cansando.

Otra vez el silencio como contestación.

Decidieron actuar. Con las mismas ligaduras que habían servido para el otro le amarraron manos y pies arrastrándole a continuación hasta el agua.

—¡Por última vez, imbécil! ¿Blasfemas o no?

Silencio.

Le introdujeron la cabeza en el río. Al minuto, idéntica operación que al anterior.

—¿Qué dices ahora?

La víctima luchaba contra la respiración; descompuesta, sin, atender a más. Prudentemente esperaron a que se repusiera. Luego, el planteamiento de la disyuntiva.

—Bueno, amiguito, qué dices. ¿Te decides, o prefieres ahogarte dando pataletas? Escoge pronto, porque hay prisa.

Silencio.

Repitieron la operación. Volvieron a sacarlo. De nuevo la pregunta, y otra vez el silencio. La escena se repitió varias veces, y otras tantas la pregunta. Y el silencio otras tantas. Al fin los milicianos se cansaron del juego. Probablemente no se atrevían a dejar que se ahogara, porque no

fuesen directamente los responsables de él, o bien deseaban prolongarle el martirio. A golpes e insultos le incitaron, perdido ya todo freno, a que accediese a sus deseos. Sin embargo, por más golpes que descargaron sobre él no lograron arrancarle, no ya una palabra, sino ni un gemido. Él, que en todo momento se había mostrado especialmente belicoso con sus verdugos, dando muestras de un valor raro, se callaba, de pronto. La escena anterior, la escena más lamentable que tal vez hubiese visto en toda su vida, le había decidido a sellar los labios. Su valor se mostraba ahora de otra manera. Las razones podrían ensayarse, pero eso nos proyectaría enérgicamente a sutilezas y nos alejarían de los hechos, que son necesarios describir.

Tras una paliza enorme, decidieron regresar a la ciudad. Pero he aquí que de pronto recuerdan al otro prisionero. Lo alzan del suelo donde se hallaba tendido como muerto.

—¿Qué? ¿Ya se te ha pasado el miedo?

Ríen todos a carcajadas.

—Uno de ellos, el más desalmado, de catadura siniestra, se dirige al grupo:

—Yo creo que a pesar de todo deberíamos matarle. ¿Qué os parece?

El prisionero aludido se agita presa del terrible recuerdo con la cabeza sumergida. Insiste el miliciano cerca de sus compañeros.

—¡Pero vosotros me prometisteis que me dejaríais libre! ¡Debéis cumplir vuestra promesa!

—Oye tú, cobarde, ¿qué hablas de promesas? Ya te la has ganado.

—¡No me matéis!

—Sólo si vuelves a blasfemar.

Y otra vez la horrible apostasía.

El desenlace fue rápido. El miliciano que últimamente había hablado con él desenfundó una pistola y le atravesó la sien de un balazo.

El prisionero sobreviviente fue arrojado de nuevo a la prisión. Se hallaba en una celdilla, incomunicado. Todas las mañanas, al amanecer, hora del cambio de guardia, el relevo saliente le hacía una visita para apalearle. Cuatro o cinco días después se hallaba terriblemente desfigurado. Enflaquecido, temblándole de debilidad los miembros, con costillas rotas y magullamientos y heridas cubriéndole el cuerpo entero, era casi una sombra de lo que había sido físicamente sólo unos cuantos días antes. Pero, dato profundo que ahora no nos es dable desentrañar. Desde que contempló como un compañero en desgracia injurió a Dios por salvar su vida, desde la impúdica escena del Tajo, no pronunció ni una palabra siquiera. La saña de sus verdugos llegó al delirio. No deseaban ya de él que aclarase su personalidad, que blasfemase, que se mostrase partidario de la revolución... Sólo deseaban oírle una palabra, una sola. Pues no lo lograron. ¡Qué tremenda jugosidad la de aquel silencio, qué elocuente para nosotros!

Día tras día, el ignorado mártir sufrió cuanto una mente obtusa y degenerada es capaz de concebir. Un día tuvo un vómito de sangre. Otro, por simple decisión de un malhumorado carcelero, un día del cual no sabemos la fecha, un día cualquiera, le rompieron la cabeza a culatazos. Antes de morir, volvió a hablar. Dijo:

—Voy a Cristo.

Cualquier apreciación que añadiésemos, quebraría la belleza de una de las muertes más extraordinarias cuya noticia, imprecisa, vaga, llegó a nosotros de súbito, una tarde tranquila.

XVIII. FAMILIAS; EUCARISTÍA

Aquella tragedia española, que hoy nos parece un mal sueño, puso de relieve muchas verdades de valor inmutable, como la misma naturaleza, en cuya esencia tiene sus raíces. Tal es la Religión, la cual en los momentos graves, cuando todo recurso humano es imposible, renace en las almas y las levanta hacia Dios, reconociendo su misericordia y su omnipotencia. Tal es la hermandad y solidaridad entre los hombres que apelan a los derechos inviolables de la personalidad humana, como la libertad en las ideas y en la religión, y a los sentimientos fraternales o humanitarios, que deben tener los hombres frente a los otros hombres. Tal es la fuerza soberana de la conciencia, superior al hombre, a quien se impone inexorablemente obligándole a sucumbir y a morir antes que aceptar lo que repugna a los principios de la religión y de la moral, en los cuales se reconoce la soberanía trascendental de Dios. Y tal es, finalmente, el amor purísimo de la familia y de la patria, por los cuales se enfrenta el hombre con los mayores peligros, serenamente y sin vacilación, y realiza con alegría los sacrificios más costosos, hasta el holocausto de la libertad, de los bienes y de la vida.

De todas esas verdades, como se ha visto, hay pruebas magníficas y testimonios evidentes en los informes de todos los pueblos, de todas las familias y de todos los muertos, héroes y mártires. Pero ahora únicamente llamamos la atención de una manera especial sobre el amor purísimo de la familia y de la Patria. Ello irá completando el soberano cuadro de ejemplaridad que representó y representa aquella época española.

El vínculo que une a todos los miembros de una familia es sagrado, superior a los individuos en particular, fundado en la comunidad de la sangre y de la carne, de la educación y de los ideales, de los intereses y de la vida, pero todo ello está hundido y edificado y transformado en amor purísimo en la familia. No hay en la naturaleza unidad, ni sociedad, ni fuerza entre los hombres, que pueda compararse con la familia. En la vida humana y en las relaciones entre los hombres hay momentos en que fracasa todo: la amistad, la justicia, la verdad, la honradez, la gratitud. Pero la familia, el amor de los familiares, a pesar de las tragedias y de las revoluciones, aun siendo éstas de una crueldad como la que azotó a nuestra patria, resiste victoriosamente todas las pruebas y, si alguna vez falla, es con la protesta airada de la conciencia, que sólo se calma con el cumplimiento de los deberes que la sangre y el corazón imponen. En la enfermedad, es la familia la que vela, y se desvive con sus cuidados. En la muerte misma, es la familia la que sufre y reza. Hay instantes en la vida, cuando uno sufre y es perseguido, en que todos los demás, huyen y abandonan; la familia, con sus pensamientos y preocupaciones, con sus penas y consuelos, con sus obra y atenciones no abandonan y no huyen ni ante los sacrificios, ni ante las cárceles, ni ante los verdugos feroces, ni ante la muerte.

En toda la patria esta verdad brilló con resplandores innegables. Esposos, hijos, parientes se unieron en el amor y en los sacrificios, valientes y sin temor, a costa de la misma vida. Hablaban en defensa de los suyos en los comités, a los milicianos, en las cárceles; llevaban a los suyos comidas y ropas y colchones; los guardaban ocultos "aun bajo la tierra", y resistían a las amenazas, a las multas, a los encarcelamientos y torturas para no delatarlos o comprometer su vida; iban por los bosques y montañas, y por las carreteras y caminos plagados de peligro en busca de los cadáveres de sus difuntos, para enterrarlos piadosamente, a pesar de que a ellos podía, de un momento a otro, y en vista de su audacia, ocurrirles lo mismo; se juraban no separarse ni en vida ni para morir, y morían abrazados juntando su sangre, para sellar el vínculo sagrado y el amor purísimo de la familia...

El amor de la Patria aparece también imponente y soberano por encima de la tragedia española. Centenares y aun millares de hombres iban alegres a la muerte, con tal que la Patria se salvara, y a Dios se ofrecían todos los dolores y todas las pérdidas, como holocausto expiatorio por los pecados de los españoles y como sacrificio propiciatorio por la salvación de España.



Ilustración 11. Fotografía cogida a los rojos en la toma de Fraga



Ilustración 12. Estado en que quedó la Iglesia Mayor de Castellón. Monumento nacional

Las familias perseguidas y sacrificadas, en medio de sus torturas, sentían el consuelo de que la Patria viviría y se salvaría por los sacrificios de sus héroes y mártires, vivos y difuntos. Así, los unos iban decididos a ofrecer su sangre por la Patria, y los otros llevaban serenos la cruz de sus dolores por amor a Dios y a España.

En última instancia, la gran crónica de la guerra española fue una sublime demostración de cómo la Religión, la Patria y la familia continuaban siendo los pilares fundamentales sobre los cuales se mantenía, consciente o inconscientemente, el pueblo.

Hemos levantado nuestra perspectiva, como una ave que se eleva un momento para otear el horizonte y se derrumba de nuevo hacia los espacios siempre bajo sus alas para observar lo diminuto y particular. Hemos aquí de nuevo donde hemos empezado. Narremos la historia de una de las familias españolas, víctima del aherrojamiento revolucionario.

No es fácil describir en pocas líneas la silueta moral de don Germán Olarieta y dar una idea del ambiente idealista de su hogar cristiano y español.

Don Germán era veterano de la Adoración Nocturna, instructor de la Juventud Franciscana, secretario de la Asociación de Padres de Familia, protector del Sindicato Católico Obrero, socio de la Conferencia de San Vicente de Paúl, miembro de varias cofradías, periodista y corresponsal de la prensa católica, etc.

En todas partes actuaba como quien era: católico de piedad profunda, activo sin descanso, honrado sin sombra de mancilla, apacible y candoroso, que a todo el mundo complacía y a todo el mundo hacía el bien. En la cárcel, todos los presos eran objeto de sus favores —poseía el cargo de oficial de prisiones— y de buenos tratos. De él se decía que "en España tenía la palma de haber tratado bien a los presos". Los presos le elogiaban siempre y le guardaban cariño. Uno decía de él:

—¡Qué santo es don Germán! Todas las mañanas viene a visitarme, lleno de caridad, y a preguntarme si me falta algo.

A la fe, a la Patria y al cumplimiento de sus deberes, lo sacrificaba todo: el descanso, las distracciones, la hacienda y hasta la vida.

Su patriotismo le hacía ver claramente la situación real de España, y comprendía los resortes secretos que preparaban la revolución roja. Antes del Movimiento, decía:

—"Una" muy grande se avecina; muchos moriremos, pero los que queden, vivirán en paz...

Y al hablar así, explicaba el origen providencial de la revolución como un castigo divino. Decía:

—"Ésta" viene también de Dios.

Al estallar la revolución, tuvo oportunidad de marchar al extranjero, pero no quiso abandonar su destino en la prisión de Cuenca, diciendo:

—He dado siempre la cara, ¿y ahora he de abandonar mi puesto?... Yo no puedo abandonar mi deber, aunque me cueste la vida.

Durante los primeros días del Movimiento, los milicianos rojos llenaron la cárcel de sacerdotes y religiosos, los cuales hallaron en don Germán un gran protector, que les infundía esperanza y ánimo.

La misma tarde del día que fue asesinado, al despedirse de su esposa y de sus hijos, que iban a rezar el Santo Rosario como de costumbre, les dijo:

—Yo no solamente rezo el Rosario, sino también otras cosas por la salvación de España.

Cuando los milicianos le sacaron de la cárcel, adivinando la intención que tenían de asesinarlo, se despidió de sus compañeros de servicio con estas palabras:

—¡Adiós, hasta la eternidad!

Pocos minutos después, resonaron los tiros. No murió en el acto don Germán. Herido de gravedad, esperó que los milicianos desalojasen aquel lugar, y luego, como pudo, arrastrándose a duras penas, fue hasta un bosquecillo donde, aprovechando una oquedad del terreno, se refugió. Notaron su falta los milicianos, y, tras encontrarle, lo mataron a golpes con las culatas de sus fusiles.

Al saber la muerte de su marido, exclamó su esposa:

—¡Bendito sea Dios! Ha muerto por Dios y por España. Si antes he trabajado como cinco por tal causa, ahora trabajaré como ciento.

Muerto el padre, comenzó la persecución de la familia. Su esposa fue presa en la cárcel desde el día 19 de enero de 1937 hasta el día 8 de enero del año siguiente, y dos de sus hijos murieron a causa de las privaciones, de los sufrimientos y de las impresiones recibidas. Les registraron la casa en busca de un sacerdote oculto en ella, y dijo la madre:

—Somos católicos y a cada paso encontrarán cosas de la Religión... La vida de un sacerdote hay que defenderla; si por eso hay que ir a la cárcel, iría con gusto.

En su casa, un sacerdote celebraba la Santa Misa, guardaban la Eucaristía y rezaban muchas veces en común. (Respecto a tales escenas, generalizadas en las católicas familias españolas, algo más adelante detallaremos sucesos prodigiosos.)

Cuando la madre fue encerrada en la cárcel, se llevó algunas hostias consagradas, con las cuales pudo comulgar varias veces; después consiguió con todo secreto algunos libros de meditación y devociones, y también recibía de fuera más hostias consagradas. Durante el año de prisión, fue ella un ángel de piedad entre las reclusas, a quienes decía con frecuencia:

—Hemos de sufrir con resignación y conformidad...

A pesar de los registros y de la conducta furiosa de algunos "carceleros terribles" y de alguna "celadora malísima", que todo lo miraban y abrían, hasta los melones, nunca le cogieron las hostias consagradas.

En la cárcel, con todo sigilo, rezaban todos los días el Santo Rosario y hacían el Vía Crucis, aplicando sus frutos por España; los domingos leían en común el texto de la Santa Misa y siempre hablaban de Dios e invocaba su Santo nombre sin temor, aun delante de los mismos carceleros. En el tribunal del S. I. M. esta mujer fuerte, hablando de su esposo y de sí misma, confesó valientemente:

—Los dos éramos católicos, apostólicos, romanos...

El día de Viernes Santo de 1937, fue trasladada la cárcel de mujeres a las ruinas del Convento de los Carmelitas, y allí, "las paredes y todo nos hablaban de resignación, de paciencia y de santificación", como dijo esta esposa de un mártir al salir de la cárcel.

Se juntaban para hacer labores de mano, y rezaban o leían libros piadosos; a veces comulgaban paseando por el patio, y tomando los aires puros de la mañana daban gracias al Señor.

En la noche de Navidad de 1938, como no podían hacer otra cosa, leyeron la Misa, y al llegar al momento de la consagración, se arrodillaron y adoraron en espíritu al Señor, y después cantaron villancicos en voz baja y apagada...

Con razón esta mujer fuerte podía exclamar cuando salió de la prisión:

—He sido feliz, y he rezado en la cárcel más que en toda mi vida.

Y al pensar en su esposo mártir y en sus hijos, que volaron con los ángeles al cielo, mirando con valor esta vida, podía decir confiada:

—Es una providencia tan rica la que tengo, que nada me importa todo... Ellos cuidarán...

Ése fue el sufrir de una familia católica. Mas, como en España fueron innumerables, bien será que presentemos otros modelos.

Manuel Ruiz era albañil. Ni las incitaciones de sus compañeros de oficio, ni la fabulosa propaganda que sobre los obreros descargó el marxismo, ni siquiera las justas reivindicaciones a que las gentes de su clase tenían derecho, le hicieron apostatar de su fe. Todas las conversaciones en el transcurso de las cuales se le conminaba al desorden y a prepararse para la revolución asistiendo a centros donde se predicaba el ateísmo, la violencia y cuantos postulados constituyen la forma de operar de los comunistas, se desarrollaban, poco más o menos, de esta guisa:

—Pero hombre... ¿es qué quieres ser toda tu vida un miserable? ¿No ves que nos están

explotando, que así no se puede seguir?

—Yo no sé, otras formas habrá. Y después de todo, ¿qué tiene que ver Dios con las injusticias que puedan cometer con nosotros? Matar a todos los curas y echar contra Dios no es camino que conduzca a ninguna parte...

Su fe era sencilla. Él era, también, un hombre sencillo. Su razón le decía, y le decía bien, que Dios era, siempre, inocente.

Su casa, humildísima, era un ejemplo de hogar cristiano en donde la virtud marcaba siempre la pauta del camino a seguir. Repartían su pobre pan y lo comían con alegría, pues sabían ellos que la tierra "no es el centro de las almas". Otro más sabroso pan les esperaba en la eterna morada de los justos, y su esperanza era motivo de gozo inefable.

Manuel tenía cinco hijos. El mayor de diecinueve años. La esposa, modelo de madres, era también la mujer fuerte del evangelio. Había enseñado a sus hijos a rezar y cuidaba de su formación religiosa con esmero, aconsejándoles en todo momento.

Cuando los rojos hicieron sentir su poder sobre Madrid —pues de Madrid era y en Madrid vivía la familia— comenzaron los padecimientos.

—Ahora —les decía un vecino corrompido— ya no vais a poder ir a misa. Sin embargo, podréis comer.

—Es preferible —respondía la esposa de Manuel— no comer a faltar a la ley de Dios.

—Pues ándate con cuidado, hija, que el ir a misa se ha pasado ya de moda y puede salir cara cualquier tontería.

Aun cuando la furia roja llegó al paroxismo, a la exaltación atea más temible, Manuel no dejó ni un instante de cumplir como bueno. Inválido para la guerra, se salvó así de ir a matarse con quienes sabía que luchaban por la verdad. Hubo escondidos en su casa varios sacerdotes, durante tiempo prudenciales, hasta que, en razón de esa misma prudencia, cambiaban el refugio.

Los rojos, husmeando siempre, comenzaron a sospechar de Manuel. Primero fueron los registros. Luego las amenazas.

—¿No serás un traidor? ¿Es verdad lo que nos han dicho? ¿Hay aquí curas escondidos?

—Podéis mirar la casa. Es la de un pobre y no hay muchos rincones. Acabaréis en seguida.

Los rojos se marchaban convencidos de la seguridad de Manuel.

—Dios me perdonará que disimule un poco. El sabe que es para ayudar mejor a sus sacerdotes.

Y siguió ayudándoles. Su hijo mayor estaba en el frente. Un día supo que había caído prisionero. Se alegró.

—Tal vez —pensó— es que se ha pasado. Bendito sea Dios.

Al fin un día fue peligrosamente acusado y registrada su casa de inmediato se hallaron en ella ciertos objetos de culto que le acusaban sin lugar a réplica. Presentada ante él la gran disyuntura, confesó reciamente que era católico, y, a la media hora, estaba en la cárcel. Le acusaban de traidor a la clase obrera a la que pertenecía.

—Yo no he traicionado a nadie en mi vida, y mucho menos a la clase obrera. Vosotros queréis obligarme a traicionar a Dios, y eso sí que no puede ser.

—Ya veremos que hacemos contigo.

Sobre todo estaban furiosos contra él porque había burlado varias veces los escrupulosos registros salvando así muchos sacerdotes.

En la cárcel. La esposa iba allí diariamente, desafiando el peligro cierto de los encuentros con los milicianos, para llevar a su marido el consuelo de sus palabras y de su presencia.

—Me matarán —decía Manuel—. Sé que me matarán. Pero tú y los chicos debéis alegraros porque voy al cielo. Allí volveremos a encontrarnos y no nos separaremos jamás.

Después, por las noches, la madre y los hijos rezaban el Rosario por la salvación del

prisionero, si así convenía.

Un día les dijeron que *lo* habían cambiado de prisión. No supieron más de él. Lo más probable es que lo matasen. Pero nada se supo. La familia sufrió toda clase de vejaciones, se vio privada de lo más indispensable, pero nunca cedió. Eran católicos. Aquella mujer ejemplar, cargada ya de años, humilde, con esa humildad resplandeciente de los hijos de Dios, ha sido por quien hemos sabido aquella triste aventura en la que un padre de familia modelo perdió la vida.

Prometimos antes que habríamos de decir algo acerca del Santísimo Sacramento en la gran catacumba a que las circunstancias de la revolución atea le obligó a guarecerse. Vamos a ello. Sea éste un nuevo matiz, una nueva pincelada, verdaderamente gozosa, del gran cuadro.

En aquellos días, la piedad fue intensa, más ferviente que nunca. La devoción a la Sagrada Eucaristía y a la Santísima Virgen, más emotiva y eficaz aún que en tiempos de paz.

"Éramos mejores y rezábamos con más devoción", es una frase corriente, oída mil veces de labios de los perseguidos por Dios y por España. La persecución, el terror, la amenaza y la muerte inminente, sin recurso y sin confianza en los hombres, obligaban a levantar los corazones al cielo y a vivir en unión con Dios. "En medio del escalofrío y del terror ante la muerte, que veía próxima, me tranquilizaba y notaba alivio rezando por mí mismo las oraciones de los agonizantes"...

En todas las cárceles y checas que sembraron de injusticia el suelo nacional, se desarrolló una vida intensa de profunda piedad, de amor de Dios, de firmeza en la fe, por la cual sufrían y estaban encarcelados los presos. Algunos, llenos de fervor religioso, componían oraciones devotísimas en prosa acomodadas a sus circunstancias personales y al momento trágico de España. Otros, sin poder escribir en la oscuridad de los calabozos, lanzaban al cielo plegarias con música, como saetas y coplas, que aprendían y cantaban también los otros compañeros de martirio. La oración íntima y espontánea, en los calabozos de las cárceles y checas, era el único alivio del corazón oprimido, alumbrado por la fe, levantado por la esperanza y encendido por el amor divino. ¡Verse preso por amar a Jesucristo! ¡Verse en la cárcel por amar a España!

Los presos —como hemos visto en el caso de una mujer cuyos padecimientos hemos descrito— leían en común las oraciones de la misa en misales que guardaban escondidos celosamente. ¡Qué ánimo daba aquel momento en que se oían las fórmulas del Santo Sacrificio! "Parece que la tempestad pasaba, rezando unos momentos ante Jesús, a quien adorábamos presente en las hostias consagradas, en las misas..." Algunos días podían comulgar con hostias consagradas traídas de fuera de la cárcel, y entonces la fe y la fortaleza renacían. Con el Señor dentro del pecho, ya era uno más valiente y fuerte." "Por la tarde... nos reuníamos otra vez para rezar el Santo Rosario y la Coronilla de desagravios al Sagrado Corazón de Jesús, pidiéndole por todos los muertos, por la Iglesia, por España y por el mundo en general..."

En algunas prisiones murieron algunos a causa de los sufrimientos y torturas, pero tuvieron la dicha de recibir secretamente los Sacramentos, administrados por sacerdotes presos, y de sentirse confortados por las oraciones de todos sus compañeros de prisión, repitiendo jaculatorias y renovando los actos de fe, contrición y amor de Dios.

Como siempre había entre los presos algún sacerdote, a la piedad personal y colectiva, podían añadir la recepción de los Sacramentos, la Confesión y la Comunión. Mas como los guardianes de las prisiones espían todos los momentos, para impedir "el culto público", como ellos decían, o los actos de religión de los presos, la confesión era muchas veces difícil, pero la misma dificultad aumentaba el mérito del sacramento por parte del que lo recibía. Para oír las confesiones o dar la absolución se aprovechaban todos los momentos: un encuentro fortuito, un paseo por el patio, la hora de recoger la comida, la lectura de un libro. Hasta, en ciertos casos, pudieron recibir la absolución sacramental algunos presos incomunicados, en los cuales se hizo palpable la intervención divina extraordinaria.

La Sagrada Eucaristía se recibía en las cárceles de maneras inverosímiles y a veces misteriosas, y allí se guardaba con las máximas garantías y la devoción más ferviente. En los bolsillos, sobre el pecho, entre las medicinas, en la cabeza del camastro, sobre el mismo suelo, recibía el Señor la oración ferviente de los presos y perseguidos por su causa. "La cárcel, con la Eucaristía, se nos transformaba en un paraíso..."

Un sacerdote que padeció persecución y encarcelamiento ha dicho las siguientes palabras:

"Digna de admiración era la piedad de todos los presos... en aquellos primeros y trágicos meses, cuando sus puertas, día y noche, estaban abiertas a los sicarios. El temor de que en cualquier noche pudieran ser sacados de la prisión para ser asesinados, impulsaba a los cautivos a pensar con frecuencia, casi continuamente, en la vida verdadera, a disponerse mediante la confesión, que varios hacían semanalmente, y a encomendarse a la Santísima Virgen, consuelo de los afligidos, con el rezo del Santo Rosario..."

El reflorecimiento de la piedad cristiana bajo la persecución de los individuos y en las familias, fuera de las cárceles, tuvo aspectos muy diferentes. Muchos fieles se encomendaban a los mártires de la persecución, y algunos afirmaban que recibieron favores quizá milagrosos rezando novenas dirigidas a ellos. Pero el centro y la base de la devoción y de toda la vida religiosa oculta, fue la Eucaristía y la Santísima Virgen, y aunque no aspiremos a dar una idea completa del culto del Santísimo Sacramento y de la Virgen María en aquellos días lúgubres, sin embargo, trataremos de exponer algunos casos entresacados de los informes recibidos.

Ciertamente, el Santísimo Sacramento es el centro del cristianismo, y alrededor de él gira todo el culto católico; y es cierto igualmente que los decretos de Pío X sobre la comunión frecuente de los fieles y la comunión temprana de los niños, así como las modernas devociones del apostolado de la oración y otras similares, han tenido gran resonancia y eficacia...

Al empezar la revolución roja, los sacerdotes, antes que salvar sus vidas, trataban de salvar el Santísimo Sacramento, que era la máxima preocupación de todos. En muchos sagrarios fueron profanadas las sagradas hostias, con sacrilegios horribles, que nunca expiaremos suficientemente. Pero, en general, casi todos los sacerdotes, si no todos, llegaron hasta el heroísmo para evitar la profanación del Santísimo Sacramento.

La Eucaristía acompañaba secretamente a los soldados, a los viajeros, a los mismos agentes de policía, a los niños, que la llevaban con todo fervor escondida en sobres de cartas, en cajitas de medicina, entre los pliegues de los pañuelos, entre las hojas del papel de fumar... ¡Qué seguros iban con el Santísimo Sacramento! ¡Con qué fervor lo estrechaban contra sus pechos! ¡Con qué fe lo exponían a la adoración en las familias creyentes, donde pedían asilo los "milicianos" eucarísticos! En una casa de Cuenca, a principios de 1937, un día pidió un miliciano que le admitieran para dormir y comer, y la familia, "sin saber la causa", notaron en aquel soldado algo extraordinario y "un gran recogimiento", que les movió a recibirle en la casa. Y poco después, al darse cuenta de que se trataba de una familia piadosa, descubrió el miliciano que llevaba consigo el Santísimo Sacramento, a cuya presencia real atribuyeron el efecto misterioso que habían sentido los de la casa. "Se dispuso un altar adornado como pudimos, y allí recibió el Santísimo Sacramento las adoraciones de todos los de la casa y de algunas personas más, a las que se comunicó el acontecimiento." Cuando, después de los sacrilegios y persecuciones, los fieles encontraban en alguna casa el Santísimo Sacramento y podían adorarlo de rodillas, el placer y la emoción eran tan grandes y tan íntimos, que les hacían derramar lágrimas. Dos niños, de siete y nueve años, regresaron un día a su casa llenos de alegría, diciendo a sus papas:

—¡Ay, lo que hemos visto!... ¡Estaba el Señor y hemos rezado de rodillas delante de Él!...

En muchas casas, los domingos, la familia hacía oración en común. A veces, si tenían Hostias Consagradas, sentada la familia alrededor de la mesa, "con los platos del desayuno ya servidos, para evitar las sorpresas de los milicianos o de la policía roja", el padre o la persona de mayor dignidad leía el texto de la Misa y después se comulgaba a sí mismo y a los demás...

La vida eucarística de muchas ciudades y de muchos pueblos pudo ser conocida fuera de la zona roja, sin llamar la atención ni suscitar sospechas de la policía. En una carta escrita por un "soldado rojo" a un amigo suyo el 16 de enero de 1937, para decirle que tenía la satisfacción de que tenía la dicha de comulgar casi a diario, empleaba la palabra "turrón" de esta manera:

"El día de Navidad me harté de Turrón de lo mejor, que mis amistades me proporcionaron... ¡y qué sabroso después de casi cinco meses sin gustarlo! Y que sigue guarda dito en la misma casa en que me alojo. Casi todos los días como de ese finísimo y exquisito Turrón. Al verlo, ¡cómo me acuerdo de ti y de tus amigos!"

Escribiendo a su hermano, que se hallaba en el extranjero, para decirle que podía comulgar en medio de la persecución, decía un joven:

"Te voy a contar como vivo, para que veas que estoy bien. Cuando me levanto por las mañanas, desayuno como antes, o sea, lo mismo que tú ahora"...

Para contar que habían hallado un sacerdote oculto, decían que habían encontrado a un obrero de la mies de "don Manuel", que trabaja porque no falte Comida y demás Alimento a todas las personas apetentes de mi pueblo y alrededores..."

Muchas personas, sacerdotes y seglares piadosos, sobrevivientes de la persecución, hablan de milagros del Señor presente en la Eucaristía, al cual atribuyen muchos sucesos favorables, la salvación de sus familiares y de la Patria. Y nos parece conveniente, aun teniendo que prescindir de tantas cosas, aludir a "la presencia real del Señor que se les hacía sensible a los creyentes que no habían apostatado, aunque no supieran que allí se guardaba el Santísimo Sacramento en el recibidor o en la sala de visitas, donde algunas personas iban a visitar al "Amo de la casa". Cuando se juntaban en la casa varias personas a la vez, todas estaban sentadas en sendas sillas, y los caballeros fumaban, y todos hablaban cuando venía una nueva visita, para evitar las sorpresas de los registros.

Sin embargo, aun en aquel ambiente de tertulia para los visitantes repentinos, notaban éstos, si eran creyentes, aunque no supieran lo que allí se guardaba, que algo extraordinario flotaba en la habitación, sin poderlo explicar. Era frecuente oír decir a los que entraban en la habitación:

—Pero, ¿qué hay aquí, que parece que hay algo extraordinario?

Algunos se paraban de pronto al entrar en habitaciones donde se desarrollaba una animada tertulia, donde flotaba el humo de los cigarrillos, y sorprendidos, exclamaban:

—Pero, ¿qué tienen ustedes aquí, que se está aquí tan bien, y mejor que en ningún otro sitio?... Aquí hay algo especial.

Si a veces los creyentes sentían la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, sin embargo, los no creyentes o perseguidores no se daban cuenta aún de los hechos visibles y evidentes puestos delante de sus ojos.

Un día, cuando en una casa iban a empezar la oración toda la familia, delante de una cajita llena de Hostias Consagradas, puesta sobre un pañolito blanco, ante la cual habían encendido una lamparilla de aceite, se presentaron de repente e irrumpieron en la habitación, entre blasfemias, unos milicianos, para hacer un registro... Éstos se pararon delante de la cómoda, miraron la cajita y la lámpara, mandaron desalojar la habitación para ocuparla ellos, y se fueron sin advertir el secreto de la cajita misteriosa, puesta sobre un paño blanco encima de la cómoda, con una lámpara de aceite encendida delante de ella...

Y como cuanto hemos descrito podríamos seguir describiendo. La Eucaristía tuvo en aquel terrible tiempo defensores llenos de fe y de valor. Cristo Sacramentado dio fuerza a sus creyentes.

Y con Cristo, su Santísima Madre. Quicios ambos sobre los cuales gira nuestra fe. La devoción hacia la Madre presenta también rasgos dignísimos.

¡Con qué devoción, en medio de las tinieblas nocturnas, desafiando las guardias de los milicianos que han cometido el sacrilegio, una mujer, valiente, llena de fe, guiada por su buen ángel y amparada por la Madre de Dios, sale de su casa, cruza las calles, baja al camino, coge la imagen de la Santísima Virgen tirada por los suelos mofada y profanada, se carga con ella a cuestas y vuelve a su casa, llorando de emoción y de amor, en desagravio de tantos sacrilegios y pecados!...

Y después va buscando adoradores por el pueblo y los lleva ante la imagen de la Virgen, en cuya presencia rezan con gran devoción y confianza, frecuentemente, y sin ser descubiertos, una gran parte de los vecinos, ancianos y niños, hombres y mujeres, doncellas y soldados... Y cuando los jóvenes del pueblo, "milicianos a la fuerza", se hallaban lejos de sus casas, en medio de tantos peligros del alma y del cuerpo, rezan y se encomiendan a la Madre de Dios, y cuando escriben a sus familias las encargan que vayan a rezar ante la imagen oculta de la Virgen con estas palabras disimuladas para la censura y la policía roja.

"Haced de mi parte una visita a la huéspeda de la Eulogia..."

Con esta expresión velada, aludiendo a la Madre de Dios y a su devoción, se podría escoger

un florilegio agudísimo y devotísimo de las cartas cruzadas entre padres e hijos, entre hermanos o amigos, durante la persecución roja.

Una madre, escribiendo a su hijo, incorporado forzosamente con su quinta en el ejército rojo, le decía:

"No te olvides de saludar a la madre de Manuel..."

En una carta fechada el dos de noviembre de 1937, "un miliciano", refiriéndose a la próxima fiesta de la Inmaculada Concepción, se expresaba de esta manera:

"Cuando recibas ésta, se aproximará el cumpleaños de Mamá. Felicidades."

Durante la época roja se cometieron muchos y horribles sacrilegios, es cierto; pero los devotos y creyentes rezaron mucho, muchísimo, con gran fe y devoción. Las oraciones marianas, el Avemaria, la Salve y el Rosario, se rezaron en todas partes.

Aquí acabamos esta emocionante relación. Pensad. Construid la escena en el escenario que os parezca y veréis cómo los sucedidos que hemos puesto de manifiesto tiemblan hoy mismo de fe y de esperanza.

XIX. PASTOR DE LOBOS

Volvamos, ahora, a las descripciones individuales que enfrentan de la manera patética la fortaleza de los católicos y el salvajismo de sus acérrimos enemigos.

Don Romualdo Fuensanta era, en toda la extensión de la palabra, un hombre. Vivía y ejercía su profesión de abogado en el pueblo industrial de Sama de Langreo, en Asturias, donde todavía hoy infinitos testigos pueden dar fe de su conducta irreprochable, de sus costumbres, de su continua ayuda a los pobres, de su innato afán de justicia. Era primo de un sacerdote que estaba de párroco en una aldea próxima, y a quien asesinaron en los primeros días de dominio rojo. Poco después don Romualdo pasó a la cárcel, con el único e inaudito cargo de ser primo del sacerdote asesinado.

Durante los primeros días de prisión, parecía que la autoridad, cierto orden y procedimiento se conservaba, y por ello no sufrió don Romualdo el áspero trato característico de las milicias rojas. Pero fue durante los primeros días. Luego, y sin transición y menos aún sin causa que justificara el cambio, comenzaron los padecimientos, que habrían de prolongarse "in crescendo" hasta su pavorosa muerte, un invierno, en la montaña...

Existe un documento de inapreciable valor por el cual sabemos del perfil moral de don Romualdo. La carta es de uno de sus clientes en la abogacía, y dice así:

"...por eso te digo que no me preocupo demasiado. Tengo confianza en que la verdad resplandecerá al final y así no nos veremos abocados a la miseria... Además, está don Romualdo. No he visto nunca un hombre tan bueno. ¡En esto sí que hemos tenido suerte! No solamente hace lo que debe sino también lo que pasa de ser su obligación estricta. Parecemos familia suya. Además se muestra incansable. Hasta parece que pone en... más interés que yo. Y eso que sabe que somos pobres, que no le podré pagar hasta sabe Dios cuándo, eso sí puedo..."

La carta sigue. Pero bastan esas líneas entresacadas de su texto para darse cuenta del calibre espiritual del futuro mártir.

¿Cuál fue la vida de don Romualdo en la cárcel? Cuando los verdugos comenzaron a dirigir a él sus malos humores y a hacerle blanco de injurias y de golpes, su respuesta fue siempre la más absoluta mansedumbre. Seguía así el ejemplo eterno de Cristo. Un día, al preguntarle porqué no quería nada con ellos, don Romualdo repuso.

—Os engañáis. Yo sí quiero con vosotros. Quiero con vosotros que reine la justicia y el orden... si fuese verdad lo que proclamáis. Pero lo triste es que no es verdad.

—¿Que no? —le contestaron—. Es precisamente lo que queremos, que haya justicia.

—¿Creéis que ha sido un acto de justicia asesinar a un sacerdote que si alguna vez se relacionó con vosotros fue para haceros bien?

—¡Ya salió! Era un cura, que embaucaba al pueblo.

—Era un cura que hacía mucho bien, espiritual y material, al pueblo. Y lo que hicisteis, oídllo bien, no fue un acto de justicia, fue un asesinato.

No hubo otra respuesta sino una paliza. Al fin, los grandes argumentos de los rojos se imponían por aplastamiento.

Lo cambiaron de celda. Era un cuartucho pequeñísimo, poco más que un armario, sin ninguna ventana. Dentro reinaba la más absoluta oscuridad. Y no había ningún objeto. Ni una silla, ni el consabido camastro, ni nada. Completamente vacío.

Por la noche un miliciano abrió la puerta de aquella celda de verdadera pesadilla y entró. Llevaba una vela para poder alumbrarse. Llevaba también un gran cubo de agua. Un misterioso cubo de agua, cuyo misterio iba muy pronto a desentrañarse.

—Amigo —dijo el miliciano— te traigo un encargo.

—E inmediatamente, y sin pronunciar una palabra más, arrojó al suelo de la celda el agua

contenida en el cubo. Era el principio del invierno.

Podemos figurarnos sin más la noche de don Romualdo. Introducido en aquella exigua prisión, con el suelo a rebosar de agua, sin poder, no ya tenderse o sentarse, sino ni siquiera mantenerse de pie por el en-charcamiento, su sufrimiento puede ser imaginado.

A la mañana siguiente, el mismo miliciano de la noche abrió de nuevo la puerta y desde ella preguntó riéndose:

—¿Qué tal se ha descansado? ¿No contestas? ¡Bien, bien!... Ahora vendrán a hacerte unas preguntas unos señores.

Los "señores" eran, ni más ni menos, que sus verdugos. Y además, los "señores" venían borrachos.

—Mira —le dijeron— por lo menos ahora vas a poder lavarte, que no te habrás lavado en tu vida...

Contestó don Romualdo:

—¿Es esto a lo que vosotros llamáis justicia? Ni los salvajes harían esto... Sólo vosotros que estáis dejados de la mano de Dios.

—Déjate de monsergas. Mira, hijito, si nos dices de rodillas que lo de esta noche te ha estado muy bien empleado y que los curas están mejor muertos que vivos, te vas ahora mismo a tu casa.

—No puedo disponer de la razón, y no puedo dárosela. Sois injustos.

—Bueno, después no te quejes. Eres un idiota y luego querrás arrepentirte, pero no habrá ya tiempo.

Y sin más explicaciones se fueron, dejándole en el encierro, con la tremenda humedad, deshecho de sueño y de cansancio.

Por la noche volvieron.

—¿Te pasas a los nuestros, o no?

—Es mejor que no lo preguntéis. No.

Arrojaron otro cubo de agua y se fueron.

Este martirio, verdadero martirio lento y diabólico, duró tres días. Nada menos que tres días. El último, don Romualdo mostraba señales de trastorno mental. Al "loco", como le llamaron desde entonces, le sacaron de aquella celda y le llevaron a la anterior.

A la semana siguiente, le sacaron de la cárcel y le obligaron a que se desnudara. De aquella guisa lo pasearon por el pueblo con un cartel atado a la espalda en el que se leía en grandes caracteres: "¡Mueran los curas!" Y, como rúbrica, como muy apropiada rúbrica de aquellos miserables, una blasfemia.

Desnudo, en medio de la calle, con un frío de cuatro grados bajo cero, enfermo y debilitado por el trato recibido, salvajemente injuriado, es la estampa de un hombre con quien los rojos suponen que están realizando un soberano acto de justicia. Y la justificación de esta justicia es porque el ajusticiado mantiene valerosamente su opinión. Pero no una opinión política, no. Porque se limita a creer en Dios y no aprobar lo que contra El intentan quienes le odian entrañablemente. Desde luego el hecho es fabuloso. Verdaderamente fabuloso. Pero a estas alturas nada nos puede extrañar, pues ya conocemos sobradamente con quién nos las habernos, y que su estentórea manera de proclamar la justicia no es nada más que una trágica burla.

Continúa, a pesar de todo, el martirio del buen abogado. No escasean los golpes, aunque sí escasea, y a veces falta, la comida. Una comida fétida, que ni los cerdos se atreverían a comer.

Los milicianos hacen frecuentes visitas a la celda de don Romualdo. Le pellizcan y le dan patadas. Le empujan de un sitio a otro, se ríen de él, le oprimen la garganta hasta colocarlo al borde de la asfixia...

Don Romualdo sabe que al fin, tarde o temprano, acabarán matándole. Eso si no muere de agotamiento. Ya su único refugio es la oración. Se entrega a ella de lleno y los enteros días son una pura conversación con Dios, el cual le da evidentemente fuerzas. De no haber sido así, jamás

habría resistido un mes entero de tres o cuatro palizas diarias, hambre y vejaciones sin cuento.

De improviso los milicianos cambian de táctica. Sufría don Romualdo una peligrosa herida en una pierna, fruto de un golpe con una bayoneta. Aquella herida le hacía sufrir sin cuento. Entonces, sin que se entretuvieran a explicarle nada, se lo llevaron a una de las mejores casas del pueblo, centro principal de los rojos, y lo acomodan en una amplia y limpia habitación, sobre una cama impoluta. Le llevan de comer sabrosos manjares, acompañados de vino, hacen que un doctor le vea la herida de la pierna y se la cure... No sabe don Romualdo a qué achacar aquel cambio incomprensible y brusco. De pronto, la explicación lo aclara. Lo aclara demasiado. Algo así era de esperar.

—Esperamos que no te quejes de nuestra justicia.

—Jamás debisteis martirizarme. Aun suponiendo que fuese culpable contra vuestras leyes, eso no da derecho a martirizarme.

—Bueno, bueno, lo que quieras. El caso es que ahora no puedes decir que tienes queja.

—Quisiera saber a qué es debido el cambio. Algo esperáis de mí, estoy seguro.

—Has acertado, amigo. Parecías tonto.

—Y dime... ¿qué queréis?

—No te impacientes, ahora lo sabrás.

Al cabo de unos diez minutos entra en la habitación un miliciano, tal vez de alguna categoría superior entre los demás, y que don Romualdo no había visto nunca. Iba vestido con un mono azul nuevo, o casi nuevo, y los correajes y cartucheras relucían así como toda su persona, que no era ciertamente desagradable. Don Romualdo pensó que debía de ser persona de alguna cultura, y sus esperanzas en la libertad renacieron, aunque prudentemente. Y bien hizo en utilizar prudencia. A aquél le acompañaban dos especies de guarda espaldas de catadura realmente siniestra, sin afeitar, de pelambreira revuelta y armados hasta los dientes con varios revólveres, cuchillos y granadas de mano.

El visitante principal observó al herido durante unos segundos sin decidirse a pronunciar palabra. Al fin, habló.

—¿Usted tenía un primo sacerdote?

Quedó pasmado don Romualdo ante el tratamiento, ante cierta discreción y finura de la pregunta. Respondió complacido:

—Sí, señor.

—Aunque ya no se le puede volver a la vida, el asunto está aclarado, y le digo esto para su satisfacción personal.

—No entiendo lo que usted quiere decirme...

—Es fácil, verá. Normalmente los sacerdotes han atentado contra nuestra revolución, y no es extraño que, una vez la revolución victoriosa, aquéllos paguen las consecuencias. Es, por lo menos, ley de guerra...

—No estoy por completo conforme. Si usted me permite le diré que...

—No se moleste. Le decía que el asunto está claro. Me refiero taxativamente al asunto de su primo. Era inocente. Había amado al pueblo, y su muerte sólo se explica por una confusión muy propia de los primeros momentos.

—Permítame que le diga, de todas formas, que casi todos los sacerdotes, por no decir todos, son inocentes.

—No es hora de discutir.

—Como usted quiera. A pesar de ello, le agradezco este reconocimiento de la inocencia de mi primo, aunque un poco tardía.

—Bien. Ahora debo rogarle una cosa.

Don Romualdo se puso en guardia.

—De ser aceptada por usted el asunto se aclararía aún más... otros asuntos, claro...

—¿El mío, por ejemplo?

—Es posible, es posible... El suyo, por ejemplo.

—Dígame usted.

—Usted es abogado. Conoce a la perfección la comarca. Si no me han informado mal usted ha recorrido todos estos contornos muchas veces, y algunas a diario...

—En efecto, conozco muy bien la comarca.

—Se trata, simplemente, en convertirse en algo así como ayudante. En un día o dos usted puede ir a muchos pueblos y volver. Otros invertirían mucho más tiempo.

—Hay gente aquí, que los conocen mejor que yo.

—Es que en usted coincide además otro detalle de suma importancia. Usted es de una cultura elevada... esto le presta más posibilidades para hacerse cargo de la situación instantáneamente y no dejarse arrastrar por las apariencias...

—De modo que usted me propone el espionaje.

—Le propongo que nos ayude. No tengo mucho más que decir. Si acepta, perfilaremos la cuestión más a fondo y le explicaré de qué se trata exactamente. Lo fundamental ya lo sabe. Si no acepta... verdaderamente creo que su situación no le aconseja contumacias excesivas...

—No acepto, en absoluto.

El interlocutor de don Romualdo, sin duda un hombre cultivado y de notable inteligencia, se dio cuenta en seguida que ni el halago ni la amenaza podrían vencer, en aquel aspecto, al prisionero. Sin pronunciar una palabra más, salió de la habitación acompañado de los dos sicarios.

Al día siguiente, volvió a la cárcel. Repuesto, en cierta manera, se convirtió de nuevo en carne de martirio. Ni que decir tiene que desde entonces la saña de los milicianos aumentó, si cabía el aumento, y se hizo más violenta y miserable, si en la violencia y en la miseria cabían más grados.

Don Romualdo seguía con su continua oración. Más de una vez otros prisioneros le oyeron exclamar, mientras sus verdugos le golpeaban:

—Perdónalos, Señor. No saben lo que hacen...

A raíz de una gran nevada caída sobre los montes próximos, sierras abruptas y peligrosísimas de muy difícil tránsito, le llevaron a ellas. Al llegar a un claro de la montaña, le dijeron:

—Vete preparándote, que vas a morir.

—Rogaré a Dios por vosotros. ¡No sabéis la falta que os hace!

Cayó gravemente herido de dos disparos. Uno que le atravesó un muslo, y otro que le rompió la clavícula haciéndole grandes desgarros. Malherido como estaba, lo ataron a un árbol del solitario monte, y por la noche, aún vivo, fue devorado por los lobos.

Ese fue el horrible fin de don Romualdo, hombre sin tacha, amante de los humildes. Murió en testimonio de su honradez, y Dios le dio fuerza para mantenerla hasta el último instante, sin ceder ante la violencia ni ante la blandura, más peligrosa que la primera. Y así formó otro mártir en el gran ejército de España.

XX. DOBLE CORONA RADIANTE

Vamos a describir ahora un suceso para el cual todos los adjetivos sobran. Si no fuera precisamente nuestra obligación dar noticia de él, pediríamos al Señor que ahora mismo, en virtud de su divina misericordia, lo borrara por completo de nuestra memoria. Nada más es necesario añadir como introducción. Sin el más leve adjetivo, sin la menor queja, vamos a narrarlo. Su desarrollo lo haremos con la máxima sencillez posible y sucintamente. Después, el lector podrá juzgar.

Mariana Esté vez Juncia, tenía veintitrés años. Estaba afiliada a Acción Católica. Su tierra natal era Murcia. Allí había transcurrido su infancia. Más tarde, se trasladó con sus padres a Málaga, lugar donde les sorprendió la hecatombe roja.

Cuales fuesen las costumbres de Mariana pudiera saberse muy bien atendiendo exclusivamente a cómo fue su muerte. Diremos, sin embargo, que consagró su cuerpo a la Virgen haciendo girar toda su vida en torno de la Pureza. Y de aquella virtud tan amada de ella salieron innumerables virtudes que formaron de Mariana una mujer admirable.

Cuando sobre Málaga se desató el dominio rojo, la muchacha y sus padres se refugiaron en la casa de un médico, en las afueras de la ciudad, amigo de ellos, y que por los servicios que podía prestar y de hecho prestaba a los rojos, era bien tratado por ellos.

Durante algún tiempo estuvieron sin que nadie les molestase, relativamente tranquilos. Después comenzaron los registros. Por razones que no importan ahora comenzaron a sospechar del médico, basados, sobre todo, en sus antecedentes fascistas, como ellos decían, y desde entonces no hubo tranquilidad para nadie. Tanto el médico como los padres de Mariana tenían un único temor grave. Que la muchacha cayera en manos de los asesinos. Ante este temor, todos sus cuidados se dirigían a esconderla lo mejor que podían. Pero una vez cernido el tremendo peligro de los registros, tanto la muchacha como ellos no podían de ninguna manera considerarse seguros.

Planearon la huida hacia el campo nacional, hacia el campo que representaba el orden, la tranquilidad. El médico era propietario de un pequeño coche que en un principio habían querido "requisarlo" los milicianos. El médico alegó que le era absolutamente imprescindible, ya que era la única forma de llegar oportunamente a los lugares donde hiciese falta y evitar así que muchos hombres perdiesen la vida. El razonamiento les convenció y no se incautaron del vehículo. Pues bien. Con aquel pequeño vehículo prepararon la huida.

Se encomendaron a la Providencia, y un día, en las horas de la madrugada, partieron. El médico iba al volante y los demás acurrucados en la parte trasera, pudiendo salvar así varios puestos de guardia. Pararon el coche varias veces. Los instantes de las pesquiza, de la indagación por parte de los centinelas era verdaderamente angustiosa.

—¿Adonde va con este coche?

—A cumplir con mi obligación —respondía el médico—. Sería conveniente que no me detuviesen demasiado—. Y mostraba su carnet de médico rojo.

—¿Dónde hay heridos?

—¿Qué dónde hay heridos? ¿Preguntas en una guerra que dónde hay heridos? Prefiero no contestarte.

El médico, avezado a tratar con aquellas gentes, superior a ellas en todos los aspectos, sabía cómo manejarlas. Aquella especie de dureza con la que trataba a los centinelas le había dado en todas las ocasiones resultados extraordinarios. Debido a aquella dureza pudo pasar los numerosos puestos de guardia. Al fin, se hallaron enfilando la carretera. Ya era poco menos que lugar de combate. Si lograban salvar media docena de kilómetros se encontrarían con los primeros puestos nacionales. Con la salvación.

La carretera se ofrecía solitaria, hosca, con las primeras luces de la amanecida arrancando a las masas arbóreas que la limitaban a un lado y a otro visiones fantásticas. Iban todos en silencio.

—Un poco más —dijo el médico para animar a los pasajeros— y estaremos definitivamente a salvo.

—Dios lo quiera —respondió Mariana.

Después comenzaron a rezar el Santo Rosario

Unos kilómetros más allá, observaron por la carretera rectísima que en la dirección contraria a la que llevaban se acercaba una camioneta. No podía hacer nada sino seguir. Seguir hacia delante. Los momentos fueron de una angustia dolorosa. Avanzaba el coche y avanzaba la camioneta, y todo estaba en el aire, y la salvación y la muerte jugaban un tremendo juego providencial.

La muchacha exclamó:

—Sea lo que Dios quiera.

Ambos vehículos seguían avanzando. A unos doscientos metros, la camioneta realizó un viraje colocándose atravesada en la carretera. Sin duda alguna era un mal augurio. El coche hubo de detenerse. De la camioneta se bajaron unos cuantos hombres armados. Todo estaba perdido. El atuendo, la catadura de aquellos hombres era para los fugitivos inconfundible. Se acercaron.

—¿Adonde van?

Respondió el médico:

—¿Es así como saluda un hombre del pueblo?

El miliciano que había hablado quedó un tanto sorprendido. Luego, dijo:

—¡Salud, camarada!

—¡Salud! —contestó el médico—, cuyo nombre era Martín Campos. Había contestado sonriendo, como si se encontrase en su propia casa y no anduviese bordeando la muerte.

—¿Adonde van? —volvió a interrogar el miliciano.

Don Martín mostró su carnet de médico al servicio del ejército rojo.

—Con permiso, camarada —y, cogiéndole el carnet, se acercó a sus compañeros que se hallaban unos metros alejados del coche hablando y riendo.

—Al cabo, volvió con todos.

—Esto está bien, pero ¿adonde va? ¿Quién es esta gente?

Don Martín dio explicaciones. No pudo convencerlos. Sus servicios no eran necesarios por la carretera adelante, y, siendo peligroso seguir a causa de que las líneas enemigas estaban cerca, era conveniente que volviesen con ellos.

El médico puso en juego todo su ingenio.

—¡Ah, sí! ¿Tan cerca están esos fascistas? ¡Pues nos íbamos derechos a la boca del lobo! Uno no conoce nada de por aquí y esto es lo que pasa. Volveremos con vosotros.

Los milicianos parecieron también convencidos. Pero, de pronto, uno dijo:

—¿Y los demás? ¿También son médicos los demás?

Era un detalle terriblemente comprometedor. El médico contó después que no comprendía cómo tal detalle hubiera pasado desapercibido para unos y para otros en los primeros momentos del encuentro.

—No contestó don Martín—. Claro que no son médicos. Es familia. Muchas veces me encuentro con más de cuarenta heridos graves a los que atender y como comprenderéis yo no puedo atender a todos al mismo tiempo. Mi familia me ayuda. Me parece que es lo mejor que puedo hacer por la Revolución. ¿No os parece?

De nuevo parecieron convencerse.

Los dos vehículos volvieron grupas. Uno de los milicianos, el que primero había hablado y que parecía el cabecilla, se acomodó en el coche para, según dijo, "una mayor protección".

Pero he aquí que aquel miliciano descubrió el rosario que había tenido Mariana entre las manos y que había resbalado hasta el suelo y que la muchacha trató de esconder con el pie. Ahora sí que definitivamente todo estaba perdido. Hubo que parar el coche. Volvieron los milicianos y los subieron a todos a la camioneta.

En Málaga se descubrió todo. Al padre de Mariana lo fusilaron aquel mismo día, y a su esposa e hija las encerraron en una mazmorra.

En este punto de la narración dejamos a don Martín, el cual, después de pasarlo bastante mal, logró por fin huir, y a él se debe que conozcamos la primera parte de esta historia.

Comenzó el martirio de Mariana y su madre. Fue un martirio cruento y largo. Un martirio espeluznante. Por las mañanas, los milicianos entraban en la mazmorra y allí se divertían a costa de las dos mujeres de la forma más vergonzosa y miserable que cabe imaginar y es posible describir. En su presencia ejecutaban toda clase de actos obscenos, riéndose a carcajadas, bebiendo hasta emborracharse y convertirse en seres de una violencia satánica.

Con el rosario que les habían cogido en el coche cometieron los mayores sacrilegios e irreverencias. A una y a otra se lo pasaban por el cuello, y apretaban muy poco a poco hasta dejarlas al borde de la asfixia. En una ocasión, la madre de Mariana llegó a perder el sentido. Otro día penetró en la mazmorra un miliciano, exaltado por la bebida, y martirizó a ambas, durante dos horas seguidas, clavándoles un alfiler en el cuerpo. Ni una sola parte les quedó libre de sangre.

Al cabo de quince días, una madrugada, las sacaron de la prisión y las subieron al mismo coche en que habían intentado huir. El coche de don Martín, que por fin se habían quedado con él.

Las llevaron fuera de la ciudad, por la misma carretera que habían intentado la huida, y, deteniendo el coche, las obligaron a bajar. Luego siguieron un sendero que se abría a un lado de la carretera hasta llegar a un descampado, un claro en medio de un bosque de pinos.

Desnudaron a Mariana aunque ésta se defendía con toda su alma. Y allí quebraron el vaso de su pureza, aquellos asesinos, uno después de otro, en presencia de su madre, y luego mataron a las dos. Y así aquella joven ejemplar ganó la doble corona de virgen y mártir que jamás le será quitada.

XXI. LOS GRAVES DOCUMENTOS

Toda España fue una enorme y pura vena que se rompió gloriosamente inundando la patria del aroma grato del martirio. Para lo que reste de la historia del mundo, los graves documentos que lo que en España fue nuestra Cruzada, serán de una importancia suma. Ni el mundo, ni, claro, España, podrán olvidarlos jamás. Y no esto sólo. No deberán olvidarlos jamás.

Hagamos girar ese fabuloso archivo sangriento.

Valparaíso de Abajo, pueblo recio en el corazón de Castilla, era de vida cristiana y patriarcal, de honrada piedad y sanas costumbres: "pueblo bueno y fiel cumplidor de sus deberes religiosos y cívicos, modesto, laborioso y de una conducta moral generalmente buena". Sólo el rencor por cuestiones particulares, entre dos familias, fue el origen y el estímulo de los bandos políticos que dividieron al pueblo y rompieron la hermandad entre los vecinos.

El día 3 de agosto de 1936, a eso de las tres de la tarde, en coches señoriales, con radios potentes, diecinueve foragidos procedentes del Puente de Vallecas, armados de fusiles, mosquetones y pistolas, que en abundancia pendían de sus cintos y cartucheras, se presentaron en el pacífico y cristiano pueblo de Valparaíso de Abajo. Unos milicianos se dirigieron a casa del alcalde, otros a casa del cura y otros a la iglesia parroquial, adonde finalmente acudieron todos. En la iglesia comenzaron con los fusiles a derribar las imágenes de los altares, que destrozaron y quemaron después en una hoguera.

En medio de seis milicianos armados fue llevado el anciano párroco a la iglesia, para que presenciara el sacrilegio y la hoguera, en la cual "querían carbonizarle", después que lo despojaron de la sotana, arrojando en el fuego, junto con las imágenes y objetos sagrados, toda vestidura sacerdotal, "a presencia de cuatrocientas personas, que, aterradas por el vandálico suceso, ni aun se atrevían a llorar..."

Mientras se hacían los preparativos, el anciano sacerdote rezaba a la Santísima Virgen del Carmen, lleno de devoción y de fe, a cuya protección atribuye el que no lo carbonizaran, como habían decretado los milicianos...

Más tarde, otros milicianos, que se acuartelaron en el recinto del templo, quemaron los magníficos retablos dorados que aún se conservaban, levantaron el pavimento y destrozaron enteramente el interior. También fue destrozado el órgano y se llevaron las tres hermosas y grandes campanas de la torre. En la Iglesia se perdieron objetos de gran valor artístico.

El templo fue destinado a cuartel, almacén y depósito de granos.

Un suceso imprevisto, de propia defensa, dio lugar en Valparaíso de Abajo al derramamiento de sangre inocente con crueldad salvaje.

Noticiosos del Alzamiento Nacional, el día 18 de julio de 1936, los vecinos Julián Torrijos, José Gómiz, Isidoro y Primitivo Torrijos se trasladaron en una tartana a un pueblo cercano que posee estación telefónica, para enterarse de los acontecimientos. A su regreso, informados los marxistas de Valparaíso, salieron en su persecución, y cuando uno de ellos asaltaba la tartana cayó mortalmente herido. Los cuatro amigos se refugiaron en sus casas, pero a medianoche fueron apresados y encerrados en la cárcel. Luego fueron a buscarlos de nuevo y amenazaron con la muerte al carcelero y a su esposa si no les entregaban los presos, para asesinarlos.

Entregaron primero a José Gómiz, a quien los marxistas partieron el cráneo con un golpe de fusil y lo echaron en el camión "como un saco de paja". Al salir del pueblo, "después de cortarle las orejas, los brazos y las piernas a Julián Torrijos y al guarda jurado Gómiz, llamado Agustín, los ataron por los muslos, cabeza abajo, en los guardabarros, de manera que fueran arrastrando por la carretera, y así los llevaron al sitio donde había tenido lugar el suceso desgraciado, y allí acabaron con sus vidas, arrojando los cadáveres en la cuneta de la carretera".

Continuemos el giro mortal y sangriento.

En el Toboso, exceptuados unos pocos marxistas, la población entera siempre se manifestaba públicamente católica, y como tal obraba, antes de 1936.

La piedad de muchas familias y de un gran número de personas era muy honda, como se demostraba en la frecuencia de sacramentos, en la asistencia al culto divino y en las hermandades; a ello contribuían grandemente los conventos de religiosas Trinitarias y de Concepcionistas Franciscanas.

La actitud patriótica del Toboso correspondía a su estado religioso: una gran mayoría pertenecía a los partidos católicos, y una pequeña parte era marxista. El resultado de las elecciones era siempre con gran mayoría favorable a los candidatos católicos.

Después del Movimiento Nacional, se implantó el dominio rojo con la profanación y el saqueo de las iglesias y conventos, con el terror y la crueldad contra las personas piadosas y honradas, las cuales fueron detenidas en gran número y martirizadas con todo refinamiento en la iglesia parroquial y en las tres ermitas, convertidas en cárceles. No ha quedado ni un altar, ni una imagen, ni objeto alguno; todas las alhajas, los ornamentos y los otros objetos del culto fueron robados o destrozados y quemados en todas las iglesias y ermitas, las cuales, así como los dos conventos, que sirvieron de cuarteles a los rojos, sufrieron graves destrozos. El archivo parroquial se perdió totalmente.

El convento de las religiosas Clarisas, fue también saqueado, y su iglesia, profanada e incendiada. Además de los altares, retablos, ropas y ornamentos y los otros enseres del convento y del culto, desaparecieron dos cuadros de gran valor artístico y los siguientes objetos de metal precioso: tres cálices de oro; tres copones, dos incensarios con sus navetas, un píxide, ciriales, dos juegos de vinajeras con sus campanillas y dos cruces, todo plata. Igualmente se llevaron tres campanas y destruyeron el archivo.

La comunidad de religiosas Trinitarias Recoletas, en número de veintisiete personas, tuvo que abandonar el convento violentamente, el día veintisiete de julio de 1936, a lo cual siguió la profanación y el saqueo por las hordas rojas. El convento y la iglesia quedaron enteramente devastados y arruinados, de manera que, después de la liberación, cuando las religiosas volvieron a su convento, lo hallaron "totalmente saqueado, amontonadas grandes montañas de paja, escombros y residuos repugnantes; las paredes, todas ellas profanadas con letreros y dibujos que herían a la modestia; todas las ventanas sin cristales, y en muchas de ellas arrancados los marcos; muchas puertas, desaparecidas; la cocina, un completo destrozo, y lo mismo el lavadero; las torres, derribadas las escaleras; en los claustros, abiertas las zanjas; la huerta y el corral, en un estado lastimoso, arrancados hermosos árboles; los pozos, inutilizados, a los que habían arrojado algunos de los objetos destrozados...

Muchas familias hicieron todo lo posible por tener la reserva del Santísimo Sacramento en sus casas. Y, cosa admirable, a pesar de los registros, de los encarcelamientos, de la persecución y de los crímenes, no hemos oído ningún caso en que el Santísimo Sacramento fuera hollado y profanado por los perseguidores en las casas y en las personas.

En algunos hogares guardaban la Eucaristía en cajitas sobre cómodas o mesillas; en otras, sobre corporales en unas mesas adornadas, dentro de una habitación amplia y limpia, destinada exclusivamente para morada del Señor Sacramentado, delante del cual ardía constantemente una lámpara encendida de día y de noche; en otras casas, sobre un pañito a manera de corporal dentro de una cajita...

Una de las páginas más sublimes, dentro de la persecución religiosa implacable, en la historia de la Iglesia católica es, a mi juicio, la escrita por los seglares católicos en el culto al Santísimo Sacramento. Hubo muchísimas personas y muchas familias enteras que trabajaron con toda la fe y con un amor encendido, con el mayor sigilo, en medio de los mayores peligros, para fomentar la fe cristiana, facilitar los sacramentos y conservar o administrar la Eucaristía. Se avisaban de los sucesos, de las idas y venidas, del paso de sacerdotes por la ciudad, del lugar donde podrían asistir en secreto a la Santa Misa, confesarse y comulgar. Se administraron bautismos y se celebraron matrimonios canónicos según el ritual. Se confesaron, recibieron el viático y la santa unción enfermos graves, que morían sonrientes de esperanza y prometiendo rogar a Dios desde el cielo por la salvación de España y por la libertad de la Iglesia.

En lo que se refiere a la profanación, podemos dar el siguiente informe que, bajo juramento, ha referido un testigo de haber ocurrido en el Coro bajo del Convento de Trinitarias, el día 27 de agosto de 1936:

"Los elementos más significados en la destrucción acompañados de los guardias municipales, llamados cívicos, se dedicaron a registrar todas sus dependencias, encontrando varios objetos de valor, como cálices, custodias, etc., de lo cual hicieron un fingido inventario; terminado esto se dedicaron a la destrucción de las imágenes de la iglesia y sacristía, y cuando ya no tenían qué destruir y robar, se acordaron de que en nuestro convento existía una Santa que, según la tradición, había hecho muchos milagros. Pues bien, mandaron por varios litros de gasolina y se dirigieron a donde reposaban los restos de nuestra Venerable Madre Fundadora, o sea en el hueco del altar de nuestra Señora de las Virtudes; inmediatamente tiraron el altar y fue descubierta la arqueta que los contenía, a la que, de momento, nadie se atrevió a tocar; y después de discutir si quemarla o respetarla, se adelantó uno de ellos con visibles muestras de terror, y abriendo dicha arqueta, encontró unos escritos colocados entre la tapa y un paño de seda rojo, los cuales fueron leídos en todo su contenido, y comprobando con los restos lo que los escritos decían, salieron precipitadamente en la mayor fuga la mayoría de los que habían pensado quemar los sagrados restos, quedándose en aquel lugar dos o tres personas, que colocaron fervorosamente los restos en su primitivo lugar, para evitar una segunda profanación.

"Después de lo anteriormente narrado, el día 25 de octubre de 1937, una religiosa entró y encontró la arqueta rota y muy maltratada, y al abrirla, vio que faltaban la cabeza y los manuscritos que allí se pusieron; buscando, al fin encontró todo, pero la cabeza hecha pedazos, reuniéndolos todos lo mejor que pudo, consiguiendo llevárselos a su casa, donde ha tenido ocultos los venerados restos, hasta que, llegada la liberación, se trasladaron a nuestro convento, colocándolos en su lugar de costumbre".

El 22 de agosto de 1936 fue el día de mayor luto para el Toboso; de la cárcel, instalada en la iglesia parroquial, fueron trasladadas, al sitio denominado "pata del Diablo", trece personas, las más destacadas por su carácter religioso y por su piedad o por su posición social, y asesinadas en masa, siendo allí mismo después sus cadáveres pasto de las llamas.

Sigamos.

Antes de la caída de la monarquía, la vida en Valdeolivas se desarrollaba en un ambiente religioso de costumbres patriarcales, conservadas por las familias, las cofradías y hermandades, que ordenaban en la piedad las relaciones sociales entre los vecinos. En lo social, el Sindicato Católico agrupaba a los labradores y les procuraba, además de honestas recreaciones, las ventajas de la asociación. Existía un núcleo de personas hondamente piadosas, que frecuentaban los sacramentos y practicaban otras devociones. En las elecciones, votaban casi en su totalidad por los candidatos católicos.

Con el advenimiento de la República se alteraron las tradiciones y se truncaron las costumbres patriarcales. El 7 de diciembre de 1931 se fundó un centro marxista, que empezó a turbar la paz honrada de los trabajadores con promesas imposibles de roturas inmediatas. Ni así tuvieron seguidores los marxistas. Pero desde 1934, aumentó su número y se dejó sentir en el pueblo su influencia perturbadora, que más tarde habla de ser trágica y sangrienta. La propaganda entre los pobres obreros iba minando en sus almas los principios tradicionales y religiosos, y aparecieron los primeros síntomas de impiedad: denunciaron la procesión de Cristo Rey, formaron la Gestora Municipal con espíritu irreligioso; algún individuo devolvió al párroco el boletín de suscripción a favor de la parroquia con una hoz y un martillo groseramente dibujados... Luego se fundó una organización política, que agrupó otro sector de ideas izquierdistas e hizo propaganda sectaria.

En enero de 1936, se constituyó en Valdeolivas la juventud de Acción Popular, que publicó un manifiesto, abrió una escuela gratuita para adultos y organizó un ciclo de conferencias. Al poco tiempo, esta asociación contaba un número crecido de socios. Después de una intensa propaganda, ganaron las derechas también en este pueblo las elecciones de febrero de 1936, y luego las turbulentas de la segunda vuelta, en mayo del mismo año, a pesar de todas las coacciones y amenazas de los gobernantes.

Al iniciarse el Movimiento Nacional, los vecinos más católicos se reunían en una casa para oír por radio los partes de guerra nacionales, pero muy pronto el Comité rojo se enteró e incautó todos los aparatos, los prismáticos y gemelos de teatro, etc. En seguida empezaron las multas, las incautaciones y los saqueos de las casas y se implantó el terror. El día 5 de septiembre del mismo año de 1936, fue asaltada y saqueada la iglesia parroquial, en la cual destruyeron, destrozaron y

quemaron todo lo que en ella había de valor piadoso y artístico, histórico y tradicional...

El día 2 de octubre de 1936, a la una de la madrugada, el Comité rojo detuvo al párroco y a los más destacados entre los vecinos, pero luego fueron puestos en libertad, menos dos de ellos.

La idea del crimen empieza a germinar en los cerebros revolucionarios del pueblo; mas, no atreviéndose directamente ellos a cometer los asesinatos, llamaron elementos de Madrid, para que los ejecutaran, los cuales pidieron por el crimen un camión de aceite, y así quedó el trato concertado.

El día 4 de octubre de 1936, al mediodía, se presentó el camión para recoger el aceite, sacándolo, a modo de multa, de las personas de derechas, entre ellas, también de las casas de los que habían de ser mártires.



Ilustración 13. El incendio del Templo de los carmelitas en la Plaza de España



Ilustración 14. La residencia de los Padres Jesuítas, enclavada en el centro de Madrid, incendiada por las turbas.

Sobre las dos de la tarde, se presentó: el camión con los milicianos armados, que habían de ejecutar el crimen, según lo convenido. Por ser domingo del Rosario, todo el mundo se encontraba paseando por la carretera, siendo obligados a concentrarse en la plaza, para presenciar los sucesos. Cercaron el pueblo con milicianos armados, para que nadie pudiese escapar, y empezó la detención de elementos de derechas. Milicianos armados recorrían las casas, sacando a las personas de orden, y conduciéndolas entre insultos al local habilitado provisionalmente como cárcel, situado en la plaza; conforme iban practicando las detenciones, iban saqueando las casas.

Presas en la cárcel las víctimas, preparadas ya para el sacrificio, se retiraron los del Comité rojo, para deliberar si había ya bastantes detenidos y sobre la forma de la ejecución.

Mientras así deliberaban, se estaban desarrollando en la cárcel escenas emocionantes. Convencidos de que van a morir piden al sacerdote que los oiga en confesión, y una vez que todos lo hicieron, reinó dentro una calma y una conformidad con la voluntad de Dios extraordinarias; todos estaban tranquilos y pedían unánimemente a Dios que pronto ciñera sus sienes con la corona inmarcesible del martirio. El sacerdote les exhortaba el dolor de sus pecados y a la aceptación de la muerte, que Dios les deparaba. Y don Juan del Olmo Vela, dando prueba de entereza grande, animaba a todos, exhortándoles a despreciar las cosas del mundo y a poner sus ojos en el premio que iban a recibir...

Hacia las ocho de la noche, fueron separados del grupo dos de los destinados al martirio y llevados a la cárcel, mientras los diez restantes eran atados de dos en dos, codo con codo, y montados en un camión, que les había de conducir al lugar del sacrificio. Muchos vecinos del pueblo, y especialmente los que más favores debían a las víctimas, presenciaban con júbilo esta escena trágica, pronunciando palabras soeces, insultándolos y diciendo a los milicianos frases como ésta: "Llevadlos lejos, para que no huelan..."

El sacrificio se consumó, por descargas de fusiles y escopetas, en la carretera, a unos diez kilómetros de Valdeolivas, por Dios y por la Patria. En la tierra, en España, en su patria chica, sus vidas fueron entregadas por un camión de aceite.

Como aquel pueblo de Valdeolivas, el de Corral de Almaguer, en la provincia de Toledo, era y es un pueblo eminentemente piadoso, tranquilo, en el cual la armonía entre sus vecinos fue siempre pauta que dirigió el pueblo por los mejores derroteros.

La mayor parte de la población era partidaria decidida de los candidatos católicos, mientras sólo una minoría insignificante tenía ideas disolventes y anticatólicas. A raíz del 16 de febrero de 1936, después del triunfo aplastante de los católicos en las elecciones, se constituyeron legalmente organismos izquierdistas y marxistas, los cuales, amparados por las autoridades provinciales y nacionales, se apoderaron ilegalmente del Ayuntamiento y comenzaron a perseguir de mil maneras a los católicos con multas, encarcelamientos y toda suerte de vejaciones.

Al iniciarse el Movimiento Nacional, empezó lo que ya suponemos, lo consabido, es decir, lo sabido por todos, pues hartos nos es conocido el sistema del ateísmo y "compañeros de viaje". Dueños los marxistas del poder y de todos sus resortes, comenzaron los registros domiciliarios, las detenciones arbitrarias de los católicos destacados y de las personas de orden, los saqueos de las casas principales, la incautación de los bienes privados y los asesinatos.

En los últimos días de julio, durante el mes de agosto y en la primera quincena de septiembre de 1936, poseídos por el odio satánico contra la Religión, y obedeciendo las consignas de las autoridades, fueron saqueados, profanados y destrozados la iglesia parroquial, el hospital, los dos conventos, las tres ermitas, las capillas y las cruces e imágenes sagradas. Las campanas fueron desquiciadas y arrojadas al suelo; los órganos, armonios, cancelas, pulpitos, altares y retablos fueron hechos astillas; la pila bautismal y las arcas fueron destrozadas. Los cuadros destruidos... En uno de ellos, encontrado después de la liberación, todas las imágenes tienen los ojos pinchados con navaja. ¿Qué más se puede pedir a la destrucción, al odio, a la incultura, a la grosería, a la fabulosa sed de sangre que se desparamó, como un castigo, sobre nuestra patria?

Pero, sin que nos rindamos al comentario, sigamos la tremenda cuenta.

Gabriel Torrijos Marín, sencillo como ninguno y bueno como pocos, parecía reunir en él toda la esencia del alma castellana. Había cursado el bachillerato en San Fernando, terminando el año 1931 en el colegio de los padres Escolapios, de Getafe. Hizo el preparatorio de Ciencias, y al año

siguiente inició sus estudios en la Escuela de Veterinaria. En 1934 ingresó en la Falange de Madrid, dedicándole todo el ardor de su juventud. El día 3 de marzo de 1936 fue detenido y encarcelado en Corral de Almaguer, de donde fue trasladado a la cárcel de Madrid; de aquí se le trasladó a la prisión de Quintanar de la Orden, y se le puso más tarde en libertad. De regreso a su pueblo natal, volvió a ser encarcelado, trasladándolo al penal de Ocaña; al cabo de unos días fue puesto en libertad, pero, al llegar a Corral de Almaguer, fue encarcelado y trasladado a la cárcel de Lillo, y de ésta, a Toledo. Estallado el Movimiento Nacional, el día 27 de julio detienen a su hermano José Manuel, y momentos después volvieron a detenerle a él, que había sido puesto en libertad unos días antes, diciéndole a su hermana:

—Nos hemos llevado al otro, le hemos dicho que se despida de vosotros, y no ha querido. Ahora venimos por éste. ,

Gabriel se limitó a decir:

—Si me vais a matar, la vida vale poco... Sin embargo, si la mía vale para algo, la doy con gusto.

Y volviéndose a su hermana, dijo:

—No llores; padre y madre están en los cielos, y yo marchó a reunirme con ellos...

Se le simulan tres fusilamientos, y es maltratado más y con mayor saña que ningún otro de los detenidos. Una de las palizas más espantosas fue, sin duda alguna, la que se le propinó, por haberse negado a maltratar a uno de los compañeros de prisión, según se le pedía. "Y esta vez, sí, esta vez, contrariamente al mutismo que había guardado, en otras ocasiones, aquellos verdugos consiguieron que hablase, y a cada palo, Torrijos gritaba: "¡Arriba España!", con todas las fuerzas de su pecho.

A consecuencia de aquella paliza estuvo varios días enfermo de gravedad. Con un ojo espantosamente inflado, hasta el punto de que se temía su pérdida, con las ropas sanguinolentas y destrozadas, sin reparar en el lamentable estado en que lo dejaron, Gabriel fue encerrado en un calabozo, con un cubo de excrementos al lado y sin una gota de agua para poder mitigar la sed febril que le consumía. A pesar de los malos tratos de que fue víctima, nunca perdió la serenidad ni el buen humor. Alentaba constantemente a sus compañeros y procuraba, en todo momento, sostener su moral. Se interesaba por ellos, procuraba proyectar un rayo de alegría en sus desgraciadas situaciones, sin que jamás aludiese a la suya propia ni se doliese de los castigos que se le infligían. En sus labios, las tremendas palizas que recibía, que eran sin duda las mayores, carecían de importancia, y eran enjuiciadas con su peculiar humorismo. Así, el día de la toma de Toledo, su hermana recibió la siguiente nota:

"Mándame buena comida; quiero celebrar la toma de Toledo y tomar fuerzas para la paliza que ello me va a costar. ¡Arriba España!"

El día 2 de noviembre fue sacado de la cárcel, en unión de su hermano José Manuel y de otros compañeros. Al día siguiente, lo llevaron a El Pardo, donde fue obligado a cavar su propia fosa, siendo asesinado el día 6 del mismo mes.

Cañada de Juncosa. Otro pueblo más como escenario de barbarie. De 1931 a 1936, el estado general del pueblo, por lo que a la piedad y religiosidad se refiere, a pesar de la propaganda impía, era bastante satisfactorio. Había mucha asistencia de los fieles a los actos religiosos que se celebraban, la recepción de los sacramentos era frecuente, muy raro era el que se quedaba sin cumplir con los preceptos de la Iglesia, y más raro todavía era el que no recibía los Santos Sacramentos en peligro de muerte. No había un niño sin bautizar, muchas personas confesaban muy a menudo y eran también de comunión diaria..., y por parte de los fieles se observaba de continuo mucha compostura, devoción y religiosidad. Casi unánimemente la población votaba por los candidatos católicos.

Sin embargo, desde el año 14 en adelante la religiosidad iba debilitándose en algunos grupos de vecinos, debido "a las circunstancias y a los tiempos"...

La iglesia parroquial fue clausurada por los marxistas el día 1 de agosto de 1936. Varias veces, en fechas posteriores, los milicianos venidos de fuera, con algunos del pueblo, asaltaron la iglesia y la casa rectoral, destrozando y robando o quemando cuanto en ellas había, a excepción de los

objetos que habían sido puestos a salvo. Muchas imágenes, cuadros de mérito artístico, ornamentos y ropas fueron quemados en una hoguera, a la puerta de la iglesia.

El día 29 de septiembre del mismo año, llegaron unos milicianos de la Columna del Rosal, los cuales se llevaron algunos libros artísticos del archivo parroquial, con dos lienzos de gran valor. El día 23 de noviembre fue un día triste y vergonzoso. Primeramente, los milicianos rojos destruyeron y quemaron la imagen de la Virgen del Rosario, de Salzillo, y otra imagen de la Milagrosa, y después se llevaron todas las alhajas de más valor que habían guardado ocultas, como un cáliz artístico de oro y plata, la cruz parroquial, etc.

En la iglesia celebraban los rojos continuamente, en especial los domingos y días de fiesta, actos de profanación a los cuales convocaban a los vecinos del pueblo a asistir; mas, a pesar de todo, muchas personas pagaban sus multas y no asistían a los bailes.

En cierta ocasión llamaron a las señoras más destacadas para barrer la iglesia, y mientras barrían, un enviado de Radio Comunista se divertía en tocar el órgano, cantando y blasfemando contra lo más santo y más sagrado. Sin embargo, la fe y piedad de los buenos y el temor de los malos crecieron y se ahincaron más en las almas durante el terrorismo y el tiempo de la impiedad, merced a ciertos hechos públicos y de todos conocidos, algunos de los cuales vamos a referir.

En la profanación de la iglesia, el día 13 de septiembre, derribaron los marxistas, con gran estruendo, el altar y el retablo con la imagen de San Isidro Labrador, Patrón del pueblo, la cual escondieron después en la bóveda del templo unos jóvenes, para evitar su destrucción y profanación. Ante la imagen, oculta en la bóveda durante todo el dominio rojo, ardió continuamente una lámpara, y allí acudían a postrarse reverentes y a rezar, con frecuencia, muchos jóvenes del pueblo, pidiendo al Santo que los librara de los rojos. Dos jóvenes, por no incorporarse con los de su reemplazo al ejército rojo, se ocultan en la bóveda de la iglesia, durante más de tres meses, y muchos ratos, en los momentos en que más cerca los perseguían la policía roja, los pasaban abrazados a la imagen de San Isidro sin que los perseguidores vieran el Santo ni a los jóvenes.

Un vecino del pueblo disparó contra la imagen de San Antón un tiro con su escopeta, el cual fue a dar en el cerdito que tenía el santo a sus pies; y al volver dicho individuo a su casa, se encontró que estaba ahogándose su cerdo, de un mal repentino e ignorado. Después, al mismo sujeto, en varias ocasiones, al entrar en la iglesia para asistir a las reuniones sindicalistas en la sacristía, "se le ponía un aparato del cuerpo tan malo, quitándosele la vista, que tenía que marcharse sin pasar y, en alguna ocasión, tuvieron que llevarle en un carro a su casa, por no poder él volver solo, y en muchas ocasiones repite aún que le gruñe el gorrino"...

Giran aún, como un torbellino, como una pesadilla, nombres de pueblos y de personas. Pedroñeras, en Cuenca. Hasta 1936 —obsérvese cuándo comienza y porqué causas comienza la descomposición moral de España o de parte de ella—, hasta 1936, decimos, Pedroñeras "era un pueblo amante de sus tradiciones populares con buen fondo religioso y costumbres sanas". En las familias se guardaba la piedad y la fe tradicional de los padres con la mayor tenacidad, contra la indiferencia que se iba infiltrando y contra la propaganda impía que se hacía. La mayor parte de la población sentía también hondamente el patriotismo y daba el triunfo, en las elecciones, a los candidatos católicos. Pero desde 1931 "se iba infiltrando el virus del odio y de la destrucción", que tanto daño habían de causar.

El viernes, día 24 de julio de 1936, los marxistas cerraron la iglesia parroquial, haciendo salir violentamente a los fieles, y cogieron las llaves del párroco. Y permaneció así cerrada hasta el día 17 de agosto. Este día, a las ocho de la mañana, abriéronla y empezaron a destruir imágenes y fueron arrastradas por las calles y carreteras públicas, mientras alguna, como la de San Julián, fue puesta de centinela junto a los confesonarios, convertidos en garitas para hacer guardia. Los milicianos jugaron a los bolos con las cabezas y las colgaron después en las ventanas. El día 20 destruyeron el órgano, el archivo, las barandillas, el hermoso púlpito que tenía un magnífico relieve de los apóstoles, y el altar mayor, de gran valor y dorado. El día 21 marcharon a la ermita de Jesús Nazareno, uno de los patrones, y destruyeron todo lo que encontraron a su paso: las hermosísimas tallas de Jesús Nazareno, la Dolorosa, Cristo Yacente, San Juan.

El día 22 destruyeron la ermita del Santo Cristo de la Humildad, patrón del pueblo, y destruyeron también cuanto hallaron. Con la capa del Santo Cristo, bordada en oro, se toreaban los sacrílegos por las calles. Después, se trasladaron a la ermita de San Julián, y destruyeron los

altares, las cancelas y las imágenes.

Entre los muchos ornamentos preciosos que aquellas desenfundadas turbas destruyeron, se halla de todo: cálices, custodias, casullas, alhajas, palios, copones, ánforas, cruces, incensarios...

La iglesia parroquial fue convertida en almacén de intendencia y en cuartel; en ella, instalaron cocinas, y el templo quedó ahumado como cueva de gitanos. La pila bautismal, destruida en su base, sirvió de pesebre. Las ermitas fueron dedicadas a escuelas, y la casa rectoral a centro marxista.

El Santísimo Sacramento fue profanado, ignorándose su destino. Con los vasos sagrados bebieron vino sacrilegamente en orgías. A un gran Cristo de marfil le destrozaron a golpes de martillo la boca y le troncharon las piernas.

En la profanación de la ermita de Jesús Nazareno, ocurrieron dos hechos públicos, que conmovieron a todos los vecinos del pueblo. Uno de los profanadores... decía a la Dolorosa: "¿no lloras por tu Hijo, ahora?" A los pocos días, de un dolor, abandonado de todos y comido de gusanos, se lo encontraron muerto, junto al camino. Otro sacrílego que pronunció e hizo actos deshonestos a la imagen de Jesús Nazareno, murió en el frente, ametrallado en sus partes.

Y un sacerdote. Uno más, entre tantos. Don Gabriel Inista Redondo. Desde muy pequeño fue monaguillo. Ingresado en el Seminario se distinguió por su amor al trabajo y al estudio, obteniendo una pensión que le permitió acabar la carrera, ya que sus padres, por su modesta posición económica, no hubieran podido atender a los gastos de la misma; dándose cuenta de esta precaria situación, durante el tiempo de vacaciones, ayudaba en todas las faenas de la casa, distinguiéndose por su humildad y sencillez en el trato con todos. Al terminar la carrera, cantó su primera misa en la parroquia de su pueblo natal, en Alberca de Zancara. Su labor en las parroquias donde ejerció su ministerio, probaron su celo y su virtud. En todos ellos consiguió, con desinterés y constancia, que no hubiese un solo matrimonio ilegal, y lo mismo consiguió con el bautismo y los demás sacramentos. Destinado a Pedroñeras, se tomó si cabe mayor interés, favoreciendo constantemente a los pobres con sus escasos ahorros, creando un colegio católico, donde pudiera la juventud aprender el Catecismo.

Después que los marxistas se apoderaron de las llaves de la iglesia, en julio de 1936, se dirigió al alcalde para que le dejara sacar el Santísimo Sacramento, a lo que no accedió éste, diciéndole que si lo sacaba, lo matarían... El sacerdote repuso: "Moriría yo a gusto con tal de sacarlo."

Implantado el terrorismo rojo, se escondió en su casa, confiando en que sus paisanos nada le harían, y así permaneció durante cuatro meses, en los cuales se pasó la mayor parte del tiempo rezando y últimamente se confesó. La noche del 13 al 14 de noviembre le cercaron la casa para que no pudiera escapar, y con amenazas de incendiarla y matar a su anciana madre y a toda la familia le obligaron a salir de la habitación donde estaba oculto, presentándose resueltamente ante sus asesinos con estas palabras:

—Yo soy Gabriel Inista por el que preguntáis. ¿Qué queréis de mí?

Le respondieron que tenían que llevarlo ante las autoridades, y les siguió, despidiéndose de su madre con estas palabras:

—Adiós, madre... Ruegue usted por mi alma...

Alarmados los serenos del pueblo por tal atropello, avisaron al alcalde, el cual dijo que "no tenía que ver nada con los curas, y que nada podía hacer".

El sacerdote fue sacado del pueblo entre cuatro individuos armados y conducido por la carretera adelante, hasta que llegados a un punto, le mandaron bajar del coche, como lo hizo con ejemplar entereza; seguidamente descargaron sobre él una lluvia de balas ensañándose horriblemente con él y rompiéndole las piernas, hasta que terminaron con su vida. Luego, aún no contentos, profanaron el cadáver.

Entre los asesinos se hallaba uno, a quien poco antes había enseñado a leer y escribir, y a quien en algunas ocasiones había prestado dinero...

Antes de morir, le mandaban que diese vivas a la República y a Azaña, y él contestaba: ¡Viva Cristo Rey!, y formaba la señal de la Cruz con ambas manos.

En el instante de ser asesinado, llevaba en las manos el Santo Rosario, que había ido rezando por el camino.

Y aún más.

Aquel buen sacerdote de Peralveche, que gozaba de general simpatía entre las personas de buena voluntad, trabajador y celoso en el cumplimiento de su deber, que jamás intervino para nada en asuntos políticos... ¿Por qué lo mataron?

Los marxistas se apoderaron del pueblo en julio de 1936, y persiguieron a las personas de orden, negando el salvoconducto al sacerdote, a quien hicieron falsas promesas de protección y ayuda.

El señor cura pasaba los días en el campo, alimentado por almas buenas del pueblo, sin poder huir, a causa de su delicada salud. Un día del mes de septiembre llegó una cuadrilla de milicianos, "de los que se dedicaban a asesinar a los sacerdotes y personas inocentes y desarmadas", y ante las denuncias que les hicieron de que aún no habían matado al cura, decretaron, sin más, su muerte. Don Joaquín —pues éste era su nombre— a quien negaron cobijo en varias casas, huyó al campo y se escondió, sumergiéndose en el agua de la presa del molino, con la cabeza fuera.

Mientras tanto, los forajidos, no hallando al sacerdote en el pueblo publicaron un bando advirtiendo a todos los vecinos para que salieran al campo a buscar al cura, y que si en alguna casa se encontraba serían de inmediato fusilados sus habitantes.

Salieron gran número de hombres en busca del inocente sacerdote, que fue descubierto, y uno de aquellos lobos, al verle, "en señal de gozo y de triunfo, le disparó un tiro de escopeta en la cabeza..." "Fue sacado de la presa y conducido, en medio de aclamaciones, burlas, sarcasmos e insultos de todas clases a la plaza del pueblo, donde uno de los jefes mandó que la banda de música amenizara el espectáculo..." El médico del pueblo, en aquella ocasión, con buena voluntad, llegó hasta el sacerdote, y poniendo como argumento el cumplimiento de su deber, logró convencer a la horda para que accediese a que le limpiase la sangre, le curase y le vendase la cabeza...

Después, cansados de tanta burla, decretaron acabar con el sacerdote, para lo cual le montaron en una camioneta y lo llevaron a la entrada del pueblo donde le dieron muerte a disparos de pistola. Uno de los criminales, en señal de triunfo, le cortó una oreja que se llevó. Después ordenaron a las autoridades que no enterrasen el cadáver, sino que, después de arrastrarle por el campo, lo dejaran en cualquier sitio, insepulto, para que las aves lo destrozasen. Pero las autoridades, más humanas, le dieron sepultura junto al cementerio.

Y también la historia de aquel hombre que estuvo a punto de convencer a sus asesinos. Se llamaba don Juan Benito Martínez Soriano, hijo de padres pobres, pero muy honrados y piadosos. Terminó su carrera sacerdotal "a cuenta de ayunos y sacrificios sin cuento" de aquéllos. Su espíritu resplandecía con todas las virtudes evangélicas. En el ministerio sacerdotal, al que había consagrado su vida entera, con una dedicación admirable, antepuso el deber a todo lo demás, y se granjeó el aprecio de los feligreses, que le respetaban y querían sumamente. Era el pacificador de los que reñían, el conciliador de los enemistados y el sostén de los pobres. "¡Cuántas lágrimas enjugó, cuántas privaciones remedió, cuántos hambrientos sació con su trabajo y su pobreza!" Siempre estaba alegre, dando alientos a todos, trabajando intensamente y fortaleciendo con los buenos ejemplos de su resignación y confianza en Dios.

En todas las parroquias donde ejerció su ministerio, "era el padre de todos sus feligreses: les resolvía sus dudas, les gestionaba sus asuntos, les consolaba en sus penas, y todo con aquella afabilidad y simpatía que siempre le granjeó el cariño de los que le trataron".

En una ocasión, para arreglar la torre de la iglesia, que amenazaba ruina, se desprendió de un bargueño antiguo, que tenía en gran estima, por ser regalo de un familiar suyo. Siempre fue sumiso y respetuoso con la voluntad de su prelado, en la cual veía la voluntad divina.

En el último concurso que se celebró fue nombrado párroco de Villamayor de Santiago, donde fue recibido en triunfo, como en Domingo de Ramos, por el pueblo entero, que le aclamaba con entusiasmo, el día 1 de enero de 1931...

Pero el 16 de febrero de 1936 comenzaron las molestias, y el buen párroco presagió la

tormenta...

El 19 de julio hizo una exhortación a los socialistas en la iglesia para que la respetaran, y ellos la oyeron en silencio. A los seis días le pusieron guardias en la puerta, para que nadie entrara, y por la noche le registraron la casa, sin hallar armas, porque no tenía ninguna. El día 29 paró ante su casa un coche del que bajaron dos milicianos forasteros. Uno borracho, armado con dos pistolas y un fusil, y el otro armado sólo con dos pistolas, los cuales quisieron llevarse al párroco, pero no lo hicieron, por las súplicas que les dirigieron.

Aquellos días no hacía más que rezar, y animar a su sobrina y criado con estas y semejantes razones:

—¡No temáis!... ¿Qué puede pasarnos?... ¿Que nos maten? Mirad los apóstoles: cuando iban a morir en el martirio, estaban contentos por haber tenido la dicha de ser elegidos para padecer por Cristo...

Un día fue a su casa un sacerdote vestido de paisano, después del 29 de julio de 1936, y el párroco le dijo las siguientes palabras:

—Quítese esa ropa. Ya sabe lo que dijo Calvo So-telo: "Más vale morir con honra que vivir con vilipendio".

Hablando para después de la guerra, dijo:

—No hay que pensar en venganza, sino en hacernos mejores: que todos tenemos culpa en estas calamidades, que Dios ha permitido para nuestro castigo.

El día cinco de agosto se llevaron presos al párroco y a su sobrina a la cárcel instalada en el convento de monjas, encerrándolos separados en celdas opuestas. Durante los diez días de prisión, el sacerdote fue maltratado bárbaramente e insultado con una ferocidad sarcástica, como sólo ha ocurrido en países donde el comunismo hizo sentir su garra bestial.

Para que declarara dónde tenía su dinero y blasfemara del santo nombre de Dios, le dieron una terrible paliza la noche última de su vida; entonces dijo dónde había escondido su escaso dinero, pero fue imposible hacerle blasfemar.

Al llegar al sitio donde le iban a matar, junto con otros, el noble y bueno sacerdote de pueblo hizo una exhortación a los milicianos, hasta que uno, rompiendo a duras penas el silencio y el respeto que se había apoderado de sus compañeros, gritó:

—¡Tíradle a este tío, que nos convence!...

Y él replicó:

—Sí; si matáis a algunos, que sea yo; dejad a éstos, que son padres de familia.

Después dio la absolución a todos sus compañeros de martirio, y dando vivas a Cristo Rey, murió, por Dios y por la Patria...

Cuando fueron exhumados sus restos, después de la liberación, "En su cadáver aparecieron huellas de profanación y saña"...

XXII. LA GRAN VERGÜENZA

Hemos llegado hasta aquí, y, a pesar de ello, quedan aún en el fondo de la gran memoria histórica de España infinitos nombres, fechas, sufrimientos y muertes. Es la gran vergüenza, querámoslo o no, de una sociedad que asistió impertérrita al desarrollo de un monstruo que la iba a destrozarse de manera inmisericorde. La gran vergüenza, sí. Y preguntamos, de nuevo: ¿Cómo recoger, con nuestra débil mirada, la portentosa cifra de seres que en nuestra patria dieron su vida por la fe de Cristo? ¿Cómo explicar en las páginas de un solo volumen tanta vergüenza, tanto bochorno, tanto gozo de mártir, tanta saña de asesino?

En la sospecha certísima de que sólo muy a medias vamos cumpliendo el objetivo, continuamos la exhumación de documentos vivos aún, aún estremecedores. Sin más, dispongámonos a reanudar la tarea.

Vamos ahora con un caso en el cual y de forma singular, la ingratitud muestra su miserable catadura. El protagonista es el sacerdote don Marciano Clemente Mota, muerto en las afueras de la Villa de Don Fadrique, una triste madrugada...

Con una gran vocación para el sacerdocio, ingresó en el seminario el año 1882, y se ordenó sacerdote en 1895.

Su persecución comenzó con la venida de la República. Desde el primer día le pusieron de guardia a los "cívicos", que le seguían, como perros olfateando el próximo festín sangriento, a todos los sitios.

A los republicanos de cierta posición, algunos asesinados más tarde por las hordas marxistas, les recriminaba sus actividades políticas inconscientes, y les aseguró que jugaban con fuego.

Durante la incubación del Movimiento Nacional, le invitaron a salir de España, a cuya propuesta contestó siempre: "Que no desertaría de su puesto jamás, por considerar una traición y una cobardía vil, dejar a los que le seguían a merced de la furia roja, y como "gobernador de la ciudadela" de este pueblo, con sus defensores se salvaría, o con ellos daría su sangre, para alcanzar una muerte honrada y heroica."

El día veinte de julio de 1936, se lanzaron a la calle las milicias rojas y se adueñaron del pueblo. La primera detención, a las tres de la tarde, fue la de don Marciano, con sus sobrinos, también asesinados más tarde.

Desde aquel momento empezó el martirio de este apostólico sacerdote, "el martirio más horrible que imaginarse pueda", y que sólo podía inspirar un odio suprahumano contra su carácter sacerdotal, sus creencias religiosas, sus ideas patrióticas, su hombría de bien y su probado valor.

Le hicieron «sufrir toda clase de vejaciones y le dieron palizas cruelísimas sin cuento. Los primeros días fue asistido por el médico, para curarle las heridas causadas por los golpes, "y cuál no sería su estado lastimoso, que algunos de los escopeteros de la guardia protestaron de la saña demostrada y del salvajismo desplegado contra él, y hubo un afiliado al partido comunista, al cual, presenciando las curas, le resbalaron por las mejillas las lágrimas y exclamó estas palabras:

"—¡A esto no hay derecho!..."

(¿Derecho? ¿Derecho, dijo aquel hombre?) Bien. Continuemos.

Durante el tiempo que duró su detención, por las noches, los marxistas obligaban a don Marciano a que les predicase, y al dirigirles la palabra, les hablaba con naturalidad tal, con tanta valentía y les decía tantas verdades "como sólo él sabía hacerlo"... En una de aquellas mascaradas, se dice que, si hubieran comprendido el sentido de sus palabras, aquellos facinerosos se hubieran convertido en mansos corderos.

Repetidas veces, a sus compañeros de martirio les exhortaba a recibir valientemente a la muerte en aras del ideal cristiano, llegando a tal su exaltación, que por la coincidencia de ser trece los mártires, él, arrogándose por su condición de representante de Jesucristo, comparó aquel grupo con el Colegio Apostólico, con la diferencia de que entre ellos no hubo ningún Judas, cosa

que el sacerdote recomendaba repetidamente a sus compañeros, gloriándose, por anticipado, del heroísmo de todos ellos...

En cierta ocasión se propusieron los marxistas obligar a don Marciano a que pegase a sus sobrinos, a lo que se negó con un valor y una arrogancia sin precedentes, y, en cambio, él recibió palizas de sus sobrinos, acobardados por los cañones de las escopetas y por los vergajos de los marxistas. He aquí, sin comentarios por nuestra parte, la ingratitud a que habíamos hecho mención.

Un criado de gran confianza suya tuvo la ocasión de ver a don. Marciano en la cárcel, y éste le dijo :

—Fernando, nos van a matar; mas, no importa. Por el precio de nuestra sangre se salvará España... Esta mañana me han dado una paliza de treinta palos por no querer decir el dinero que tengo, para que no le falte a mi hermana.

El día catorce de agosto de 1936, de madrugada, se llevaron los marxistas a don Marciano, con sus doce compañeros —"el Colegio Apostólico de Mártires"— a un pueblo cercano, y al día siguiente, también de madrugada, en la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, a unos tres kilómetros del pueblo, los asesinaron por la fe cristiana y por su amor a España. Los cadáveres de los trece mártires fueron enterrados en una viña, y después de la liberación fueron trasladados a la iglesia del pueblo donde había sufrido el martirio, restituida al culto cristiano y consagrada con tanta sangre generosa...

Junto con la riqueza superior de la sangre derramada, se halla la sañuda destrucción de cuanto algo tenía que ver con el culto. Las cifras a que ascienden los daños son abrumadoras. Hagamos un breve esbozo.

Desde 1931, debido a la propaganda marxista y a las luchas políticas, estuvo incubándose en la masa general de Villanueva de Alcardete, de la provincia de Toledo, un odio furibundo de clases que trajo como consecuencia el desastre de 1936, con sus sacrilegios, crímenes y abominaciones contra las personas piadosas, contra las cosas y lugares sagrados.

El patriotismo tradicional y la piedad profunda española se conservaron vivamente en muchas familias, a pesar de las persecuciones y muertes, ejecutadas en todos los momentos, desde que la libertad y los derechos más elementales de la personalidad humana y de la historia nacional fueron negados por el régimen instaurado en 1931 y llevado a su término en 1936. Ahí está esa teoría de mártires y patriotas —los escasos descritos por nosotros y los numerosos que no hemos descrito— que prueban hasta dónde llegó el furor impío, de una parte, y la fe y el patriotismo de la otra.

Villanueva de Alcardete. Toledo. Al establecerse el dominio rojo, fue profanada la iglesia parroquial. El retablo del altar mayor, de estilo Renacimiento, "magnífico y suntuosísimo" fue completamente destruido y sus astillas quemadas. Así perecieron las dos hermosas esculturas de San José y Santo Domingo de Guzmán; la admirable talla de San Miguel, venciendo a Lucifer; un magnífico grupo ecuestre de Santiago Apóstol, con los moros al pie, de proporciones gigantescas; el altar de la Virgen del Carmen... En una palabra: todos los altares, imágenes, retablos, órganos, archivos. Las tres ermitas que había fueron de tal manera saqueadas, que en ellas sólo quedaron las paredes, habiéndose llevado también las campanas de las dos primeras.

El Santísimo Sacramento fue profanado en la iglesia parroquial: sacaron los copones y arrojaron por el suelo las sagradas Formas o las echaron "sobre algunos vecinos, a guisa de papelitos de carnaval", y con el copón jugaban a la pelota, lanzándolo de un sitio a otro con el pie. De los ornamentos sagrados sirviéronse para remedar burlescamente las procesiones litúrgicas, "llegando la osadía de aquellos energúmenos hasta obligar a que uno de los mártires fuese paseado en andas, llevadas por otros de sus compañeros, uno de los cuales tuvo que oficiar de preste, revestido con la capa pluvial".

La iglesia parroquial fue convertida en checa y más tarde en mercado, teatro, cuartel, asilo, cochera, granero y en una verdadera cuadra. Los destrozos causados en ellas fueron calculados en el año 1940, en medio millón de pesetas.

Villalgordo del Júcar, en la provincia de Albacete. La iglesia parroquial fue saqueada en 1936 y quedó totalmente destrozada en su interior. Los restos y astillas de los altares, imágenes, archivo y todo lo demás fueron quemados en una hoguera pública, en la plaza. Se llevaron también las

campanas. El templo fue convertido en garaje de la aviación roía. Los milicianos se llevaron al párroco que fue atormentado en una de las checas del fatídico S.I.M.

Villalgordo del Cabriel, en Valencia. Aunque toda la población era católica, sin embargo, en general, era algo fría e indiferente en la práctica, con excepción de un buen número de familias y personas hondamente piadosas y muchas de ellas de comunión diaria.

En julio de 1936, los rojos profanaron la iglesia parroquial, destrozando o quemando todos los altares, las imágenes, los ornamentos, el archivo y todo lo demás, y se llevaron las campanas, destrozando una parte del campanario.

El día diecisiete de febrero de 1937, asesinaron inhumanamente a veintidós vecinos del pueblo, "por ser católicos prácticos", la mayor parte de los cuales eran trabajadores humildes, y de ellos, tres mujeres.

Venta del Moro, también en Valencia. Está constituido este pueblo por un núcleo central y varias aldeas, habitado en su mayoría por pequeños agricultores. Caído sobre él la maldición roja, tanto la iglesia parroquial como los templos y las ermitas de las aldeas fueron profanados. Tras la profanación, fueron destinados todos los templos a depósitos o almacenes y dependencias de los comités y partidos marxistas.

En Venta del Moro, además de las pérdidas generales y comunes, se hace mención especial de las siguientes: ocho altares y retablos, con sus imágenes; un órgano y armonio; la imagen de nuestra Señora de Loreto, bellísima talla de Ignacio Vergara; un frontal bordado en tisú de oro; cruz parroquial; incensario con su naveta, custodia, copón, corona de la Virgen y crismas, todo de plata; tres campanas grandes... En las capillas de los Marcos, Santa Bárbara y La Fonseca, Jaraguas y Las Monjas, desapareció igualmente todo.

En una sola palabra: la Iglesia española perdió más de ochocientos millones de pesetas. Toda una gran riqueza acumulada para el servicio de Dios y para la ayuda a los humildes, se perdió de pronto, destruida hasta no dejar rastro. Conviene meditar también este otro aspecto de la gravísima cuestión que hizo temblar a nuestra patria. ¿Qué derecho poseían los incendiarios y los profanadores? Es que no se halla, si se juzga en serio, ni la más leve razón política. Claro que ni esto los hubiese justificado ante el más endeble derecho de gentes. Pero, así y todo, preguntamos: ¿qué razón, siquiera política, los amparaba?

Hagamos girar, de nuevo, el horrible caleidoscopio. Llega hasta nuestra mirada otro matiz: los niños.

Uno de los efectos más visibles, en el orden cultural y en el orden religioso, de la gloriosa liberación de España, arrancada a la barbarie y a la impiedad, fue la desaparición instantánea de la blasfemia en la sociedad, en la vida pública. Y otro de los efectos más notables en el orden religioso y humano ha sido el renacimiento de la piedad, también espontánea, pero muy honda y sincera, en las almas de los niños. Estos dos efectos, como un cambio repentino, se pudieron observar en varias ciudades españolas.

Después del establecimiento de la República, en 1931, se oía blasfemar por todas partes. La blasfemia contra Dios entallaba en los labios de los enemigos del cristianismo con satánico furor, lo desbordaba todo y lo inundaba todo: la vida pública, los establecimientos, las oficinas, las tabernas...

Lo mismo sucedió con las palabras obscenas, con las canciones escandalosas, con las conversaciones inmundas, con los gestos y acciones depravadas. La impiedad, la incultura y la suciedad, enseñoreadas en algunas almas, se desbordaron al exterior y se mostraron en toda su repugnancia a los ojos de todos, grandes y niños, hombres y mujeres. El ambiente de la calle era ambiente de blasfemia y de inmundicia, sobre todo después de haberse establecido el terror, el año 1936.

La influencia del ambiente en las almas de los niños fue corrosiva y criminal. En la calle, en las guarderías infantiles y en algunas escuelas, los niños estaban sometidos a la influencia de la blasfemia, de los ejemplos horripilantes, de la suciedad...

Algunos niños respiraban el mismo ambiente en sus casas. Por las plazas, mientras corrían y jugaban los niños, se les oía que blasfemaban con refinamiento, que cantaban obscenidades y

decían palabras inmundas sin el menor recato. Era un espectáculo que espantaba a las personas con una pizca de sensatez. Nada más que con una pizca de sensatez... ¡Niños que blasfemaban con refinamiento satánico! ¡Niños que cantaban y decían obscenidades como viles degenerados! ¡La pureza y la piedad, los mayores encantos de los niños, perdidos en los niños de las calles, de las plazuelas de España!

Ese mismo era el ambiente de algunas guarderías y de algunas escuelas. "En la guardería de San Pablo, de Cuenca, cuando fue liberada la ciudad a fines de marzo de 1939, los niños estaban llenos de pupas, con sarna, sucios, tristes; iban retrasados en la enseñanza, decían y hacían toda clase de impudicias y blasfemaban como energúmenos."

A los pocos días de la liberación sostuvo un sacerdote, en la Plaza Mayor, con un niño que fue a besarle la mano, un diálogo que creemos es oportuno reproducir:

—¿También tú, hijo mío, blasfemas contra Dios?

El niño bajó los ojos al suelo, mientras sus mejillas enrojecían de vergüenza, y respondió, confundido y con voz entrecortada por la emoción:

—Sí, padre; yo también blasfemaba contra Dios.

—¿Y por qué? — le replicó el sacerdote.

—Pues porque el maestro y otros niños también blasfemaban... El maestro nos decía en la escuela que no había Dios y que podíamos decir lo que quisiéramos... Pero yo me decía para mí solo: Pues, ¿quién ha hecho la tierra y el cielo y a nosotros mismos?

Después, continuando el diálogo, el sacerdote volvió a preguntar al niño:

—¿Y no te pasaba algo, o no sentías algo, cuando blasfemabas de Dios?

Rápidamente, el niño, juntando las manitas sobre el pecho, respondía: . —¡Sentía una cosa aquí dentro!...

No hay duda. El hombre como criatura racional es esencialmente religioso, y su alma, apartadas las causas pasionales de la irreligión, tiende, con el peso propio de su naturaleza, al temor de Dios, al culto divino y a la piedad. Así, el mismo día de la liberación de la ciudad a la que nos hemos referido, de Cuenca, de pronto, al cambiar el ambiente, desaparecieron las blasfemias y la inmundicia pública, y en las almas de los niños se desbordó la religión y la piedad, antes violentamente oprimidas. El cambio se observó en las calles, en las escuelas, en las iglesias: los niños sentían necesidad de rezar, de ser piadosos, de amar a Dios, de besar las manos de los sacerdotes, de tener estampas, de hablar con el Niño Jesús y con la Virgen María y de recibir la Sagrada Eucaristía frecuentemente, después de la Primera Comuni3n.

El mismo día de la liberación, en los internados, en las guarderías de Cuenca y de la España bajo el dominio ateo, empezaron los niños a santiguarse públicamente y a rezar como lo habían aprendido de sus madres. En una guardería de niños, una de las primeras noches del cambio, saltó un niño de la cama, se vistió y fue en busca de algún superior y dijo al primero que encontró:

—Señor director, que ya estamos todos acostados en la cama y no ñay ningún superior que rece...

En otra guardería de niñas, también una de las primeras nocñes después de la liberación, una niña, estando ya acostada en la cama, llamó a la señorita inspectora que paseaba por el dormitorio y le dijo al oído:

—Señorita, ¿por qué no me enseña usted a decir una cosa que me decía mi mamá: "por mi culpa, por mi culpa..."?

La liberación fue, ciertamente, para los niños españoles una auténtica liberación moral. Tal vez la más brillante de todas, tal vez la más valiosa. Pocos meses después de desaparecer del haz de la patria el poder comunista, en las guarderías todo había cambiado: los niños aparecían limpios, sanos, colorados; reían y jugaban alegres; cantaban himnos patrióticos o canciones bonitas; eran respetuosos con todos y consigo mismos; y no se querían ir a sus casas...

Los niños son indefectiblemente los hombres del futuro, y los hombres son los que imprimen en la sociedad y en los pueblos el espíritu de Cristo o la desintegración religiosa. Adonde iba

España con aquellos adolescentes es fácil de saber.

Por otra parte, donde no reina el espíritu de Cristo no hay ni puede haber unidad, fundamento perenne de las naciones, pues, si se observa bien, toda unidad descansa en virtudes de un inconfundible signo católico. Y mucho más, muchísimo más, en lo que se refiere a la unidad de España. Y esa unidad, por fin, se logra educando a los hombres a la edad que normalmente han de ser educados.

Hemos repasado, en giro vertiginoso, la gran vergüenza documental de unos años patrios que mejor sería haberlos olvidado para siempre. Contra esa vergüenza se opuso, afortunada, providencialmente, el espíritu del país. El espíritu, el carácter y la nacionalidad de España, como pueblo y como Estado, amasados de condiciones raciales y geográficas, de cultura cristiana, tal como aparecen ya en el siglo V en lucha contra los bárbaros invasores, desde el siglo VIII hasta el XV contra los árabes, en el XIX contra los franceses y en el XX contra los rojos, por la libertad, por la unidad, por la cultura y la religión, subsisten y perduran a través de los siglos, tenaz, fielmente, en los pueblos, en las familias y en los hombres, con la pujanza de los hechos reales, milenarios y vivos.

La unidad espiritual de España, defendida a través de los siglos con la sangre de los héroes nacionales, obró y se manifestó como tal unidad, en toda la historia, en la ciencia, en el arte, en la cultura, en las empresas nacionales, en los descubrimientos y en la evangelización de América y de Filipinas. Hasta la invasión del espíritu francés en el siglo XVIII, o mejor, hasta la invasión francesa con las armas y con su espíritu en el siglo XIX la unidad nacional, histórica, religiosa y cultural constituían un hecho multisecular, al cual se debía todo el patrimonio material y espiritual de España. Cualquier atentado contra esa unidad de la patria, si venía de un español, era una traición y una apostasía; si venía de un extranjero constituiría una vulneración escandalosa de los derechos fundamentales que asisten a los pueblos para salvaguardar sus esencias. Contra esa unidad y contra esa esencia conspiraron los enemigos de España: comprando traidores, pagando apóstatas... He aquí, pues, la gran vergüenza.

XXIII. TRES VECES LA RAZÓN DEL MÁS FUERTE

Como oscuro broche, pero broche al fin, de lo que aquel traumatismo nacional significó en todos los órdenes, narraremos tres casos, que fueron curiosos de no ser sangrientos. Tres casos en los cuales las víctimas probaron su absoluta inocencia, y a pesar de ello, sin preocuparse sus enemigos de fingir la más leve razón jurídica, los condenaron en virtud de la ley del más fuerte, que es, según se tiene entendido y experimentado, la ley de las bestias, y no de todas.

Francisco Garcisánchez, de Madrid, fue detenido en la capital dos días después de erigirse dueños de la situación los marxistas. Primeramente fue llevado a los sótanos del Ministerio de la Gobernación. Fue encadenado sin explicarle lo más mínimo, y así estuvo cerca de dos semanas. Al cabo de ellas, fue llamado a declarar.

—¿Cuál es su profesión u oficio? —le preguntaron. El tribunal, según referencias exactas, estaba compuesto por tres peones de albañil y por un barbero que se hizo célebre por su crueldad en las checas.

—Perito electricista.

—¿Ha ayudado de alguna manera a los fascistas?

—Al día siguiente de hacerse cargo de la ciudad el gobierno del pueblo me encadenaron en un calabozo.

—¿Luego confiesa usted ser un individuo peligroso?

Aquí la admiración de Francisco. La lógica jurídica de sus jueces se mostraba a una altura incomparable. Y, desde luego, inconfundible.

—Que me hayan detenido no significa ninguna confesión por mi parte, más bien espero explicaciones de quienes me detuvieron.

Inmediatamente uno de los componentes del tribunal se levantó de su sitio y, acercándose al reo, le abofeteó hasta derrumbarle.

—Y le advertimos al reo que la menor insolencia con este tribunal influirá en la sentencia.

—Responda el acusado: ¿es fascista?

—No sé a qué se refiere el tribunal con la pregunta. El fascismo, según creo, es un partido político y yo no pertenezco ni he pertenecido a partidos.

—¿Es el acusado partidario de los curas?

(Obsérvese el procedimiento. Es infinitamente cómico. Pero... ¿hace gracia? No. No hace gracia. Es muy triste que en España pudieran ocurrir escenas semejantes.)

—Respeto a los sacerdotes de igual forma que a ustedes. Es decir, con igual respeto que a mis semejantes.

—¿Es católico?

—Estoy bautizado, como ustedes.

—Prescinda el reo de compararse con los componentes de este tribunal y límitese a responder sí o no.

(Como se ve, la superior cultura y experiencia dialéctica de Francisco Garcisánchez dominaba fatalmente la situación.)

—¿Está dispuesto el acusado a luchar por los ideales del pueblo?

—Sí. Estoy dispuesto a luchar por los verdaderos ideales del pueblo.

—¿A qué llama el acusado "verdaderos"?

—A los que incluyen la justicia y el orden.

Sin más explicaciones, sin dictar sentencia, el acusado fue devuelto al calabozo.

Bien se puede decir que en la forma de llevar la causa —si así podemos calificar la serie de preguntas a que el reo hubo de someterse— no había, por ningún concepto, lugar a condena. Claro que el tribunal no se molestó tampoco en dictarla. Francisco Garcisánchez era, en efecto, católico. Pero ni sus enemigos lo sabían, ni siquiera lo averiguaron. Un día, de pronto, el reo fue sacado de su calabozo y subido, juntamente con otros detenidos, a un camión. Fue asesinado en las afueras de Madrid, por la simple razón del más fuerte.

Otra vez se trataba de un anciano. No conocemos su nombre, pues ha sido narrado su caso como un acontecimiento sin importancia en comparación con la narración completa en la que centenares de hombres fueron asesinados.

Lo llevaron entre unos cuantos milicianos. El anciano rogaba:

—Ustedes saben que no he hecho nada...

—Anda para adelante, y no hables.

—Soy un viejo, y no me he metido nunca en política. ¿Qué van a ganar matándome?

—¡Mira allí!

El anciano, sorprendido, volvió la cabeza instantáneamente. El tiro en la nuca le arrastró unos cuantos metros, y le aplastó la boca contra el suelo.

Una muchacha. María Paz Aguirre. En la checa de la "Ese", de Madrid, adonde la llevó un miliciano borracho para divertirse, la cortaron los pechos con una cuchilla de afeitar, sin preguntarle ni siquiera el nombre.

Esta era la razón del más fuerte, con ese cruel matiz de sadismo que caracterizaba a la chusma revolucionaria.

Y la razón del más fuerte eran, sobre todo, las checas. Ya aquí las hemos mencionado. Conviene, que, a mayor abundamiento de casos, transcribamos una descripción verdaderamente espeluznante. Su autor es el escritor don Tomás Borrás:

"Lubianca de la calle de San Lorenzo, casón vetusto; fachada de grises amarillentos, tostada por el bravo sol, de su miel impregnado el gris, como en el granito del Guadarrama; dos pisos de muchos balcones, tejado de gorrión y golondrina con musgo del siglo XIX, y un portal ancho, de silenciosa y fresca cal. La comunidad monjil tenía colegio de párvulas rezadoras... Tropeles greñudos, cuando la República armó al "pueblo", metieron su riada de fusiles, facones, hachas y garrotas en el portal cándido transido de los "¡Ave María Purísima!" Se quebraron los pupitres, partiéronse las camitas pobres, al arroyo con ellos, arrojados también por el balcón pedazos de imágenes, cuadernos de balbuceo de caligrafía, los cromos de la Pasión de Jesús, los bastidores de bordados. Retumbó en el casón de triunfos democráticos sobre la pedagogía oscurientista, destrozó, apostrofes de insultos a Dios y de pornografías, odio seco de romper y matar. Las monjas, golpeadas, a una cárcel; las mujerotas orinándose en las tocas virginales. Después, vacío, abierto en canal, el casón mostraba desde la modesta calle de San Lorenzo sus puertas de cuarterones descolgadas, el pavimento con astillas, jirones, objetos machacados; en las paredes blancas dibujos obscenos y tratamiento a las monjas de zorras y paridas. El S.I.M. puso tapia a los balcones, creó los encierros graduales e, instalados buenos cerrojos y aparatos del "procedimiento especial", con el visto bueno de la rusa varona acogió las traíllas de acusados, "enemigos del régimen".

"A centenares, mujeres y hombres eran descargados en la lubianca por los automóviles de la noche, llevándose, a la vuelta, a los condenados a muerte —en el S.I.M. no se mataba a nadie— a otras checas sucursales, dispuestas para el remate de las vidas; sustituían nuevos acarreos a los sacados, colmaban con otros cuerpos los claros del calabozo, la carne humana iba y venía clandestinamente, distribuyéndola a oscuras el rápido ir y venir de los automóviles; prohibición a los vecinos de asomarse a la calle ciega. Los cainitas, rellenos de carne fresca los cupos de mazmorra, antes de la madrugada poníanse a su trabajo: extirpar la población que se negaba al marxismo, ateísmo, anarquismo, despedazamiento de la nacionalidad, coloniaje, anti-España.

"Cuarenta horas declarando, equipo de preguntado-res que se releva cada cuatro, mareadores, agotadores de las fuerzas morales del cogido, interrogatorio a la carga, con sed, con irritación de las fibras nerviosas, sin esperanza, ahogado de susto, pensando en el peligro de los

familiares y amigos; cuarenta horas de sarcasmo, de bofetadas, de promesas halagüeñas, desesperación, esperanza, ultrajes, adulaciones, sueño, cólera, desmayo, nervio.

"Después, la cámara refrigeradora, la "nevera", en la jerga de la lubianca: alacena de ladrillo con instalación de fresquera; diez minutos para producir la tiritona y a reconfortarse en la galería.

Después, ya reaccionado, al patio. Un cubo de agua helada suprime, brusco, el calor natural; cada dos minutos, cuando la temperatura del cuerpo ha subido, otro cubo de agua frísimas.

"Después, de nuevo a la "nevera", esta segunda vez desnudo; pasados los diez minutos, a "la celda del huevo", cámara con agua hasta la cintura del encerrado, las paredes y el piso ovoides, de modo que hay que permanecer en pie en el centro de la forma cóncava.

"Después, a la celda letra V, o número 32, agujeros mezquinos como carboneras, donde únicamente se puede estar tirado y encogido. Allí, dos días en abandono completo, sin alimento ni agua, con el espanto de la sospecha: "No vuelven a sacarme; me han traído aquí para que me muera".

"Después, el interrogatorio ante la jauría, otras cuarenta horas, relevándose los jueces cada cuatro, las mesas servidas y ellos a comer sabrosamente, a ofrecer, sin cumplir, bebidas frescas, desfile de gustos de paladar, devorados; exacerbada la gula, relamiendo los sabores de los líquidos, el cigarro, como punto final: burla y excitación del hambre y la insufrible sed, golpe certero a la entereza.

"Después —no logran delaciones del cogido—, a un agujero del patio, lleno de agua, donde hay que apoyarse tan sólo en un pie; cuando no se soporta la fatiga, al pisar con el otro pie, un vergajazo de los vigilantes alerta y desengaña; cada vez que rinde el desequilibrio, el escozor del vergajo cruza la piel sin vestidura, implacable, hasta someterse a gravitar sobre la pierna única.

"Después, abren el compás, tiran de las piernas hacia los extremos, sin llegar al desgarramiento.

"Después dos días abandonados en las celdas peores: la V, y la 33, en los "in pace".

"Después, las palizas con gomas de llantas de coche o con castigantes de arena; alguna vez fracturan las costillas, alguna vez producen meningitis o conmoción cerebral, heridos el cerebelo y la medula; alguna vez, el trauma en el vientre sube a peritonitis.

"El reo es heroico y no se obtiene nada en los interrogatorios; los cainitas comienzan la serie irresistible de los "procedimientos especiales".

"Las lentes para el estigmatismo agudo, que no corresponden a su visión; cuando se producen las neuralgias insufribles, cuarenta horas de preguntas, las lentes puestas, agravando el dolor, y la incoherencia, y la falta de dominio mental, que traiciona los secretos; y los anillos que sostienen abiertos los ojos, el foco de lámpara potente horadando el iris y la retina, sin término.

"Después, el calabozo de estar en cucullas, partiéndose por los riñones, con los músculos tirantes y el rostro en las rótulas.

"Después, las astillitas de tea, que se clavan entre las uñas y la carne, se encienden y tuestan los dedos.

"Después, la falsa reconciliación, la falsa tolerancia:

"—Como eres inocente, quedas libre. Prepara tus cosas para salir. Vete a tomar un baño y a comer.

"Al baño jabonoso empujan y sumergen, él con alegría, y se le abren canales sangrientas: el fondo, oculto por el color opaco, está sembrado de vidrios de botella.

"Después, "la bota malaya", borceguí de hierro cuyas dos mitades se unen haciendo girar un tornillo; aprieta gradualmente los dedos del pie hasta fracturar las falanges.

"Después, los pies quemados lentamente, encima y a corta distancia del brasero de carbones.

"Después —ha sido imposible arrancar confesión al cogido— los cainitas le borran del existir: con una bomba de bicicleta insuflan aire en sus intestinos, o le inyectan una enema de cemento: ideación de injuria chulesca. Y le mandan a morir despacio a cualquier checa sucursal, fuera de las inspecciones simuladas de los tutores extranjeros."

Esto, querido lector, era una checa. Su trágica memoria causa terror y vergüenza. Esta era la razón salvaje del más fuerte.

He aquí el final del libro que hemos citado:

"...El Ladis cambió su breve pistola empavonada por la pistola ametralladora de cargador como un soporte. Los faroles descubrieron una pared de ladrillo. El soldado fue a ponerse de frente: los faroles le realzaban el blancor de la camisa. El Ladis se apoyó la pistola ametralladora en el antebrazo izquierdo, que así fusilaban en las checas. Federico oyó los cortos fustazos de las balas, látigo sobre pavimento. El otro reo fue conducido por el Ladis y sus segundones que iban y volvían, fumándose cigarrillos, con charlas de cosas del Ateneo, tranquilos, capataces en faena. Cuando vio que se adelantaba su compañero, empujado por un puño en el sobaco, a Federico le entró una oleada de agua, se le hicieron agua las piernas. «¿Cómo puedo sostenerme?» Una maravillosa quietud le puso en sosiego la alarma nerviosa y el brutal golpetazo del corazón. Como si le hubiesen anestesiado, quedóse en insensible impavidez. Al precipitarse los tiros sobre un grito de fusilado, de nuevo le crepitó cada fibra, rebelde a aniquilarse; le sudaban sangre los ojos, los labios se le tiñeron del zumo violeta de la muerte. Hablaban y fumaban todos, acercándose a él.

"—Te puedes salvar. Tu eres de Falange. Dinos nombres.

"—Dejarme. Éste me lo confiesa a mí solo. ¿Verdad, pichi?... Ni sabe hablar del susto. Anda, tú.

"Con el papel presidía el Ladis. Un victimario mojaba la punta del lápiz en la lengua.

"—¿Cómo dices que te llamas?

"El Ladis respondió por el muchacho, que entornaba los ojos, exánime.

"-José Hurtado de Mendoza.

"Escribieron el nombre, y con un alfiler se lo clavaron en la solapa, para la identificación para cuando encontrasen el cuerpo en el campo.

"La madre lleva tres viajes, tres días, al caserón en soledad, tierra agostada del puente de Vallecas. Está muy lejos para ir a rastras los pies, para ir arrastrándose toda, tan lenta. El hijo está allí, se lo dijeron en el Ateneo Libertario, se lo confirmó la guardia del ca-són, y pide cosas, pide todo lo que pueda llevarle tapado por su manto pobrecito, acariciado, porque es para él, por sus manos de gruesas venas azules.

"—No le harán ustedes nada, ¿verdad? Porque él

no ha hecho nada. ¡Si no ha cumplido los dieciséis años!... Es un niño... —La madre dice el supremo argumento, el que la tranquiliza. Nadie se ensaña, nadie hace sufrir a los niños.

"—Esta tía loca se cree que le íbamos a tener aquí.. Hay que largarla...

"—Deja que así trae cosas y nos llena el buche.

"—Su chico pide tabaco. Que se espabile usted, viejales, y que le traiga cajetillas.

"La madre sonríe, camina de rastras, encorvada:

"—¡Pero este hijo! ¡Si no fumaba! Pero se me va haciendo mayor..., ¡y lo que se aburrir n ahí los infelices!...  C mo voy a tener dinero?  D nde habrá tabaco?... T  me ayudas, ayúdame, Virgen de los Dolores..."

Por Dios, no pronunciemos palabra tras contemplar esta escena. ¡Ella sola condena para toda la eternidad tantas cosas!...

XXIV. ÚLTIMOS PAISAJES DE SANGRE

He aquí otra descripción más para novela que para realidad histórica:

Cuando aquel muchacho voceaba:

—¡Agua fresca y aguardiente!

Era seguro que había fusilamientos de madrugada, en la pradera de San Isidro.

Había, sobre la hierba, unos puestecillos con toldos blancos donde se vendían azucarillos y copas de anís.

Y acudían las mujeres de aquellas barriadas con sus críos, como si fueran a una novillada, las lavanderas del Manzanares y los chulillos que viven al otro lado del puente, en el camino de las Sacramentales. Perspectiva lúgubre, de cipreses oscuros, puntiagudos, sobre los cielos descompuestos del amanecer. Llegaban los pelotones de la ejecución con los reos. Militares retirados, sacerdotes, muchachos acusados de falangistas. El público aplaudía o silbaba, según como morían.

Se retorció, llorando, un muchachito enloquecido por el miedo.

—¡Fuera, cobarde!

Le abucheaban como si fuera un toro manso.

Figuraba en aquella tanda el padre Anselmo, el archivero de los condes de Sajera. Le habían prendido al día siguiente de la muerte de..., por una carta firmada por Calvo Sotelo, que encontraron en su despacho. Parecía que el capellán había querido seguir a su viejo señor más allá de la muerte. Bramaban las mujeres.

—Dadle a ese cura. Hay que acabar con ellos.

Había pedido permiso para vestir la negra sotana y calzar sus zapatos con hebillas plateadas, de clérigo elegante. Estaba sereno. Miraba al cielo fresco, que ya se abría con charcos de luz rosa. Y los primeros pájaros. Detrás imaginaba sinfonías y arpas. Le apuntaron. Extendió el crucifijo hacia sus verdugos.

—A Éste no le matáis.

Cayó en medio de una ovación.

—Ha estado valiente el curita.

—Como un jabato.

—Mira en cambio, ése.

Y señalaba a un hombre joven, que se agarraba suplicante a las piernas de los milicianos. Voceaban:

—¡A diez céntimos la copa de anís!

Se fusilaba ya menos en la checa de la Casa de Campo abarrotada de cadáveres. Allí juzgaba un tribunal compuesto por cuatro mujeres y un hombre maduro.

Habían abierto enormes zanjales cerca del campo del polo. Y en el barro del estanque, que se iba secando, yacían abotargados más de tres mil cuerpos de infelices ciudadanos.

A los falangistas los metían en pozos, les enterraban hasta la cintura, les rociaban el tronco con gasolina quemándolos vivos. Se les oía aullar a través del humo.

Se fusilaba en todo Madrid; en el barrio de China, en la Colonia del Viso, en las afueras con desmonte y campo y las cocheras taciturnas de los tranvías. Morían más de trescientos diarios. Algunos aparecían mutilados, con los órganos vitales en la boca, y hojitas de perejil, imitando en burla a los cochinitos de Botín. Les ponían en el pecho el carnet o el salvoconducto, para que supieran su nombre y encima U. H. P. o un cartelito donde ponían "Quinta Columna".

El crimen estaba perfectamente organizado. Por primera vez en la historia, todo el mecanismo

burocrático de un Estado era cómplice de los asesinatos...

El relato es del conde de Foxá. ¿Cómo poder espigar de tantos miles de muertos las individualidades concretas de cada uno de ellos y describirlas, aunque sólo fuese someramente? Imposible. La fórmula era ésta: "Exterminarlos sin excepción, desde los viejos a los niños; así, no habiendo burgueses, todo lo que quede vivo será políticamente nuestro." Ésta era la fórmula. Y tan bien la cumplieron, que uno de los milicianos pudo exclamar una vez: "Ayer maté tantos fascistas, que podía encender un cigarrillo en la boca del fusil."

¡Dolorosa España destrozada, sangrienta!

Aquel odio feroz desencadenado contra la España auténtica y contra Dios parecía que no tendría fin jamás. Sin embargo, para quien quisiese ver surgían, en un sitio y otro, señales de que Dios estaba presente, y que sus designios son inescrutables. En éste, como hemos dicho en algún capítulo anterior, caleidoscopio de la gran tragedia, llegamos ahora nuevamente a escenas en las que la mano del Señor aparece. Se trata de un documento oficial procedente del Juzgado Militar de Cuenca, y debido a ello lo transcribimos íntegramente.

La escena se desarrolla en Valverde del Júcar.

"El día 16 de agosto de 1936 se presentaron en esta localidad unos milicianos rojos de Cuenca, a los que se unió el N. N.; se dirigieron a la iglesia de esta localidad y procedieron a la quema y destrucción de todas las imágenes, significándose de una manera clara y repugnante en los hechos cometidos el N. N., el cual se dirigió a la imagen del Santísimo Cristo de la Azucena, atándola con una soga y tirándola al suelo, cortándole brazos y piernas y abofeteándole, haciendo gala de los actos más salvajes que se pueden concebir, y juntamente con los demás, llegaron a la total destrucción de cuantos objetos religiosos se encontraban en el templo.



Ilustración 15. Pantomimas sacrílegas de las turbas rojas

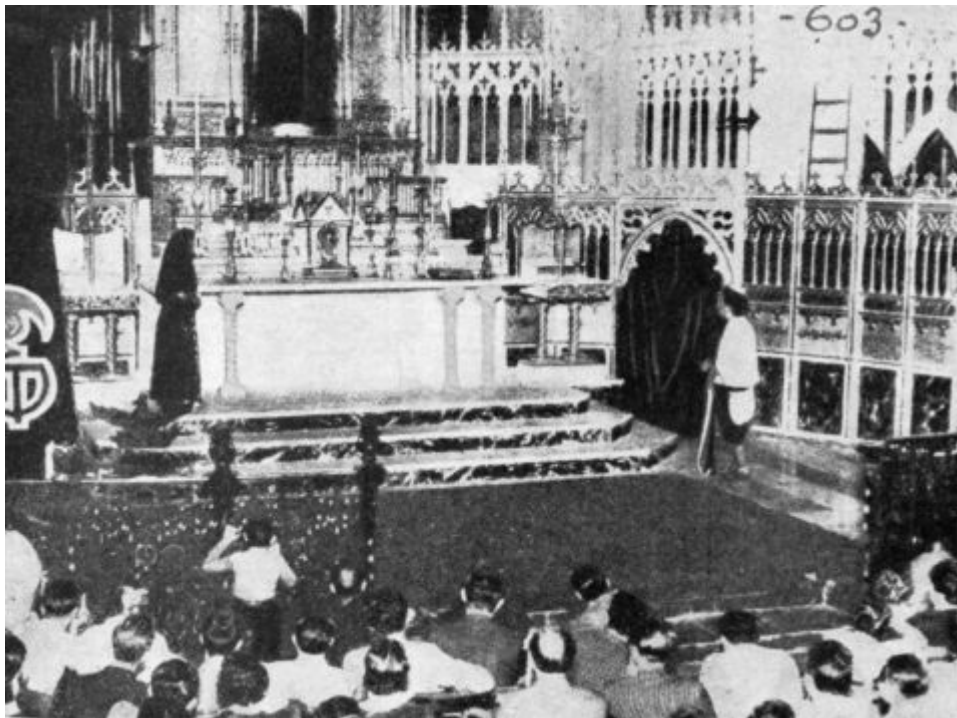


Ilustración 16. Representación teatral en la iglesia de los Dominicos de Valencia

"Seguidamente, y en el mismo día y con los mismos elementos rojos de Cuenca, se trasladaron al domicilio del vecino de Valverde del Júcar don Antonio Balbona, y le hicieron un registro, amenazando de muerte a él y a su señora, robando en el citado domicilio algunas onzas de oro y alhajas, y realizando posteriormente actos parecidos en otros domicilios de la localidad.

"Posteriormente nació un hijo del citado N. N., presentando unos defectos físicos análogos a como redujo la imagen que se cita, y como creyera el padre que era un reproche divino de su conducta, influyó con un comisario de la unidad a que él se incorporó voluntariamente para que recogiese al recién nacido y lo matase, hecho que no se consumó por la tenaz resistencia de la madre, consiguiendo posteriormente que el estado rojo le consignase una pensión mientras viviera el niño, el cual dejó de existir cuando su padre se disponía a cobrar la pensión de referencia...

"Valverde del Júcar, 7 de abril de 1939. Año de la Victoria.

"Firmado: Pedro Pérez. Fidel Escribano. Eusebio Guijarro. Julián Patino. Julián La Gullón. Francisco M. López. — Dos firmas ilegibles. (Rubricados.) (Hay un sello que dice: Alcaldía Constitucional. Valverde del Júcar. (Cuenca)."

En cuanto al niño nacido con las señales del sacrilegio perpetrado por su padre, sin brazos y sin piernas, se afirma en Valverde por todo el pueblo, que fue testigo de vista, "que en la cara tenía señalada una mano, que se veía mucho mejor cuando el niño lloraba".

La mano de Dios. ¡Trágico e inescrutable destino de una criatura a la que Dios encomendó la misión de revelar su poder eterno!

En todos los aspectos, en todos los lugares, la mano de Dios fue paternal. No hicieron falta siempre pruebas tan fulminantes, desde el punto de vista humano, como la que acabamos de referir. Una intervención sobrenatural, de carácter divino, generalmente fue admitida por todos, unos y otros, gente, al fin y al cabo, educada en la fe y en el temor de Dios. "¿Cómo no han de ganar, si Dios está con ellos?", se decían muchos rojos. "Si ellos rezan tanto y vosotros blasfemáis y quemáis iglesias no es extraño que ellos ganen y vosotros perdáis", decía a sus dos hijos milicianos una mujer, interesada en el triunfo de la revolución.

Por el otro lado, la intervención de fuerzas superiores al hombre en la tragedia de España entera es reconocida por los creyentes y aun por algunos incrédulos e indiferentes, que no se explican humanamente el furor vesánico contra todo lo sagrado, ni la crueldad refinada contra los

sacerdotes. Si no creían en Dios, ni en Jesucristo, ni en los Sacramentos, ni en la Iglesia, ¿para qué blasfemar como energúmenos, para qué saquear y destruir los templos y celebrar orgias con mofas de todo lo sagrado? Si el sacerdote es un hombre como los demás, puesto que no admitían el valor de la consagración sacerdotal, ¿por qué los condenaban, los perseguían y los mataban, sólo por ser sacerdotes? El odio sacrilego, provocado e irrefrenable, era evidentemente de un orden trascendental, y no simplemente humano, sino diabólico. En aquellos días de sacrilegios horribles y de blasfemias espeluznantes, ¿quién no creía que por aquellas bocas y por aquellos ojos y por aquellas manos hablaba y miraba y obraba el demonio?

Y volviendo de nuevo al lado de Dios, no es difícil reconocer que la Divina Providencia ha intervenido extraordinariamente dando fortaleza a los mártires y convirtiendo muchas almas, salvando a muchos de peligros y males, y —¿por qué no?— castigando también a otros muchos de maneras muy diferentes. Muchos hechos ocurridos, contados por los profanadores, fueron atribuidos por ellos mismos a una intervención especial de Dios. Aunque los detalles de muchos casos particulares extraordinarios permanezcan ocultos en el fondo de muchas conciencias, y otros no deben salir de los informes a la luz pública, se cuentan hechos, considerados como evidentes castigos divinos, en inúmeros pueblos.

XXV. MANOJO DE MÁRTIRES

En esta relación surgen a la memoria verdaderos manojos de mártires, casi todos humildes, casi todos ignorados, que son las joyas más preciosas que adornan al catolicismo español. Citemos, rápidamente, a algunos.

Luis Villarejo fue siempre un hombre lleno de bondad y generoso con los pobres. Amante de su pueblo con el cual compartió siempre su pan remediando cuantas necesidades le salían al paso, jamás dio a nadie motivo de malquerencia. Con su hermano Lisardo cooperó en la construcción de un convento. Fue encarcelado y atormentado horriblemente en una checa instalada en una iglesia. Le azotaron, le dieron continuas y enormes palizas, le echaron en las heridas de la carne viva "compuestos picantes, para así acrecentar el espantoso sufrimiento que tan lentamente le hicieron pasar", y por fin lo descuartizaron vivo, dejando los trozos de su cuerpo cubiertos con un poco de tierra y una estera, durante mucho tiempo.

Don Salvador García Moreno, sacerdote, era un modelo de caridad para todos. Su piedad fue siempre ejemplar. Hecho prisionero y no contentos con matarle, le robaron cuanto llevaba encima y mutilaron su cadáver bárbaramente, paseando por el pueblo sus orejas, clavadas en las puntas de las bayonetas; después rociaron con bencina su cadáver y le prendieron fuego, pero no ardió.

Don Maximino y Ion García, apareció con la cabeza destrozada y aplastada por el gran peso de una piedra. Fue asesinado con su hijo, dando primero muerte al hijo, en presencia de su padre.

El sacerdote don Jesús Valencia Martínez demostró desde muy niño una ferviente y continuada vocación sacerdotal entregándose a los estudios en el Seminario con un celo y voluntad poco comunes. Una vez sacerdote, demostró cómo amaba a su Iglesia y a sus feligreses en numerosas ocasiones. Detenido el día 31 de julio de 1936, fue cruelmente ultrajado y maltratado, intimándole para que renegara de la fe, a lo cual contestó:

—Yo, ante todo, soy ministro de Jesucristo...

A las dos de la mañana del día 1 de agosto le mandaron se fuera a su casa, y a la salida de la cárcel le dispararon dos tiros, quedando muerto en el acto. Luego arrastraron su cadáver, dejando los sesos pegados a los guijarros de la calle. El único pretexto alegado para su muerte fue su carácter sacerdotal y su afirmación rotunda del mismo y de la fe cristiana.

Don Juan José Taboada del Amo, era un funcionario ejemplar, que observó siempre una conducta delicada y favorecía cuanto le era posible a los menesterosos y a quienes se acercaban a sus puertas. Cuando lo detuvieron, llevaba una cruz y dos medallas. Fue apresado el día 19 de agosto de 1936 "porque era de derechas, porque era fascista y porque iba a misa". Fue asesinado juntamente con su suegro, don José del Campo, y cuatro señores más, los cuales fueron martirizados con gran crueldad, sus miembros mutilados y destrozados por el fuego. Don Juan José Taboada fue hallado más tarde sin brazos y sin piernas.

Doña María de los Dolores Gómez Plaza. He aquí, como ya se ha visto en anteriores páginas de este libro, cómo la furia roja no se detenía ni siquiera ante las mujeres Señora de comunión frecuente, doña María de los Dolores tenía una alma llena de bondad y de piedad profunda. Al ser detenida, junto con su esposo, manifestó deseos de cambiarse de vestido para salir de casa, y le dijeron los milicianos que no era necesario, pues "solamente se trataba de prestar una declaración", añadiendo sarcásticamente uno de los criminales "que, para el tiempo que lo iba a tener puesto, le era igual uno que otro". Conducida al lugar del suplicio junto con su esposo, después de ser maltratada y ultrajada, fue asesinada. "La causa de este asesinato fue indudablemente la conducta piadosa y católica de esta señora."

Don Herminio Escribano Granada. Toda su vida fue una continua dedicación a la Patria por la que jamás temió arriesgar su vida en los momentos difíciles. Era católico practicante y poseía en muy alto grado las virtudes cristianas. El martirio al que le sometieron será para siempre una vergüenza. Unas malvadas mujerucas le apuñalaron en medio de la calle donde lo abandonaron después de haberle quitado la vida. Su hijo, Julio, era, como su padre, naturalmente bueno y dedicaba el tiempo continuamente a su hogar cristianísimo. Recibió palizas inhumanas. En la

prisión "fue obligado a andar por el respaldo de los bancos", mientras le amenazaban con fusiles y palos; "una de las veces cayó, quebrantándose el brazo derecho, lo cual produjo entre los asesinos risa y algazara".

Don Jesús Daniel Cañas Frías era un entusiasta de la causa nacional, es decir, un patriota, y un católico ejemplar. Le detuvieron junto con su hermano encerrándolos inmediatamente en una checa. Diariamente los martirizaban sin ninguna piedad. Ellos, sin embargo, repetían con frecuencia: "¡Sea lo que Dios quiera!"

En el interrogatorio a que les sometieron le hicieron las siguientes preguntas:

—¿Vosotros ibais mucho a misa.

—Sí, íbamos; y ahora no vamos porque no hay.

—¿Qué filiación política es la vuestra?

—Ninguna; somos católicos, apostólicos, romanos... Si esto es delito, ya pueden hacer con nosotros lo que quieran.

—¿Qué decías a tu hijo al acostarlo?

—Reza un credo por la salvación de España.

Al despedirse de sus hijos los besó, y dijo al mayor-cito:

—No olvides a tu padre, hijo mío.

Antes de morir tuvo un recuerdo para su mujer y sus hijos:

—¡ Ay, mi mujer y mis hijos! Dales un abrazo y despídeme de ellos — recomendó a un familiar.

Murió gritando: "¡Viva Cristo Rey!"

Su hermano Antonio era también un gran caballero, de intachable honradez, que vivía exclusivamente para Dios y su familia. Desde que la revolución comunista había enturbiado la sociedad en la que vivía, su espíritu se enfervorizó aún más convencido de que se acercaba el tiempo en que era necesario ofrecer al Creador sacrificios sin cuento. Pero sabía que todo ello significaría un sacrificio digno y conveniente ante Dios y la Patria.

Bajo el dominio rojo rezaba en la comunidad familiar. En los días de precepto leían la Misa y se entregaban al rezo del santo Rosario diariamente. Su intención era conseguir de la Divina Misericordia la salvación de España y la cristiana educación de sus hijos, que en su conciencia valían más que el mundo entero y que la propia vida. Estas ideas las inculcaba a su esposa a quien decía:

—¿No lo comprendes? Si yo doy mi vida, y mis hijos son educados como nosotros, ¿no debemos estar contentos? ¿Quieres que mis hijos vivan en este ambiente de impiedad? ¡No! Si es necesario que muramos para que ellos se eduquen con Dios, pues que así sea. Así, de este modo se salvará España y seremos cristianos. Tú y mis hijos veréis la victoria; yo, no.

Al responderle que no se expresara en aquellos términos, porque Dios le oiría y aceptaría su sacrificio, respondía:

—Pues precisamente por eso; se lo he pedido y así será.

El día 8 de noviembre de 1936, los rojos se incautaron de los dos comercios que tenían, y cinco días más tarde detuvieron a los dos hermanos. Al detenerlos, preguntaron qué motivos había para ellos; los milicianos respondieron:

—Erais católicos, y llevabais a vuestros hijos con vosotros a misa. Aunque no erais políticos, sin embargo, erais muy católicos.

En la checa sufrieron lo indecible. Los dos hermanos se animaban mutuamente, y de rodillas rezaban delante de una cruz rayada en la pared, conversando sobre el fruto de la Pasión y Muerte. Antonio, en el cementerio, cuando le iban a matar, abrió los brazos, formando la Santa Cruz, y gritó como su hermano: "¡Viva Cristo Rey!"

Eduardo Domínguez Llofríu era un activísimo propagandista católico, y en todo momento obraba fría y decididamente. Tanto él como su hermano fueron siempre valientes y heroicos, y no

se dejaban amedrentar por nada. Fue apresado a las tres de la madrugada del 13 de julio de 1936, como católico activo y destacado, que podría reaccionar por la muerte de Calvo Sotelo. Tenía absoluta confianza en el triunfo nacional, y no dudó un instante en aceptar la muerte en sacrificio por la Patria.

El día antes de morir se confesó en la cárcel, y cuando lo sacaban para matarlo, iba tranquilamente, fumándose un cigarrillo, causando admiración por su sangre fría a los mismos asesinos, que lo comentaban después. Antes de asesinarlo, le invitaron a hacerse de izquierdas, lamentándose de matar a un muchacho tan valiente. Se negó rotundamente, y aceptó su muerte con valor, gritando: "¡Arriba España!"

Don Alfonso Merchante Sánchez había cursado la carrera de Derecho en la Universidad de Madrid. Dedicó sus actividades a las finanzas, en las cuales se destacó por su moralidad y capacidad, granjeándose el afecto de cuantos con él tenían relación. No aplicó a su exclusivo y egoísta bienestar su buena posición económica, sino que con espíritu cristiano, socorrió con largueza a los necesitados y a los que a él acudían.

"Los obreros, particularmente, tuvieron en él un primer adelantado en la defensa de sus avances sociales sin que una sola vez salieran defraudados en las demandas que le hicieron."

Actuó siempre en partidos derechistas, no escatimando su actividad, su dinero y sacrificios en la defensa de la Religión, que era la causa de España. Ocupó cargos de elección popular, siempre con las mayores votaciones. Rehusó los cargos que durante la República le ofrecieron /considerando un delito de lesa Patria sumar su nombre al de los enemigos de Dios y de España".

Porque era buen cristiano, era también un gran patriota, bueno, generoso, humilde, amante de los obreros y de los pobres. Por eso, fue condenado a muerte por los dirigentes rojos. Establecido el dominio marxista, fue su casa una de las primeras saqueadas por la horda. Con dolor y con razón exclamó don Alfonso:

—Mi actuación social no merecía ese pago.

El día 22 de agosto de 1936... se presentaron en su busca... diciendo que debía comparecer ante el Gobernador, para prestar una declaración. A las tres de la mañana del día siguiente comparecía don Alfonso ante los tribunales de la checa. La sentencia dictada fue:

—No encontramos nada punible en la vida de este ciudadano, y, en consecuencia, que comparezca ante el Gobernador y decrete su libertad.

Le hicieron subir a un coche y le llevaron a un lugar propicio. Le mandaron volverse de espaldas, a lo cual se negó, y valiente, cara a la muerte y a sus verdugos, con el pensamiento en Dios, a quien ofrecía la vida por la Religión y por España, caía acribillado por las balas. Al morir gritó "¡Viva Cristo Rey!"

Los mismos asesinos, después del crimen exclamaron:

—No merecía este hombre haberle matado; fue bueno.

Algunos días más tarde, sus dos hijos, de seis y cuatro años, preguntaban a su madre:

—¿Dónde está papá, que no viene a vernos y es tan bueno?

Y ella les respondió:

—Dios le ha llamado a su lado, donde pedirá por vosotros y por el mundo y dirá como Jesús en la Cruz: "¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!"

Don José Merino Pérez era un sacerdote muy estimado y de unas dotes oratorias nada comunes. Su simpatía, su amor a los pobres, su celo por la verdad, así como su imaginación fascinadora y su palabra encendida, llenaban las iglesias cuando era día de predicar y arrastraban al auditorio. Incansable predicador de la doctrina social de la Iglesia, fue apresado exclusivamente por su carácter sacerdotal y su fidelidad al testimonio que había jurado proclamar continuamente ante los hombres. El día de su martirio celebraba la Iglesia la fiesta de Cristo Rey, en la cual tantas veces había cantado las glorias y la majestad divina de nuestro Señor Jesucristo; aquel día con más elocuencia que nunca, habló de Dios a los milicianos, que se disponían a asesinarlo, y terminó su vida de predicador cristiano con los gritos de la fe y del patriotismo.

Don Constancio de la Rosa López. Sus padres, dedicados a su numerosa familia, consagraron los mayores esfuerzos a mantener la tradición del hogar católico español.

El año 1931, después de la caída de la Monarquía, ante el derrumbamiento de la Patria, "esta familia, por natural impulso, aprestóse a formar en las filas de los que habían de luchar en nombre de Dios y de España".

Constancio se distinguió por su aplicación y decidida actividad ante las dificultades de la vida y su gran espíritu de lucha.

El 19 de julio de 1936, a medianoche, se presenta delante de su casa una horda de marxistas, pidiendo su cabeza, sin atreverse a penetrar en la casa, donde está Constancio y dejan fuera una guardia para que no pueda huir. Pero éste, burlando la vigilancia, se refugia en casa de su tío don Virgilio. Mas delatado su escondite, la horda, lo descubrió, y se llevó al tío y al sobrino atados de pies y manos.

Los milicianos hicieron sufrir a sus víctimas un martirio horripilante, maltratándolos sin compasión y refinamiento con palos y fusiles mientras permanecían atados. La horda, creciendo su furor sin cesar, no se sacia ni de los sufrimientos, ni de los tormentos, ni de la sangre, ni del ensañamiento con los cadáveres. En los coches se llevan a las dos víctimas y las arrojan en la carretera. Con anterioridad a su muerte, obligaron a don Virgilio a que rezase un responso, por burla, en presencia del cadáver de su sobrino, cuyo cuerpo mutilan y destrozan. Finalizado el responso, asesinan también a don Virgilio, ofreciendo ambos su vida por los ideales en los que la habían mantenido.

He aquí, queridos lectores, uno de los infinitos manojos del martirologio nacional entre tantos como podríamos ofrecer a vuestra consideración. Hombres humildes, buenos, honrados, entrañables, que jamás habían hecho mal a nadie y que habían entregado su vida al servicio de Dios y del prójimo, fueron el blanco preferido de un odio sin límites que procedía e iba al mismo tiempo no directamente hacia ellos, sino hacia Dios, Dios era el blanco de aquel odio y los mártires los miembros de Dios que ofrecieron su sangre para que el nombre del Creador permaneciese.

La crónica de la sangre derramada en España, pide de nosotros más que una memoria estremecida, una oración sincera. No una triste oración, sino un jubiloso canto. Pues ya el Apóstol dijo —y aquí hemos repetido— "que la sangre de los mártires es semilla de cristianos".

EPÍLOGO

Llegamos, tras un alucinante recorrido, al final de nuestro trabajo. España entera ha vivido bajo la impresión de su propia tragedia, que es la tragedia de la iglesia, sin límites, sin fondo... Es una tragedia que vivimos en nuestros corazones heridos en lo más vivo, en nuestras familias aniquiladas, en el luto de las madres y viudas y huérfanos que no se despojan de él a pesar de los años transcurridos, en las tumbas y cruces de los caídos, en las iglesias destrozadas y quemadas... Es la tragedia de la Pasión y Muerte del Señor en sus miembros.

Esta inmensa tragedia, como una pesadilla sin término, ahoga a los ancianos y a las personas maduras que aún suspiran y gimen al solo recuerdo de un pasado terrorífico... La sienten los jóvenes, que pasaron los años de su niñez en la inquietud y lágrimas, en lugar de los juegos y alegrías de la infancia... Los mismos niños, que nacieron en aquellos aciagos días, reviven la tragedia general: cuando hablan de los rojos, de los que asaltaron y saquearon y quemaron las iglesias e imágenes, que se han ido restaurando lentamente, de los que martirizaron al señor cura y a sus padres o a los padres de otros niños, que van vestidos de luto, de las cárceles y checas, de los caídos por Dios y por España. El recuerdo está vivo y no lo olvidarán fácilmente las generaciones venideras... Se ha sufrido mucho, profundamente, en el alma, con gran intensidad, días y noches continuas, semanas y meses y años.

El corazón estaba sobresaltado y oprimido, por unos gritos, por el sonido de una bocina, por el rodar y pararse de un auto, por una llamada en la puerta, por los encarcelamientos, por carecer de noticias de los familiares fugitivos, por las amenazas, por los saqueos e incautaciones, por los crímenes, por las blasfemias y sacrilegios...

Aquellas cuadrillas enfurecidas, ebrias de vino y de sangre inocente, aquellas blasfemias de los nombres sagrados, aquellos sacrilegios de las cosas que desde niño se había aprendido a venerar entrañablemente... Se ha sufrido en el hogar, en los escondrijos, en las cárceles, en las checas, en medio de milicianos armados, en un pelotón delante de ellos, camino del cementerio, huyendo por los montes...

"Unos catorce milicianos con fusiles —cuenta un anciano— me cogieron, como si fuera un malhechor, entre dos filas, apuntándome con las armas, entre gritos y blasfemias y golpes... A medianoche me escapé por los montes, huyendo de los que me perseguían de cerca para matarme... Así, huyendo en todas partes, huyendo sin cesar, sin beber, sin comer más que raíces de plantas, con la angustia irracional de una persecución de muerte... Huí al campo, y me refugiaba en corrales de ganado o en chozas, me ocultaba entre las matas del monte y debajo de las rocas, sin tener que comer más que hierbas... Al cabo de cinco días y cinco noches, vagando sin rumbo por los montes, pasando mil fatigas y privaciones, con la intranquilidad de la incertidumbre y la angustia ante la muerte, dos sacerdotes que fueron mártires decidieron volverse a sus casas y que sucediese lo que Dios quisiera... Un matrimonio fugitivo, perseguido sañudamente, por montañas superiores a mil quinientos metros luchando con la lluvia y con los vientos, sin comida y sin ropa, casi descalzos, vagan perdidos sin hallar seres vivos durante dieciocho días...

"Persecución, siempre la persecución y la muerte." La tragedia de España ha sido inmensa. Ha habido diócesis de cuatrocientas mil personas en donde trescientas mil fueron muertas, perseguidas o encarceladas. Y después los muertos en las trincheras y en los frentes rojos por una causa hostil a su corazón, los que se negaban a marchar a la guerra, los que huían por los montes, los que iban y los que se quedaban... En el ambiente victorioso de la impiedad y del crimen, ante el desenfreno de la impiedad y de la lujuria, bajo el ímpetu del odio y del mal, la muerte parecía más amable y deseada que la misma vida, y el dolor hirió de muerte a muchos corazones y ahogó sus vidas.

Otro motivo más íntimo acentuaba el dolor de la gran tragedia: los causantes del sacrilegio y del crimen eran españoles, nacidos casi siempre en los mismos lugares que escogían como escenario de sus fechorías, hijos de padres piadosos, educados cristianamente en los mismos templos que profanaban y devastaban, amigos quizá y parientes de las víctimas que sacrificaban...

¡hermanos nuestros en Dios y en la Patria!

¿Quién no se lamentará de una catástrofe tan inmensa, que no sólo es catástrofe de cientos de miles de personas, sino que trasciende, en virtud del odio incontenible, a la Patria y a la Iglesia, a las cuales tocan en su ser y en su corazón tantos males, tanta sangre, tanto dolor, tantas ruinas, tantos sacrilegios?

La tragedia española es para que la sientan y para que la lloren todos los españoles, todos los católicos, y aun todos los hombres que sientan como hombres de verdad, y para que la sientan y la lloren en su totalidad: en los sacrilegios, en las lágrimas, en las destrucciones, en las hogueras, en las checas y cárceles, en los destierros, en las muertes...

¿Por qué cometieron tanto males? ¿Por qué se gozaban en los sufrimientos de los demás? ¿Por qué destruyeron tanta riqueza y tantos objetos de arte? ¿Por qué ofendieron tanto a los hombres, destrozaron la Patria y pecaron salvajemente contra el Creador?

La respuesta es clara y ya la hemos enunciado y repetido hasta la saciedad, y volveremos a repetirla. Porque eran enemigos comunes de Dios y de España; por eso, enseñaron a odiar en vez de amar; por eso, rompieron la unión milenaria y sagrada entre todos los españoles; por eso, pervirtieron a los que eran buenos y los convirtieron en sacrílegos y asesinos...

¿Quiénes han causado la tragedia, y el dolor, y la ruina y la miseria de los españoles? Los enemigos de Cristo y de España. Sus nombres, en su mayoría, los ignoramos. Eran españoles en quienes todo desvío había hecho su asiento, hermanos nuestros engañados... ¡Dios les perdone como nosotros les hemos perdonado!

La universalidad de la tragedia y el conocimiento de sus causas nos obligan a condenarlas y a evitarlas: el odio, la impiedad, la injusticia... La unión de todos en la herida cruenta e infinitamente trágica nos obliga a estrechar los vínculos de la verdadera hermandad entre todos los españoles: la fe y la religión, la patria, la justicia, el amor. ¿Qué español no querrá la hermandad en Dios y en la patria, únicos lazos de amor perenne y de felicidad segura?

La tragedia española, que se levanta en una lejana proximidad, por decirlo así, imponente, formidable, por encima de nuestras cabezas, como tempestad, que está descargando aún, nos exige la fe, el patriotismo y la caridad a todos los españoles, unidos en los ideales únicos y sagrados de nuestros padres y de nuestra Historia.

Ahora bien. Ante la serie de tristes escenas, síntesis reducida de una realidad mucho mayor, relatadas en este libro, cabe preguntarse: ¿cómo fue posible?

Ante la realidad de los hechos inauditos ocurridos, un espíritu investigador se formula preguntas sobre su origen y desarrollo, difíciles de responder sin previa meditación.

Muchas provincias eran sanas, patrióticas, piadosas. ¿Cómo, entonces, fue posible la gran desertión? No hay duda. Es necesario acudir invariablemente a causas exteriores, ajenas a la entraña cierta de la sociedad española. Esta constituye la teoría última, la categoría fundamental del problema. Lo demás, por verdadero que sea, no pasa de anécdota y de consecuencia.

Las preguntas son tajantes: ¿De dónde salió tanta impiedad? ¿Dónde se incubó tamaña criminalidad? ¿Cómo se llevó a cabo tal descristianización? ¿Quién sembró tantos odios? ¿Por qué la población no se opuso con la fuerza contra la implantación del terrorismo y contra las profanaciones? Todo esto, y cuanto se pueda decir en el mismo tenor, procedía de fuente —bien turbia, desde luego—, de fuente, decimos, exterior.

Pero descendamos un instante a lo que por llamar de algún modo, hemos dado en calificar de anecdótico. Los inductores visibles y los ejecutores del terrorismo y de la persecución eran muchas veces hombres bautizados y educados cristianamente, hijos de padres católicos —como hemos dicho en otras páginas—, los cuales en su niñez y en su juventud habían observado una conducta piadosa y después también se habían casado por la Iglesia. "Los que hicieron estas cosas, no hubieran osado hacerlas en presencia de sus padres, los cuales hubieran muerto de horror, como tantos ancianos y otras personas murieron de pena por los sacrilegios y crímenes."

Las ambiciones y los cargos fueron muchas veces la ocasión para su descristianización y perversión en el orden religioso, en el cultural y en el humano.

Pero he aquí, de súbito, surgiendo de oquedades siniestras, como un designio demoníaco, el juicio de un ilustre canónigo, ya difunto. Señalaba a la masonería como la causa moral de aquella mágica perversión.

Éste es un hecho incontrovertible. La descristianización de un puñado de hombres, obedeciendo consignas y órdenes de partidos y sectas, causó la gran herida de la Patria. Los centros de las órdenes, de la propaganda y de la organización estaban en las capitales de provincia y en la capital de España; enlaces y heraldos de los mismos eran algún maestro o maestra, a veces sin plaza o sancionados, algún secretario de Ayuntamiento, algún comerciante, algún médico, que buscaba el apoyo y la influencia de los jefes y de las organizaciones secretas.

Por otra parte, la predicación del marxismo fue una predicación pasional de odio, de destrucción, de sangre y de impiedad. ¿Cómo no habían de surgir tempestades de terror y de muerte?

Una parte de los seducidos estaba compuesta por desgraciados obreros en su mayor parte, realmente exprimidos y explotados por sus amos, generalmente izquierdistas y religiosos, que les pagaban míseros jornales, o les obligaban a trabajar en jornadas excesivas, sin pagarles lo necesario para comer y vivir decentemente con sus familias. En estos casos, la defensa de los obreros oprimidos se identificaba, en la propaganda marxista insistente, con el odio de la religión y con la persecución de los católicos, y así, en los corazones de los obreros infelices, iban sembrando la semilla del odio y de la impiedad, fomentada por la situación real de su opresión o desamparo por los mismos enemigos de la justicia y de la religión...

La gran conjura contra España, aderezada en los oscuros rincones de las logias y de los centros marxistas fructificó en ríos de sangre. Y Cristo volvió, una y mil ves, a ser crucificado.

Y, sin embargo, es conveniente que cantemos con el Apocalipsis:

Grandiosas y admirables son tus obras

¡oh Señor Dios omnipotente!

Justos y verdaderos son tus caminos,

¡oh Rey de los siglos!

Pues en su impenetrable sabiduría, Dios, que a su mismo Hijo cargó con la Cruz de los pecados del mundo, dispuso también la trágica carga sobre España.

Justos y verdaderos son tus caminos,

¡oh, Rey de los siglos!

Entre tanta crueldad y aborrecimiento, las grandes escenas gloriosa, fabuloso hosanna en el infierno, brillan como astros de fuego dichoso. He aquí un bello manojo de transcripciones realmente emocionantes:

"...Tomamos una cajita de pastillas, la purificamos y en ella colocamos la sagrada Eucaristía. Después nos arrodillamos para adorarla... y, luego, en una procesión silenciosa y densamente lírica, depositamos a Jesús en el cajón de un armario, que teníamos en un cuartito muy recogido, devoto y menos visible. Inolvidables son las horas que allí pasé, iluminado con la divina luz mística, mientras en la calle, en la caliginosa oscuridad de la revolución, se palpaban, las sombras de la muerte, porque Dios no estaba allí... Algunos de los que en aquel Tabernáculo adoraron al Divino Redentor fueron muy pronto a cantarle en el cielo, empurpuradas sus almas con la sangre del martirio."

"...No dejan de ser curiosos y admirables los medios de que se valieron para llevar y guardar al Señor. Muchas veces era un reloj, del que se había quitado la maquinaria; otras una cajita de pastillas, o una pulsera. Nuestro Señor se ha paseado por las calles y plazas, sobre el pecho de sus amigos, mientras sus enemigos blasfemaban con goce satánico, creyendo que ya lo habían

desterrado para siempre de España. ¡Qué engañados estaban!..."

"...En una cárcel... aprovechando los presos el paseo por el patio, organizaron el día del Corpus la procesión tradicional. Procesión original, sin luces, sin cánticos, ni sagradas vestiduras, pero en la que el silencio y las oraciones fueron el mejor homenaje a Cristo Sacramentado. Tampoco allí se enteraron los guardianes de los presos, que veían pasar aquellas filas ordenadas, pero sin saber a qué venían..."

"...A las ocho de la mañana se presentó el padre Jerónimo. Traía un misalito, una hostia y el vino. Celebró el Santo Sacrificio de la Misa sobre la mesa del comedor, que habíamos cubierto con una toalla nueva, comprada la víspera expresamente para esto. Sobre el mantel nuevo colocamos una copa de cristal, en la cual nadie había bebido, pues era una que no servía sino para la purificación de los dedos del sacerdote después de administrar la Extremaunción. En la parte exterior llevaba grabado, en letras de oro, el nombre de Jesús, rodeado de una corona de flores. ¿Quién me tenía que decir que aquella copa, que había visto desde mi niñez, iba un día a contener la sangre preciosísima del Salvador?... Después de la Comuni3n nos sentíamos con una fuerza tan soberana y celestial que, no solamente no temíamos a los tormentos, sino que los deseábamos."

"...De repente, el timbre interrumpe el coloquio. Hay un silencio ansioso. Mi madre, con mano temblorosa, abre la puerta. ¡Bendito sea Dios! ¡Es visita de paz, de la Paz Absoluta!

"Mi madre venía acompañada de una señora. La recién llegada se quedó en pie, inmóvil, en actitud de impresionante hieratismo. Sin habernos saludado, abre su monedero,, saca una cajita, la levanta leve y religiosamente para enseñárnosla. No nos ha dicho nada, pero lo comprendemos todo. Caemos de rodillas. ¡Qué pronto lo descubrió el corazón!... Llorábamos, llorábamos, llorábamos. Era el mejor y único lenguaje..."

Y ahora, tras el hosanna, cedamos espacio al conocimiento de la depravación. Pinceladas finales que completan nuestras anteriores descripciones.

"...A los milicianos solían unirse las milicianas. Eran mujeres, generalmente jóvenes, de costumbres depravadas. Vestían, ordinariamente, como los milicianos, un mono, que podía abrirse con una cremallera. Su aspecto era de gente de burdel. En sus mismas filas hicieron tantos estragos, por las enfermedades que propagaron, que se las llegó a llamar las ametralladoras. De su porte y lenguaje más vale callar. Estas miserables harpías eran sumamente crueles con las víctimas lo que es muy conforme a la observación hecha de siempre, que el débil es más refinado en su crueldad que el fuerte... En una reseña, que es una verdadera historia, se asegura que un grupo de seis de ellas asesinó al párroco de Salou, fusilándolo"

"Eran las ocho de la noche cuando llegamos al puerto. Había junto a la escalera, por donde debíamos de pasar, un grupo de gente nada simpática, por cierto. Sobresalía entre el grupo un nuevo género de ser, ese engendro de la revolución, que dieron en llamar miliciana, vestida con camisa roja y pantalón negro, que empuñaba el fusil, gritaba y blasfemaba como una endemoniada. Al subir a la canoa, oímos esta piadosa súplica, que una de esas castas sacerdotisas de la diosa Revolución hacía al conductor de la embarcación: "Cuando estés a mitad de camino tíralos al mar."

"Se ve uno obligado a cambiar de hotel, si es extranjero, y de casa, si es refugiado, a cada dos por tres, para evitar las pesquisas de los milicianos, que no tienen mandato ni delegación alguna. Para no levantar sospechas vese uno obligado a ir desastrosamente vestido, sin corbata ni sombrero, en mangas de camisa y desabrochado. De día y de noche se fusila y se dispara a mansalva por la menor delación de un conserje, de un enemigo, de un novísimo servidor del nuevo régimen o de quien le dé la gana de hacerlo. La Cruz Roja recoge diariamente para llevarlos al cementerio, cincuenta o sesenta cadáveres abandonados en una calle de poco tránsito o en las cunetas de la carretera... El aspecto de la gente es muy extraño. Unos van y vienen con rostros feroces y suspicaces, pero la mayoría lleva cara de temor, de espanto y de tristeza."

"Temiendo... que subieran al pueblo los de la F.A.I. de Ripoli, y por consejo de uno de los del Comité local, determinamos marcharnos mi padre y sus tres hijos. Fue aquella una separación tristísima. Mi madre, agobiada por el peso del dolor, no podía resignarse a dejarnos marchar. Al fin, fue mi padre quien tuvo el valor de separarnos, dirigiendo a mi madre esta pregunta, fría como el filo de una espada: ¿Prefieres que nos quedemos y que nos maten a todos? Un torrente de

lágrimas fue la respuesta. Ya podíamos marchar. ¿Adonde? Tal vez a la muerte."

"...¿Cuál es el motivo de esa inquietud, de los cambios incesantes de domicilio y de esas medidas que hoy nos parecen nimias y aun ridículas? Para cuantos han estado en la zona roja hay una palabra fatídica entre todas: la palabra registro. Sus caracteres siniestros se han grabado para siempre en su espíritu y en sus nervios. Su imagen postuma no morirá nunca en su retina. Cuando la oyen, después de tanto tiempo, sienten todavía una agitación casi epiléptica..."

Epílogo breve, corto giro. Él da idea, sin embargo, de algo que fue, que realmente se padeció. Por una parte, el asesinato y ensañamiento con los niños. Por otra, aquel niño de Santander —no citado hasta ahora aquí— que él solo repartió bajo el dominio rojo más de cinco mil comuniones. Haz y envés de aquella España.

A MODO DE ORACIÓN ÚLTIMA

Hemos llegado a un punto en el cual, irremisiblemente, nos hemos de encontrar ante Dios.

Hemos paseado la memoria por encima de uno de los sucesos más extraordinarios que registra la historia del mundo. Uno de los sucesos más sangrientos, más agudamente sádicos, más elevadamente furibundos que puedan presentarse y de hecho se han presentado. La patria, la sociedad, la familia y los individuos han estado a punto de desarticularse definitivamente ante el empuje fabuloso del mal.

Concretamente: el ateísmo, el marxismo y grupos semejantes, cuya constante fue siempre no la ausencia de Dios, sino el odio hacia Él, han estado a punto de transformar a España en satélite. Que esto no ocurriera, no sabríamos decir a quién se debe si se niega que Dios fue quien veló por España.

Hombres, mujeres, ancianos y niños, sin que nadie se parara a distinguirlos, derramaron su sangre, sufrieron, fueron vejados hasta extremos delirantes. Todo aquello que llevaba aun levemente la impronta de Dios fue destruido. Sin embargo, Dios permaneció. No hay duda. No es sacar las cosas de quicio, sino juzgarlas con el mayor rigor. La Providencia de los cielos conservó la esencia característica de España, y ella se salvó por la sangre de muchos españoles.

En este punto se nos vienen al pensamiento aquellas consolables palabras del Señor, que tienen un valor trascendental y una eficacia misteriosa, cognoscible sólo plenamente en la eternidad: "A quien me confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante del Padre que está en los cielos" (Mt., 10, 32). "¡Bienaventurados los que sufren persecución a causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos!" (Mt., 5,10). "Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos" (Jo., 15, 13).

Que la intención de los asesinos, en general, fue quitar la vida a los discípulos fieles de Jesucristo y a los que defendían las doctrinas y las obras de acuerdo con la Iglesia católica, no cabe duda, porque tal fue la orden que por la radio, por la prensa y la tribuna se les dio y ellos ejecutaron. Y que, en general, tales doctrinas y tales obras cristianas fueron defendidas teórica y políticamente por casi todos, sino todos, los que sufrieron muerte violenta condenados por los rojos, lo afirman los testimonios eclesiásticos, las familias y los pueblos. El punto solo de la muerte por Jesucristo, aun después de una vida religiosa fría y prácticamente indiferente, podría conferir la espléndida aureola del martirio cristiano; la muerte sublima y corona la vida.

Hemos aludido ya en el prólogo de este libro e insistimos en su final. La declaración del sentido religioso de la muerte por "Jesucristo, en cada caso concreto, con valor canónico y litúrgico, sólo compete a la Iglesia. Creemos ciertamente que un gran número de los asesinados por los rojos en todas las diócesis españolas, sacerdotes y seglares, humanamente considerados los antecedentes y circunstancias de sus muertes, podrían ser declarados un día mártires de Jesucristo en el sentido sacrosanto, litúrgico y canónico de la palabra. Mas el valor religioso de la muerte por Jesucristo tiene en su fondo tales misterios de intención, de perseverancia y de predestinación, que sólo en la otra vida podrán ser conocidos, fuera de los casos, como la beatificación y canonización de los santos, en que la Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, habla en nombre de Dios, con magisterio infalible.

Deber nuestro de fieles católicos, es rezar por nuestros muertos, recoger los datos biográficos dispersos e ignorados, y pedir a Dios gracias ordinarias y extraordinarias por intercesión de los que, a nuestro juicio, murieron por Jesucristo, con oraciones y sacrificios. De esta manera, según la Providencia ordinaria de Dios Nuestro Señor, no dudamos que se manifestará la gloria de muchos mártires de nuestra Patria, que podrán alcanzar el fallo definitivo de la Iglesia.

Lo que aquí hemos hecho, es, como también indicamos en otro lugar del libro, un apunte de martirologio. ¡Y qué saludable importancia la del martirologio español! Para los pensadores, católicos o acatólicos, pero "hombres humanos", sería recomendable la lectura profunda y meditada del conjunto de todos los detalles, familiares, personales y locales, y también la visita real a las parroquias devastadas y saqueadas, el paso por las cárceles y checas, donde están los

instrumentos y lugares de tortura, y el conocimiento real de las familias destrozadas o aniquiladas. No hay duda que desde el punto de vista humano un solo intento, un solo apunte de martirologio posee un valor inmenso, muy superior a su valor histórico.

Lo ocurrido en España salta por encima de toda consideración histórica. Llega, agudo como un estilete, a la raíz entrañable de la humanidad. La acción atea y comunista vulneró en nuestra patria los más elementales derechos del ser humano, no ya considerado como ser social, no ya considerado inmerso en la civilización del siglo XX, sino exclusivamente considerado como hombre.

Para juzgar y fallar la sentencia que merecen los perseguidores, no hace falta tampoco acudir al código. La simple razón natural los condena y repugna.

Una vez sabido lo que hasta aquí hemos narrado, quedamos —como dijimos— solos ante Dios. Tras la visión alucinante de una España fuera de la órbita de su destino religioso e histórico, dividida por el odio y por la locura de la venganza, sólo ante Dios merece la pena que nos pongamos. Nunca nuestra oración podrá ser tan sincera como ahora. Y así podemos decir:

Señor, Tú lo sabes y conoces todo con un conocimiento para nosotros ignorado. Tú has visto padecer y morir a innumerables españoles que no quisieron renegar de Ti, y que por Ti y en Ti morían gozosamente, y que su sangre fue el holocausto de la redención de la Patria. Tú sabes de la espesa ola de dolor que inundó a España sumiendo a los hombres y a las familias en un luto que jamás se acabará hasta la consumación de los siglos, cuando un gesto de tu mano omnipotente nos ponga de nuevo en pie a todos. Tú has visto cómo débiles mujeres y niños españoles eran infinitamente más fuertes que el odio que les destruía el cuerpo, y que Tu nombre era glorificado en hosannas sangrientos. Tú has visto otra vez realizarse la escena inefable de las catacumbas, en cuya oscuridad Tu nombre brillaba con resplandores más augustos que los resplandores del sol. Tú has visto reproducirse en tus miembros la angustia formidable de Getsemaní y la peregrinación a los jueces injustos. Y Tú, Señor, has visto también la ingratitud de la apostasía, las lágrimas de los solitarios, has oído las disculpas de los temerosos y has conocido los pasos de todos. Nuestra oración es humilde ahora. Señor, y es un ruego en virtud de todos los dolores. En su virtud y por ella te rogamus que hagas a España cada vez más cumplidora de Tu voluntad, que le introduzcas en el alma sentimientos fraternales y que no olvide jamás los pasados dolores. Pues sabemos, Señor, que en ellos y solamente en ellos está nuestra salvación eterna, pues es lección tuya que el dolor redime y purifica, transformando las almas y haciéndolas dignas de Ti.

Que nuestra serenidad se haga a imagen y semejanza de la tuya. Que en nuestros corazones reine siempre la alegría de los hijos de Dios.

Señor, Dios y Padre nuestro que estás en los Cielos, nosotros te pedimos por la sangre de los mártires que nunca tengas que avergonzarte de nosotros y que nuestra alma esté también dispuesta si es necesario para el martirio. Pues bien sabemos, Señor, cuál es la aureola que corona a los mártires.

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA CIUDAD DE BARCELONA,
EN LOS TALLERES DE GRÁ-
FICAS DIAMANTE
EN EL MES DE
AGOSTO DE
1956

Colección "LA EPOPEYA Y SUS HÉROES"

CENTINELA DE OCCIDENTE (Semblanza Biográfica de Francisco Franco):

Luis de Galinsoga, con la colaboración del General Franco Salgado.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA (La Existencia por la Esencia): Luys

Santamarina y Julián Pemartín.

JOSÉ CALVO SOTELO (La Verdad de una Muerte): General Felipe Acedo Colunga.

RAMIRO LEDESMA Y ONÉSIMO REDONDO (Los Precursores): Juan Aparicio.

LOS MÁRTIRES DE LA IGLESIA (Testigos de su Fe): Fray Justo Pérez de Urbel.

GENERAL SANJURJO (Un Laureado en el Penal del Dueso): General Emilio Esteban-Infantes.

GENERAL MOLA (El Conspirador): General Jorge Vigón.

GENERAL QUEIPO DE LLANO (Aventura y Audacia): General José Cuesta Monereo y Antonio Olmedo Delgado.

GENERAL VÁRELA (De Soldado a General): General Francisco Javier Marinas.

EL REQUETÉ (La Tradición no Muere): General Luis Redondo y Comandante Juan de Zavala.

GENERAL MILLÁN ASTRAY (El Legionario): General Carlos de Silva.

GENERAL MOSCARDÓ (Sin Novedad en el Alcázar): Comandante B. Gómez Oliveros, con la colaboración del General Moscardó.

GUERRA DE LIBERACIÓN (La Fuerza de la Razón): General José Díaz de Villegas.

LA PACIFICACIÓN (Guerrilleros, Maquis y Pistoleros): General Camilo Alonso Vega.

LA GUERRA EN EL MAR (Hombres, Barcos y Honra): Basado en las Memorias del Almirante Francisco Moreno.

LA GUERRA EN EL AIRE (Vista, Suerte y al Toro): Coronel José Goma.

ACCIÓN DE ESPAÑA EN AMÉRICA (20 Naciones): Florentino Pérez Embid.

HISTORIA Y DOCTRINA DEL MOVIMIENTO (De la Clandestinidad a la Historia): José Antonio Girón.

LA DIVISIÓN AZUL (Donde Asia empieza): General Emilio Esteban-Infantes.

20 AÑOS EN MARCHA, ESPAÑA 1936-1956 (Desde el Kilómetro Cero...): José Félix de Lequerica.

Editorial AHR - Calle León XIII, 24 - Barcelona